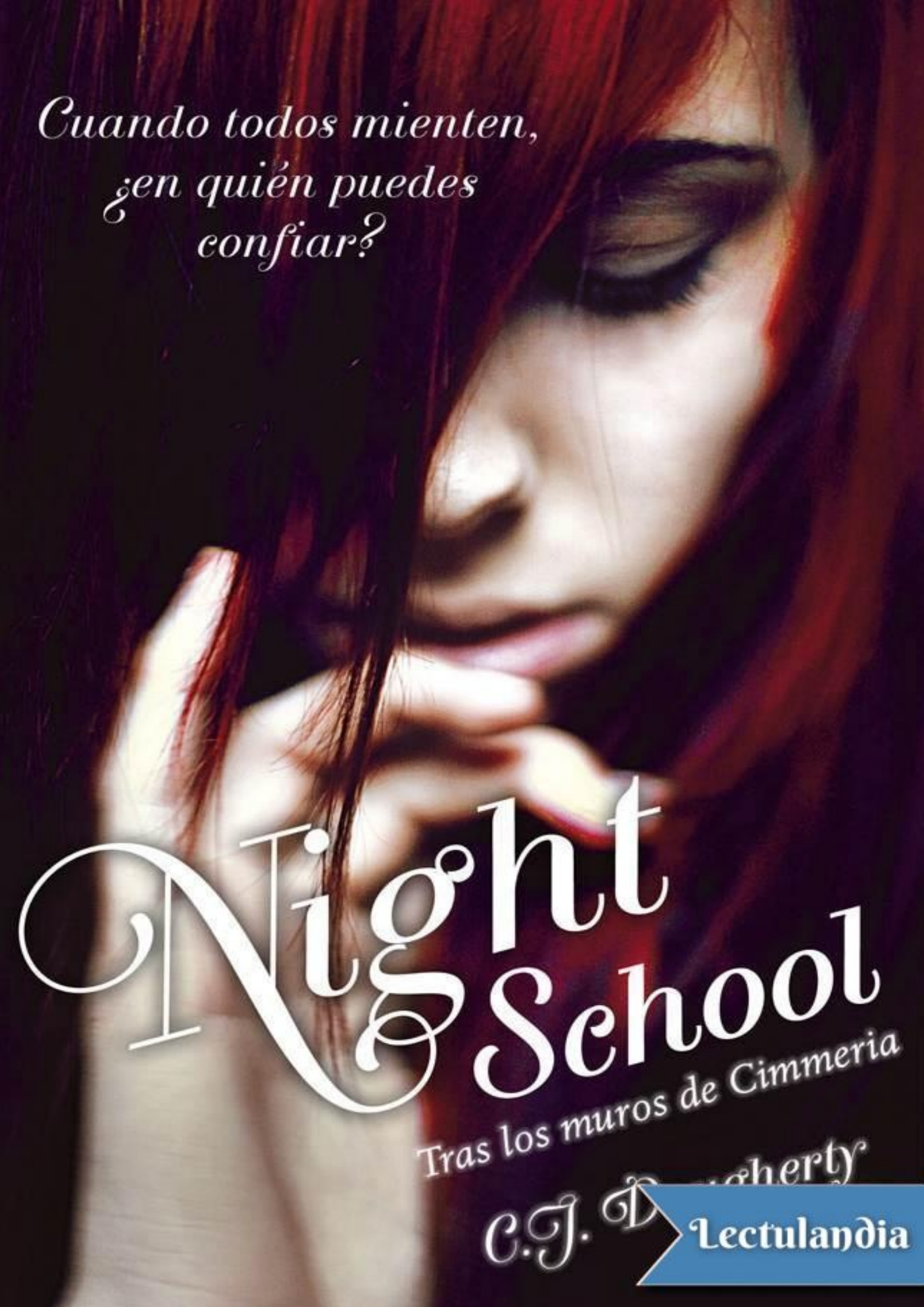




*Cuando todos mienten,
¿en quién puedes
confiar?*

Night & School

Tras los muros de Cimmeria

C.J. D'Agostino

Lectulandia

El mundo de Allie se viene abajo: odia su escuela, su hermano ha desaparecido y ella ha sido arrestada. Otra vez.

No puede creer que sus padres hayan decidido enviarla a un internado. Aunque Cimmeria no es una escuela normal: no permiten ordenadores ni teléfonos móviles, y sus alumnos son superdotados, o de familias muy influyentes. Pero hay algo más: Allie se da cuenta de que Cimmeria esconde un oscuro secreto, un secreto que solo comparten algunos profesores y los alumnos de las misteriosas clases nocturnas de la Night School.

A pesar de todo, Allie parece feliz. Ha hecho nuevos amigos y uno de los chicos más atractivos de la escuela le dedica toda su atención. Y, claro, también está su relación con Carter, ese chico solitario con el que siente una inmediata conexión.

Todo parece ir bien hasta el momento en que Cimmeria se convierte en un lugar terriblemente peligroso donde nadie parece a salvo. Allie tendrá que elegir en quién confiar mientras descubre los secretos de la escuela.

Lectulandia

C.J. Daugherty

Night School

Tras los muros de Cimmeria

ePUB v1.0

Eibisi 19.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Night School*
C.J. Daugherty, 2012.
Traducción: Victoria Simó

Editor original: Eibisi (v1.0)
ePub base v2.0

A Jack
que nunca dejó de creer

Uno

—¡Date prisa!

—¿Quieres tranquilizarte? Ya casi he terminado.

Con los dientes apretados, Allie se acucilló en la oscuridad para pintar la última S mientras Mark, arrodillado junto a ella, la alumbraba con una linterna. Sus voces resonaban en el pasillo desnudo. El foco de luz que iluminaba la obra tembló ligeramente cuando él se rio por lo bajo.

De repente dieron un respingo. Habían oído un chasquido.

Unas luces parpadearon a lo lejos antes de proyectarse en el vestíbulo del colegio.

Dos uniformes se perfilaron en el umbral de entrada.

Allie dejó caer el brazo, despacio, sin retirar el dedo del aerosol de pintura, dibujándole así a la letra una especie de cola grotesca que bajaba por la puerta del despacho del director hasta el sucio suelo de linóleo.

—Corre.

En cuanto la palabra hubo salido de sus labios, Allie salió volando por el amplio pasillo. El chirrido de la suela de sus deportivas resonaba hueco en el silencio del Instituto Brixton. No se volvió a mirar si Mark la seguía.

Ignoraba dónde se habían metido los demás, pero el padre de Harry lo mataría si volvían a pillarlo con las manos en la masa. Allie dobló una esquina como alma que lleva el diablo y enfiló por un tramo de pasillo sumido en tinieblas. Distinguió un resplandor verdoso al fondo, el aviso de una salida de emergencia.

Un estremecimiento de euforia le recorrió el cuerpo mientras corría hacia la que iba a ser su salvación. Iba a conseguirlo. Se iba a librar.

Casi estampándose contra la puerta doble, empujó con todas sus fuerzas la barra que había de abrirle el paso a la libertad.

No cedió.

Incapaz de dar crédito, volvió a empujar, pero la puerta estaba bloqueada.

Maldita sea. Si no fuera porque acabo de cometer un acto de vandalismo, pensó, los denunciaría al periódico del barrio.

Escudriñó el amplio pasillo, desesperada. La policía se interponía entre ella y la entrada principal. Y la única salida trasera estaba cerrada.

Tenía que encontrar otra vía de escape.

Contuvo el aliento para aguzar el oído. Las voces y los pasos se dirigían hacia ella.

Con las manos en las rodillas, hundió la cabeza. Las cosas no podían acabar así. Sus padres la iban a hacer pedazos. ¿Detenida tres veces en un año? Como si no hubiera sido bastante fastidio que la matricularan en aquel maldito instituto. ¿Adónde la enviarían ahora?

Corrió hacia una puerta cercana.

Uno, dos, tres pasos.

Probó la manilla. Cerrada. Avanzó por el pasillo hasta la siguiente.

Uno, dos, tres, cuatro pasos.

Cerrada.

Estaba corriendo directamente hacia la policía. Aquello era una locura.

Por fin, la tercera puerta se abrió. Un almacén.

¿Dejan el almacén abierto pero cierran las aulas? Los que dirigen este instituto son idiotas.

Deslizándose con suma cautela entre los estantes atestados de paquetes de papel, fregonas y material eléctrico que no podía identificar en la penumbra, dejó que la puerta se cerrara a su espalda mientras trataba de recuperar el aliento.

Una oscuridad negra como boca de lobo la envolvía. Tendió una mano ante ella —justo delante de los ojos— y no pudo verla. Sabía que estaba ahí; notaba su presencia. Sin embargo, la imposibilidad de atisbarla la desorientó un momento. Al estirar los brazos para recuperar el equilibrio, empujó un montón de papel apilado. A tientas, luchó por evitar que cayera.

Oía voces amortiguadas procedentes del exterior; sonaban muy lejanas. Solo tenía que esperar unos instantes y se habrían ido. Apenas unos minutos más.

Hacía un calor sofocante.

Tranquilízate.

Contó sus pesadas respiraciones... ***Doce, trece, catorce.***

Era inútil. Ya había empezado. Aquella sensación de estar atrapada en un bloque de cemento sin poder respirar. El corazón le latía a mil, el miedo le atenazaba la garganta.

Por favor, Allie, tranquilízate, se suplicó a sí misma. ***Solo cinco minutos más y estarás a salvo. Los chicos no te delatarán.***

Aquello no iba bien. Estaba mareada, asfixiada.

Tenía que salir de allí.

El sudor le resbalaba por el rostro y el suelo parecía mecerse bajo sus pies; tendió la mano hacia la manilla de la puerta.

No, no, no, no es posible.

El interior de la hoja era completamente liso.

Frenética, palpó la totalidad de aquella puerta inamovible y después la pared de alrededor. Nada. Imposible abrirla desde el interior.

Empujó la hoja, repasó los rebordes con las uñas, pero no cedía. Sintió que le faltaba el aire.

La oscuridad era completa.

Con los puños cerrados, aporreó aquella puerta lisa e implacable.

—¡Socorro! No puedo respirar. ¡Abran!

No obtuvo respuesta.

—¡Auxilio! ¿Por favor?

Le horrorizó el tono suplicante de su propia voz. Apoyó la mejilla contra la hoja y boqueó entre sollozos para tomar aire mientras golpeaba la madera con las manos.

—Por favor.

Cuando la puerta se abrió al fin, lo hizo tan de repente que Allie se precipitó directamente a los brazos de un agente de policía.

Sin soltarla, el hombre dio un paso atrás para enfocarle los ojos con el haz de una linterna, reparando así en su aspecto desgredado y en sus mejillas bañadas en lágrimas.

Por encima de ella, el agente dirigió una sonrisa burlona a un segundo policía.

Fue entonces cuando Allie vio a Mark, cabizbajo y sin gorra. El segundo agente, que lo tenía aferrado por el brazo, sonrió a su vez.

Dos

Entre el murmullo constante que puebla una comisaría la noche de un viernes de verano cualquiera, Allie distinguió la voz de su padre con tanta claridad como si lo tuviera delante. Dejó de jugar con un mechón de cabello para mirar nerviosa hacia la puerta.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Lamento muchísimo las molestias —le oyó decir. Conocía bien aquel tono de voz: humillado. Por su culpa. Llegó hasta ella otra voz masculina cuyas palabras no alcanzó a distinguir y luego otra vez la de su padre —: Sí, estamos tomando medidas y le agradezco el consejo. Lo hablaremos y mañana tomaremos una decisión.

¿Una decisión? ¿Qué clase de decisión?

Justo en aquel momento la puerta se abrió y los ojos grises de Allie se posaron en la mirada azul y fatigada de su padre. Al mirarlo, se le encogió un poco el corazón. Sin afeitarse y tan desaliñado, parecía mayor. Y muy cansado.

El padre de Allie entregó unos papeles a una agente, quien apenas los miró antes de añadirlos a su expediente. La mujer sacó de un cajón el sobre grande que contenía las cosas de Allie y lo empujó en dirección al adulto. Luego declaró con voz monótona:

—Queda usted a disposición de su padre. Puede irse.

Allie se levantó con dificultad y siguió a su padre por varios pasillos estrechos y bien iluminados hasta la puerta principal.

Una vez fuera, aspiró con avidez la fresca del aire estival. Si bien se sentía aliviada de haber dejado atrás la comisaría, la inquietud que le provocaba la expresión de su padre empañaba la sensación. Se encaminaron hacia el coche en silencio.

Desde el otro lado de la calle, el hombre desbloqueó las portezuelas del Ford negro, cuyo alegre pitido de bienvenida resonó intempestivo.

Cuando él encendió el motor, Allie lo miró muy seria, como tratando de excusarse con la mirada.

—Papá...

Él mantuvo la vista al frente, con los dientes apretados.

—Alyson. No.

—¿No qué?

—No hables. Límitate a quedarte ahí sentada.

Tras eso, el viaje transcurrió en silencio. Y al llegar a casa, el padre de Allie bajó del coche sin pronunciar palabra. Ella corrió tras él, sintiendo cómo el vacío crecía por momentos en su estómago.

No parecía enfadado sino... acabado.

Allie subió al primer piso y recorrió el pasillo, dejando atrás la habitación desierta de su hermano. En la seguridad de su propio dormitorio se miró al espejo. Su media melena, rojiza de henna, estaba toda enmarañada, llevaba una mancha de pintura negra en la sien izquierda y tenía sendos borrones de máscara de pestañas bajo los ojos. Despedía un tufo rancio a sudor y a miedo.

—Bueno —le dijo a su propio reflejo—, podría haber sido peor.

Al día siguiente despertó cerca del mediodía. Echó a un lado el edredón revuelto y se puso unos vaqueros y una camiseta ajustada blanca. Luego abrió la puerta sin hacer ruido.

Silencio.

Bajó las escaleras a hurtadillas hasta la cocina, donde los rayos del sol se filtraban a raudales por la ventana inundando las despejadas encimeras de madera. Le habían dejado pan y mantequilla, ahora un poco derretida por el calor. Una taza de té con la bolsita ya preparada la esperaba junto al calentador de agua.

A pesar de todo lo sucedido, se moría de hambre. Cortó una rebanada de pan y la dejó caer en la tostadora. Luego encendió la radio para ahuyentar el silencio pero al cabo de un momento volvió a apagarla.

Dio cuenta del desayuno mientras hojeaba el diario del día anterior sin apenas prestarle atención. Solo cuando hubo terminado reparó en la nota que pendía junto a la puerta de la cocina.

A:

Nos vemos esta tarde. NO salgas.

M.

Casi sin pensar tendió la mano hacia el teléfono para llamar a Mark, pero el aparato había desaparecido de su lugar de costumbre, junto a la nevera.

Apoyada en la superficie de madera, tamborileó con los dedos mientras escuchaba el tictac del gran reloj de cocina que pendía de la pared.

Noventa y seis tics.

¿O eran tacs?

¿Cómo se sabe la diferen...?

—Bien —se irguió y dio una palmada a la encimera de pino—. A la porra.

Subió a su habitación a toda prisa y abrió el cajón superior del escritorio para sacar el portátil.

El cajón estaba vacío.

Se quedó de una pieza, cavilando cómo debía interpretar aquella desaparición.

Hundió los hombros con un ademán casi imperceptible.

Los padres de Allie no regresaron hasta última hora. Toda la tarde los había esperado nerviosa, dando saltitos para espiar por la ventana cada vez que oía cerrarse una portezuela, pero cuando llegaron al fin optó por fingir indiferencia y se acurrucó en el sillón de piel haciendo como que miraba la televisión sin sonido.

Su madre dejó el bolso en la mesa del recibidor como tenía por costumbre y luego siguió a su marido a la cocina para ayudarlo a preparar el té. Por la puerta abierta, Allie la vio apretarle el hombro con ademán tranquilizador antes de dirigirse a la nevera para sacar la leche.

Esto tiene mala pinta.

Pocos minutos después, ambos estaban sentados ante ella, hombro con hombro, al borde del sofá azul marino. A diferencia de la noche anterior, el padre de Allie lucía impecable, aunque grandes ojeras le ensombrecían los ojos. Su madre, con los labios apretados, intentaba aparentar tranquilidad.

—Alyson... —empezó a decir el padre, pero no pudo seguir. Se frotó los ojos con cansancio.

Su madre tomó el mando.

—Nos hemos estado preguntando qué podíamos hacer para ayudarte.

Oh, no...

—Salta a la vista que no estás a gusto en tu colegio actual —hablaba despacio, escogiendo las palabras con cuidado. Los ojos de Allie saltaban de un rostro al otro—. Y, como es lógico, ahora que has allanado el colegio, has quemado tu expediente y has pintarrajeado «Ross es un gilipollas» en la puerta del director, a ellos tampoco les entusiasma la idea de tenerte como alumna.

Allie se mordisqueó la cutícula del dedo meñique mientras intentaba reprimir una risilla nerviosa. Reírse no mejoraría la situación.

—Es la segunda vez que un colegio nos pide, con mucha educación, que te cambiemos de centro. Estamos cansados de recibir educadísimas notas de las escuelas.

El padre de Allie se echó hacia delante para mirarla a los ojos por primera vez desde que el día anterior fuera a buscarla a la comisaría.

—Entendemos que te comportes así, Alyson —terció—. Comprendemos que es tu manera de afrontar todo lo ocurrido, pero estamos hartos. Pintadas, absentismo, vandalismo... Ya basta. Has dejado clara tu postura.

Allie abrió la boca para defenderse pero su madre la hizo callar con una mirada de advertencia. Ella recogió los pies y se abrazó las rodillas.

La madre volvió a tomar la palabra.

—Ayer por la noche, un agente de enlace muy amable que, por cierto, lo sabía

todo de ti, sugirió que te enviáramos a otro tipo de escuela. Fuera de Londres.

Lejos de tus **amigos**.

Recalcó la última palabra con un tono de amargo desdén.

—Esta mañana hemos estado haciendo algunas gestiones y hemos... —la madre de Allie se interrumpió para mirar a su marido con cierta inseguridad antes de proseguir—, hemos encontrado un lugar que está especializado en adolescentes como tú...

Allie se estremeció.

—Y hoy hemos ido a echarle un vistazo. Hemos hablado con la directora...

—Que es simpatiquísima —apuntó el padre.

La madre de Allie ignoró el comentario.

—... y ha accedido a que empieces esta semana.

—Un momento... ¿Esta semana? —Allie alzó la voz con incredulidad—. ¡Pero si solo hace dos semanas que estoy de vacaciones!

—Irás a un internado —sentenció su padre como si no la hubiera oído.

Allie los miró boquiabierta.

¿Internado?

La palabra resonó en su cabeza.

Deben de estar de broma, se dijo.

—... lo cual nos supondrá un gasto excesivo, pero creemos que debemos hacer lo posible por salvarte de ti misma antes de que eches tu vida a perder. Todavía eres menor a ojos de la ley, pero eso no va a seguir siendo así mucho tiempo —el padre de Allie dio una palmada al brazo del sofá mientras ella lo miraba de hito en hito—. Tienes dieciséis años, Alyson. Esto tiene que acabar.

Ella escuchaba los latidos sordos de su propio corazón.

Trece latidos. Catorce. Quince...

No podía creer el horrible giro que habían tomado los acontecimientos. Peor imposible. En aquella habitación se estaban batiendo todos los récords de atrocidad.

Se echó hacia delante en la silla.

—Mirad, sé que he metido la pata. Lo siento muchísimo —intentó insuflar a su voz la máxima sinceridad posible. Su madre no se dejó conmovir, de modo que se volvió hacia su padre, implorante—, pero ¿no creéis que estáis exagerando? ¡Papá, esto es de locos!

La madre de Allie miró de nuevo a su marido, esta vez con semblante inflexible. Él respondió a la hija con una mirada triste y negó con la cabeza.

—Es demasiado tarde —lamentó—. La decisión ya está tomada. Empezarás el miércoles. Hasta entonces, tienes prohibido usar el ordenador, el teléfono y el iPod. Y no puedes salir de casa.

Los padres de Allie se pusieron de pie como dos jueces a punto de abandonar un

tribunal. En el vacío que dejaron atrás, Allie exhaló un suspiro tembloroso.

Los días siguientes transcurrieron en una vorágine de confusión y aislamiento. Se suponía que Allie debía hacer las maletas y prepararse, pero pasó la mayor parte del tiempo intentando convencer a sus padres de que renunciasen a aquel plan absurdo.

No lo consiguió. Apenas le dirigían la palabra.

El martes por la mañana, su madre le entregó un sobre delgado de color marfil que lucía un elaborado escudo con las palabras «Academia Cimmeria» en gruesos trazos de tinta negra. Debajo, en delicada caligrafía: «Información para los alumnos nuevos».

Contenía dos hojas de papel que parecían escritas a máquina. Allie no estaba segura (en realidad nunca había visto nada escrito a máquina), pero aquellas letras pequeñas y cuadradas creaban suaves hendiduras en el grueso papel color crema. Cada página constaba de unos pocos párrafos; la primera era una carta de la directora del colegio, una tal Isabelle le Fanult. Decía que estaba deseando recibir a Allie en la escuela.

Pues qué bien, pensó mientras tiraba la carta a un lado. La segunda hoja no contenía mucha más información. Decía que el colegio le proporcionaría los lápices, bolígrafos y papel que necesitase, así como el uniforme. Que debía marcar sus iniciales en todas las prendas que llevase consigo, con rotulador de tinta permanente o «bordadas». Y también que llevase botas de agua y un impermeable porque «los terrenos de la escuela son grandes y de ambiente rural».

Revisó el resto de la carta buscando la inevitable y siniestra alusión al «Reglamento escolar» y, como era de esperar, allí estaba, destacado en negrita:

La totalidad de las normas de conducta que los alumnos deben observar les será proporcionada a su llegada. Por favor, asegúrate de leerlas y cumplirlas al pie de la letra. El incumplimiento de cualquiera de estas normas será castigado con severidad.

Y justo debajo, algo aún peor:

A los alumnos no se les permite abandonar las instalaciones de la escuela con posterioridad a su llegada sin permiso expreso de sus padres o de la directora. Los permisos solo se concederán en

casos excepcionales.

A Allie le temblaban las manos cuando recogió la primera página del suelo, dobló las cartas para meterlas en el sobre y las guardó en el escritorio.

¿Adónde me envían, a un colegio o a un correccional?

A continuación bajó a la cocina, donde su madre estaba preparando la cena.

—Voy a llamar a Mark —declaró Allie en tono desafiante al mismo tiempo que cogía el teléfono, que reaparecía como por arte de magia cada vez que sus padres estaban en casa.

—¿Ah, sí?

Su madre dejó el cuchillo sobre la encimera.

—Si voy a ir a la cárcel, tengo derecho a hacer una llamada, ¿no? —dijo en un tono de justa indignación. Todo aquello había llegado demasiado lejos.

La madre escudriñó el semblante de su hija durante unos instantes. Luego se encogió de hombros, recuperó el cuchillo y siguió cortando un tomate en rodajas finas. —Muy bien, pues llama.

Al ir a marcar, Allie se quedó unos segundos en blanco. Tenía el número de Mark grabado en el móvil, por lo que rara vez lo marcaba de memoria.

La señal de llamada se repitió varias veces.

—Sí.

La voz de su amigo le sonó tan familiar y tranquilizadora que por un momento Allie temió haber enloquecido.

—Hola. Soy Allie.

—¡Allie! Maldita sea. ¿Dónde te has metido?

Mark parecía tan aliviado como ella.

—Encerrada bajo llave —fulminó a su madre por la espalda—. Me han quitado el teléfono y el ordenador. No me dejan salir de casa. ¿Qué tal te va a ti?

—Ah, lo normal —se rio él—. Los viejos están cabreados y los profes también, pero ya se les pasará.

—¿Te han expulsado?

—¿De dónde? ¿Del instituto? No. ¿Y a ti?

—Eso parece. Mis padres me envían a un campo de prisioneros que se empeñan en llamar colegio. En alguna parte de Mongolia Exterior.

—¿En serio? —Mark parecía disgustado de verdad—. ¡No fastidies! ¿Por qué son tan bordes? Nadie se hizo daño. A Ross se le pasará. A mí me tocará hacer algún que otro trabajo para la comunidad, disculparme con todo el mundo y, después, de vuelta a la tortura académica. No me puedo creer que tus padres sean tan sádicos.

—Yo tampoco. Oye, los sádicos dicen que no podré hablar contigo una vez que esté en esa cárcel escuela, pero por si quieres encontrarme se llama Cimmer...

La línea enmudeció. Allie alzó la vista y vio a su madre con el enchufe del teléfono en la mano, arrancado de la pared, y un semblante premeditadamente inexpresivo.

—Ya está bien —dijo mientras retiraba con suavidad el auricular de la mano de su hija.

Cuando la madre de Allie siguió cortando tomates tan tranquila, Allie la miró sin dar crédito a lo que acababa de suceder. En el transcurso de treinta segundos la palidez de su cara mudó a un rojo encendido mientras pugnaba por contener las lágrimas. Por fin se giró sobre los talones y salió de la cocina hecha una furia.

—Estáis... como... ¡cabras!

Aunque empezó hablando en susurros, la frase se fue convirtiendo en un grito conforme subía las escaleras. Cerró de un portazo la puerta de su habitación y se quedó allí plantada, mirando a su alrededor, perpleja.

Aquel lugar ya no le parecía su hogar.

El miércoles amaneció cálido y radiante. Al despertar, Allie descubrió sorprendida que ante todo se sentía aliviada. Por lo menos aquella fase del castigo había llegado a su fin.

Se pasó media hora plantada frente al armario tratando de decidir qué ponerse. Por fin optó por unos vaqueros de pitillo negros y una camiseta negra sin mangas con la palabra «Problema» garabateada en color plata en la parte delantera. Se cepilló la melena roja y brillante, y decidió llevarla suelta.

Al contemplarse en el espejo se vio pálida. Asustada.

Puedo hacerlo mejor.

Con el lápiz de ojos se dibujó un trazo negro y grueso sobre la línea de los párpados, que completó con una gruesa capa de máscara de pestañas. A continuación rebuscó bajo la cama, sacó sus botas Doc Marten granates, de caña alta, y se las anudó por encima de los vaqueros. Cuando bajó pocos minutos después tenía el aspecto, según ella, de una estrella del rock. Emanaba un aire de rebeldía.

Al reparar en el atuendo, la madre de Allie profirió un suspiro dramático, pero no dijo nada. El desayuno transcurrió en silencio sepulcral. En cuanto hubo concluido, sus padres la dejaron a solas para que terminara de hacer el equipaje. Allie amontonó la ropa sobre la cama y después se sentó entre las prendas, con la cabeza apoyada en las rodillas dobladas, contando las respiraciones hasta que se tranquilizó.

Aquella tarde, mientras caminaban hacia el coche, Allie permaneció un segundo mirando su casa, una vivienda pareada normal y corriente, con la intención de memorizarla. No era gran cosa, pero siempre la había considerado su hogar, con toda la belleza y el sentimiento que la palabra entraña.

En aquellos momentos le parecía idéntica a cualquier otra casa de la calle.

Tres

El viaje en coche fue espantoso. En circunstancias normales, a Allie le habría encantado la idea de abandonar la ciudad un cálido día de verano, pero a medida que las bulliciosas calles de Londres cedían el paso a onduladas campiñas salpicadas de ovejas que dormitaban al sol, la invadió un sentimiento de soledad. Por otra parte, tampoco en el coche reinaba un ambiente muy alegre que digamos. Sus padres prácticamente la ignoraban, y su madre, aferrada al mapa, se limitaba a dar alguna que otra indicación.

Acurrucada en el asiento trasero, Allie clavó una mirada resentida en las nuca de sus padres. ***¿Por qué no compran un GPS como todo el mundo?***

Había formulado aquella misma pregunta muchas veces en el pasado, pero su padre se limitaba a responder que no les importaba ser unos retrógrados y que «todo el mundo debería aprender a interpretar un mapa».

Pues qué bien.

Al no tener acceso al plano, Allie se conformaba con hacer conjeturas sobre su destino exacto.

No habían llegado a decirle dónde estaba el colegio, y los nombres de los desvíos pasaban zumbando (***Guilford, Camberley, Farnham...***). En cierto momento abandonaron la autopista y empezaron a circular por onduladas carreteras secundarias flanqueadas por altos setos que le tapaban la visibilidad a su paso por los pueblos (***Crondall, Dippenhall, Frensham...***). Por fin, dos horas después, tomaron un tortuoso camino de tierra. A paso de tortuga, se internaron en un bosque frondoso, donde reinaban el frescor y el silencio. Tras unos minutos de botar y zarandearse cada vez que el coche esquivaba los peores baches, llegaron a una alta verja de hierro.

Se detuvieron. Solo el murmullo del motor turbaba el silencio.

Durante un largo minuto, se limitaron a esperar.

—¿No tienes que tocar el claxon o llamar a un interfono o algo del estilo? —susurró Allie, que veía aquella imponente verja negra internarse en los bosques hasta donde se perdía la vista.

—No —el padre de Allie también cuchicheaba—. Debe de haber un circuito cerrado de cámaras o algo así. Cuando llegan visitantes, lo advierten. La otra vez que vinimos solo tuvimos que esperar unos pocos...

Las verjas temblaron y poco después se abrieron hacia dentro con un sonido metálico. Al otro lado, el bosque se prolongaba bajo un sol cuyos rayos apenas se filtraban entre la densa fronda.

Allie se quedó mirando las sombras que se cernían ante ella.

Bienvenida a tu nuevo colegio, Allie. Bienvenida a tu nueva vida.

Mientras las puertas completaban el movimiento de apertura, contó los latidos de

su corazón. **Bum-bum. Bum-bum...** Trece latidos antes de que la carretera se abriera ante ellos. El corazón le latía con tanta fuerza que miró a sus padres a hurtadillas por si también ellos lo oían. Sin embargo, solo los vio aguardar pacientemente. Su padre tamborileaba con los dedos en el volante.

Veinticinco latidos y las puertas se abrieron del todo con un estremecimiento.

En el coche, su padre metió primera.

Volvían a avanzar.

Al notar un nudo en la garganta, Allie se concentró en la respiración. Lo último que quería era sufrir otro ataque de pánico en aquel preciso instante y contar la ayudaba a tranquilizarse. Por desgracia, no conseguía ahuyentar el mal presentimiento que empezaba a embargarla.

No te pongas histérica, se dijo. **Solo es un colegio más, Allie. Céntrate.**

Funcionó. Su respiración se normalizó una pizca.

Su padre guió el automóvil por una avenida de grava fina que se internaba en la fronda del bosque. En comparación con el deteriorado camino de tierra que acababan de dejar atrás, el coche parecía flotar por aquel suelo liso y bien conservado.

Allie seguía contando pulsaciones: durante ciento veintitrés latidos, nada salvo árboles y sombras; luego, al alcanzar un claro, un redoble de tambor coronario y el colegio se irguió ante ellos.

Perdió la cuenta.

Aquello superaba sus peores sospechas. Al pie de una cuesta empinada y boscosa, intempestivo a la brillante luz del sol, se desplegaba un enorme caserón gótico de ladrillo rojo oscuro. Se diría que habían arrancado aquella construcción de tres pisos de otra época y lugar para dejarla caer allí, en... dondequiera que estuvieran. Lo más llamativo era el tejado irregular, en forma de abruptos picos y torreones, coronados por lo que parecían dagas de hierro forjado hendiendo el cielo.

Maldita sea.

—Es un edificio impresionante —exclamó el padre de Allie.

—Yo más bien diría espeluznante —gruñó la madre.

Tétrico. La palabra que buscan es «tétrico».

En marcado contraste con aquella siniestra construcción, el sol trocaba la avenida de grava en una larga pieza de marfil que serpenteaba hacia la gran puerta de ébano recortada en la pared de ladrillos oscuros. Cuando se internaron en la sombra que proyectaba el edificio, el padre de Allie detuvo el coche.

En cuanto cesó el movimiento, la puerta se abrió y salió una mujer delgada y sonriente que bajó la escalinata con paso ágil. Llevaba la abundante melena color miel recogida con desenfado, y el cabello se le rizaba en las puntas, agradecido. A Allie le reconfortó el aire de absoluta normalidad que desprendía: llevaba las gafas sobre la cabeza y un cárdigan de algodón color crema sobre un vestido azul claro.

Los padres de Allie se apearon para saludarla. Como a nadie parecía importarle que se hubiera quedado rezagada, Allie abrió la portezuela de mala gana y se bajó del asiento trasero del Ford, que de repente le parecía un lugar amigable y familiar. No cerró la puerta.

En lugar de reunirse con los demás, se apoyó en el automóvil y contempló con recelo la escena que se desplegaba ante ella. Esperando. Veintisiete latidos.

Veintiocho. Veintinueve.

—Señor y señora Sheridan, encantada de volver a verlos —la mujer tenía una voz cálida y cantarina; sonreía con facilidad—. Espero que el viaje no les haya resultado muy pesado. A veces hay un tráfico terrible en el trayecto que discurre desde Londres hasta aquí. Por lo menos hace un día maravilloso, ¿verdad?

Allie advirtió que la mujer tenía algo de acento, pero no supo identificarlo. ¿Escocés? Otorgaba a sus palabras un aire rebuscado pero delicado al mismo tiempo, como si estuvieran labradas.

Cuando acabaron de intercambiar los saludos de rigor y la conversación empezó a decaer, los tres se volvieron a mirar a Allie. Las sonrisas educadas de sus padres desaparecieron, reemplazadas por los semblantes estudiadamente impasibles a los que la joven, para su fastidio, había acabado por acostumbrarse. Sin embargo, la directora le sonrió con cariño.

—Y tú debes de ser Allie.

Escocesa, seguro. Aunque con un deje raro... casi imperceptible.

—Allie, soy Isabelle le Fanult, la directora de la Academia Cimmeria. Me puedes tutear. Bienvenida.

Le sorprendió un poco que se dirigiera a ella por su diminutivo en lugar de llamarla «Alyson», como siempre hacían sus padres. También le extrañó que una directora la invitara a hablarle de tú.

Pero mola.

Isabelle le tendió una mano delgada y pálida. Tenía unos preciosos ojos de color miel y de cerca parecía más joven que cuando la había atisbado a lo lejos.

Allie no quería saber nada de aquel lugar —no quería saber nada de aquella mujer—, pero se sorprendió a sí misma respondiendo al saludo. Y cuando la directora le estrechó la mano con un apretón fuerte y frío para después soltarla con suavidad, se relajó una pizca.

Isabelle sostuvo su mirada un momento más de la cuenta, y Allie creyó ver compasión asomando a sus ojos antes de que se volviera a mirar a sus padres con una sonrisa y un ademán de disculpa.

—Lo lamento, pero es nuestra política que los padres se despidan aquí de sus hijos. Cuando los alumnos cruzan el umbral, dan comienzo a su nueva vida en Cimmeria, y nos gusta que lo hagan de manera independiente.

A continuación, mirando a Allie, prosiguió:

—¿Has traído mucho equipaje? Espero que podamos llevarlo entre las dos. Casi todo el personal está atareado en estos momentos, por lo que me temo que nos las tendremos que apañar solas.

Por primera vez, Allie intervino:

—No he traído gran cosa.

Era verdad. El colegio proporcionaba tanto material y permitía traer tan poco que al final todo le había cabido en un par de bolsas de viaje medianas, donde llevaba sobre todo libros y cuadernos. El padre de Allie fue a buscarlas al maletero del coche. Isabelle tomó la más grande con sorprendente facilidad. Intercambió amables frases de despedida con los adultos y luego echó a andar hacia el colegio.

—Esfuérzate y mándanos una carta de vez en cuando —le dijo su padre.

No había abandonado su actitud distante, aunque parecía triste cuando le dio a Allie un abrazo rápido.

Su madre le apartó un mechón de la cara, pero evitó sus ojos.

—Por favor, dale a este lugar una oportunidad. Y llámanos si nos necesitas.

Estrechó a Allie con fuerza apenas un segundo. Luego la soltó y se encaminó al coche sin mirar atrás.

Allie se quedó allí plantada, con los brazos caídos, viendo cómo el vehículo desandaba el camino por la suave avenida de grava. Se le saltaron las lágrimas, pero sacudió la cabeza con decisión para ahuyentarlas. Tras coger el resto del equipaje, se volvió a mirar a Isabelle, que la observaba.

—Siempre es duro la primera vez —le dijo ella con un tono de voz amable—. Mejora con el tiempo.

Luego, mientras se dirigía a paso vivo hacia la escalinata de entrada, añadió por encima del hombro:

—Me temo que tendremos que andar un poco. Descubrirás que este edificio es sencillamente inacabable.

Las últimas palabras le llegaron amortiguadas desde el interior. Allie vaciló un instante antes de echar a andar tras ella.

—De camino, haremos un rápido **tour** turístico —estaba diciendo Isabelle, pero Allie apenas la oía, extasiada como estaba en la contemplación del inmenso vestíbulo.

Una vidriera en lo alto convertía la brillante luz del sol en una sombra de mil colores que sumía el lugar en frío y penumbra. Gruesas arcadas de piedra reforzaban un techo que se alzaba a no menos de seis metros de altura. El suelo era de mármol, pulido por el roce de miles y miles de pies a lo largo de cientos de años.

Candelabros de metro y medio se erguían como centinelas en cada rincón y

antiguos tapices decoraban algunas de las paredes, cuyas imágenes Allie casi no pudo admirar por miedo a perder de vista a la directora.

Desde el vestíbulo accedieron a un amplio pasillo con los suelos forrados en madera oscura. Isabelle entró en la primera sala a la derecha. En el interior había más de una docena de grandes mesas de madera, redondas, cada cual rodeada de ocho sillas. A lo largo de una de las paredes se extendía un enorme hogar cuya altura sobrepasaba a la propia Allie.

—Este es el comedor. Aquí se sirven todas las comidas del día —explicó, aguardando lo justo para que su nueva alumna echara un vistazo antes de retomar la caminata por el pasillo.

Poco más allá, al otro lado del corredor, la directora traspasó un umbral en forma de arco. Los suelos de aquella sala eran de madera pulida, los techos se alzaban casi tan altos como en la entrada, y estaba prácticamente vacía. El hogar era tan grande que empequeñecía a Isabelle y enormes candelabros de metal pendían de cadenas sujetas al techo.

—Este es el salón de actos. Aquí celebramos los acontecimientos importantes: bailes, reuniones y cosas así —aclaró Isabelle—. Esta es la parte más vieja del edificio. Mucho más antigua que la fachada. Más antigua incluso de lo que parece.

Giró sobre sus talones y siguió andando a toda prisa. Allie correteaba para no quedar atrás e incluso jadeaba un poco debido al esfuerzo. Isabelle avanzaba como una flecha. Giró a la izquierda y señaló con un gesto otra puerta, explicándole al mismo tiempo que allí estaba la sala común. Entonces iniciaron el ascenso por una amplia escalinata de madera resguardada por una imponente barandilla de caoba. Las alpargatas de Isabelle emitían un ligero bufido a cada paso, mientras le recitaba de un tirón datos y cifras relativos al edificio. Allie se sentía abrumada ante tanta información; la escalinata era eduardiana, ¿o Isabelle había dicho victoriana? El comedor se remontaba a la época de la Reforma... ¿o era Tudor? La mayoría de las aulas se encontraban en el ala este, pero ¿qué había en la oeste?

Coronados dos tramos de escaleras, Isabelle giró a la izquierda y recorrió otro pasillo. A continuación ascendió por una escalera más estrecha que desembocaba en un corredor largo y mal iluminado, donde se alineaban varias puertas de madera pintadas de blanco.

—Estos son los dormitorios de las chicas. Veamos, estás en el 329... —se apresuró por el pasillo hasta dar con el número indicado y empujó la puerta.

Era una habitación oscura y pequeña, con una cama desnuda, una cómoda con el escritorio a juego y un armario, todo pintado del mismo blanco inmaculado.

Isabelle cruzó el cuarto, levantó una aldaba que Allie no alcanzaba a ver y abrió el postigo que protegía la pequeña ventana en forma de arco. Al instante, la habitación se iluminó con la luz dorada del atardecer.

—Solo necesita un poco de aire fresco —comentó la mujer en tono alegre mientras regresaba a la puerta—. Tienes los uniformes en el armario. Tus padres nos facilitaron tu talla, pero si algo no te sienta bien, dínoslo. Deberías tener todo lo que necesitas. ¿Te dejo a solas para que deshagas el equipaje? La cena es a las siete, ya sabes dónde está el comedor. Ah, por cierto... —se volvió a mirarla—. He visto que no vas muy bien en Literatura, así que te he apuntado a mi clase. Es un seminario especial con pocos alumnos; espero que te parezca interesante.

Allie, que estaba abrumada por tanta información, asintió en silencio; luego, al comprender que debía decir algo, afirmó no muy convencida:

—Estaré... bien.

Isabelle inclinó la cabeza a un lado y escudriñó su rostro un instante antes de asentir.

—Hay mucha información sobre la escuela y las clases a las que asistirás en el sobre que tienes encima del escritorio —aclaró.

Allie no había reparado al entrar en el gran sobre marcado con su nombre, pero al verlo se preguntó cómo era posible que lo hubiera pasado por alto.

—¿Alguna pregunta antes de que me vaya?

Empezó a decir que no con un movimiento de la cabeza pero se interrumpió. Se miró los pies y volvió a alzar la vista. Jugueteó con la orilla de la camiseta, como dudando.

—Eres la directora, ¿verdad?

Isabelle asintió, algo perpleja.

—¿Y por qué haces todo esto? —Allie señaló a su alrededor con un gesto vago.

—No te entiendo —respondió la otra, que obviamente estaba confundida—. ¿Por qué hago qué?

Allie trató de explicarse.

—Recibirme en la puerta, llevarme a mi habitación, enseñarme la escuela...

Isabelle titubeó cruzándose de brazos al mismo tiempo con desenfado. Adoptó un tono de voz amable.

—Allie, tus padres me han hablado mucho de ti. Sé lo que pasó, y siento muchísimo lo de tu hermano. Comprendo lo que significa perder a un ser tan querido, y soy consciente de lo fácil que resulta quedar atrapado en ese... horror y no volver a salir. Sin embargo, no debes dejar que lo sucedido te destruya la vida. Tienes mucho que ofrecer y es mi trabajo ayudarte a comprenderlo. Estoy aquí para que te recuperes a ti misma.

Se dirigió a la puerta, donde apoyó la mano contra la hoja.

Tres inspiraciones y dos exhalaciones.

—Enviaré a una prefecta para que se presente y te resuelva cualquier duda —siguió hablando Isabelle—. Vendrá a las seis. De ese modo tendréis tiempo de

aclararlo todo antes de la cena. Los horarios de las comidas son estrictos... Por favor, sé puntual.

Se dio media vuelta con su brío habitual, pero cerró la puerta con suavidad y la ajustó sin apenas hacer ruido.

Allie suspiró.

A solas en la habitación, se puso a pensar. ¿Por qué sus padres le habían hablado a Isabelle de Christopher? El asunto siempre había pertenecido a la intimidad familiar. ¿Y por qué aquel colegio era tan extraño? ¿Por qué no se habían cruzado con un solo alumno en el pasillo de camino a los dormitorios? Aquel lugar parecía desierto.

Todo era muy raro.

Depositó una bolsa sobre la cama. Después de abrir la cremallera, procedió a sacar las cosas antes de buscarles un lugar. Colocó los libros en la estrecha estantería que había junto al escritorio. Se dispuso a guardar la ropa en la cómoda, pero al abrir los cajones descubrió que estaban llenos de camisetas, pantalones cortos y jerséis blancos o azul noche, con el emblema de Cimmeria estampado en el pecho, a la izquierda.

Abrió el armario muerta de curiosidad, y encontró faldas, camisas y chaquetas, todas de uniforme. Hurgó en el interior y sus dedos tocaron algo ligero y vaporoso. Al sacar las perchas descubrió que albergaban delicados vestidos de varios colores. Isabelle había mencionado los bailes, pero no le había dicho que la escuela proporcionara vestidos de fiesta. Sostuvo un vestido de terciopelo azul oscuro; parecía *vintage*, con su falda de vuelo hasta la rodilla y un sofisticado escote bordado en forma de pico.

Se quedó mirándolo perpleja. ¿Qué hacía eso ahí?

Nunca había asistido a un baile de verdad; sus colegios anteriores no tenían por costumbre celebrar ese tipo de fiestas. La idea de ponerse un vestido caro y asistir a un baile formal le provocó un escalofrío nervioso. ¡Menuda papeleta! Si no sabía bailar.

Mientras acariciaba aquella tela tan suave, trató de imaginarse a sí misma picoteando canapés e intercambiando frases de cortesía. Soltó una carcajada amarga.

Este no es mi mundo.

Allie devolvió las prendas al armario, cerró la puerta de madera y se sentó al pequeño escritorio, de cara a la ventana. Desde la silla, podía ver el cielo azul y las copas verdes de los árboles. La tarde empezaba a refrescar, y el aire olía a pino y a verano. Abrió el sobre y sacó un pliego de papeles. Isabelle no bromeaba al hablar de «muchísima información».

En el interior había un plano del edificio, en el que se esbozaba dónde estaban los dormitorios en relación a las aulas, los comedores y los aposentos de los profesores.

La segunda hoja detallaba el horario: Literatura, Historia, Biología, Matemáticas, Francés... Las asignaturas habituales.

A continuación encontró un archivador negro en cuya tapa se leía:

El Reglamento

Contenía páginas y más páginas escritas a mano en una caligrafía anticuada pero hermosa. Sin embargo, antes de que pudiera ponerse a leerlas, alguien llamó.

La puerta se abrió para ceder el paso a una chica bonita ataviada con el uniforme de Cimmeria: camisa blanca de manga corta con el escudo de rigor y falda plisada azul marino hasta la rodilla. Allie pensó que tenía una expresión circunspecta. Llevaba el pelo liso, de un rubio platino, cortado en media melena y sandalias Birkenstock de color rosa. Allie advirtió también que la pedicura de la muchacha hacía juego con el calzado, y de inmediato se sintió incómoda y poco femenina.

¿Cuándo fue la última vez que me pinté las uñas de los pies?

Tuvo la impresión de que la chica hacía esfuerzos por no mirarla fijamente.

—¿Allie?

Tenía una voz ronca que desentonaba con su aspecto.

Ella asintió y se levantó del escritorio.

—Soy Jules, la prefecta de tu clase. Isabelle me ha pedido que me reuniera contigo.

—Mmm, gracias.

Allie tironeó nerviosa de la orilla de su camiseta, mientras se preguntaba si debería haberse cambiado de ropa.

Se hizo un silencio. Jules enarcó una ceja con ademán inquisitivo y volvió a intentarlo.

—Pensó que tal vez tendrías preguntas que hacerme.

Allie intentó discurrir alguna pregunta interesante. Sin éxito.

—Así que, ¿se supone que debemos llevar el uniforme a diario? ¿Siempre?

Jules asintió.

—Siempre que estamos en las instalaciones, vamos de uniforme. Hay una sección entera dedicada al tema en los documentos que Isabelle te ha dejado.

—Había empezado a hojearlos —Allie habría dado cualquier cosa por dejar de tropezar con las palabras. Jules desprendía muchísima confianza en sí misma—. Es que son muchas hojas.

—Demasiadas cosas que asimilar el primer día —reconoció la prefecta—. Creo que a mi llegada a la escuela lo habría pasado fatal de no ser porque mi hermano ya estaba aquí, lo cual fue de gran ayuda. Muchos alumnos de Cimmeria tienen parientes que asistieron al colegio... ¿Tú tienes alguno?

Allie hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ni siquiera había oído hablar de este lugar hasta hace unos días.

Aunque pareció sorprendida, Jules se limitó a decir:

—Bueno, en ese caso será mejor que te enseñe el área de los dormitorios, aunque no hay mucho que ver, a decir verdad.

Allie dio unos pasos en dirección a la puerta, pero la prefecta lanzó una mirada elocuente a su atuendo.

—¿Por qué no te pones primero el uniforme?

Roja como un tomate, Allie se cruzó de brazos, pero Jules no se dio por aludida.

—Te espero fuera —se limitó a decir. Y sin aguardar respuesta, abandonó el cuarto.

En cuanto la puerta se cerró, Allie abrió el armario y sacó una camisa blanca y una recatada falda azul iguales a las que llevaba Jules. Arrojó las prendas sobre la cama.

¿Se había burlado de su ropa? No podría jurarlo, pero parecía tan... perfecta.

Ya lo creo que se estaba burlando de mí, pensó Allie con amargura. ***Eso es lo que hacen las chicas como ella.***

Las chicas con las uñas de los pies perfectas... Desabrochó las botas con brusquedad y las escondió bajo la cama a patadas.

Las chicas con la melena perfecta...

Buceó en el armario en busca de un calzado aceptable, pero solo pudo encontrar unos zapatos negros con suela de goma y calcetines blancos de colegiala.

Mientras se los ponía, hizo una mueca.

Las insoportables chicas perfectas.

Al mirarse en el espejo de la puerta para comprobar el resultado, reparó avergonzada en su agresivo maquillaje; Jules solo llevaba brillo de labios. Por desgracia, no podía ponerle remedio de momento.

Se alisó el pelo con las manos y salió a toda prisa. La prefecta la esperaba apoyada contra la pared.

—Ahora pareces una de nosotros —aprobó mientras recorrían aquel pasillo estrecho.

Allie no supo cómo tomarse el comentario.

—Antaño esta zona estaba destinada al servicio —explicó Jules, ajena al resentimiento que despertaba en Allie—. El edificio se fue expandiendo con el paso de los años, por lo que hoy día es mucho más grande que en sus orígenes. El cuarto de baño está aquí... —señaló con un gesto la única puerta del pasillo que no estaba numerada—. Lo compartimos todas, de modo que si no vas a primera hora o bastante tarde, te tocará esperar.

Doblaron hacia las escaleras. El edificio parecía mucho más animado. Por todas partes se veían alumnos de uniforme charlando y riendo.

—Supongo que Isabelle te ha enseñado el comedor —prosiguió Jules—. ¿Te ha

llevado a la sala común?

Allie negó con la cabeza.

—Es la sala más importante del colegio —comentó la muchacha mientras la guiaba hacia las escaleras—. Nos reunimos allí después de clase, siempre que no estemos ocupados con tareas.

—¿Tareas? —se extrañó Allie.

Jules la miró como si no diera crédito a la pregunta.

—Los deberes —explicó al mismo tiempo que abría una puerta al pie de la escalera.

Accedieron a una zona muy acogedora, decorada con sofás de piel, alfombras orientales desperdigadas por el suelo, un piano en un rincón y estanterías repletas de libros y juegos, altas hasta el techo. Varias de las mesas tenían tableros de ajedrez pintados en la superficie. La habitación estaba desierta salvo por un sillón situado al otro extremo, donde un chico las miraba por encima de lo que parecía un libro antiguo. Tenía el pelo liso y negro, la boca fuerte y unos enormes ojos oscuros enmarcados por pestañas gruesas; apoyaba los pies con abandono en uno de los tableros de ajedrez. Los ojos de ambos se encontraron y Allie tuvo la extraña sensación de que el chico sabía quién era ella. No le sonrió ni pronunció palabra alguna, pero tampoco dejó de mirarla. Al cabo de un momento, que pareció durar una eternidad, ella apartó los ojos y se volvió hacia Jules, que la contemplaba con expresión expectante.

Di algo.

—¿No hay, eh... televisión? ¿O estéreo...? —creyó oír una risita procedente del otro lado de la habitación, pero rehusó volver a mirar al chico.

De nuevo advirtió perplejidad en el semblante de Jules, como si acabara de preguntarle qué era aquella esfera dorada y brillante del cielo.

—No, claro que no —la joven adoptó un tono grave—. Ni televisión ni iPod ni portátiles ni móviles... En realidad, nada del siglo XXI. ¿De verdad que tus padres no te lo han mencionado?

Con cada artículo de la lista de cachivaches prohibidos que Jules recitó para ella, el corazón de Allie se hundía más y más. En respuesta a la pregunta de la prefecta, negó con la cabeza en silencio.

La otra parecía asombrada, pero se recompuso lo suficiente como para dar una explicación.

—Se supone que debemos aprender a divertirnos por métodos más tradicionales. Como la conversación y la lectura. Créeme, estarás tan ocupada con los deberes que no tendrías tiempo para ver la tele ni aunque pudieras —Jules se dio media vuelta para abandonar la sala—. Todo está explicado en el sobre...

Ese estúpido sobre. Tardaré toda la maldita noche en leerlo y descubrir la

basura que me espera.

Sin volverse a mirar al chico del sillón, siguió a la prefecta por el pasillo. Jules rozó una puerta al pasar.

—Aquí está la biblioteca. Acabarás por conocerla muy bien.

Cruzaron el vestíbulo principal y la joven empujó una pesada puerta que daba acceso al ala este del edificio.

—Aquí están las aulas. Los primeros días te orientarás mejor por los números. En el horario verás que cada clase tiene asignado un número de aula. Todos las conocemos por el nombre del profesor, pero eso no te será de gran ayuda al principio, porque no están indicados en la puerta. En la planta baja se encuentran las clases que van de la uno a la veinte, de la cien a la ciento veinte están en el primer piso y no tienes permiso para entrar en cualquier aula por encima de ese número.

Allie la miró sorprendida, pero antes de que pudiera preguntar por qué, Jules dijo:

—Bueno, tienes unos veinte minutos antes de la cena, y te sugiero que leas la documentación del sobre ahora que aún tienes tiempo. El contenido es muy importante. En caso contrario me parece que mañana andarás un poco perdida. Los profesores te entregarán los libros en cada clase, por cierto, de modo que solo has de llevar papel y boli. En tu escritorio debería haber en abundancia.

Volvían a subir las escaleras que conducían a los dormitorios.

—Estoy en la habitación 335, si me necesitas, pero cualquiera te echará una mano si te pierdes, ¿de acuerdo?

Le hizo un gesto de despedida y se dio media vuelta mientras Allie regresaba a su cuarto.

Dejando aquel ***Reglamento*** tan raro para más tarde, hojeó el montón de papeles que aguardaba en su escritorio e intentó concentrarse en la guía del estudiante («Los alumnos deben estar sentados en sus pupitres antes de que el instructor dé comienzo a cada clase...»), pero sus pensamientos volvían una y otra vez al chico del sillón de piel. Revisó su memoria en busca de encuentros pasados, pero no pudo recordar ninguno. Estaba segura de que él la había reconocido, o cuando menos sabía quién era. Hizo girar el lápiz entre los dedos mientras evocaba el modo en que aquellos ojos oscuros la habían escudriñado.

Mientras pasaba otra página echó un vistazo al reloj.

Mierda.

Faltaba un minuto para las siete. ¿Adónde habían ido a parar los veinte minutos? La cena estaba a punto de empezar.

Salió corriendo de la habitación y estuvo a punto de chocar con una chica rubia de pelo corto que volaba por el pasillo.

—¡Cuidado! —gritó la otra sin reducir el paso. Allie aceleró pegada a sus talones.

—¡Perdona! No te he visto.

La rubita no se volvió a mirarla, y ambas se precipitaron escaleras abajo hasta detenerse en seco a la entrada del comedor. Sin pronunciar palabra, entraron en la sala con idéntico aire apurado, como si se hubieran despistado charlando. La chica rubia la miró y le guiñó un ojo antes de sentarse en la que parecía ser su mesa habitual, a juzgar por cómo la recibieron sus compañeros.

La sala ofrecía un aspecto muy distinto al de su primera visita, en compañía de Isabelle. Las llamas de multitud de velas titilaban sobre las mesas cubiertas con manteles blancos. Platos decorados con los colores del colegio y vasos de cristal destellaban ante cada asiento. Al localizar una silla vacía, Allie se sentó. Como si alguien hubiera apretado un botón para quitar el sonido, la conversación en torno a la mesa murió al instante. Siete pares de ojos la observaron con curiosidad.

—¿Os importa que me, ejem... siente aquí? —nerviosa, miró a su alrededor.

Antes de que nadie tuviera tiempo de contestar, la puerta de la cocina se abrió y apareció el personal de servicio, vestido de negro, portando bandejas de comida. Alguien colocó una jarra de agua junto al codo de Allie. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de la sed que tenía y sintió deseos de llenarse el vaso, pero prefirió esperar a ver qué hacían los demás. Nadie movió ni un dedo.

—Por favor, hazlo.

Volvió la vista hacia la voz de acento francés que había hablado a su izquierda, donde un chico de piel bronceada, abundante pelo negro y exquisitos ojos azules la miraba.

—¿Perdón?

—Siéntate. Por favor, hazlo.

Sonrió agradecida.

—Gracias.

Él le devolvió la sonrisa y Allie pensó que iba a derretirse. Era guapísimo.

—De nada. ¿Serías tan amable de pasarme el agua?

Allie le acercó la jarra y, para su alivio, el chico le llenó el vaso primero. Bebió la mitad de un trago y luego se sirvió ternera y patatas de la bandeja que él le tendía. Como volvía a reinar el silencio, miró a su vecino de mesa de refilón.

Carraspeó.

—Soy Allie —se presentó.

Algo le dijo que él ya lo sabía.

—Yo soy Sylvain. Bienvenida a Cimmeria.

—Gracias —respondió, por un momento contenta de estar allí.

La comida estaba deliciosa. No había probado bocado desde aquel desayuno incómodo y horrible, y ahora engullía con ansia. Sin embargo, cuando levantó la vista después de meterse el último trozo de patata en la boca, descubrió que todo el mundo

la estaba mirando. Entonces el bocado le pareció enorme. Masticó con dificultad y cuando fue a coger el vaso de agua descubrió, demasiado tarde, que estaba vacío.

Con delicadeza, Sylvain lo cogió y se lo llenó. Tenía una expresión comprensiva y sus ojos claros brillaban a la luz de las velas. Mientras Allie buscaba algo interesante que decir, sus pensamientos se vieron interrumpidos.

—Eres de Londres.

La voz seca pertenecía a una muchacha pelirroja sentada al otro lado de la mesa.

—Sí. ¿Cómo lo...?

—Nos han dicho que venía una alumna nueva. Eres Allie Sheridan.

La pelirroja lo había dado por sentado, como si informara de las noticias del día.

Allie le contestó con recelo.

—Eso me han dicho. ¿Quién eres tú?

—Katie.

Nadie más se presentó.

Allie se sintió algo acobardada ante aquel escrutinio conjunto y quiso llenar los incómodos huecos de la conversación. Por desgracia, las trivialidades nunca habían sido su fuerte.

—Este colegio es... enorme —farfulló—. El edificio da un poco de miedo.

—¿Ah, sí? —le preguntó Katie, como si el comentario la sorprendiera—. Pues a mí me parece precioso. Toda mi familia ha asistido a esta escuela. ¿Tus padres también fueron alumnos?

Allie negó con la cabeza. Katie enarcó una ceja perfecta mientras las chicas que se sentaban a ambos lados de ella intercambiaban susurros.

—Qué raro.

—¿Qué es raro? —quiso saber.

—La mayoría asistimos a esta escuela por derecho de sucesión. Sylvain, yo y también Jo.

Allie no supo a quién se refería.

—¿Quién es Jo?

Katie pareció perpleja.

—La chica con la que has entrado.

—Señorita Sheridan.

Una voz atronó a sus espaldas interrumpiendo a Katie. Allie se dio la vuelta para mirar a su propietario, un hombre parcialmente calvo que tendría la edad de su padre. Era muy alto —mediría uno ochenta y cinco— y aunque llevaba un traje algo ajado tenía un porte casi militar. Allie se irguió en el asiento. En la sala se hizo el silencio.

—¿Alguien le ha explicado el reglamento que atañe a las comidas de Cimmeria?

El hombre la miraba con lo que parecía desdén.

—Sí —la voz de Allie tembló una pizca por más que se esforzó en evitarlo.

—Los alumnos deben estar en la sala antes del comienzo de cada comida. Hoy ha llegado por los pelos. Igual que usted, señorita Arringford —se giró sobre los talones y señaló a Jo, que le devolvió la mirada tan tranquila. Él se volvió otra vez hacia Allie—. Que no vuelva a pasar. Nueva o no, la próxima vez que llegue tarde será castigada.

Se alejó a grandes zancadas, con los talones repiqueteando en la silenciosa sala. Allie clavó la vista en el plato vacío. Notaba las miradas de todos los presentes fijas en ella. Enrojeció de rabia. Había llegado dos segundos tarde. Aquel hombre no tenía derecho a humillarla delante de todo el colegio por algo tan insignificante.

Al echar un vistazo a la mesa vecina vio que Jo tenía los ojos puestos en ella. Por un instante, las miradas de ambas se encontraron y Jo le dedicó una sonrisa pícaro y otro guiño antes de seguir riendo y charlando como si nada. Allie vio que un chico frotaba el brazo de Jo mientras esta apoyaba la cabeza en su hombro, pícaro y otro guiño antes de seguir riendo y charlando como si nada. Allie vio que un chico frotaba el brazo de Jo mientras esta apoyaba la cabeza en su hombro, respondiendo con una sonrisa a algo que le decía.

Allie se sintió mejor y peor al mismo tiempo.

Sus compañeros de mesa conversaban animados ignorando a Allie ostensiblemente. Todos menos Sylvain, que parecía preocupado.

—¿Quién era ese? —le preguntó mientras doblaba y desdoblaba su servilleta de lino como si no le importara lo que acababa de pasar.

—El señor Zelazny —respondió él—. El profesor de Historia. Es un poco rígido, como acabas de comprobar. Se considera a sí mismo el guardián de la escuela.

Me gustaría decirte que no te preocupes, pero en realidad no deberías buscarle las cosquillas. Te puede hacer la vida... difícil. Si yo fuera tú, me aseguraría de llegar puntual a las comidas durante los próximos días. Te estará vigilando.

—Genial —repuso Allie con resignación.

Tengo una suerte patética.

A su alrededor, los alumnos empezaban a abandonar las mesas para salir. Allie vio que dejaban los platos y los vasos donde estaban.

—¿No ayudamos a quitar la mesa? —preguntó sorprendida.

Las chicas que rodeaban a Katie soltaron unas risitas.

Katie pareció extrañada.

—Claro que no. El servicio lo hace.

Allie se volvió a mirar a Sylvain, pero el asiento del chico estaba vacío. Se había ido. Oyó más risillas y susurros en la mesa, y como ya había soportado bastantes burlas por un día, se sumó sin más comentarios a los alumnos que se dirigían hacia la puerta.

Estaba derrotada. Habría dado cualquier cosa por volver a su habitación, escuchar

música en el MP3 e intercambiar mensajes con Mark y Harry sobre los bichos raros que había conocido aquel día. Por desgracia, aquel mundo quedaba a años luz del universo rancio de Cimmeria, donde la tecnología brillaba por su ausencia y los alumnos eran demasiado repipis como para coger sus platos y llevarlos a la cocina.

De nuevo en el vestíbulo, vio que la gente se alejaba en direcciones diversas. Algunos salían al jardín, otros se dirigían a la sala común o a la biblioteca. Todos caminaban en grupo, charlando y riendo.

A solas, Allie subió las escaleras para volver a los dormitorios.

Veinticuatro peldaños hasta el primer piso y veinte más hasta el segundo, luego diecisiete pasos por el pasillo hasta llegar a su habitación.

Una vez dentro, se dio cuenta de que alguien había estado allí mientras cenaba. Habían cerrado la ventana, aunque el postigo seguía abierto. Rígidas sábanas blancas y un esponjoso edredón del mismo color inmaculado cubrían la cama; a los pies le habían dejado una manta azul oscuro cuidadosamente doblada. La ropa que había dejado tirada por el suelo había desaparecido, reemplazada por un par de zapatillas blancas de estar por casa. En la silla había dos toallas plegadas, sobre las cuales descansaba una pastilla de jabón. Habían ordenado los papeles del escritorio recogiendo en un aseado montón.

Alguien de por aquí es un maniático de la limpieza.

Después de quitarse los zapatos con los pies, Allie cogió los papeles del escritorio y se dejó caer en la cama. Casi no había llegado ni a la mitad cuando la luz del atardecer empezó a ocultarse en el cielo.

Bostezó ante el horario de clases.

Se calzó las zapatillas y cogió el cepillo de dientes para dirigirse al cuarto de baño. La embargó cierta aprensión al abrir la puerta, pero estaba vacío. Mientras se cepillaba, se contempló en el espejo. ¿Parecía mayor ahora que hacía una semana? Se sentía mayor.

De vuelta en su cuarto, cerró la contraventana y se metió en la cama. Por desgracia, cuando apagó la lamparilla del escritorio la habitación quedó sumida en una oscuridad profunda. Excesiva. Buscó a tientas la lamparilla y tiró el despertador al encenderla a toda prisa.

Salió de la cama y abrió la contraventana. Las últimas luces de aquel día estival bañaron el cuarto con un leve resplandor.

Aquello estaba mejor.

Volvió a apagar la lámpara y se quedó tendida, mirando cómo se esfumaban los últimos rayos del sol y asomaban las estrellas. Había contado ciento cuarenta y siete respiraciones cuando se quedó dormida.

—¡Allie, corre!

El grito llegó hasta ella procedente de la oscuridad, de algún lugar situado por encima de ella. En cualquier caso, Allie no entendía por qué alguien le aconsejaba que corriera... ya estaba corriendo, tan rápidamente como la llevaban las piernas. Su melena flotaba tras ella, y aunque no alcanzaba a ver los árboles con claridad —solo atisbaba sus siluetas— notaba cómo las ramas se le enredaban en la ropa, cómo las ramillas le arañaban la piel. El terreno del bosque era irregular y sabía que acabaría por tropezar. No se puede correr por un bosque a oscuras. Es imposible.

De repente, oyó unos pasos a su espalda y notó que el aire se movía como si hubiera alguien justo...

Unos dedos fuertes la agarraron por el hombro izquierdo y ella gritó mientras intentaba defenderse de quienquiera que la tuviera aferrada, tratando de golpearlo para liberarse.

Luego oyó una carcajada desdeñosa justo a su espalda y, mientras gritaba, notó que unas manos invisibles la arrastraban por los pies.

Allie se irguió sobresaltada. Por un momento no supo dónde estaba, y se arrastró a la esquina más alejada de la cama, donde se acurrucó con la espalda contra la pared y las rodillas abrazadas como para protegerse.

Entonces lo recordó. **Cimmeria. El colegio.**

Aquel sueño de nuevo. Llevaba semanas soñando lo mismo una y otra vez. Y en cada ocasión se despertaba bañada en sudor.

El cuarto seguía en tinieblas... Al mirar el reloj, comprobó que acababan de dar las doce y media. Estaba muy despierta, nerviosa, pero seguía aturdida, como si nada de aquello fuera real.

Se levantó de la cama y se inclinó por encima del escritorio para atisbar el exterior. La luna bañaba el mundo con un resplandor azul, irreal. Se encaramó al escritorio y abrió la ventana. Apoyó la barbilla en los brazos, sintiendo la brisa fresca de la noche mientras escudriñaba la oscuridad. Oyó las aves nocturnas mientras aspiraba a fondo el aire fresco. Le encantaba aquel olor —agujas de pino y suelo margoso—; la reconfortaba.

De repente oyó unos pasos... ¿arriba? ¿Cómo era posible?

Cuando se estiró para asomarse por la ventana habría jurado haber visto una sombra casi imperceptible moviéndose por el tejado.

Se quedó quieta un momento, escuchando, y creyó oír susurros apagados.

Cerró los postigos, comprobó la aldaba para asegurarse de que nadie pudiera entrar y volvió a meterse en la cama. Pocos minutos después, estaba sumida en un sueño profundo.

Cuatro

Cuando abrió los ojos, Allie encontró la habitación inundada en luz. Inmersa en esa región brumosa que separa el sueño de la vigilia pensó que aquel lugar, con las paredes de un blanco inmaculado y la colcha prístina, parecía el cielo.

Miró la esfera del despertador que descansaba sobre el escritorio: las seis y media.

¿Alguna vez en su vida había madrugado tanto? Quizá con ocasión del viaje a Francia que había hecho con su familia años atrás, pero nunca por propia voluntad.

Jamás para asistir a clase.

Mientras se desperezaba, oyó voces en el pasillo. El aire fresco de la mañana había enfriado el cuarto.

Se sentó en la cama y descubrió la ventana abierta de par en par. Pero ¿no la había cerrado la noche anterior? Recordaba haberlo hecho, pero ahora estaba tan abierta como cuando se había sentado a mirar la noche horas atrás.

A lo mejor soñé que la cerraba.

Se levantó mascullando:

—En marcha, Allie.

Después de alisarse el camisón y ponerse las zapatillas, envolvió el champú y el cepillo de dientes en una toalla y recorrió el pasillo con paso enérgico, nerviosa por no saber qué escena le deparaba aquel cuarto de baño compartido.

A diferencia del vacío sepulcral de la noche previa, el bullicio y el vapor inundaban la gran habitación, pero encontró una ducha libre. Aliviada al ver que no tenía que compartir «uno de esos horribles cubículos de cemento donde todos se duchan desnudos y revueltos», Allie corrió la cortina a su espalda y descubrió un vestuario privado junto a una espaciosa zona con ducha blanca. Ambos estaban inmaculados.

La verdad, aquello no estaba nada mal. Había mucho sitio, un gancho para colgar la ropa e incluso un banco de madera donde dejar las zapatillas a salvo del agua y la suciedad. Bajo la lluvia caliente se sintió mejor casi de inmediato. Más tarde, con el pelo mojado envuelto en una toalla, encontró un lavamanos libre donde lavarse los dientes y ni siquiera le molestó el bullicio que la rodeaba. Envuelta en un albornoz blanco y grueso como una más, nadie habría podido decir que era la nueva.

De regreso a su cuarto se puso el uniforme rápidamente, se peinó la melena húmeda y se aplicó una fina capa de máscara de pestañas. Su mano vaciló al ir a coger el lápiz de ojos... luego lo dejó en el bolso. En aquel lugar no se llevaba el estilo de los institutos londinenses.

Cogió unos cuantos bolis y papel para todo el día y los guardó en la cartera azul que había encontrado en el armario. Se la colgó en bandolera y se encaminó a las

escaleras a las siete en punto, mucho antes del límite de las siete y media marcado para el desayuno.

Al entrar en el comedor se paró un momento; otra vez estaba transformado. La luz del sol entraba a raudales por enormes ventanales alineados a lo largo de una de las paredes, algo amortiguada por las persianas blancas. Las velas titilantes y los vasos resplandecientes habían desaparecido. No había servicios sobre las mesas, cubiertas tan solo por un sencillo mantel blanco. La comida estaba expuesta en una mesa de bufé: diez tipos de cereales, una fuente de gachas recién hechas y rebanadas de pan listas para tostar. Bandejas de plata precalentadas ofrecían huevos, beicon y embutidos.

Al oler la comida, Allie descubrió que volvía a estar hambrienta, así que se sirvió tostadas, queso y huevos revueltos, además de un vaso de zumo de manzana, antes de sentarse a una mesa vacía. No reconoció a nadie de los presentes, lo cual era agradable en parte. Untó mantequilla y mermelada de arándanos en una tostada y dio un gran bocado.

—¿Está libre este sitio?

Procurando no masticar con la boca abierta, Allie se volvió a mirar y vio a Sylvain de pie a su lado. Sin pronunciar palabra, hizo un gesto negativo con la cabeza intentando al mismo tiempo tragar con delicadeza. No lo consiguió. Frunció el ceño cuando la comida atravesó su garganta. Por primera vez, creyó advertir una sonrisa en aquellos ojos extraordinarios.

—No... O sea, puedes sentarte. Por favor. Hazlo...

Sentado junto a ella sin el menor amago de incomodidad, el chico mordió un trozo de beicon.

—¿Qué tal tu primera noche? Te busqué en la sala común pero no te vi.

A Allie le dio un brinco el corazón. Clavó la mirada en el queso para que Sylvain no advirtiera hasta qué punto se sentía halagada.

—Anoche tenía mucha lectura pendiente. Pensé que sería mejor aprender cuanto pudiera para que hoy no me pillaran... ya sabes... desprevenida. El primer día y tal.

Él asintió al mismo tiempo que daba un mordisco discreto a su tostada.

—Recuerdo haberme sentido así el primer día. Es como si pretendieran que aprendieras de golpe todos los misterios de Cimmeria. Creo que la información que te dan es... —con un gesto adorable, buscó la palabra en inglés—, tan grande como esta escuela. ¿Me explico?

Encantada, esbozó una sonrisa espontánea.

—Entiendo muy bien lo que quieres decir. Es desmesurada.

—Sí. Desmesurada.

El muchacho le devolvió la sonrisa y el corazón de Allie volvió a brincar.

Basta ya, se dijo con firmeza. **Solo trata de ser educado.**

Comieron en un silencio amistoso durante un rato.

—Bueno —empezó a decir ella—. ¿Vais a menudo a la sala común? Tiene buena pinta.

Excelente conversación, Allie. Muy ocurrente.

Sylvain no pareció extrañado mientras daba un sorbo a su café con leche.

—Casi todas las noches nos reunimos allí o en la biblioteca. En verano, cuando hace más calor, muchos preferimos salir al jardín. Ayer por la noche estuve fuera, jugando al cróquet nocturno. Por eso te buscaba. Pensé que a lo mejor te apetecía jugar.

El tenedor de Allie se detuvo a medio camino de su boca.

—¿Jugasteis a cróquet por la noche? ¿En la oscuridad?

—Así es más divertido. Verás, he descubierto que muchos juegos son más interesantes si los practicas por la noche.

Sylvain le sostuvo la mirada un momento más de la cuenta.

Y así, por las buenas, Allie perdió el apetito. Desvió los ojos y paseó la vista por la sala.

Silla, mesa, chica con coleta, ventana, otra silla...

Notó que las mejillas le ardían. Cuando volvió a mirarlo, una sonrisa jugueteaba en la comisura de sus labios mientras aplastaba una esquina de la tostada entre unos dedos largos, sin apartar la vista de Allie. Unos dedos largos, sin apartar la vista de Allie.

Está coqueteando conmigo. No hay duda.

—El béisbol, por ejemplo —siguió hablando él con ademán pensativo—. Y el fútbol a oscuras, aunque resulta un poco... brusco.

Con la punta de los dedos, sostuvo un trozo de beicon en equilibrio mientras sopesaba las posibilidades.

—El tenis con raquetas fosforescentes en una noche sin luna es increíble. Creo que te encantará. Prometo encontrarte la próxima vez que juguemos... dondequiera que estés.

Ella lo miraba como hipnotizada mientras Sylvain se metía el beicon en la boca.

—Allie, qué agradable volver a verte —Katie separó una silla de la mesa y la ocupó. Llevaba en el plato una abigarrada combinación de rodajas de fruta—. Y Sylvain. Qué sorpresa.

El brillo de su melena pelirroja y rizada contrastaba con la tez lechosa y translúcida. A aquella luz suave, parecía resplandecer. La rodeaba un grupo de chicas estilosas que observaban a Allie con expresión socarrona.

Impávido, Sylvain se volvió a mirar a la recién llegada.

—En realidad ya me iba.

Se giró hacia Allie y sostuvo su mirada.

—Vamos juntos a Literatura inglesa, según creo. Esta semana estamos estudiando a Robert Browning, por si quieres leer algo antes de clase. Te veo allí.

Sylvain se alejó antes de que ella pudiera preguntarle cómo sabía a qué clases iba, pero al llegar al umbral se dio media vuelta un segundo y, cuando las miradas de ambos se encontraron, Allie se sintió como si le hubieran dejado caer una cálida manta sobre los hombros. Sonrió a su zumo de manzana mientras él se marchaba.

—Sylvain es encantador, ¿verdad? —un fuerte acento del oeste de Londres interrumpió el ensueño de Allie. Cuando alzó la vista, descubrió que Katie la miraba con complicidad—. Esos ojos soñadores y ese acento delicioso. Su novia también es encantadora, ¿verdad? —se volvió a mirar a la morenita que tenía al lado, que asintió y se rio por lo bajo—. Ahora vive en París, por lo que he oído.

Katie mordió con delicadeza un trozo de pomelo mientras el globo emocional de Allie se deshinchaba.

Vaya, su novia. Ya. Olvídalo, entonces.

No le sorprendió en absoluto que la inevitable decepción hubiera mandado a paseo sus esperanzas de un romance incipiente. Sinceramente, estaba acostumbrada. Al principio de conocer a Mark pensó que podía haber algo entre ellos. Durante dos semanas fue evidente para todo el mundo que se llevaban de maravilla. Hasta que una noche apareció con una simpática rubita llamada Charlotte que tenía debilidad por las minifaldas y la laca de uñas de color rosa fucsia.

Después de aquello, se hicieron colegas.

—Qué suerte para él —repuso Allie con resignación—. Bueno... Tengo que irme.

Se levantó y se alejó rápidamente, pero se detuvo en el último momento buscando un sitio donde dejar el plato y el vaso. Al oír risillas a su espalda, se irguió y salió con la cabeza bien alta.

Dejando atrás el comedor, Allie se reunió con los alumnos que atravesaban el gran vestíbulo con frisos de roble en dirección a las aulas del ala este. Imponentes óleos decoraban las paredes, casi todos enormes retratos de hombres y mujeres del siglo XIX que parecían mirarla con desdén desde sus trajes de gala. Algunas de aquellas pinturas reproducían el caserón de Cimmeria desde distintas perspectivas, la mayoría desde la colina, con los frondosos bosques retratados al fondo. En una de ellas, el edificio aparecía mucho más pequeño que en la actualidad; había sido pintada antes de la ampliación de la que le había hablado Isabelle.

A primera hora a Allie le tocaba clase de Biología en el aula 112, de modo que subió al primer piso, donde encontró la sala a pocos pasos de la escalera.

Los alumnos más puntuales aguardaban ya sentados en parejas tras los pupitres dispuestos en largas hileras, mientras que un hombre alto de aspecto distraído y rebelde pelo castaño hojeaba papeles ante la mesa del profesor a través de sus gafas

de montura metálica.

Allie se acercó a él.

—Hola. Soy Alyson Sheridan. Soy nueva.

Él la miró por encima de las gafas y luego siguió revolviendo papeles un buen rato antes de extraer uno en concreto, que agitó con ademán triunfal.

—Claro que sí. Te has cambiado de colegio, qué maravilla. Pero te tengo inscrita como «Allie». ¿Qué nombre prefieres?

—Allie —repuso ella sorprendida. En los colegios solían conocerla como Alyson. Allí, sin embargo, todo el mundo la llamaba Allie antes incluso de que se presentara.

—Pues que sea Allie —había empezado otra vez a remover documentos con aire distraído—. Soy Jeremiah Cole. Los alumnos me llaman Jerry. Por favor, siéntate allí, en el segundo asiento a la derecha, al lado de Jo.

Allie miró hacia el lugar que el profesor señalaba, donde la chica rubia con la que había coincidido a la entrada del comedor el día anterior le hacía alegres señas.

—Me alegro de que te hayan puesto a mi lado. Espero que se te dé bien la biología —dijo en cuanto Allie se acercó—. Las ciencias me parecen algo diabólico.

Tanto parásito y tanto feto muerto... ¿Qué pretenden decirnos? Caray, ayer por la noche nos metimos en un buen lío, ¿eh? ¿Te pasa a menudo?

Tenía una sonrisa contagiosa —la dentadura blanca y regular, simpáticos hoyuelos en las mejillas y pequeñas arrugas en torno a una nariz minúscula—, además de un acento impecable. Allie esbozó una sonrisa antes siquiera de saber que quería hacerlo.

—Constantemente me pasan cosas así. Si andas cerca de mí, puedes estar segura de que volverá a suceder —respondió sonriendo con malicia.

Jo la miró alborozada.

—¡Genial! Lo vamos a pasar de miedo.

Mientras Allie sacaba el cuaderno, Jo susurró:

—¿No te parece que Jerry está bastante bueno para ser un tío mayor? En primero, me pasé todo el año colada por él.

Allie observó al profesor. Podría haber sido el padre de un amigo suyo. Un padre agradable, pero padre al fin y al cabo.

—Me encanta eso de llamar a los profesores por su nombre —se escabulló—. Mi último colegio era tan estricto que prácticamente teníamos que llamarlos «agente».

Jo se rio, como si no supiera si creerla o no.

—Me tendrás que contar más cosas de tu vida —le propuso—. Suena mucho más interesante que la mía.

No cuentes con ello, pensó Allie, pero se limitó a sonreír.

Su nueva amiga le indicó en el libro la lección por la que iban.

—Qué asco —comentó tan campante—. Creo que hoy nos toca disección.

Como obedeciendo a una señal, Jerry pidió silencio.

—Hoy estudiaremos la constitución interna de los anfibios, gracias al sacrificio de este amiguito.

Introdujo una mano bajo la mesa para sacar una cubeta de disección donde yacía una rana muerta, desparramada e inmovilizada, que exponía su vientre pálido y vulnerable al conjunto de la clase.

—Oh, mierda —se horrorizó Jo.

—¿Quién me puede decir por qué diseccionamos un batracio y no cualquier otro animalillo? —Preguntó Jerry, que miraba a la clase por encima de las gafas—. ¿Por qué torturamos a este inocente morador de la charca? ¿Qué me dices, Allie? ¿Lo sabes?

Ella palideció.

—Pues... supongo que...

—Porque la anatomía de la rana se parece mucho a la humana.

La voz, profunda y seductora, procedía de algún lugar situado a su espalda.

—El señor West —dijo Jerry mirando con frialdad al propietario de la voz— tiene razón como de costumbre, aunque debería aguardar su turno. La anatomía de la rana se parece hasta cierto punto a la humana.

Allie se dio la vuelta en el asiento para averiguar quién la había rescatado, y de inmediato reconoció al muchacho que había visto el día anterior en la sala común.

La estaba mirando con aquellos ojos grandes y oscuros, pero descubrió en ellos una expresión que la sobresaltó; parecía casi resentido.

Con un ceño de perplejidad, Allie volvió a mirar al frente.

Las ciencias no eran su fuerte, de modo que intentó no volver a pensar en «el señor West» y concentrarse en cambio en las explicaciones que Jerry le ofrecía sobre los batracios.

No volvió a mirar atrás.

—Has tomado muchos apuntes —observó Jo mientras salían de clase—. Tengo el presentimiento de que te van las ciencias. Necesito una amiga que sea un hacha en ciencias.

—A mí no se me dan muy bien —reconoció Allie con franqueza—. Es que tengo que esforzarme para ponerme al día. Esta clase va mucho más adelantada que la de mi antiguo colegio.

—En este son muy exigentes —confirmó la otra—. Pero también es un sitio muy divertido. Aunque hay un montón de reglas raras.

—Ya lo creo —asintió Allie.

Fingiendo ajustar la tira de la cartera, preguntó como quien no quiere la cosa:

—Oye, ¿quién era ese chico que me ha echado un cable con la pregunta de la rana? Jerry le ha llamado «señor West».

Con una mirada de complicidad, Jo le dijo en confianza:

—Carter West —susurró—. Está buenísimo. Pero es un caso. Así que olvídate de él.

A Allie le intrigó tanto el comentario que ni siquiera se molestó en disimular.

—¿En qué sentido es un caso?

—Siempre está castigado. Cree saberlo todo y desprecia a la humanidad. Es exasperante. La mitad de los profesores lo odia y la otra mitad lo trata, no sé, como a un hijo o algo así. Tiene fama de conquistador. Toma lo que quiere y luego pierde el interés. Te recomiendo que te concentres en ese rollo que tienes con Sylvain.

Allie se sonrojó.

—No tengo nada con Sylvain.

—¿Ah, no? Pues yo creo que le gustas —Jo le dio un codazo amistoso.

—En realidad, he oído que tiene novia en París.

—Primera noticia —la sorpresa de su amiga parecía genuina—. ¿Quién te lo ha dicho?

—La chica pelirroja. ¿Cómo se llamaba... Katie?

—Ah, Katie —Jo resopló con desdén—. Dios, es una arpía. No creas ni una palabra de lo que te diga. Va siempre detrás de Sylvain y él no le hace ni caso.

Seguro que le da muchísima rabia que se haya fijado en ti.

Allie fingió indiferencia pero por dentro estaba hecha un flan. De manera que Katie había mentido. Todo estaba claro, pues.

Empieza el juego.

El día transcurrió en una vorágine de clases nuevas, profesores desconocidos y compañeros recientes. Allie averiguó también que nadie mentía sobre el volumen de trabajo que debían realizar a diario. Zelazny le daba Historia, y aunque la idea le producía escalofríos, descubrió aliviada que, aparte de dirigirle una mirada torva al entrar en el aula, la trató como a los demás.

La siguiente clase era el seminario de Literatura inglesa de Isabelle. Al entrar en el aula, la primera persona que vio fue a Sylvain, repantingado ante el pupitre en una postura elegante, con las piernas extendidas ante sí. Estaba hablando con el compañero de al lado, pero al verla enmudeció al instante e incluso la siguió con los ojos cuando Allie se acercó a Isabelle.

—Hola, Allie —la directora sonrió—. ¿Qué tal tu primer día?

—De momento muy bien —respondió ella mintiendo solo a medias.

—Estupendo —la profesora le tendió un programa del curso—. Hoy vamos a leer a Robert Browning. ¿Estás familiarizada con su obra?

Durante el descanso del almuerzo, Allie había leído un poema de Browning en el libro de texto.

—He leído *La vida en un amor* —respondió.

—¿Qué te ha parecido?

Allie se sintió incómoda.

—Bien.

Isabelle inclinó la cabeza a un lado con ademán escéptico.

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

Allie detestaba la poesía, pero no creyó que fuese el momento oportuno para mencionarlo. Se apoyó en el borde de un pupitre tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—A decir verdad... me ha parecido un poco... ya sabes, rancio.

Por un instante la directora pareció a punto de contradecirla, pero renunció a la idea y le tendió el programa.

—Está bien. Siéntate donde quieras.

Los pupitres estaban dispuestos en corro, lo cual, por algún motivo, dificultaba la elección. Tras vacilar un momento, Allie escogió un sitio al azar. Cuando se sentó advirtió que Sylvain la seguía mirando. Lo saludó insegura con la mano y él le dirigió una sonrisa antes de continuar hablando con el chico que tenía al lado.

Isabelle se situó en el interior del corro apoyada contra un pupitre vacío.

—Espero que todo el mundo leyera algo de Browning ayer por la noche. Siento curiosidad por saber qué os ha parecido. Poseía un estilo único que desafiaba todas las convenciones poéticas de su época, y pensé que algunos de vosotros conectaríais con su enfoque. Supongo que todos habéis tenido la oportunidad de conocer a nuestra nueva alumna, Allie. Allie, no quiero que te sientas incómoda pero ¿podrías leer los primeros versos?

Oh, maldita sea.

Azorada, Allie se puso en pie con el libro en alto y se aclaró la voz.

¿Escaparme yo?

Nunca.

¡Bienamada!

Mientras yo sea yo, y tú seas tú, siempre que el mundo nos contenga a ambos, yo el amante y tú la esquivada.

Mientras uno se evada, que el otro persiga.

En cuanto Isabelle hizo un gesto de asentimiento, Allie volvió a su sitio aliviada.

—Y bien, ¿qué está diciendo Browning en estos versos?

La clase la contemplaba en silencio. Allie estaba segura de saberlo, pero bajo ningún concepto pensaba ponerse a hablar de ello en aquel momento.

—Trata de la obsesión.

No había visto entrar a Carter West, pero allí estaba, sentado a pocos pupitres de

ella.

Isabelle asintió.

—¿Te importaría desarrollar la idea?

—Mientras ambos existan en el mismo planeta, el poeta estará pendiente de ella —aclaró Carter—. Está enamorado, pero su sentimiento supera el amor. Lo abarca todo. Él cree que están hechos el uno para el otro y ella no. De modo que el poeta dedica la vida entera a tratar de convencerla.

—Interesante teoría —Isabelle echó un vistazo en dirección a Allie—. ¿Alguien más?

Ella se encogió en el asiento.

—Ismay —dijo la directora, que se había vuelto a mirar a una morenita que Allie conocía de vista—. ¿Te importa leer los versos siguientes?

Allie espió a Carter a hurtadillas, pero apartó la vista a toda prisa. El chico tenía los ojos clavados en ella.

—¿Qué les pasa a los chicos de este colegio?

Allie y Jo se dirigían a la biblioteca. Concluidas las clases por aquel día, Jo había pasado a buscarla de camino a su cuarto y le había propuesto que estudiaran juntas.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Jo.

—Me miran —aclaró Allie—. Mucho.

Su amiga sonrió.

—Eres guapa. Y nueva. Los chicos miran a las chicas nuevas, sobre todo si son guapas.

—No soy tan guapa. En Londres los chicos no me miraban tanto.

—Pues a mí me pareces guapa —insistió Jo—. Quizá solo quieran... —se encogió de hombros— que te fijas en ellos.

Ambas se rieron por lo bajo. Allie fingió doblarse bajo el peso de la cartera.

—No puedo creer que nos pongan tantos deberes.

Jo asintió.

—En verano se explayan a gusto, porque si estás aquí durante el trimestre estival quiere decir que tienes, qué sé yo, talento.

—¿Talento?

Allie enarcó las cejas.

—Ya sabes, potencial —Jo se encogió de hombros—. Llámalo como quieras. La escuela divide a los alumnos en varios grupos, según creo. Algunos acuden a este centro porque tienen mucho dinero. Otros por derecho de sucesión. Pero unos pocos estudian aquí porque son superlistos. Pasan en el colegio la mayor parte del año, mientras que los demás se van a casa en verano. Creo que nos están educando para que gobernemos el mundo o algo así.

Allie se maravilló de que se pudiera decir algo así sin que sonara pretencioso.

—Por eso no me importa pasar aquí el verano —Jo empujó la puerta de la biblioteca y bajó la voz hasta un susurro—. Tenemos el edificio para nosotros solos y la gente que anda por aquí en estas fechas mola un montón.

Una voz en la cabeza de Allie se lamentó: ***Yo no estoy aquí porque sea superlista.***

Mientras penetraban juntas en el silencio de la biblioteca, Allie aspiró la mezcla de olores, a piel, a libros viejos y a abrillantador de muebles al limón. La sala se extendía hasta donde se perdía la vista, como un bosque de estanterías oscuras cuya altura alcanzaba los casi cinco metros del techo. Cada sección poseía su propia escala desplazable para acceder a los estantes más elevados. Gruesas alfombras orientales cubrían el suelo amortiguando así el ruido de los pasos. Antiguas lámparas de hierro forjado, que albergaron velas en un pasado lejano, pendían de gruesas cadenas a más de un metro del techo, de tal modo que los libros de los últimos estantes se perdían en las sombras. Vio también sólidas mesas de madera iluminadas por lámparas verdes y rodeadas de butacas de piel, muchas de ellas ocupadas por estudiantes enfrascados en sus libros como pequeñas figuras abandonadas entre los montones de tomos que los rodeaban.

Intimidada ante tanta dedicación al estudio y tantos recursos para ello, Allie intentó ahuyentar la sensación de inseguridad que empezaba a embargarla. Iba muy atrasada respecto al grupo; ¿cómo conseguiría ponerse al día? Por primera vez en mucho tiempo tuvo miedo de suspender.

Siguió a Jo, que zigzagueaba entre las mesas con desenvoltura buscando el sitio idóneo para disfrutar de buenas vistas de la zona de estudio sin quedar expuestas a la vigilancia de la bibliotecaria. Amontonaron los libros sobre la mesa y se acomodaron en las grandes butacas. Estaban enfrascadas en un tema de Historia cuando dos brazos musculosos envolvieron a Jo por detrás y la apresaron contra el asiento. Ella dio un respingo sobresaltada, pero soltó una risilla al identificar a un chico rubio, muy atractivo, que asomado por encima de su hombro le plantaba un besito en el cuello.

—¡Gabe, basta! Todavía no has conocido a Allie. Y tienes que hacerlo, porque Allie es una diosa.

Jo estaba tan resplandeciente que Allie sintió una punzada de envidia, seguida de un ligero sentimiento de culpa por haberla experimentado.

Los ojos castaños de Gabe chispearon a la luz de la lámpara cuando le dedicó a Allie una sonrisa de bienvenida. Luego, estirándose por encima de Jo, le tendió una mano fuerte de uñas cuadradas y bien arregladas.

—Hola, Allie. Nunca antes había conocido a una diosa.

Ella sonrió también, al tiempo que le estrechaba la mano.

—Para todo hay una primera vez.

Tras depositar un beso en la coronilla de Jo, el chico se sentó al otro lado de la mesa y le cogió el cuaderno para echarle un vistazo.

—¿Qué estáis estudiando? Ah, Historia. Me encanta verte tan aplicada.

Volviéndose hacia Allie, Jo puso los ojos en blanco.

—Gabe nos lleva un año de ventaja. A veces se pone un poco pedante.

Él se rio y acarició el brazo de Jo con la punta del boli.

—Pedante, no. Es que tengo más experiencia.

Ella volvió a reír pero Gabe ya se volvía hacia Allie.

—Así que tú eres la famosa Allie Sheridan de la que habla todo el mundo.

Ella se quedó de una pieza.

—¿Cómo que todo el mundo habla de mí? ¿Y por qué, si se puede saber?

Gabe sonrió.

—Tranquila. Solo porque eres nueva. Carne fresca. Cuando llevas aquí encerrado un año entero empiezas a sentirte un poco aislado del resto del mundo. De manera que una alumna nueva en mitad del verano es todo un acontecimiento. Además, está ese rollo con Sylvain...

Dejó la frase en suspenso con un tono cargado de intención. Jo y él miraron a Allie como si estuvieran contemplando un prodigio.

—Oh, por el amor de Dios —Allie empezaba a estar harta de «ese rollo con Sylvain»—. Siento decepcionarte, pero no hay nada de «ese rollo con Sylvain».

Jo se inclinó hacia Gabe.

—Allie está en fase de negación. Creo que están hechos el uno para el otro.

La aludida se sonrojó.

—No estoy en fase de negación.

—Sea como sea —prosiguió Gabe con delicadeza—, todo el mundo se ha dado cuenta de que le interesas. Y estamos intrigados.

—¿Y qué es lo que os intriga tanto?

Gabe miró a Jo. Esta asintió levemente.

—Sylvain es bastante... especial. Sus padres son personas muy importantes; procede de un linaje muy antiguo. Y él también es un tipo interesante de por sí.

Montones de chicas a lo largo de los años han intentado conquistarlo, pero ninguna ha llegado a conseguirlo.

En aquel momento intervino Jo.

—Pero entonces apareces tú y Sylvain se queda flipado.

Allie se sentía presionada, una sensación que siempre había detestado.

—Bueno, siento decepcionar a todo el mundo, pero no sé si me interesa.

Jo parecía exasperada.

—Creo que le gusta otro.

Gabe la interrogó con los ojos y ella le respondió con una mirada cargada de significado.

—Carter —dijo arrugando la nariz.

—Oh, no —Gabe se inclinó hacia Allie con vehemencia—. En serio. No puedes. West no. Es de lo peorcito que encontrarás por aquí.

—Gracias, Gabe. No sabía que me tuvieras tanto cariño.

Allie reconoció al instante aquella voz profunda y sonora. Se quedó petrificada, rogando que la tragara la tierra y nadie volviera a verla nunca.

Gabe siguió en sus trece.

—Oh, pasa de mí, Carter. Ya sabes que es verdad. No te has esforzado mucho en ganarte la fama de ser un tío legal por aquí.

Mirando a Allie con expresión consternada, Jo amontonó sus libros con movimientos enérgicos.

—Estaba a punto de ir a la sala común a descansar un rato antes de la cena. ¿Venís?

Gabe y Jo se levantaron, pero Allie estaba tan avergonzada que no podía ni moverse. Además, marcharse en esas circunstancias habría sido un gesto de cobardía.

Alzó la barbilla apenas.

—No, gracias. Voy a repasar un poco más antes de tomarme un descanso.

Por encima del hombro de Carter, Jo articuló con los labios un «lo siento» antes de echar a andar hacia la puerta con Gabe.

Mientras Carter se sentaba al otro lado de la mesa, Allie fingió anotar algo en el cuaderno de Historia. En realidad, la cabeza le daba vueltas.

Genial. Ahora cree que estoy loca por él. ¿Y qué? Que piense lo que quiera.

Contó dos inspiraciones y dos exhalaciones.

—Eh —dijo él.

Al levantar la vista del cuaderno, Allie lo vio inclinado hacia ella. Tenía su cara muy cerca..., aquellos ojos oscuros clavados en los suyos. Se fijó como una tonta en sus largas pestañas, en sus cejas finas y rectas...

De algún modo se las ingenió para aparentar indiferencia, pensando que el rubor de las mejillas debía de traicionarla en cualquier caso.

—Creo que no hemos sido debidamente presentados —dijo él—. Soy Carter West.

—Yo soy Allie Sheridan —se esforzó por dar a su voz un tono resuelto, y por una vez lo consiguió. Sostuvo la mirada del chico con expresión altiva. O cuando menos lo intentó.

—Ya lo sé —dijo Carter, que se había arrellanado en la butaca. Esbozó una sonrisa burlona y Allie desconfió de él al instante—. Deberíamos hablar.

—¿Deberíamos? —preguntó ella con frialdad—. ¿De qué?

—De ti.

—Genial —dijo Allie—. Bueno, mi color favorito es el azul y me encantan los cachorros de perro. Te toca.

—Muy graciosa —respondió él con expresión hosca.

—Oh, sí —prosiguió ella—. Y soy muy graciosa. Lo siento. Olvidé mencionarlo antes.

Él empezaba a parecer exasperado.

—Esa información es muy útil, gracias. Pero yo te preguntaba qué estás haciendo en Cimmeria. No es frecuente que acudan alumnos nuevos en pleno trimestre de verano.

Molesta por aquel tono inquisitivo, Allie se echó hacia atrás y cruzó los brazos. ¿De modo que quería saber la verdad? Pues ella no iba a ser tan tonta como para entregarle tanta munición a un desconocido.

Hizo girar el boli entre los dedos.

—¿Gané un concurso?

—Qué divertido —respondió él con una expresión que contradecía sus palabras—. En serio. Nunca tengas miedo de decir la verdad. ¿Qué te ha traído aquí?

No va a rendirse. Muy bien, pues.

Levantó la barbilla y lo miró directamente a los ojos.

—La policía me detuvo.

Él se encogió de hombros.

—¿Y?

—Tres veces.

—Oh.

—En un año.

Carter lanzó un silbido por lo bajo.

—Bien. Pero que te detengan no te abre las puertas de Cimmeria. Esto no es un reformatorio. ¿Por qué estás aquí?

Molesta, Allie notó cómo la ira pugnaba por salir de su interior, aunque se contuvo.

—Para serte sincera, no tengo ni la menor idea. Mis padres me dijeron que me iban a mandar interna, y a los pocos días me trajeron aquí. Al parecer, este lugar está especializado en adolescentes como yo. A saber qué significa eso.

—Interesante.

Carter la contemplaba con extrañeza, como si ella fuera una curiosidad expuesta en un museo.

Allie le devolvió la mirada con cara de pocos amigos.

—¿Qué te parece interesante?

—A este colegio asisten algunos chicos con problemas, pero no en verano. En

verano solo acuden los alumnos más dotados.

¿Acaso llevo «demasiado tonta para estudiar aquí» tatuado en la frente?

Allie empezó a amontonar los libros con furia.

—Supongo que es imposible contemplar siquiera la idea de que pueda ser inteligente. Y problemática —escupió la última palabra—. Bueno, en ese caso será mejor que siga estudiando, ¿verdad? Tendré que esforzarme mucho si quiero estar a la altura de unos genios como vosotros.

—Eh —Carter parecía sorprendido—. No seas tan susceptible. Solo quería entender mejor quién eres.

Y aquello fue la gota que colmó el vaso. Después de Katie, Jules y Zelazny, de sus padres y de la policía, Allie estaba harta. Metió los libros en la cartera y se encaró con él.

—Pues no hace ninguna falta, ¿vale? No necesito que te intereses por mí. No trates de analizarme. Y, puestos a ello, deja de insultarme. Quizá me hayas visto en clase o hayas escuchado una conversación a hurtadillas y ahora creas conocerme. Pero, créeme, no sabes nada de nada.

Salió de la biblioteca hecha una furia y corrió hacia las escaleras.

... treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro peldaños...

Apenas había llegado a su habitación cuando rompió en llanto. La cartera se le cayó de los dedos exangües, y apoyada contra la puerta, se dejó resbalar al suelo.

Con la cara enterrada entre las manos, lloró en silencio. ¿Por qué estaba allí? Todo el mundo la trataba como la tonta del pueblo que se hubiera colado cuando el portero estaba de espaldas. Al notar que le faltaba el aliento, bregó por evitar el ataque de pánico, pero los extremos de su campo de visión empezaban ya a emborronarse.

Contó sus propias respiraciones, los tablones del suelo, los libros de las estanterías y los cristales de las ventanas hasta notar que recuperaba el control y su visión volvía a la normalidad.

Cuando se sintió mejor, se puso en pie. Abrió la puerta y comprobó que el pasillo estuviera vacío antes de ir corriendo al cuarto de baño para refrescarse la cara con agua fría. Mientras se estaba alisando el pelo, la puerta se abrió y cedió el paso a Jules. Cuando la prefecta reparó en las lágrimas que ensuciaban las mejillas de Allie, la miró con preocupación.

—Hola, Allie. ¿Qué tal te estás adaptando?

Ella no se sentía con fuerzas para fingir. Y tampoco tenía ganas de hablar de ello. Solo quería estar en cualquier otra parte.

—Todo va de maravilla, Jules —las palabras rebosaron sarcasmo, pero no pudo evitarlo—. Todo el mundo es muy agradable. Todo va... genial.

Antes de que Jules pudiera reaccionar, Allie abrió la puerta y corrió por el pasillo. Jamás en la vida se había sentido tan sola.

Allie despertó con un sobresalto y se incorporó en la silla de madera. Le dolía la espalda y la lamparilla del escritorio estaba encendida.

¿Qué hora es?

Aturdida, dio la vuelta al despertador para mirar la esfera. Las dos de la mañana.

Debo de haberme dormido reclinada en el escritorio.

Estaba sentada frente a la ventana abierta, con un montón de papeles desparramados ante ella. La crisis le había quitado el apetito, así que se había saltado la cena y se había quedado en el cuarto para echar un vistazo a la documentación.

Lo último que recordaba era haber leído el Reglamento.

Al acabar los deberes, había pensado que en realidad nunca había llegado a leerlo y lo había sacado del cajón para reparar su descuido. Las reglas le parecieron tan excéntricas y restrictivas que al principio no podía dar crédito a lo que tenía delante.

Bienvenida, Allie.

La Academia Cimmeria ofrece un entorno de aprendizaje único, y nos alegramos mucho de tenerte entre nosotros. Desde hace muchos años, el colegio funciona a partir de una serie de normas que instauraron nuestros padres fundadores tiempo atrás.

Sigue estas reglas al pie de la letra y algún día recordarás tu vida en Cimmeria como una época memorable y feliz. Si, por el contrario, no las acatas, tus días aquí estarán contados.

Reglamento académico de Cimmeria:

1. El día empieza a las siete de la mañana y termina, como máximo, a las once de la noche. Fuera de este horario debes permanecer en tu dormitorio.

2. Los bosques que rodean la escuela pueden ser peligrosos. Los alumnos tienen prohibido internarse en los mismos a solas o después del ocaso.

3. Ningún alumno puede abandonar las instalaciones del colegio sin permiso.

4. El ala de los profesores es zona restringida.
5. Los estudiantes de ciertas materias avanzadas toman parte en la Night School. Un número muy restringido de alumnos disfruta de ese privilegio. Si no te encuentras entre ellos, abstente de interferir u observar la Night School. Cualquiera que lo intente será expulsado.
6. Las identidades de los alumnos que forman parte de la Night School serán secretas. Si alguien intenta descubrirlas, será castigado.
7. TODAS las actividades de la Night School son secretas. Cualquier miembro de la Night School que divulgue sus detalles será castigado con severidad.

De repente, volvió a oír el ruido que con toda seguridad la había despertado. Sonaba como si alguien estuviera escarbando en el tejado. Apagó la lamparilla y empujó los papeles a un lado para poder encaramarse al escritorio y mirar por la ventana.

Al principio no escuchó nada, pero enseguida oyó un grito a lo lejos. Luego, apenas unos segundos después, un chillido amortiguado. Allie se echó hacia delante para escudriñar la oscuridad. Aquella noche no había luna y las nubes tapaban las estrellas. Únicamente alcanzaba a ver tinieblas. De repente, muy cerca, sonó otro ruido; una especie de crujido, como pasos sobre madera vieja.

¿Qué demonios ha sido eso? Fuera lo que fuese, procedía del tejado.

Allá abajo, Allie creyó ver algo que corría por el césped hacia los bosques. Contuvo el aliento para oír mejor. ¿Era... una risa?

Al cabo de unos minutos, oyó un susurro tan quedo que bien pudo ser fruto de su imaginación. «Ya basta, Allie. Vete a dormir».

Miró a su alrededor. Estaba sola en el cuarto. Sacudió la cabeza con fuerza, tratando de determinar si se encontraba despierta o dormida.

—Me estoy volviendo loca —murmuró, y cerró la ventana, asegurándola bien antes de meterse en la cama.

Mientras se dormía, habría jurado escuchar aquella misma voz riéndose muy por lo bajo.

Cinco

Al día siguiente, a las siete, el timbre estridente del despertador sacó a Allie de un sueño profundo. Adormilada, dio varios manotazos antes de encontrar el botón para desconectarlo.

Sentada en la cama, se desperezó. Otro sueño raro. ¿A quién pertenecía aquella voz? Le había parecido tan real... Le echó la culpa al Reglamento.

Este colegio me está desquiciando.

Desayunó rápidamente y se dirigió a clase con unos minutos de margen. Jo ya estaba en su sitio, pero Carter, advirtió Allie, aún no había llegado. Su amiga estaba impaciente por interrogarla. Apenas pudo esperar a que Allie ocupara su asiento tras el pupitre.

—¿Qué pasó ayer después de que nos fuéramos? Qué mala pata. Mira que llegar Carter justo cuando estábamos hablando de él. A Gabe le supo fatal ponerte en esa situación.

Allie se preguntó hasta dónde debía contarle. Recordó la máxima de Carter: «Nunca tengas miedo de decir la verdad».

Ya, pero Carter es un gilipollas.

—Charlamos un rato, pero él estaba empeñado en averiguar por qué estoy en Cimmeria —se encogió de hombros—. Me cabreeé y me marché.

Jo se sorprendió.

—¿Y por qué te cabreaste?

Allie intentó no parecer una adolescente resentida.

—No sé. Me pareció que pensaba que no doy la talla. Que no encajo en este lugar.

Jo se acercó a ella y bajó la voz para hablarle en susurros.

—Allie, no soy fan de Carter, como ya sabes, pero no me parece propio de él. Es la persona menos esnob del mundo. La gente de por aquí le parece demasiado estirada. Siempre lo está diciendo. Es una de las razones por las que no cae bien.

Jerry pidió silencio a la clase. De mala gana, ambas miraron al frente. Jo sacó una hoja de papel y se puso a garabatear con furia. Mientras el profesor dibujaba pulmones en la superficie blanca de la pizarra, se abrió la puerta y entró Carter.

Jo deslizó el papel hacia el pupitre de Allie. Decía: «Debes de haberlo entendido mal. Te lo prometo».

Ella alzó la vista del papel y sorprendió a Carter mirándola al pasar. Bajó los ojos al instante y tapó la hoja con la mano.

Allie suspiró y sacudió la cabeza, como si quisiera sacudir las ideas absurdas de su pensamiento. Luego hizo girar el boli entre los dedos.

Una, dos, tres veces.

A continuación, escribió al final de la nota: «Vale, te creo», y se la pasó a Jo, que

sonrió complacida.

Tras eso, Allie intentó concentrarse en las explicaciones de Jerry. No podía permitir que Carter West la distrajera en todas y cada una de las clases.

—Es que se pasa la vida lanzándome miradas raras —dijo Allie—. Siempre me está observando.

El bullicio del mediodía empezaba a remitir, pero Jo y Allie seguían sentadas en el comedor, jugueteando con las hojas de lechuga del plato y hablando de Carter.

Jo frunció su naricilla respingona.

—Solo pretende que te fijes en él. En realidad, quiere que todo el mundo esté pendiente de él.

—Pues conmigo lo tiene claro —respondió Allie—. Dios, ¿te das cuenta de la energía que estamos malgastando hablando de un chico que ni siquiera nos cae bien? Háblame de Gabe. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

El semblante de Jo se iluminó.

—Veamos. Ya llevamos juntos más de un año. Cuando llegué empecé a salir con un chico llamado Lucas, pero entonces conocí a Gabe y fue como... olvida todo lo demás. Es el tío más guay que he conocido en la vida. El más divertido. El más sexy. El más... todo.

Se rio de su propia efusividad.

—No puedo creer que llevéis juntos un año entero —se sorprendió Allie—. No conozco a nadie que haya durado tanto tiempo.

Jo dejó el tenedor en el plato.

—Cimmeria es un sitio raro en ese sentido. Las parejas tienden a durar. Por eso la gente se mete tanto con Carter. Los rollos de una sola noche no están bien vistos aquí. No sé por qué. Quizás porque pasamos mucho tiempo en Cimmeria. O sea, algunos de los alumnos de esta escuela, pues, nunca van a casa. Están siempre aquí. Como si este fuera su hogar. Y nosotros somos su familia.

—¿Como quién? —preguntó Allie con curiosidad.

—Pues Carter. Y Gabe. Y, bueno, yo, supongo.

Allie no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Me estás diciendo que nunca vas a casa?

—Es una larga historia —respondió Jo encogiéndose de hombros. Luego echó un vistazo a la sala, que estaba casi vacía—. ¡Oh, mierda! ¿Qué hora es?

Tras coger las carteras a toda prisa, volaron hacia la puerta, atravesaron el pasillo y subieron las escaleras como una exhalación. Al llegar al rellano del primer piso, ambas se reían histéricas.

—¡Otra vez tarde! —dijo Allie mientras corrían por el pasillo y se separaban para acudir a sus clases respectivas.

—¡Típico de nosotras! —dijo Jo con lágrimas en los ojos.

Allie se detuvo un momento ante la puerta cerrada de la clase de Historia para recuperar el aliento. Luego abrió despacio. En el aula se hizo un horrible silencio cuando todos los alumnos se volvieron a mirarla.

—Señorita Sheridan —el señor Zelazny, que se empeñaba en usar una pizarra a la vieja usanza, estaba de pie ante la misma fulminándola con la mirada—. La clase ha comenzado hace dos minutos. Ya sé que es nueva, pero supongo que conoce la normativa referente a la puntualidad.

Allie asintió en silencio.

—¿Sí? Bien. Pues venga a verme después de clase.

Ella se dirigió hacia su sitio, cabizbaja.

Todo me sale mal.

Por mucho que se esforzase en cambiar, jamás lo conseguiría. Como si andar metida en líos fuera su estado por defecto.

Al final de la clase, Allie aguardó a que todos se fueran mientras fingía ordenar sus libros hasta que apenas quedó nadie en el aula. Entonces se acercó a la mesa del señor Zelazny. Él, que estaba escribiendo, al principio no alzó la vista. Allie carraspeó con timidez. Al cabo de un momento, el profesor levantó la cabeza y clavó en ella una mirada gélida.

—Siento mucho tener que llamarle la atención respecto a la puntualidad por segunda vez en su primera semana. Su actitud dice muy poco en favor de su futuro como alumna de la Academia Cimmeria. Sé que los otros profesores la consideran una gran promesa, pero por mi parte no he visto el menor indicio que corrobore esa impresión.

Una ola de rabia fluyó hasta las mejillas de Allie, pero se mordió el labio y no dijo nada. Él le tendió un papel escrito a mano.

—Este es su volante de castigo. Mañana por la mañana, a las seis y media, reúname con el grupo que encontrará a la puerta de la capilla y entregue esto al profesor a cargo.

Allie no podía dar crédito.

—¿A las seis y media de la mañana? ¡Pero si mañana es sábado!

La expresión de frío desdén del rostro de Zelazny no se alteró.

—La he castigado solo durante un día, señorita Sheridan. Si la infracción se repite, el castigo durará una semana.

Cuando Allie entró en el aula de Literatura, desprendía un aire de frustración casi visible. Isabelle la interrogó con la mirada, pero la muchacha clavó los ojos en el libro y, mientras la directora daba comienzo a la clase, se instaló aliviada en el agradable territorio de la autocompasión hasta la llegada de Carter, cinco minutos después.

Isabelle interrumpió su discurso.

—Carter, sueles llegar un poco tarde y estoy dispuesta a pasar por alto cierto retraso, pero esto pasa de castaño oscuro. ¿Tienes alguna excusa?

—Me he despistado, Isabelle —Carter se encogió de hombros—. Son cosas que pasan.

La directora suspiró y escribió una nota a mano.

—Ya conoces el reglamento, Carter. Por favor, ven a hablar conmigo después de clase.

Cuando la charla sobre T. S. Eliot se reanudó, Allie desconectó. Inquieta, trató de conjeturar qué entrañaría un arresto y se preguntó (de hecho ansió en secreto) si también habrían castigado a Jo, porque así no estaría sola.

De inmediato la invadieron los remordimientos por haber deseado que le pasara algo malo a su única amiga en Cimmeria.

Súbitamente, devolvió la atención a la lección de aquel día, hipnotizada por la combinación de palabras y aquella voz tan familiar que las leía. Siempre había odiado la poesía, pero en verdad nunca había oído un poema como aquel.

*Y yo te mostraré algo diferente de tu sombra que a zancadas te sigue en la mañana
O de tu sombra que en la tarde se levanta para verse contigo.*

En un puñado de polvo te mostraré el espanto.

Paseó la mirada por el corro para observar a Carter. Él no volvió la vista hacia ella, pero Allie tuvo la sensación de que se sabía observado.

—Bueno, ¿qué nos está diciendo el poeta? ¿A qué se refiere cuando habla de «el espanto en un puñado de polvo»?

Isabelle señaló a Allie con un movimiento de la cabeza.

—Parece como si... —titubeó, pero la profesora aguardaba con paciencia. Allie reflexionó y volvió a empezar—: O sea, a mí me suena como una advertencia.

Como si dijera: «Harás bien en tenerme miedo. A mi lado, sufrirás».

La directora asintió.

—Creo que has captado la sensación; evidentemente las palabras contienen una advertencia o una amenaza. ¿Alguien más tiene alguna idea?

—Habla de la muerte —Carter no aguardó a que le dieran la palabra.

El corazón de Allie se aceleró.

—Está hablando de algo imparable... inevitable. ¿Y qué teme todo el mundo, más que a nada? La muerte.

Allie clavó la vista en la superficie de su pupitre, pero supo sin alzar los ojos que Carter la contemplaba fijamente.

—¡Zelazny es un cerdo! —Jo estaba furiosa—. Pero si habrás llegado un par de minutos tarde como mucho. No me explico cómo ha podido hacerte eso, en tu primera semana aquí.

Al parecer, el profesor de Francés de Jo ni siquiera había reparado en el retraso. Estaba comentando un inminente viaje a París con algunos alumnos avanzados y se le había pasado la hora del comienzo de la clase. De modo que Allie iba a afrontar el castigo a solas. Y Jo ni siquiera le sirvió de consuelo.

—Me han castigado tantas veces que he perdido la cuenta. Es muy frecuente porque las normas son muy estrictas y a la que te desvías un milímetro... —simuló la forma de una pistola con los dedos y fingió disparar al aire—. Siempre hay al menos diez alumnos arrestados. Eso sí, el trabajo es duro, así que prepárate.

Allie estaba perpleja.

—¿Cómo? ¿No te castigan a quedarte leyendo o estudiando?

Jo adoptó un tono irónico.

—Ah, no. En Cimmeria, no. Aquí te ponen a hacer trabajos pesados. Te tocará pintar una tapia, quitar malas hierbas, plantar o limpiar algo. A saber. Sea lo que sea, sudarás la gota gorda. Los castigos duran un par de horas a lo sumo, pero si tienes mala suerte, te vas a morir de asco. La parte buena es que conocerás a los gamberros.

Allie puso los ojos en blanco.

—Genial. Qué suerte tengo. Como si no conociera ya bastantes gamberros.

Estaban sentadas a una mesa, después de la cena, en la tranquilidad del comedor; casi todos los alumnos se habían marchado ya. Jo paseó la vista por la sala medio vacía.

—Salgamos de aquí. ¿Ya has explorado los terrenos de la escuela? ¿O te has pasado todo el tiempo aquí metida, conmigo y con un montón de libros polvorientos?

Tomó a Allie del brazo y juntas abandonaron el comedor con paso decidido. Delante de ellas, un torbellino de alumnos se arremolinaba en distintas direcciones; siguieron la corriente que fluía hacia la puerta principal.

Enfilaron por la avenida de entrada, que a la luz del ocaso había perdido el esplendor marfileño que Allie recordaba de su llegada, dos días atrás. En aquel momento parecía un camino de grava gris normal y corriente. Grandes extensiones de césped se desplegaban en todas direcciones, y las largas sombras de los árboles las engulleron cuando Jo la guió hacia la hierba.

—¿Dónde está Gabe esta noche? —preguntó Allie.

—Está trabajando en un proyecto especial que seguramente lo tendrá ocupado hasta el toque de queda —Jo sonrió con condescendencia—. Mira, para tu información... ¿Ves ese camino que discurre entre los árboles, por allí? —señaló unos pinos que se agrupaban más allá de la extensión de césped del ala este. Allie

distinguió apenas un sendero que se internaba en los bosques—. Conduce a la capilla. Acuérdate de tomarlo mañana.

A continuación señaló en la dirección opuesta, hacia un camino que serpenteaba desde el ala oeste del edificio hasta el principio del bosque.

—Por allí —siguió diciendo— hay un cenador, pasado el lindero. A veces vamos a merendar allí.

—¿Y qué hay más allá?

Jo la miró con expresión burlona.

—¿Árboles?

Allie se echó a reír.

—No, quiero decir si hay casas o algo interesante.

—Creo que hay algunas viviendas para el personal de la escuela o los profesores, pero no estoy segura. En realidad no vamos mucho por allí. Nos aconsejan que evitemos esa zona, por seguridad o algo así. Sin embargo, la capilla te gustará. Es muy antigua.

Rodearon el ala oeste del edificio hasta llegar a la parte trasera del colegio, donde unos peldaños de piedra bajaban por una serie de bancales de césped bordeados por flores de mil colores. Más allá de la última extensión de hierba, el terreno ascendía por una montaña escarpada salpicada de vegetación silvestre.

—En lo alto de la montaña hay una torre —Jo señaló al lugar indicado y Allie intuyó una estructura—. Parece ser que allí hubo un castillo o algo así en otro tiempo pero únicamente quedan las ruinas. La torre no está mal. Puedes subir a lo más alto y otear toda la zona. Algunos dicen que es posible divisar el camino entero que discurre desde aquí hasta Londres pero yo solo he visto árboles y campos.

Bordearon el pie de la colina y llegaron a un largo muro de piedra.

—¿Qué es esto? —preguntó Allie.

—Espera y verás.

Transcurridos unos minutos alcanzaron un viejo portillo de madera asegurado con un incongruente candado de combinación. Con la destreza que proporciona la práctica, Jo hizo girar las tres ruedas numeradas hasta que el mecanismo cedió con un chasquido.

Abrió la puerta y cruzó la entrada, agachándose para evitar el bajo dintel. Allie la siguió. Tras guardarse el candado en el bolsillo, Jo cerró la puerta tras ellas con cuidado.

—¡Guau! —se admiró Allie al descubrir el enorme vergel que crecía al otro lado de la tapia. Ocupaban el centro diversas hortalizas plantadas en hileras de precisión militar, rectas como el cañón de una escopeta. Al fondo crecían árboles frutales, que se erguían por encima del muro hacia el sol del ocaso. En las orillas rebosaban macizos de flores en rosa fucsia, blanco y violeta.

Jo echó a andar por el camino empedrado que bordeaba el jardín.

—Bienvenida a mi rincón favorito de Cimmeria.

—¡Es alucinante! ¿Cómo diste con este lugar? ¿Y por qué conoces la combinación?

—Pues... cosas del azar. El primer año, me castigaron a trabajar aquí. Al principio odiaba este lugar, tener que levantarme a las seis para venir a trabajar cada día... pero al final de la semana me di cuenta de que iba a echarlo de menos. No sé por qué. Las plantas se me dan muy bien y este sitito inspira... paz.

Allie se preguntó qué habría hecho su amiga para merecer un castigo de una semana, pero puesto que Jo no le había dado ninguna explicación, prefirió no indagar. Además, los castigos parecían algo bastante habitual por allí.

Jo giró a la izquierda por un caminito que atravesaba el jardín por el centro, bordeando una fuente clásica con una joven de túnica vaporosa y nariz rota que derramaba por los siglos de los siglos el agua de un cántaro sobre las rocas. Luego rodeó una mata de arándanos y alcanzó el camino empedrado del otro lado.

—Ahora trabajo aquí como voluntaria, después de las clases y los fines de semana. También vengo de vez en cuando en busca de intimidad.

Jo se encaramó al banco que asomaba entre la exuberante glicina violeta que bordeaba los muros, e indicó a Allie por gestos que hiciera lo mismo. Esta recogió los pies y se abrazó las rodillas al tiempo que aspiraba la fragancia fresca de las flores.

—Aquí podemos hablar —dijo Jo—. De hecho, quizá sea el único lugar de Cimmeria donde nadie va a oír nuestras conversaciones. Como habrás advertido, es un colegio muy bullicioso. ¿Qué tal te va, por cierto? Debes de sentirte la mar de rara aquí. Recuerdo los primeros días que pasé en el colegio... este lugar me ponía histérica.

—Te parecerá una locura. Odio estar aquí. Y me encanta al mismo tiempo.

Jo esbozó una sonrisa comprensiva.

—Te entiendo perfectamente.

—Es un lugar muy distinto a los centros a los que había asistido hasta ahora, ¿sabes? Y te hacen trabajar muchísimo. Pero es... —Allie ordenó sus pensamientos

—. No se parece en nada a mi vida habitual. Y eso es lo que me gusta. El día a día es totalmente distinto a lo que he vivido a lo largo de estos dos últimos años, y nada puede ser mejor que eso.

Jo trató de entenderla.

—Cuando llegué aquí —empezó a decir, como dudando de las palabras—, acababan de expulsarme de mi último colegio después de que nos pillaran a mi ex novio y a mí inconscientes en el tejado. Habíamos bebido algo de vodka y... Bueno, da igual, mis padres estaban furiosos. El caso es que se suponía que aquella escuela era fantástica pero a mí me parecía... un rollo. Las clases eran demasiado fáciles, no

había nada que hacer y estaba llena de niños bien que hacían tiempo antes de ingresar en Oxford o Cambridge.

Dejó caer una pierna y columpió el pie adelante y atrás.

—Después de eso, mis padres me mandaron a Cimmeria. Creo que pensaron que lo pasaría fatal, pero la verdad es que en cuanto me acostumbré a las rarezas, me encantó. Adoro que sean tan exigentes y tan suyos. Lo excéntricos que son algunos profesores. Sencillamente, me parece un colegio ideal. Desde entonces, todo ha ido bien. En realidad, ha ido de maravilla. Es como si hubiera encontrado mi lugar.

Allie apoyó la barbilla en las rodillas y se quedó un momento pensativa.

—Últimamente mi vida ha sido... una locura —guardó silencio un momento, luego decidió proseguir—: Creo que mi vida era perfecta hasta hace un año y medio. Era la hija ideal, sacaba unas notas excelentes, mis padres me querían. Y de repente, un día... todo terminó.

Se interrumpió y alzó la vista para mirar a Jo.

—Sabes, no le he contado esta historia a nadie... Nunca.

Su amiga asintió y aguardó.

Allie inspiró hondo; luego siguió hablando con precipitación.

—Un día llegué a casa del colegio y la policía estaba allí. Mi madre estaba llorando y mi padre les gritaba a los polis, aunque también parecía a punto de echarse a llorar. Un caos.

»Mi hermano había desaparecido. Y nunca lo encontraron.

Jo la cogió del brazo.

—¡Dios mío, Allie! ¡Es horrible! ¿Qué pasó? ¿Se...?

—¿Murió? ¿Quién sabe? No hemos vuelto a saber de él.

—Pero no lo entiendo. ¿Cómo fue?

Allie prosiguió en un tono más tranquilo y firme.

—Verás, Christopher y yo estábamos superunidos. Toda la vida había sido mi mejor amigo. Otros hermanos se pelean, pero nosotros no. Siempre estábamos juntos. Es dos años mayor que yo pero tuvo siempre muchísima paciencia conmigo. A diferencia de otros hermanos mayores, que se hartan de los pequeños, él nunca se cansaba de mí. Cuando era niña me esperaba a la salida de clase y me acompañaba a casa. Me ayudaba a hacer los deberes, veía la tele conmigo. Mis padres trabajan mucho, pero nunca me importó porque Christopher estaba ahí. Incluso cuando me hice mayor, se aseguraba de que todo fuera bien. Sin entrometerse; aparecía después de clase, como si pasara por allí o algo así. Y hacía los deberes al mismo tiempo que yo, para poder ayudarme si no entendía algo.

»Unos seis meses antes de su desaparición, sin embargo, empezó a comportarse de un modo extraño. Salía hasta muy tarde, se peleaba con mis padres... Nunca estaba en casa y, cuando venía, no decía gran cosa. Yo tenía la sensación de que lo

estaba perdiendo. Cuando le preguntaba qué le pasaba o si todo andaba bien, se marchaba. O sea, literalmente se levantaba, se iba y no volvía hasta muchas horas después. Aunque siempre había sido un gran estudiante, empezó a sacar unas notas pésimas. Mis padres estaban histéricos, pero no podían hacer nada por ayudarlo. Él no les dejaba.

Se calló mientras recordaba las discusiones interminables y los portazos. Un ave nocturna entonó una complicada melodía.

Cuando volvió a hablar, la voz de Allie carecía de emoción.

—Dejó una nota. Mis padres no quisieron decirme lo que ponía, pero oí a mi madre un día contárselo a alguien por teléfono. Se la sabía de memoria. Era lo más ruin que he oído nunca. Decía: «Me voy. No me pasa nada ni ando metido en drogas. Es solo que ya no quiero formar parte de esta familia. No os quiero. A ninguno de vosotros. No me sigáis. No intentéis dar conmigo. No necesito vuestra ayuda. Nunca volveréis a verme».

—Oh, Dios mío —susurró Jo. Allie tenía los ojos bañados en lágrimas, que se enjugó con el dorso de la mano—. Oh, Allie.

Ella se concentró en distanciarse del relato que estaba narrando, fingiendo, como hacía a veces, que le había sucedido a otra persona.

—Entonces todo se vino abajo. Supongo que sufrí una depresión nerviosa. No podía ni hablar. Me quedaba días y días sentada en el cuarto de Christopher. Pasé meses sin ir al colegio. Me enviaron a un psicoterapeuta, pero me caía fatal. Mis padres se peleaban y yo me convertí en un... estorbo que debían aguantar.

»Fue como si mi hermano, al marcharse, hubiera desconectado el interruptor de nuestras vidas y las hubiera vaciado de todo lo bueno. Mis padres ya no me querían. Y yo no sentía nada en absoluto.

Exhaló un suspiro tembloroso.

—Sentir algo se convirtió en una prioridad para mí. Así que bebía mucho, aunque en realidad es lo contrario a sentir algo, ¿sabes?

Jo asintió.

—Empecé a frecuentar malas compañías. Me metí en un montón de líos. Da mucho miedo que te arresten, así que me las ingenié para que me arrestaran unas cuantas veces. Y... —tendió el brazo izquierdo para mostrar las delgadas cicatrices blancas que se le perfilaban en el brazo, entre la muñeca y la parte interior del codo— en una época me dio por autolesionarme. Y me dolía, lo cual era agradable. Pero fue también una tontería. Además, tenía la sensación de que me engañaba a mí misma. Como si el dolor, al ser autoinfligido, fuera menos auténtico. Ya no lo hago.

Contó el resto de la historia a toda prisa, como si estuviera impaciente por concluir.

—En fin, la última vez que me arrestaron, mis padres se hartaron de mí. De

manera que aquí estoy. Ahora tienen una casa vacía. Y yo ni siquiera tengo eso.

Obedeciendo a un impulso, Jo la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza. Luego se echó hacia atrás y, sin separar las manos de sus hombros, la miró a los ojos. —Muy bien. Todo eso es una gran putada. Pero ahora estás aquí. Y estás viva. Acabo de conocerte, Allie, pero te aseguro que me pareces una persona increíble. Y tal vez tengas una familia horrible, pero lo que te pase de ahora en adelante depende de ti. Quiero que me prometas que darás una oportunidad a este lugar. Cimmeria me devolvió al buen camino. Ahora es mi hogar, y esta gente es mi familia. Puede hacer lo mismo por ti.

Allie le devolvió el abrazo y se esforzó por contener las lágrimas.

—Vale —susurró con voz temblorosa—. Te lo prometo.

Jo atrajo a Allie hacia sí para que apoyara la cabeza en su hombro, y ambas permanecieron sentadas en silencio unos instantes, cada cual sumida en sus propios pensamientos. Allie se sentía rara, abatida. Cansada.

—Este sitio es extraño —musitó—. El tiempo parece comprimido. No puedo creer que solo lleve aquí dos días. Esta será mi tercera noche. Pero me siento como si llevara aquí semanas.

Jo asintió.

—Es como si la vida se concentrara. Pasan más cosas en Cimmeria en una semana que a lo largo de todo un mes en el exterior.

Acurrucadas en el banco charlaron de todo y de nada mientras la luz del día se esfumaba y las sombras empezaban a poblar el jardín.

—Entiendo que te guste estar aquí —dijo Allie desprendiéndose—. Este sitio tiene un aire mágico. Como aquella historia que leía de pequeña... *El jardín secreto*. ¿Lo has leído?

Jo asintió.

—Siempre he...

Un sonido inesperado, como una especie de choque al otro lado del jardín, la interrumpió. Ahogaron un grito.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Allie mientras escudriñaba la penumbra y reparaba, por primera vez, en lo oscuro que estaba todo.

—No lo sé —susurró Jo. Echó una ojeada al reloj—. ¡Oh, mierda! Casi es la hora del toque de queda. Tenemos que volver.

Se levantó y le tendió la mano a Allie, pero de inmediato volvieron a oír aquel chasquido. Luego unos pasos.

—Pero ¿qué...? —cuchicheó Jo. Alzó la voz acto seguido para preguntar—: ¿Quién anda ahí?

Las pisadas se interrumpieron.

Las dos amigas se quedaron petrificadas, escuchando los latidos de su propio

corazón.

—Jo —susurró Allie—. ¿No podría ser...?

En aquel momento oyeron un gruñido.

Allie cogió a su amiga por el brazo.

—Jo, ¿qué demonios es eso? —preguntó en voz baja.

—No lo sé.

—¿No deberíamos...?

—¿Correr?

—Sí.

—A la cuenta de tres. Uno. Dos...

Un chasquido surgido de las sombras, a pocos centímetros de ellas, quebró el silencio. Ambas gritaron y echaron a correr por el sendero. Jo sujetaba la mano de Allie con fuerza.

—No te separes de mí —le dijo entre jadeos mientras se internaban en el jardín vallado como alma que lleva el diablo. Zigzaguearon entre los árboles envueltos en sombras, y Allie notó cómo los frutos reventaban pegajosos bajo sus pies. Intentó discernir si oía pasos que no fueran los suyos, pero corrían demasiado... Era imposible saberlo.

En aquel momento, algo le rozó la cabeza. Allie gritó manoteando al mismo tiempo en el vacío. Jo la arrastró hacia la izquierda, al otro lado de las matas de arándanos, hacia un rosal. Las espinas les arañaron las manos y la ropa. Las ramillas crujían bajo sus pies.

De repente, algo agarró a Jo y la levantó en vilo arrastrándola a una cámara oculta en el muro. Allie oía cómo trataba de gritar, pero una mano le había tapado la boca para impedirse.

—Chist —Gabe se llevó un dedo a los labios mientras clavaba la vista en los ojos de Jo. Ello lo rodeó con los brazos y enterró la cara en su cuello.

El chico intentó rescatar a Allie también, pero alguien la había agarrado por el otro lado. Alzó la vista frenética y descubrió que los ojos azules de Sylvain la miraban fijamente desde la oscuridad mientras la arrastraba a aquella sala en tinieblas.

El chico articuló con los labios una única palabra:

—Silencio.

Seis

Allie se quedó inmóvil, conteniendo la respiración.

Gabe envolvía a Jo en sus brazos con ademán protector y Sylvain resguardaba a Allie con su propio cuerpo. Ambos miraron fijamente al otro lado de la puerta, atentos y en guardia.

Allie dio un respingo al oír otro chasquido en el jardín, pero en esta ocasión había sonado más lejos. Pasados algunos segundos... silencio.

Aguardaron unos instantes más sin incidentes. Gabe y Sylvain intercambiaron una mirada y, como obedeciendo a una señal, echaron a correr hacia la puerta. Tras escudriñar los alrededores, Gabe se volvió hacia el grupo e hizo un gesto de asentimiento. A su señal, se internaron en el jardín, corrieron por el sendero hasta la portilla y salieron a los campos del colegio. Sin pronunciar palabra, Jo tendió el candado a Gabe y él aseguró la entrada.

Por primera vez, Allie se dio cuenta de que Sylvain no había deshecho su abrazo. Desprendía un efluvio característico a pino o a enebro que ella inhaló con fruición mientras se relajaba en sus brazos. De inmediato, él la estrechó con más fuerza.

Las últimas luces abandonaban el cielo cuando Gabe los hizo entrar por una puerta accesorio que conducía directamente al vestíbulo principal. A la luz del edificio, Allie reparó en la palidez de Jo, que se aferraba a Gabe llorosa. Tenía rastros de sangre en la mejilla y él le rozó la herida con el dedo.

—Te has lastimado —observó—. Será mejor que te llevemos a la enfermería.

Jo asintió con un gesto y Gabe la rodeó con el brazo mientras se alejaban por el vestíbulo. Allie volvió a sentir aquella extraña punzada de envidia. Como si se hubiera dado cuenta, Sylvain se acercó a ella y, apartándole el pelo con una caricia, le examinó el rostro.

—¿Te has hecho daño?

Aquella mirada de preocupación le provocó un revuelo en el corazón. Ahora que Sylvain la había soltado, Allie sentía el impulso irrefrenable de lanzarse a sus brazos y aspirar aquella esencia que despedía. El menor roce de su piel le provocaba escalofríos.

Exhaló un suspiro tembloroso.

—Sylvain, ¿qué ha sido eso de ahí fuera?

—No lo sé.

Algo en su tono de voz no le sonó del todo sincero y lo miró molesta. Tenía la sensación de que le estaba ocultando algo... algo importante.

—Tenemos que contarle a Isabelle lo que ha pasado —afirmó Allie. La determinación ardía en sus ojos.

—Supongo que tienes razón —repuso Sylvain—. Pero podemos esperar a

mañana. Seguramente ahora estará durmiendo. Todos estamos bien y no querrás que piense que montas una escena por nada, ¿no?

Allie habría querido contradecirlo, pero comprendió que tenía razón. Al fin y al cabo, no habían visto nada. No obstante, después del susto en el jardín y de la emoción del rescate, necesitaba hacer algo. Volver a buscar lo que quiera que hubiese ahí fuera. O como mínimo sentarse a charlar de lo sucedido. No podía irse a dormir como si nada.

—¿Y si vamos a ver cómo está Jo? —sugirió en tono esperanzado.

—Está bien... Gabe está con ella —Sylvain hizo una pausa y prosiguió de mala gana, como si ya supiera qué iba a decir ella—. Mira, son más de las once. Ha pasado el toque de queda. Deberías irte a la cama y mañana ya nos ocuparemos de esto.

Allie no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? ¡Ni hablar, Sylvain! Yo quiero hablar de lo que acaba de pasar. Dime la verdad... ¿qué has visto ahí fuera?

El otro formuló su respuesta con cuidado.

—Me temo que no he visto nada. A lo mejor era algún tipo de animal. Es posible que hayáis molestado a un zorro o a un tejón.

Cuando Allie abrió la boca para protestar, él la detuvo con un gesto.

—Estás cansada, Allie. Yo también lo estoy. Deberías irte a dormir, en serio.

Allie deseaba permanecer despierta, pero discutir sobre si estaba o no cansada no le parecía un buen motivo para desobedecer el toque de queda y arriesgarse a ser castigada.

A regañadientes, accedió.

—Muy bien, pues. Buenas noches, Sylvain.

Aunque lo dijo en tono irritado, cuando se dio media vuelta para irse él la cogió por la muñeca y la atrajo hacia sí con suavidad.

—¿Qué pasa? ¿No me vas a dar un beso de buenas noches? —sugirió Sylvain con una carcajada ronca—. ¿Nada de «Gracias por rescatarme, Sylvain»? ¿Ni siquiera un «Eres mi héroe, Sylvain»? No hay que irse a la cama enfadado, **ma belle** Allie.

Los ojos azules del chico destellaban traviosos cuando la envolvió en el abrazo que momentos antes ella tanto había ansiado.

Al principio, Allie se resistió por pura tozudez, pero cuando él bromeó susurrándole al oído: «Es más divertido si colaboras», se echó a reír. Fuera como fuese, el acento de Sylvain era irresistible y aquellos ojos la desarmaban.

Al besar a Allie en la mejilla, Sylvain dejó reposar los labios un instante de más. Ella notó su aliento cálido y delicioso en la piel. Se acercó a él con la esperanza de prolongar aquel momento.

—Ahora —le musitó Sylvain al oído— vete a la cama por tu propio pie o te llevaré a rastras.

Aun cuando por dentro se estaba derritiendo, Allie trató de parecer imperturbable.

—Pues muy bien —le espetó, y se dio media vuelta antes de que él pudiera advertir el efecto que ejercía sobre ella.

Aunque, por supuesto, Sylvain ya lo sabía.

—Dulces sueños —le gritó con una risa.

Allie corrió escaleras arriba sin mirar atrás.

A la mañana siguiente, Allie se levantó a las seis rebosante de una energía extraña, como si la adrenalina de la noche anterior aún corriese por sus venas. De pie ante el armario, se preguntó qué tipo de ropa sería la más adecuada para trabajar al aire libre. Al final optó por unos pantalones de chándal, unas zapatillas de deporte y una camiseta blanca con el escudo del colegio. Se recogió el pelo con una pinza y corrió escaleras abajo con el volante en la mano.

Le gruñía el estómago, pero era demasiado temprano para que el comedor estuviera abierto. Echó un vistazo por probar y en efecto lo encontró vacío, aunque alguien había dejado bocadillos de beicon sobre una plancha y una cubo plateado lleno de botellas de agua. Entró en la sala con cierta inseguridad.

Deben de ser para nosotros. De no ser así, ¿por qué iban a estar ahí?

Cogió un bocadillo y una botella de agua y paseó la vista por aquella sala desierta.

—Gracias —susurró al mismo tiempo que sostenía una botella en alto a modo de saludo.

Allie dio cuenta del bocadillo mientras recorría el silencioso vestíbulo, y poco después estaba bajando la escalinata de entrada. El aire de la mañana soplaba fresco, el cielo estaba despejado y las hojas de hierba le cosquilleaban los tobillos con el roce gélido de la escarcha.

Pensó que, en realidad, resultaba bastante agradable caminar por el jardín a solas.

Aunque preferiría no tener que hacerlo a diario.

Revisó mentalmente las experiencias del día anterior y ensayó cómo se las podría narrar a Isabelle sin parecer histérica o demasiado emotiva. No iba a ser fácil.

Al traspasar el lindero de la arboleda y penetrar en las sombras del bosque, se estremeció; allá donde no daba el sol, la temperatura descendía varios grados. El camino, recto como una flecha, discurría bajo los pinos, junto a espinosas zarzas. Las hojas muelles de los helechos le rozaban las piernas con delicadeza, pero ella apenas lo notaba, sumida como estaba en su disección mental de la noche previa.

Al cabo de unos diez minutos, el camino alcanzó un murete de piedra, junto al cual proseguía a lo largo de unos quince metros antes de desembocar en la entrada de un pequeño cementerio algo descuidado. En el centro del mismo se erguía una antigua capilla de piedra, a cuya entrada se congregaba un reducido grupo de

alumnos con aspecto aburrido. Allie exhaló un mudo suspiro de alivio cuando advirtió que todos iban más o menos vestidos como ella. Como no conocía a nadie, se quedó un poco al margen del grupo, apoyada contra el tronco retorcido de un tejo.

Apenas se había acomodado cuando la puerta de la capilla se abrió y apareció una mujer en el umbral. Iba ataviada con informalidad: pantalones de lino oscuros, blusa blanca y melena larga recogida con desenfado. Sostenía un sujetapapeles.

—¿Me podéis dar vuestros volantes, por favor?

Fue tomando los volantes de los alumnos sin hacer ningún comentario. En cambio, cuando le llegó el turno a Allie, la saludó.

—Tú debes de ser Allie —parecía tan complacida como si acabaran de presentarlas en el comedor ante una taza de té—. Isabelle me ha hablado mucho de ti. Soy Eloise Derleth, la bibliotecaria. Pásate por la biblioteca a saludarme cuando tengas un momento. Isabelle ha dejado unos libros para ti en mi mesa.

Obsequió a Allie con una sonrisa alegre y siguió recogiendo los volantes. Cuando hubo terminado, alzó la voz para que todo el grupo pudiera oírla.

—Sé que estáis impacientes por saber qué trabajo os aguarda hoy. De modo que no os haré esperar. Por favor, seguidme.

Algunos de los estudiantes pusieron los ojos en blanco y se rieron por lo bajo mientras se apelotonaban tras ella. Allie, discreta, se mantuvo algo apartada.

Eloise los guió alrededor de la capilla hasta un cobertizo construido al fondo del camposanto. El cementerio era encantador, salpicado de antiguas lápidas que se torcían sin orden ni concierto entre hierba densa y suave a la sombra de los árboles. En un claro de sol, un viejo banco de jardín se pudría despacio contra el muro.

Un hombre ataviado con el uniforme negro característico del personal del colegio los aguardaba detrás del cobertizo.

—Hoy vais a adecentar el cementerio —explicó Eloise—. El señor Ellison os proporcionará todo lo necesario y os asignará los trabajos. ¡Buena suerte!

Con una alegre sonrisa, se alejó a paso vivo por el sendero y cruzó la puerta para marcharse. Allie se acercó al grupo que hacía cola ante el cobertizo del señor Ellison.

—Os voy a dividir en equipos.

El jardinero poseía una sonora voz de barítono. Viéndolo distribuir los aperos, Allie no pudo sino admirar su envergadura. Debía de medir casi un metro noventa de alto y tenía unos brazos gruesos y fuertes, probablemente, conjeturó, de toda una vida trabajando al aire libre. Su piel era de color café y lo envolvía un aire tranquilo y encantador.

—Vosotros, los de aquí —señaló con un gesto a un grupo de chicos que hacía ruido con sus herramientas— seréis los encargados de limpiar las tumbas de hierbajos. Mientras que este otro grupo —señaló a dos muchachos y una joven que empujaban podadoras en direcciones diversas— se ocupará de cortar la hierba.

Allie era la última de la fila. Cuando llegó a la altura del señor Ellison, él la saludó con un gesto educado.

—Vosotros dos seréis los encargados de rastrillar.

¿Dos?

Se dio media vuelta a toda prisa y descubrió a Carter, que de pie detrás de ella, con aire inocente, recogía las herramientas que le tendía el jardinero. Mientras Allie lo miraba perpleja, Carter dio las gracias con educación y echó a andar con los dos rastrillos en una mano.

Saltando y tropezando por el terreno irregular, Allie corrió tras él. Entretanto, el molesto zumbido de las podadoras empezaba a poblar el aire.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y adónde vas? —le preguntó irritada. Como él no le hacía ni caso, gritó—: ¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Tenemos que rastrillar!

Carter no se dejó intimidar.

—Estoy castigado. ¿Tú por qué estás aquí? ¿Y puedes tranquilizarte, por favor? Tenemos que esperar unos minutos a que hayan podado un buen trozo. Es mejor que no estorbemos de momento.

Solo se detuvo cuando llegó al tejo que se alzaba cerca de la capilla. Apoyó los rastrillos en el tronco y después, ayudándose con una raíz superficial, se encaramó a una rama, donde se acomodó con las piernas colgando. Le tendió a Allie una mano y enarcó las cejas con ademán interrogativo.

Después de dudar solo un momento (e imaginarse a sí misma en el suelo, diciendo con actitud digna: «No, gracias, prefiero estar de pie»), Allie trepó al tejo de mala gana. Cuando Carter le dio la mano y la ayudó a sentarse a su lado, algo en la mirada del chico que no supo cómo interpretar la hizo ruborizarse.

Allie se deslizó hacia atrás por el ramal retorcido y se sentó con una pierna colgando y la otra doblada, con el pie apoyado sobre la rama. Carter se colocó de espaldas al tronco y de cara a ella. Hizo girar una ramilla entre los dedos mientras la observaba con curiosidad. Allie por su parte, fingiendo no reparar en aquel escrutinio, observaba cómo los encargados de las podadoras eliminaban la hierba.

—Mira —empezó a decir Carter—, llevo un tiempo queriendo verte a solas para disculparme.

Ella posó los ojos en él, sorprendida. Pensó que el chico parecía incómodo, algo impropio de él.

—El otro día, en la biblioteca, te llevaste una idea equivocada de mí —continuó—. Creo que me entendiste mal. En realidad, pienso que tienes el mismo derecho que cualquiera a estar aquí. ¿Vale? Por favor, créeme.

Aunque asintió, Allie siguió mirándolo con recelo. Él suspiró frustrado.

—Me siento fatal. Debes de pensar que soy un capullo.

Ella volvió a asentir, medio sonriendo con ironía, y Carter se echó a reír. Allie

intentó reprimir una sonrisa pero fracasó.

—Lo sabía. Allie, espero que me creas. No quise decir lo que tú interpretaste. Para nada. Odio a los esnobs de este colegio y por nada del mundo quisiera ser uno de ellos. ¿Podemos empezar de cero?

En su fuero interno, Allie no confiaba en él. Claro que, pensándolo bien, en su fuero interno no confiaba en nadie. ¿Y qué sentido tenía alargar aquello?

—Claro —consintió por fin.

—Bien. Ahora podemos volver al principio —mirando en dirección al jardín, Carter continuó—: Perfecto. En fin, lo bueno si breve... Parece que ya han dejado una zona despejada. Será mejor que empecemos.

Bajó del árbol de un salto y aterrizó con suavidad. Luego se giró para ayudar a Allie. Ella se colocó en el borde de la rama y Carter, ignorando la mano que le tendía, la cogió por la cintura y la hizo descender del árbol con facilidad. A Allie le sorprendió lo fuerte que era.

—¡A trabajar! —dijo él mientras cogía los rastrillos. Admirando su elasticidad, Allie lo siguió hacia el cementerio.

Las lápidas apenas revelaban información de sus ocupantes («Emma Littlejohn, amada esposa de Frederick Littlejohn y madre de Frances Littlejohn 1803-1849. Descanse en paz»), pero Allie no pudo evitar leer todos y cada uno de los epitafios al pasar, pensando en las personas que describían y preguntándose si habrían sido felices y cómo habrían acabado en aquel lugar.

Cuarenta y seis. No es una edad muy avanzada, pensó. Su propia madre debía de tener esa edad, si no más.

Las podadoras ya habían despejado buena parte de las hierbas más altas. Carter le tendió a Allie una herramienta y procedió a rastrillar hojas y hierba, que amontonaba con destreza. Ella lo imitaba lo mejor que podía, procurando susurrar una disculpa ante cada tumba.

Siento molestarla, señora Coxon (1784-1827). Solo será un momento.

Por desgracia, su montón apenas creía; perdía la mitad de la hierba por el camino.

—Esto se te da de maravilla —comentó Carter con sorna.

—¡Calla! —se rio Allie—. No me agobies. Es la primera vez que lo hago.

—¿Qué haces qué? ¿Rastrillar? —la sorpresa del chico parecía genuina.

—Sí. Nunca he usado un rastrillo —Allie se encogió de hombros.

—¿Cómo que nunca has usado un rastrillo? ¿Es que tus padres no te hacían trabajar? —se escandalizó él.

—Vivo en Londres, Carter. No tenemos jardín, tenemos una especie de patio con muchas macetas y algunas flores en los márgenes. He quitado las malas hierbas montones de veces, pero nunca he pasado el rastrillo.

Carter siguió trabajando en silencio durante unos minutos. Luego negó con un

movimiento de la cabeza.

—En Londres debe de haber montones de niños que nunca han hecho algo así. Me parece rarísimo. No podría vivir sin trabajar al aire libre, sin ensuciarme las manos de tierra.

Apoyada en el rastrillo, Allie admiró la destreza de Carter.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

Él hizo un gesto con el brazo que abarcaba hasta donde alcanzaba la vista.

—Lo estás viendo.

—¿Cómo, vives por aquí?

—Vivo aquí. Esta es mi casa.

Extrañada, Allie siguió trabajando unos minutos más hasta que volvió a detenerse para apartarse de los ojos un mechón suelto.

—Pero ¿dónde vivías antes de venir aquí?

Carter dejó de rastrillar también.

—En ninguna parte. Me crié aquí. Mis padres trabajaban en el colegio. Estudio gracias a una beca. Nunca he vivido en ninguna otra parte.

—¿Tus padres son profesores?

Mientras volvía al trabajo, Carter respondió sin alzar la vista.

—No. Mis padres formaban parte del personal de servicio.

Recalcó las palabras «formaban» y «personal».

—Entonces —Allie amontonó la hierba con el rastrillo—, ¿ya no trabajan aquí?

—No —respondió él con frialdad—. No te dejan trabajar aquí cuando estás muerto.

La muchacha se quedó de piedra. Él seguía rastrillando con furia; Allie alcanzaba a ver las flexiones de sus músculos bajo la camiseta.

Aquí yacen el señor y la señora West. Descansen en paz.

—Oh, Dios mío, Carter, lo siento. No lo sabía.

Carter continuó trabajando.

—Claro que no. ¿Cómo ibas a saberlo? No te preocupes.

Tras dejar caer la herramienta, ella se acercó y le tocó el brazo.

—Lo siento muchísimo.

Carter se zafó y la fulminó con la mirada.

—No lo sientas. Y, en serio, no quiero pasarme aquí todo el día, así que ¿me vas a ayudar?

Molesta, Allie recogió el rastrillo y se desplazó unas cuantas tumbas más allá. Durante veinte minutos trabajaron en silencio. A Allie le dolían la espalda y los brazos, pero se las arregló para conseguir unos buenos montones de hojas y hierba. Miró a Carter unas cuantas veces, pero él no alzó la vista.

Poco a poco, el horrible zumbido de las máquinas se fue apagando hasta que,

transcurridos unos diez minutos, cesó por completo. Desconectaron la última de las podadoras y se la devolvieron al señor Ellison que, meticoloso, organizaba la devolución de las herramientas.

—Creo que ya hemos acabado.

Allie estaba tan concentrada en el trabajo que al oír a Carter dejó caer el rastrillo sobresaltada. Cuando se agachó para recogerlo, el mechón de pelo volvió a soltarse y se lo retiró con aire ausente.

—Ven —ordenó él—. Date la vuelta.

Ella lo miró con inseguridad, pero acabó por obedecer tras vacilar un momento. A su espalda, Carter le acarició el bucle caído y lo fue introduciendo en la pinza con delicadeza. Allie se quedó inmóvil. Aquel contacto suave en la nuca le provocaba escalofríos. Al cabo de pocos segundos, la caricia cesó sin que él hubiera pronunciado palabra alguna.

Cuando Allie se dio la vuelta, Carter caminaba hacia la capilla cargado con los dos rastrillos. Corriendo para alcanzarlo, tropezó con un montón de hierba.

—Aquí tienes, Bob —dijo Carter mientras le tendía los aperos al señor Ellison.

—Gracias. ¿Otra vez metido en líos, Carter?

—Siempre.

El señor Ellison profirió una carcajada ronca con la que Allie simpatizó al instante. Obsequió al hombre con una sonrisa y se metió las manos en los bolsillos.

—Espero que hayamos hecho un buen trabajo, señor Ellison.

Él le sonrió con amabilidad.

—Magnífico, señorita Sheridan. Gracias por su ayuda.

Mientras se alejaban por el sendero, gritó a su espalda:

—No deje que Carter la meta en más líos.

Este enfiló por el camino a paso vivo y cruzó la verja sin esperarla.

Por un momento, Allie consideró la idea de darle alcance, pero la desechó. En cambio, decidió andar con indolencia con la esperanza de que Carter le tomara una buena delantera.

Sin embargo, al doblar una curva unos minutos más tarde, lo vio plantado en el camino, dando patadas a una piedra. Evitó su mirada y pasó junto a él sin decir una palabra.

—¡Allie, espera!

Lo oyó correr para alcanzarla pero no se volvió a mirar. Cuando llegó a su altura, Carter se puso a andar de espaldas, de cara a ella.

—El caso es —reconoció— que me he vuelto a portar como un idiota.

—No pasa nada —respondió ella sin dejarse conmover—. Al menos eres coherente.

La carcajada de Carter pilló a Allie por sorpresa.

—Vale, me lo merezco. Lamento haber sido tan brusco. Es solo que... algunos temas me ponen de mal humor —su mirada se ensombreció y apartó otra piedra del camino de una patada.

Allie pensó en Christopher y en lo mal que llevaba ella el tema de su desaparición.

—Tranquilo —contestó—. Está olvidado.

—¿Seguro? —insistió él.

—Del todo.

Satisfecho, Carter dio media vuelta y siguió caminando junto a ella.

—¿Te has recuperado de lo de ayer?

Ella se lo quedó mirando, sorprendida.

—¿Cómo sabes lo de ayer?

—No hay secretos en Cimmeria —contestó él—. He oído que Jo se hizo daño corriendo por ahí a oscuras.

Allie se preguntó hasta qué punto podía sincerarse. Quería hablar con alguien de lo sucedido, pero temía que Carter se burlara de ella.

—Pasamos mucho miedo —reconoció.

—¿Qué visteis exactamente?

—Nada —admitió la muchacha—. O sea, estaba demasiado oscuro. Solo oímos...

Allie no sabía cómo explicarlo.

—¿Qué oísteis? —Carter la miraba con una expresión indescifrable.

—Algo que gruñía —confesó ella—, como un perro. Pero oí pasos también. Como de persona. ¿Qué crees que pudo ser? —preguntó—. O sea, ¿la gente de por aquí tiene perro? ¿Los profesores o el personal de servicio?

—No hay perros —respondió el otro sucintamente.

—Bueno, pues alguien tiene un perro —musitó ella—. O alguien gruñe.

Carter se detuvo tan de repente que Allie estuvo a punto de chocar contra él.

—¿En serio? —insistió—. Yo creo que os gastaron una broma. Alguien quiso asustaros.

Por alguna razón, Allie no se esperaba aquella explicación.

—¿Y por qué iba nadie a hacer algo tan estúpido?

—Porque son unos críos —apuntó él—. Y están aburridos. Y porque tú eres la nueva. Lo hicieron por diversión.

La idea de que un grupo de chicos se hubiera burlado de ella parecía plausible. Y la ofendía, aunque procuró disimularlo. Mientras seguía andando junto a Carter, se miró los pies y tragó con fuerza. No, aquella explicación no acababa de sostenerse. Porque ¿qué pasaba con Jo? Ella también había estado allí.

Después de meditarlo, concluyó que solo había dos posibilidades. O bien el incidente había sido una broma de mal gusto, en la cual Gabe y Sylvain habían

participado, o bien Carter estaba mintiendo.

Lo miró a hurtadillas; él mantenía la vista al frente.

—Sabes, Gabe y Sylvain nos rescataron —comentó Allie en tono casual—. ¿Ellos también estaban en el ajo?

Carter se enfurruñó.

—Ah, os rescataron, ¿eh? Qué heroicidad —se volvió a mirarla—. ¿Qué hay entre Sylvain y tú, por cierto? Llevas aquí un par días, pero él ya te considera de su propiedad.

Allie picó el anzuelo.

—No digas tonterías. Nadie es propiedad de nadie. Sylvain solo es simpático conmigo. Me parece un tío majo.

—¿Sylvain? ¿Majo? —se mofó Carter—. Lo dudo mucho.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Sabes qué? Desde que estoy aquí, Sylvain no ha hecho nada más que ser amable conmigo. A diferencia de todos los demás.

Carter la cogió del brazo y la obligó a mirarlo.

—Solo te digo que... lleves cuidado, Allie. Las cosas no son tan sencillas aquí dentro como ahí fuera.

Había hablado con vehemencia y sin duda parecía sincero, pero ella apartó el brazo con rabia. Antes de que pudiera responder, oyó la voz aterciopelada de Sylvain.

—Allie. Estás aquí. Ahora mismo iba a buscarte.

Surgió de entre las sombras, saliéndoles al paso. Carter dirigió a Allie una mirada de aviso pero ella lo asesinó con los ojos.

—Carter. Por supuesto. Debí imaginar que estarías castigado. Siempre lo estás.

Lo dijo en tono de broma, pero sus palabras parecían aludir a algo más serio.

—A diferencia de ti, Sylvain.

La voz de Carter rebotaba desdén cuando empujó a Sylvain al pasar y echó a andar enfadado hacia el colegio.

Con expresión preocupada, Sylvain se volvió hacia Allie.

—¿Ha pasado algo? Pareces disgustada.

—No ha sido nada —lo tranquilizó Allie mientras Carter desaparecía por un recodo—. A veces se porta como un capullo, ¿no?

—Creo que esa palabra lo describe a la perfección —cuando sonreía, los ojos de Sylvain recordaban a los de un gato—. ¿Y qué tal ha ido el castigo?

¿Espantoso?

—No ha estado tan mal. Solo me ha salido una ampolla.

Levantó la mano derecha, en cuya palma sobresalía una burbuja blanca, justo en la base del dedo anular.

—Qué tragedia —se llevó la mano de Allie a los labios y la besó con suavidad.

Ella se estremeció. De nuevo aquellos escalofríos—. He pensado que no deberías trabajar con las manos. No va contigo. Deberías tener criados que te sirviesen la comida toda vestida de seda.

La insensatez de aquella idea la hizo reír.

—Sí, claro, podrían pelarme uvas mientras yo cuento mis diamantes.

—Te ríes, pero podría pasar —sin soltarle la mano, Sylvain la guiaba por el sendero—. Por desgracia, esta visita no es solo de cortesía. He venido a buscarte a petición de Isabelle. Quiere verte.

A Allie se le hizo un nudo en el estómago. No le sorprendía excesivamente que la directora quisiera verla, puesto que la habían castigado. Sin embargo, había albergado la esperanza de no meterse en problemas serios, para variar.

—Muy bien —se resignó—. Supongo que era de esperar.

Andando junto a él, se volvió a mirarlo.

—En cuanto a lo de ayer por la noche...

—Ah, sí —se mofó Sylvain—. Aquel ataque brutal en el jardín.

Se estaba burlando, pero Allie hablaba en serio.

—¿Quién nos estuvo siguiendo? Oí pasos y un perro o algo así.

—Creo que las pisadas que oíste fueron las de Gabe y las mías —supuso Sylvain—. Y lo que te pareció un perro debió de ser un zorro.

—¿Un zorro que gruñe? —se extrañó ella.

—Quizás quedó atrapado en un cobertizo y se quejaba —Sylvain se encogió de hombros—. A veces pasa.

Allie miró a Sylvain sin parpadear.

—Carter dice que seguramente fueron unos chicos que querían gastarme una broma.

Sylvain frunció el ceño.

—Eso es absurdo. Yo me habría enterado. Me extraña mucho que haya dicho algo así.

Sin saber muy bien por qué, Allie experimentó cierto alivio al oírlo.

—Sí —asintió—. Eso pienso yo también.

Habían llegado ya al césped de delante del colegio cuando a Allie la asaltó una duda.

—¿Por qué te ha enviado Isabelle a buscarme en lugar de mandar a un alumno de primero? —preguntó.

—Ah, hemos celebrado una reunión de prefectos y estábamos charlando —explicó—. Es normal. Sabe que somos... amigos.

Ella lo miró sorprendida.

—No sabía que fueras prefecto.

—¿No? —preguntó él atrayéndola hacia sí—. Bueno, ahora que lo sabes, tendrás

que hacer todo lo que yo diga. Porque soy el jefe.

Riendo, Allie se deshizo de su abrazo.

—Ya. ¿De modo que esto funciona así? Bueno, habrá que considerarlo.

Echó a correr y Sylvain la siguió pisándole los talones. Cuando la pilló a la puerta del colegio, ella estaba muerta de risa. Por desgracia, justo cuando tendía la mano hacia el pomo, la puerta se abrió y el señor Zelazny apareció en el umbral.

Se le pasó la risa de golpe.

—Señorita Sheridan —aunque era sábado, el profesor de Historia lucía traje y corbata. Su tono de voz rezumaba desaprobación—. Me alegra comprobar que se toma su castigo tan en serio.

Hombres más peligrosos que tú me han arrestado, pensó Allie.

Sin darle tiempo a replicar, Sylvain dio la cara por ella.

—Yo tengo la culpa, señor Zelazny. Intentaba animar a Allie porque me ha parecido encontrarla algo deprimida después de pasarse toda la mañana castigada.

Por favor, no la juzgue a ella por mis actos.

Zelazny prosiguió su camino.

—Un castigo que tenía bien merecido.

—Por supuesto —respondió el chico guiando a Allie por el vestíbulo de entrada mientras ella procuraba reprimir las carcajadas.

Cuando estuvieron fuera del alcance del oído del profesor, se dobló de risa, pero Sylvain la hizo callar.

—Aquí no, ***ma belle*** Allie —susurró—. Tiene un oído excepcional.

Ella se tapó la boca con las manos para sofocar las risillas.

—No quiero que te castiguen una semana entera —dijo Sylvain—. August es muy... susceptible.

—¿August? —se sorprendió Allie.

—El señor Zelazny. Es su nombre.

—Ah.

—Y ahora —prosiguió Sylvain—, será mejor que te deje. Isabelle te estará esperando en la primera aula a la derecha. Buena suerte.

Le hizo una reverencia y le besó la mano.

Allie no estaba muy segura de cómo reaccionar.

—¡Adiós! —exclamó con exagerada alegría antes de dirigirse a toda prisa hacia el ala de las clases, desierta y silenciosa.

La primera puerta a la derecha estaba cerrada y Allie llamó con discreción.

—Adelante —la inconfundible voz de la directora respondió de inmediato.

En el interior, Allie encontró a Isabelle sentada ante la mesa del profesor, rodeada de montones de papeles. Había un portátil abierto ante ella pero lo cerró antes de que

Allie pudiera atisbar la pantalla. De todos modos, ella lo miró con nostalgia.

La vida moderna existe.

—Por favor, siéntate —Isabelle señaló con un gesto una silla próxima—. Debes perdonarme... Estoy haciendo las cuentas, lo cual, al parecer, requiere que llene de papeles todo un centro social, de modo que prefiero trabajar en el espacio despejado de un aula.

Quitándose las gafas, se levantó y se desperezó antes de sentarse junto a Allie.

—¿Qué tal tu mañana de castigo?

—Bien, supongo —Allie se encogió de hombros—. O sea, el trabajo era duro pero no ha estado mal.

Isabelle sonrió con afabilidad.

—Creo que August es demasiado severo contigo, y así se lo he dicho. Quería que lo supieses. Tampoco he querido socavar su autoridad retirándote el castigo pero no creo que fuera justo.

Aquellas palabras la pillaron tan de sorpresa que Allie no supo qué decir; nadie jamás se había disculpado con ella por una injusticia. Ni siquiera sabía que fuera posible.

—Gracias —fue la mejor respuesta que se le ocurrió, pero Isabelle pareció leer en su expresión cuánto significaba aquel gesto para ella.

—August es famoso por su severidad, de modo que no vayas a sentirte perseguida —prosiguió—. Lo es hasta tal punto que no transcurre ni una sola semana sin que unos cuantos estudiantes acaben trabajando en los jardines u ordenando los viejos almacenes. No obstante, le he pedido que te dé algo más de tiempo para adaptarte antes de volver a incluirte en su lista.

Escudriñó a Allie con curiosidad.

—En cuanto al incidente de la noche pasada... deberíamos hablar de ello. Sylvain dice que algún animal salvaje os asustó en el jardín.

—Bueno, yo no sé qué fue —reconoció Allie—. Oímos unos ruidos y... creo que algo nos persiguió. Nos pareció que gruñía o algo así. ¿Qué crees que pudo ser? —Sylvain sugirió que pudo tratarse de un zorro. Hay muchos por aquí —apuntó Isabelle.

Frunciendo el ceño, Allie inclinó la cabeza a un lado.

—En Londres hay zorros, pero nunca he sabido de ninguno que gruñera o persiguiera a la gente.

—Ya, pero esto es el campo —insistió Isabelle—. Los zorros son más salvajes aquí. Los de Londres están prácticamente domesticados. Una zorra con cachorros puede volverse muy agresiva. He pedido a los guardabosques que permanezcan atentos a la presencia de cualquier animal, pero no se me ocurre qué otra cosa pudo ser. Me alegro mucho de que ambas estéis sanas y salvas.

Parecía sincera, y Allie agradeció que no la hubiera tratado como a una boba.

Isabelle, sin embargo, ya estaba pensando en otra cosa.

—¿Y a ti qué tal te va? ¿Has hecho amigos? Sylvain me ha dicho que te va bien, y que los dos os lleváis de fábula. Me alegra oírlo. Es uno de nuestros mejores alumnos.

Allie se ruborizó. Le resultaba extraño pensar que Sylvain, quien coqueteaba con ella constantemente, hablara del tema con la directora.

—Bien —dijo encogiéndose un poco en la silla—. He trabado amistad con Sylvain y con Jo, y he conocido a unos cuantos alumnos. Todo el mundo ha sido bastante agradable excepto...

Se mordió el labio, pero Isabelle la miró como animándola a seguir hablando.

—¿Excepto quién? No pasa nada, puedes decírmelo.

—Bueno, ya sabes —Allie cruzó y descruzó los tobillos—. Katie Gilmore. Tiene muy mala idea.

Isabelle suspiró.

—Te seré sincera, Allie. A veces creo que Katie Gilmore es una de las grandes pruebas que el destino ha colocado en mi camino. La han malcriado toda su vida... Tal vez no sea una actitud muy profesional decirte algo así, pero creo que puedo confiar en ti. Por circunstancias de su infancia, le cuesta mucho relacionarse con los alumnos que no disfrutaban de tantos privilegios como ella; su familia es tan rica que la ha sobreprotegido. No obstante, no es inmune al castigo, de manera que si en algún momento se pasa de la raya, infórmanos a Jules o a mí —la directora se limpió las gafas con una gamuza limpia—. No me importaría nada verla una semana trabajando en el jardín. Ensuciarse un poco las manos le haría muchísimo bien.

Encantada de que Isabelle se mostrara tan franca con ella, Allie soltó una risilla al imaginar la escena, pero enseguida se contuvo. Cuando la directora se rio también, Allie supo que no se había molestado.

—¿Algo más al margen de eso? —Isabelle volvió a ponerse seria—. Estás progresando mucho. Desde luego, en mi clase te desenvuelves muy bien. ¿Algún problema de tipo académico?

Allie negó con la cabeza. Sin duda les exigían mucho, pero las materias eran mucho más interesantes que las de sus dos anteriores escuelas, y había descubierto que, en realidad, estaba disfrutando.

—¿Qué me dices de tu hogar? —preguntó Isabelle—. He advertido que no has solicitado llamar a tus padres ni una vez desde que llegaste. ¿Te gustaría telefonarlos? Si quieres hablar con ellos, por mí no hay problema.

De nuevo, Allie negó con la cabeza, esta vez con más energía.

—No me apetece hablar con ellos de momento —explicó evitando los ojos de Isabelle—. Prefiero pasar un tiempo aislada.

Cuando alzó la vista, advirtió en el semblante de Isabelle una expresión indescifrable, pero algo le dijo que la directora comprendía su decisión.

—Por supuesto —respondió Isabelle, y acto seguido añadió—: Pero si alguna vez cambias de idea, házmelo saber.

La conversación había tomado un rumbo delicado para Allie, que se revolvía incómoda en el asiento con la esperanza de salir de allí cuanto antes.

La directora, que no se perdía ni un detalle, se levantó y volvió a desperezarse con ademán fatigado.

—Bueno, supongo que ha llegado el momento de que te deje ir a comer y a disfrutar del resto del fin de semana.

Sin necesidad de oír nada más, Allie se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la puerta, pero la voz de Isabelle la retuvo justo cuando estaba a punto de abrirla.

—Por favor, Allie —le recordó—, no temas acudir a mí ante cualquier problema, por insignificante que te parezca. Estoy aquí para ayudarte. Bajo ningún concepto voy a causarte dificultades. Estás a salvo conmigo.

Parecía hablar de corazón y Allie sonrió con timidez.

—Lo haré —respondió antes de salir a toda prisa.

Notó los ojos sabios de Isabelle siguiéndola por el pasillo.

—Oh, Dios, por favor, haz que acabe esta tortura —Jo dejó caer la cabeza sobre el libro de Biología.

Sentada frente a ella a la mesa de la biblioteca, Allie le lanzó un boli.

—Sí —asintió Gabe cerrando un libro al mismo tiempo—, necesitamos un descanso. Aún me queda trabajo que hacer, pero nadie dice que no pueda hacerlo más tarde. Es sábado por la mañana, hace un día precioso... ¿A quién le apetece dar un paseo?

Sin levantar la cabeza del libro, Jo alzó la mano.

—A mí —respondió con la voz ahogada de tanta biología.

—¿Allie? —preguntó el chico mientras amontonaba los libros.

Ella negó con la cabeza.

—Ya he tenido bastante aire libre por hoy, gracias. Me quedaré a explorar el edificio.

Jo levantó la cabeza; tenía el pelo rubio de punta.

—Te va a encantar. Pídele a Eloise que te enseñe las salitas de estudio. Son perversas.

Parecía bastante recuperada de la noche anterior; le habían curado el corte con un vendaje de mariposa color carne y no parecía que tuviera ninguna otra herida.

Allie aún no había tenido ocasión de hablar con ella sobre lo sucedido; se moría por pasar unos minutos a solas con Jo, pero Gabe apenas se había separado de ella en

todo el día. En aquel momento, estaba apilando los libros de su chica también, y ambos se levantaron para salir.

—¿Nos vemos en la cena, o antes? —preguntó Allie esperanzada.

—Claro —respondió Jo con una sonrisa.

Una vez sola, Allie se despidió y miró a su alrededor. La sala estaba casi vacía.

Se encaminó al despacho de la bibliotecaria. Detrás de un mostrador alto de madera pulida, Eloise guardaba documentos en un archivador a la vieja usanza.

—Eh... ¿Hola? —dijo Allie con inseguridad.

—Oh, Allie. Cuánto me alegro de volver a verte —la saludó Eloise incorporándose al mismo tiempo—. ¿Cómo estás?

La bibliotecaria llevaba el pelo oscuro recogido en un peinado informal que le dejaba sueltos algunos rizos. Llevaba unas gafas de montura morada apoyadas en la punta de su nariz delgada.

—Muy bien, gracias. Estaba estudiando por allí —Allie señaló en dirección a la mesa de donde venía— y se me ha ocurrido pasar a saludar.

—¿Has venido a buscar esos libros de los que te hablé? —Eloise dejó el archivador sobre la mesa—. Te los he separado.

Rebuscó bajo el escritorio y sacó una pila de libros con una tarjeta en lo alto donde rezaba: «Para Allie».

—Creo que es un poco de lectura extra para tu clase de Literatura inglesa —explicó la bibliotecaria.

Allie ya se había olvidado de los libros que Eloise le había mencionado por la mañana y, para ser sincera, había leído bastante por un día.

Sin embargo...

—Ah, bien —contestó con educación, y se los guardó en la cartera—. Pero en realidad iba a explorar el edificio y Jo me ha dicho que había por aquí unas salas de estudio muy especiales o algo así.

Al principio, Eloise la miró de hito en hito, pero enseguida se hizo la luz en su mirada.

—Debes de hablar de las cámaras de la parte trasera. Son bastante especiales. Espera, cogeré las llaves.

Descolgó un atestado llavero del gancho que había detrás del mostrador. Allie la siguió entre interminables estanterías, caminando sobre alfombras orientales que parecían contar cientos de años de antigüedad.

—Este lugar es enorme —comentó poniendo los ojos en blanco.

—Da gracias de no tener que quitarle el polvo —bromeó la bibliotecaria—. Claro que si te vuelven a castigar, tal vez tengas la oportunidad.

Allie se echó a reír.

—No, por favor.

—No te preocupes —Eloise sonrió—. Si te portas bien, jamás sucederá.

Torcieron por una esquina y la decoración cambió ligeramente. En aquella sección había pocos estantes, pero más mesas y butacas de cuero.

—Esta zona está reservada a los alumnos más avanzados —explicó la bibliotecaria mientras escogía una llave de la anilla que llevaba en la mano—. Allá vamos.

La pared estaba forrada de paneles de madera tallada en recargados motivos. Eloise insertó la llave en una cerradura tan hábilmente disimulada entre las tallas que

Allie ni siquiera la había visto, y una puerta, hasta entonces invisible, se abrió en silencio.

—Guau —se admiró Allie—. Una puerta secreta.

—Sí, guau —Eloise la miró por encima de las gafas—. Estas salas de estudio forman parte de la zona antigua del edificio. No estamos seguros de para qué servían en su origen. Pero, bueno, echa un vistazo.

Pulsó el interruptor para encender la luz y dio un paso atrás. Allie entró en una cámara de unos dos metros y medio de ancho por unos dos de largo. En el interior de aquel espacio sin ventanas había un escritorio con una lámpara, una butaca de piel y una pequeña estantería. Lo más llamativo era el elaborado mural que cubría las paredes. Desde el centro del cuarto, Allie dio una vuelta sobre sí misma para abarcarlo todo. La pintura parecía narrar una historia: hombres y mujeres armados hasta los dientes luchaban en un campo de batalla, acechados por furiosos querubines en un cielo tormentoso.

Allie pensó que la escena resultaba escalofriante.

—¿Cómo puede estudiar nadie aquí? —preguntó—. Yo me pasaría todo el rato buscando refugio.

—A nadie parece molestarle —con mirada indescifrable, Eloise contempló las espadas enarboladas—. Pero reconozco que algo de razón tienes.

La bibliotecaria abandonó la cámara. Tras echar un último vistazo a su alrededor, Allie la siguió, y Eloise cerró la puerta a su espalda.

—¿Son todas así?

La otra asintió.

—Muy parecidas. En cada sala hay una pintura que narra una parte distinta de la misma historia. Este mural representa la batalla principal. Por lo que parece, es la última de la serie.

Se dirigió al final del tabique revestido y abrió otra puerta oculta. Tras encender la luz, le indicó a Allie por gestos que la siguiera y ambas entraron en la pequeña cámara. En los murales aparecían las mismas personas, pero esta vez los hombres lucían sombreros y trajes de gala, y las mujeres recargados vestidos de baile.

Parecían charlar en corro, ante lo que se diría la versión reducida del edificio en el

que se encontraban.

—Creemos que este es el primero de la serie —comentó Eloise.

—¿Eso es Cimmeria? —preguntó Allie.

—Antes de la ampliación —confirmó la bibliotecaria—. La pintura se remonta a aquella época... principios del siglo XVIII.

—¿De qué tratan las pinturas? —quiso saber ella—. ¿De una especie de guerra?

Eloise tenía los ojos fijos en uno de aquellos rostros.

—En realidad, ya nadie lo sabe. Dice la leyenda que el edificio, en su origen, fue construido para una sola familia. Al parecer hubo diferencias entre sus miembros y en resumidas cuentas se declararon la guerra. Los vencedores se quedaron la escuela. Pero la historia no ha quedado registrada en ningún documento del centro y, te digo una cosa, si hubiera alguno, yo lo sabría. Soy la historiadora del colegio.

Mientras dejaban la cámara atrás, Allie se sumió en sus pensamientos.

—Qué raro —comentó—. O sea, ¿cómo es posible que algo tan importante se haya perdido?

—Cosas que pasan —respondió Eloise—. Sobre todo si nadie quiere recordarlo.

—No querría encerrarme a estudiar en esas cámaras por nada del mundo —declaró Allie.

—Con suerte, aún tienes un año entero por delante antes de que hayas progresado lo bastante como para encerrarte ahí —Eloise la obsequió con una sonrisa alegre—. De momento estás a salvo.

Siete

Mientras dejaba atrás la biblioteca y recorría el pasillo en dirección a las aulas, Allie seguía pensando en las extrañas pinturas de las cámaras. Al ser un día festivo, las clases estaban vacías y en silencio cuando superó las del primer piso, que tan bien conocía, y subió al segundo con parsimonia. En aquellas otras aulas solo se impartían lecciones avanzadas, y Allie albergaba la esperanza de que transmitiesen cierto aire de misterio. Por desgracia, la segunda planta era idéntica a la primera: una gran antesala con el suelo de madera y una hilera de puertas a cada lado. Las luces estaban apagadas y la única iluminación de la planta procedía del sol, cuyos rayos se colaban atenuados por los ventanales.

Calzada con deportivas, Allie avanzaba casi en silencio mientras se iba asomando a aquellas aulas desiertas, habitadas tan solo por hileras de pupitres pacientes y espectrales.

No habría sabido decir en qué momento empezó a oír las voces; quizá cuando había alcanzado la mitad de la antesala. Fue como un murmullo bajo del que solo se percató cuando aumentó de volumen.

Se quedó petrificada.

Alguien gritó y luego sonó una especie de choque, seguido de una serie de voces inquietas, como si varias personas trataran de calmar a alguien.

Allie estaba a punto de dar media vuelta cuando se abrió una puerta al final del pasillo y una figura emergió de las sombras.

Por instinto, corrió al umbral más cercano y se agazapó detrás de la puerta, oculta por las sombras, donde se dispuso a escuchar. Al principio no pudo oír nada salvo el sonido de su aliento; luego, al cabo de un instante, unas pisadas suaves que se aproximaban. Empezó a contar sus propias respiraciones.

... **diez, once, doce...**

Los pasos se detuvieron.

Allie dejó de respirar.

—¿Allie? —susurró Carter con aspereza—. ¿Qué diablos...?

Entró y la cogió por el brazo para arrastrarla sin miramientos hacia la escalera. Ella estaba demasiado sorprendida como para protestar y lo siguió trastabillando.

Carter la obligó a bajar los peldaños de mala manera hasta que llegaron al rellano del primer piso, donde se giró para mirarla.

—¿Qué estabas haciendo en la segunda planta? —tenía los dedos clavados en el hombro de Allie.

—Explorando —respondió ella mientras trataba de liberarse. Intentaba aparentar calma pero la voz temblorosa la traicionaba.

—¿Explorando qué? ¿Las aulas?

Fingiendo indiferencia, Allie se encogió de hombros.

—Sí. Más o menos. No está prohibido ni nada, ¿verdad?

—Allie, ¿has leído la información que te dieron cuando llegaste? ¿Crees que las reglas son optativas en tu caso? —la voz de Carter rebosaba sarcasmo, y Allie notó cómo la rabia se abría paso en su interior desde la boca del estómago.

¿Qué le pasa a todo el mundo en este maldito colegio?

—Leí lo suficiente como para saber que era un rollazo —le espetó—. Ahora, ¿puedes dejar de comportarte como un psicópata y soltarme?

—El segundo piso está reservado para los alumnos de último curso y para las actividades de la Night School —le explicó Carter como si hablara con una niña pequeña—. Te puedes meter en un lío tremendo si te cogen allí. No debes subir.

Allie se zafó del apretón de Carter.

—Maldita sea —dijo frotándose el hombro—. ¿Y yo soy exagerada? Cualquiera diría que he matado a alguien.

Él no se dio por aludido.

—En serio, Sheridan. Estoy empezando a pensar que te gusta meterte en líos.

Girándose sobre los talones, Allie se dirigió a las escaleras dando fuertes pisotones y le espetó por encima del hombro:

—Bueno, pues si lo que he oído de ti es cierto, West, mira quién fue a hablar.

Él no contestó.

Aquella noche, Allie esperaba junto a la puerta del comedor, contemplando nerviosa el flujo de alumnos que iba llenando la sala. Katie pasó por su lado, resplandeciente y etérea. Dijo algo al grupo de secuaces que la seguía a todas partes y ellas se rieron por lo bajo. Allie vio a Jules entre ellas, con expresión seria.

Incapaz de contenerse, se puso bizca y les sacó la lengua, pero aquello solo las hizo reír con más ganas.

—Qué idiota —oyó decir a Katie, y se sonrojó.

Pocos minutos más tarde aparecieron Jo y Gabe, rutilantes estrellas de toda una constelación de amigos. Jo se reía de una broma que Allie no había alcanzado a oír. Aguardó a que repararan en ella, intentando no parecer ansiosa. Afortunadamente, Jo alzó la vista a los pocos segundos y la obsequió con una enorme sonrisa.

Se acercó brincando por el pasillo y la cogió de la mano para arrastrarla hacia el grupo.

—¡Allie! Estás aquí. Ven conmigo... Tienes que conocer a todo el mundo.

A la mesa del comedor, Allie se sentó a la izquierda de Jo, mientras que Gabe ocupó el lugar de la derecha. Entre el estridente murmullo de la conversación, Jo alzó la voz para que los demás la oyeran.

—Oíd todos, esta es Allie. Allie, estos son todos.

—Venga, Jo, podrías ser más específica.

El chico que acababa de hablar tendría más o menos la edad de Gabe y estaba sentado frente a Allie. Era castaño, con el pelo liso tirando a largo y un flequillo revoltoso que le cubría el ojo derecho con encanto. Sonrió con picardía.

—Yo no soy todos. Soy Lucas.

Los demás silbaron con sorna, pero la sonrisa de Lucas era contagiosa y Allie se la devolvió.

Uno a uno, el resto de los comensales se fue presentando entre risas. Había una chica delgada llamada Lisa, de pelo lacio y sonrisa tímida. Ruth, seria y atlética, era morena y llevaba la alborotada melena oscura por encima del hombro. Estaba sentada junto a Phil, un chico moreno con pinta de modernillo, pelo muy corto y gafas a la última. Allie tuvo la sensación de que ambos se gustaban.

Las presentaciones suscitaron una conversación excitada («He oído hablar de ti...», «¿Qué te parece Cimmeria?», «¿Verdad que Zelazny es un...?», «¡Chist! Cuidado, está ahí mismo...», «¿Te gusta esto?») que pronto derivó a otros temas.

Distraída por los acontecimientos de la jornada, Allie jugueteó con la comida, que aquel día, se dijo, no era nada del otro mundo. Distinguía apenas el sonido de la lluvia contra los cristales. Las nubes llevaban toda la tarde acumulándose en el cielo y por fin había estallado la tormenta. Estaba tan absorta en el complejo entramado de sus propios pensamientos, que los retazos de la conversación pasaban flotando junto a ella como restos de un naufragio.

—¡Veinte páginas para el martes!

—Una sonrisa alucinante...

—Por cierto, ¿qué carne es esta?

—Carne misteriosa.

Risas.

—He oído que un profesor ha dicho que va a llover durante los próximos tres días.

Un coro de maldiciones.

Allie alzó la vista sorprendida.

—Cuando llueve nos aburrirnos mucho —le explicó Jo—. La sala común estará atestada. Será mejor que vayamos cuanto antes a coger sitio.

En cuanto acabaron de cenar, Allie y Jo cruzaron el pasillo a toda prisa en dirección a la sala común. Jo se apoderó de un sofá situado en el centro de la estancia, se quitó los zapatos y recogió los pies bajo el cuerpo. Allie se dejó caer en un cómodo sillón de piel, frente a su amiga. Justo cuando empezaban a relajarse entró Gabe.

Al igual que Allie, Gabe había tenido un aire distraído durante toda la cena.

—No me puedo quedar —informó a Jo con aire consternado—. Por culpa de ese

maldito proyecto.

La besó, le susurró algo al oído que la hizo reír y se marchó a toda prisa.

Por fin, por primera vez desde la noche anterior, Allie y Jo estaban solas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jo—. ¿Quieres jugar al Trivial Pursuit?

—No, ahora no —Allie cambió de postura en el sillón y se inclinó hacia su amiga para hablarle en susurros—: Jo, ¿qué fue aquello de ayer por la noche? ¿Qué te ha dicho Gabe?

—Bueno, él cree que fue una especie de zorro chiflado o algo así... No sé —repuso Jo—. Todo pasó tan deprisa...

Decepcionada, Allie volvió a apoyarse en el respaldo.

—Eso dice Sylvain, pero a mí no me pareció un zorro.

—¿Y tú qué crees que era?

Allie negó con la cabeza.

—Yo qué sé. Algo con dientes.

—¿Un oso? —sugirió Jo con expresión traviesa—. ¿Un dragón? ¿Un *wookiee*?

—¡Jo, en serio! —exclamó Allie presa de la frustración—. Lo que pasó ayer por la noche fue real. Gabe y Sylvain le dieron importancia. No me pareció que nos tomaran por tontas. Estaban... bueno, no asustados pero sí preocupados. Ahora tengo la sensación de que todo el mundo intenta convencernos de que nos pusimos histéricas. O de que todo fue una broma de mal gusto. Pero yo creo que había algo ahí fuera.

Jo le sugirió con un gesto que se tranquilizara.

—Mira, Allie, está claro que pasó algo, pero no se veía nada y nadie puede saber si lo que nos asustó, fuera lo que fuese, entrañaba peligro o no. A lo mejor nos asustamos solas. Gabe dice que algunos chicos salieron a echar un vistazo a nuestro regreso pero no encontraron nada —sonrió—. Te aseguro que casi nunca pasan cosas así. No vayas a pensar que nos atacan a menudo monstruos que gruñen. Así que no montes un drama.

Allie no se dejó convencer, aunque asintió a regañadientes para no parecer obsesiva.

—Tienes razón. Seguro que sí.

—Muy bien, pues. Y volviendo a esta noche... —dijo Jo cambiando de tema—, si no quieres jugar al Trivial... ¿Qué tal el backgammon? ¿U otra cosa? ¿El Monopoly? ¿Tres en raya?

Por complacer a su amiga, Allie trató de mostrar interés en los juegos de mesa, pero le parecían aburridos en el mejor de los casos.

—¿Alguna vez has jugado al ajedrez? —le preguntó Jo al fin.

La expresión de Allie debió de delatarla, porque Jo la miró con la determinación pintada en el semblante.

—¿En serio? Es vergonzoso. Pues voy a ocuparme de eso ahora mismo.

Se levantó del sofá de un salto, se arrodilló junto a la mesa baja que las separaba y extrajo del hueco interior una caja como de zapatos. A continuación procedió a sacar piezas brillantes. Hizo a un lado las fichas negras y le tendió a Allie el caballo blanco.

Sosteniendo la pieza en alto, imitó un relincho. Jo la fulminó con la mirada.

—Es un caballito —dijo Allie por probar.

—Tómatelo en serio, Allie. Así que odias los juegos de mesa. Me parece muy bien. Pero es que el ajedrez no es un juego de mesa. En realidad, ni siquiera es un juego, porque contiene la esencia de la guerra.

Como Allie estaba haciendo una mueca, Jo añadió con firmeza:

—El ajedrez es un juego de lo más emocionante —señaló la pieza que su amiga tenía en la mano—. Eso no es solo un caballo. Es un caballero capaz de matar —tocó una casilla con el dedo y ordenó—: Colócalo aquí.

Haciendo un esfuerzo por tomárselo en serio, Allie dejó el caballo en la casilla correspondiente, pero miró a Jo con rebeldía y musitó entre dientes:

—Buen caballito.

Ignorándola, Jo extrajo un peón.

—Este es tu ejército de infantería. El peón es la pieza que posee menos libertad y también menos poder, pero dado que es la única dispuesta a sacrificarse por los más grandes, no se puede ganar sin él.

Depositó sobre el tablero aquella pieza pequeña de cabeza redonda y tomó una tercera, parecida a la torre de un castillo.

—Esta es la torre, la fortaleza del rey. Es la única pieza del tablero que puede ocupar la posición del rey. Su misión consiste en confundir al enemigo. Este es su sitio. Después de colocar la torre, cogió dos piezas más. La de la mano derecha recordaba vagamente a un minarete.

—El alfil. Es insidioso y peligroso, y posee un enorme poder. Yo lo considero el gran enemigo de la reina —a continuación agitó la pieza alta y regia que sostenía en la mano izquierda—. Y el rey. Mucho más débil de lo que parece; todas las piezas lo protegen pero él nunca ayuda a nadie porque si lo hiciera, podría morir.

Allie se frotó la barbilla.

—Esto parece Shakespeare, pero en cutre.

Sin hacerle caso, Jo tomó la última pieza blanca, una figura esbelta tocada con corona, y se la tendió.

—La reina. Es una auténtica arpía. Pero si quieres ganar, tendrás que recurrir a ella.

—Genial —replicó Allie—. ¿Y ahora qué? ¿Cuánto tardaré en darte una paliza?

Jo le tendió las piezas blancas.

—¿Si practicas y te esfuerzas mucho? Quizás para cuando cumplas los diecisiete. Llevo jugando al ajedrez desde que tenía cinco años. Coloca tus piezas en la misma posición que las mías y prepárate a perder por primera vez.

Allie copió la distribución de las fichas de Jo, como en un espejo.

—Bueno, háblame un poco de tus amigos —sugirió mientras colocaba la reina—. Lisa y Lucas parecen simpáticos, pero Ruth y Phil no sabría decirte.

Jo asintió.

—Lisa te caerá muy bien; fue la primera amiga que tuve al llegar a Cimmeria. Ruth también es guay pero demasiado... no sé... trágica. Hay que estar de humor para tratar con ella. Phil es simpático... Cuenta unos chistes malísimos cuando se suelta, pero es algo tímido con las personas que no conoce.

En aquel momento entró Ruth corriendo en la sala, casi sin aliento, con la ropa empapada y el pelo chorreando.

—Jo.

Se quedó plantada ante ellas, jadeando y cogiéndose las costillas como si hubiera corrido mucho. El agua formaba un charco a sus pies.

Allie se quedó de una pieza, todavía con la reina en la mano. Jo también había perdido el habla, pero Ruth no esperó a que le preguntasen.

—Es Gabe.

Ocho

Jo se puso en pie tan precipitadamente que tiró las piezas de ajedrez al suelo.

—¿Qué? —estaba confusa, asustada.

—Está herido. Phil también. Ha salido mal.

Allie se levantó para acudir junto a su amiga.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están?

Ruth miró a Jo como si no supiera qué hacer. Allie creyó advertir que esta asentía con un gesto casi imperceptible.

—En el cenador —contestó Ruth.

—Vamos —propuso Allie al mismo tiempo que cogía a Jo de la mano y la arrastraba hacia la puerta de la sala común. Ruth permaneció donde estaba.

Juntas, las dos chicas cruzaron el gran vestíbulo de entrada a toda velocidad hasta la pesada puerta de madera, que empujaron con fuerza. Fuera, la lluvia arreciaba. Sin dudarle un instante, Allie se precipitó al exterior. Al llegar al pie de la escalinata se volvió a mirar a Jo.

—¿Por dónde? —tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la lluvia y de los truenos que retumbaban en el cielo.

La otra señaló más allá del ala oeste. Corrieron por la avenida y sobre la hierba mojada para internarse después en los bosques. Allie oía el eco de su propia respiración entrecortada, el sonido de la lluvia... y nada más.

Pocos minutos después divisó entre los árboles una recargada glorieta victoriana. Estaba vacía. Subieron las escaleras a toda prisa y miraron a su alrededor, jadeando. Allie apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

Jo señaló en dirección a los bosques.

—Allí.

Allie escrutó las tinieblas envueltas en lluvia, pero no alcanzaba a ver nada.

Justo entonces oyó un grito que parecía proceder de lo más profundo del bosque. Miró a Jo para comprobar si su amiga lo había escuchado también. Esta, por su parte, escudriñaba la foresta con los labios entreabiertos, aguzando los sentidos.

—¿Has oído eso? —susurró Allie. La otra asintió sin despegar los ojos de los árboles.

—Es Gabe —musitó.

Estaban petrificadas, oteando a su alrededor. Oyeron más gritos, pero seguían sin ver nada. Transcurridos algunos minutos distinguieron por fin unas figuras borrosas que salían de entre los árboles. Allie reconoció a Carter y a Gabe. Parecía como si transportaran a un tercero, pero no alcanzaba a distinguir quién era.

—Oh, Dios mío.

Jo seguía hablando en susurros. Ambas se irguieron.

Cuando los chicos remontaron las escaleras de la glorieta, Allie advirtió que estaban heridos. Carter llevaba un corte en la frente que sangraba en abundancia.

Gabe tenía sangre en las manos y en la camisa. Este último fulminó a Allie con la mirada.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Carter se volvió hacia Gabe.

—Ahora no, tío. Ya tenemos bastantes problemas.

Con cuidado, depositaron en el suelo al chico que transportaban. Allie no lo reconoció, pero Jo exhaló un gemido.

—Oh, no. Es Phil.

Gabe alzó la mirada hacia ella con expresión consternada.

—Creo que se recuperará. Sylvain ha ido a buscar ayuda.

Jo le dio la mano a Gabe para ayudarlo a levantarse. Al tomarle el brazo, descubrió un corte en la muñeca que sangraba copiosamente.

—Gabe —dijo con un hilo de voz mientras el color desaparecía de sus mejillas.

¿Qué demonios está pasando?, pensó Allie, que contemplaba desde fuera la terrible escena que se desplegaba ante sus ojos. ¿Y por qué nadie más se está haciendo esta pregunta?

Arrodillado junto a Phil, Carter se arrancó una tira de la camisa y la ató con fuerza a la pierna del chico inconsciente. Luego rasgó otra tira y se la tendió a Jo.

—Toma, venda la muñeca de Gabe con esto.

Jo, sin embargo, parecía incapaz de moverse. Se quedó con la tela en la mano como si no supiera qué hacer con ella.

Advirtiendo que su amiga estaba paralizada, Allie se ofreció:

—Yo lo haré.

Cuando tendió el brazo para coger la tela, Jo la dejó caer.

Mientras sujetaba con fuerza el jirón que revoloteaba al viento, Allie se volvió hacia Gabe.

—Estira el brazo.

Gabe obedeció y Allie, como una experta, le envolvió la muñeca y la mano con un vendaje prieto. Para terminar, ciñó la venda remetiéndolo el cabo de la tela.

—Mantén la mano por encima del corazón hasta que deje de sangrar —recitó de memoria.

Al darse la vuelta para atender a Phil, advirtió que Carter la miraba.

—Tú también estás sangrando —le dijo Allie.

—Estoy bien.

—Ya lo veo. Alguien debería mirarte ese corte.

Al oír un ruido de pasos que se aproximaban, Allie alzó la vista y vio a un grupo de personas corriendo hacia ellos. A medida que se fueron acercando pudo reconocer a Sylvain, que encabezaba la marcha seguido de cerca por Zelazny y Jerry. Zelazny miró a Allie con expresión irritada.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó en tono acusador.

Los ojos de Sylvain se posaron en los de Allie durante un segundo, pero enseguida se volvió hacia el profesor para tranquilizarlo.

—Ya lo averiguaremos más tarde. Primero debemos ocuparnos de esto.

—¿Es grave? —preguntó Jerry mientras examinaba el torniquete.

Carter parecía preocupado.

—No tiene buen aspecto. Debería verlo un médico. Está sangrando mucho.

—¿Y tú cómo estás? —siguió preguntando el profesor.

La sangre caía profusamente por el rostro de Carter empapando su camisa blanca, pero él no levantó la vista.

—No me pasa nada. Solo necesito un par de puntos.

—Muy bien, Gabe y tú id a la enfermería. Sylvain, ayúdame con Phil. Todos los demás, adentro. Ahora.

El tono de Jerry no admitía discusión, y en cuanto hubo pronunciado la última palabra todos se pusieron en movimiento a la vez. Jerry y Sylvain ayudaron a Phil a levantarse pasándole los brazos por debajo de los hombros, y Zelazny echó a andar el primero. Como si alguien la hubiera zarandeado, Jo se volvió hacia Gabe y lo abrazó.

Allie se acercó a Carter y le ofreció apoyo con su propio cuerpo, pero él lo rehusó.

—Estoy bien —insistió en tono brusco.

Ruborizada, Allie se apartó.

—Si llamas a eso estar bien, será mejor que no te vea cuando estés mal —murmuró.

Él resopló con sorna, pero siguió andando junto a ella, a medio metro de distancia.

—¿De qué demonios iba todo eso, Carter? —preguntó Allie en cuanto los demás no pudieron oírlos—. ¿Por qué todos se han puesto en plan ninja de repente?

Ha sido rarísimo.

—No ha sido nada —replicó él—. Un accidente. Cosas que pasan.

—¿Cosas que pasan? —repitió ella con incredulidad—. ¿Un accidente en el bosque, en plena tormenta, que casi acaba con la mitad de la población estudiantil... son cosas que pasan?

Carter le dirigió una mirada torva, aún más siniestra por culpa de la sangre que le caía por la cara.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una exagerada? —le preguntó.

—No —replicó Allie—. ¿Alguna vez te han dicho que eres un gilipollas?

Tras ese intercambio, guardaron silencio.

Bajo aquella lluvia torrencial, Allie miró a Carter a hurtadillas por debajo de unas pestañas tan empapadas que se sintió como si mirara a través de una catarata. Él tenía la vista fija al frente y los dientes apretados.

Al llegar al colegio, divisaron a Isabelle en lo alto de la escalinata, protegida de la lluvia por un impermeable blanco. Las gotas rebotaban sordas contra el plástico de la capucha.

—Carter. Allie. ¿Os encontráis bien? Carter, tienes un aspecto horrible.

—Estoy bien —insistió Carter—. Solo necesito un par de puntos.

Isabelle lo escudriñó un momento y luego se volvió a mirar a Allie.

—¿Y tú? ¿Te has hecho daño?

Allie negó con la cabeza y el agua le inundó la nariz.

—Dios mío, Carter, ve a la enfermería. Allie, ¿puedes acompañarme, por favor?

Sin aguardar respuesta, entró en el edificio con paso vivo.

Cuando Allie se disponía a seguirla, Carter la cogió por el codo. Parecía la víctima de un crimen en una película de terror.

—Reúnete conmigo antes del toque de queda —le dijo—. Estaré en el salón de actos.

A continuación entró chapoteando en la escuela, dejando una estela de agua a su paso.

Con el ceño fruncido, Allie lo siguió con la mirada por el vestíbulo.

—Lo tienes claro —musitó antes de echar a correr tras Isabelle.

Dejaron atrás la sala común y franquearon una puerta tan bien camuflada en el revestimiento de la pared, en la que Allie nunca antes había reparado. Cedía el paso a un despacho amplio, sin ventanas y con chimenea, cuya repisa tallada estaba decorada con unas velas apagadas. Un gran tapiz cubría una de las paredes casi por completo: representaba un caballero blandiendo una espada y una doncella junto a un caballo blanco. Isabelle le tendió a Allie una toalla nívea y suave, y ella se secó el pelo antes de echársela sobre los hombros, temblando. Ahora que por fin estaba a cubierto tenía frío.

—Por favor, siéntate.

Isabelle le indicó con un gesto las dos butacas de piel que descansaban delante del escritorio. Se apoyó en el borde de la mesa y se quedó mirando a Allie. De unos altavoces ocultos surgían los acordes graves de una melodía clásica.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Isabelle. Cuando Allie asintió, continuó—: Bien. Solo quiero hablar contigo un momento, después te dejaré ir a

cambiarte de ropa. No te preocupes, no voy a reñirte, solo necesito saber qué ha pasado esta noche.

Allie se la quedó mirando, perpleja.

—Pero yo no...

—Me refiero a qué hacíais Jo y tú en el cenador. Cuéntame qué ha pasado, desde el principio.

Allie se arrebujó la toalla sobre los hombros y pensó con rapidez. ¿Habría metido alguien la pata?

¿Habré metido yo la pata?

—Solo estábamos... buscando a Gabe —empezó a decir con pies de plomo—. Jo quería darle un susto pero no lo encontrábamos por ninguna parte. Nos hemos refugiado de la lluvia en el cenador y entonces hemos visto a los chicos saliendo del bosque...

La incomodaba mentirle a Isabelle, pero sabía que algo no andaba del todo bien. Cuando Ruth había ido a buscarlas parecía asustada. Estaba blanca como una sábana. El instinto le dijo a Allie que la encubriera, sin saber muy bien por qué.

Se suponía que Ruth no tenía que decirnos nada.

Isabelle la observaba atentamente.

—¿Y entonces qué ha pasado?

—Enseguida nos hemos dado cuenta de que algo andaba mal, pero nadie nos explicaba nada.

Aquella última parte había sonado un poco lastimosa, pero en verdad, ¿por qué todo el mundo se había mostrado tan reservado?

—¿Eso es todo?

Nada indicaba que la directora hubiera dudado de su palabra, de modo que Allie creyó llegado el momento de hacer sus propias preguntas.

—¿Tú sabes qué ha pasado? —indagó—. Carter se niega a decírmelo y todo el mundo se comporta como si yo hubiera hecho algo malo.

Isabelle se acercó a ella.

—Lo siento mucho, Allie. No deberían comportarse así. Eres nueva y no podías saber qué era lo más adecuado. Aún no estoy muy segura de lo que sucedió ni de cómo se lastimaron Carter y Phil, pero tengo la intención de averiguarlo.

—El caso es —siguió hablando Allie— que parecía algo muy grave.

La directora se puso en pie.

—No creo que haya sido para tanto. Me han dicho que ninguno de los dos está herido de gravedad, y a veces los chicos juegan de manera algo brusca. No te preocupes por nada. Hablaré con todos los implicados.

Isabelle posó la mano en el hombro de Allie y se lo apretó con suavidad mientras ambas se dirigían a la puerta, que la directora mantuvo abierta.

—Gracias, Allie. Me alegro de que estés bien. No tienes que preocuparte por Phil; el personal médico ya se ha hecho cargo de él. Y no tengo la menor duda de que la herida de Carter es superficial.

Allie tenía la sensación de que debería haber preguntado más, pero la explicación de Isabelle tenía lógica. Los chicos siempre se metían en líos; había visto a Mark y a Harry hacerse daño un montón de veces. Ambos habían acabado en urgencias en más de una ocasión cuando salían a hacer pintadas y la cosa se descontrolaba.

Pero ¿qué habrá pasado esta noche en los bosques? ¿Y por qué nadie me lo cuenta?

Ya en su habitación, se puso una falda y un jersey limpios y dejó las prendas mojadas en el suelo. Quería volver a bajar antes del toque de queda para averiguar qué andaban haciendo los demás.

Se estaba aplicando brillo de labios rosado frente al espejo cuando, de repente, se detuvo en mitad de un movimiento. ***¿Debería acudir al encuentro de Carter?***

En realidad, no tenía ganas de verlo; se había comportado como un completo idiota. Por otra parte sentía curiosidad. ¿Por qué quería hablar con ella a solas? ¿Y por qué en el salón de actos? Allie no había vuelto a estar allí desde que Isabelle se lo mostrara el día de su llegada.

Echó un vistazo al reloj. Solo eran las diez. Tenía tiempo de sobra hasta el toque de queda.

Bajó las escaleras a toda prisa y cruzó el pasillo de puntillas en dirección al salón.

—Allie —la voz aterciopelada de Sylvain pronunció su nombre como una caricia. Cuando se dio media vuelta lo encontró justo a su espalda—. Tenía la esperanza de tropezarme contigo. Estaba preocupado. ¿Te encuentras bien?

La abrazó y Allie, sin saber muy bien qué hacer, le devolvió el abrazo. Los dedos de Sylvain le acariciaron la espalda hasta llegar a la cintura.

Escalofríos.

Luego se echó hacia atrás para verla mejor.

—Aún estás mojada. Me alegro tanto de que no te haya pasado nada.

—Estoy bien.

Allie necesitaba encontrar una excusa para escabullirse. A Sylvain no le haría ninguna gracia saber que iba a reunirse con Carter. Pero lo que él no supiera, razonó, no la heriría a ella.

—Estaba buscando a Jo... —explicó.

—Creo que está con Gabe.

Con los dedos en la barbilla de Allie, Sylvain la obligó a mirarlo. Sintió su aliento en la mejilla. Despedía un aroma a enebro fresco.

—De todos modos, ¿qué estabais haciendo tú y Jo en el cenador? —lo dijo como

sin darle importancia, aunque algo en su actitud la puso en guardia—. A Zelazny le ha molestado mucho veros allí.

¿Me está sonsacando?

—Pero si ha sido antes del toque de queda —replicó Allie—. No entiendo por qué a todo el mundo le ha molestado tanto que estuviéramos fuera. Nos apetecía dar un paseo. Y hemos salido.

—En pleno chaparrón.

Allie estaba harta de que la pusieran en entredicho.

—Pensamos que sería divertido —explicó—. Y, ¿sabes qué? Yo podría hacerte la misma pregunta. ¿Qué hacías tú ahí fuera en pleno chaparrón?

Él la miró con curiosidad, como si acabara de ver algo en ella que hasta entonces no había advertido.

—Un punto para ti, *ma belle*.

Por primera vez Allie notó cierta frialdad en su tono de voz. Se había puesto a la defensiva.

—¿Cómo está Phil? —preguntó Allie con la intención de pisar terreno más seguro.

—Se recuperará... pero ha perdido bastante sangre, así que tendrá que descansar un par de días. Ha sido una mala caída.

Cuando Allie iba a abrir la boca para preguntar qué había pasado en el bosque, Sylvain siguió hablando.

—Deberías tomar algo caliente —sugirió—. Ven conmigo. Hay chocolate en la cocina.

—No —Allie respondió en un tono aterrado que no venía al caso y Sylvain enarcó una ceja sorprendido mientras ella buscaba una excusa a toda prisa—. Yo... Tengo que hacer una cosa. Mañana hablaremos. He de...

Incapaz de dar con una explicación convincente, entró a toda prisa en la biblioteca. Estaba desierta. Incluso la mesa de la bibliotecaria estaba vacía. Corriendo sobre las suaves alfombras en dirección a la zona de los libros, Allie se escabulló entre las sombras de dos altas estanterías.

Oyó cómo la puerta se abría y volvía a cerrarse. Sylvain la llamó dos veces, en voz baja. Al cabo de un minuto, la puerta se abrió y se cerró una vez más. Allie aguardó unos instantes en el mismo sitio, para estar segura. Contó despacio hasta doscientos y, como seguía sin oír nada, salió de puntillas de su escondrijo y abrió la puerta de la biblioteca para echar un vistazo al pasillo. No vio a Sylvain por ninguna parte. Suspiró aliviada.

La puerta del salón de actos se abrió sin hacer el menor ruido cuando Allie la empujó. Las luces estaban apagadas, pero distinguió un leve centelleo al otro extremo de la

gran estancia, que por lo demás parecía desierta. Caminó en dirección al resplandor con suma cautela.

—¿Carter? —susurró.

Un lamento lúgubre resonó en la sala:

—Uuuuh...

—Corta ya, West.

Él se rio por lo bajo.

Cuando se acercó más a la luz, lo vio arrellanado en una butaca con los pies apoyados sobre una mesa, entre dos velas encendidas. Llevaba un vendaje en la frente y tenía un libro en las manos, que dejó caer al suelo con suavidad.

Había una segunda butaca junto a la mesa, y él se la señaló con un gesto.

—Siéntate.

—No me digas lo que tengo que hacer —masculló ella mientras tomaba asiento.

Carter sonrió sin alegría.

—Perdona, solo quería ser amable.

Ella ignoró el comentario.

—¿Qué tal tu cabeza?

Carter quitó importancia a la herida con un gesto.

—Estoy bien.

Por un momento reinó el silencio.

—¿Y bien? —preguntó Allie para romper el mutismo—. ¿Por qué querías verme aquí? No sé bailar, por si te habías hecho ilusiones.

Él se encogió de hombros.

—Me gusta estar aquí. Vengo a menudo. Nadie entra nunca, no sé por qué.

Bajando los pies de la mesa, Carter se volvió a mirarla.

—Solo quiero saber cómo habéis ido a parar Blondie y tú al cenador justo cuando todo se ha venido abajo. Gabe os ha dejado tan tranquilas en la sala común enfrascadas en la típica conversación femenina sobre... zapatos o pintalabios o lo que sea de lo que hablen las chicas. Quince minutos después, estáis en el cenador en mitad de un aguacero vendando heridas. ¿Qué ha pasado entretanto, Allie?

Ella rehuyó su mirada.

—Jo quería ir a buscar...

Él la interrumpió.

—Venga ya, Allie, no me vengas con rollos. Yo no soy Isabelle.

Sorprendida de tanta vehemencia, Allie buscó algo que decir.

—Yo... Bueno... Verás...

Carter estaba alerta, con la mirada clavada en ella.

El mismo temor intuitivo que le había impedido revelar la verdad a Isabelle le dijo que no le contara nada a Carter. Sin embargo, tenía que averiguar qué estaba

pasando allí, y si alguien estaba al corriente sin duda era Carter.

—Ruth. Ha venido a buscarnos.

Carter la observaba con una expresión indescifrable. Allie se lo quedó mirando un largo instante, en silencio, buscando una reacción en sus ojos, pero no pudo encontrarla.

Cuando Carter habló por fin, lo hizo en un tono frío.

—¿Qué dijo?

Allie se cruzó de brazos con desenfado mientras trataba de visualizar a Ruth ante ella tal como la había visto unas horas antes, empapada, con un charco a los pies. Y miedo en el semblante.

—Dijo que Gabe y tú estabais malheridos. Y algo raro. Creo que dijo: «Ha salido mal».

Carter se levantó tan deprisa que más tarde Allie no podría recordar haber visto el movimiento. Cuando la agarró por los hombros, tuvo la sensación de que él se hacía más grande ante sus ojos. Allie retrocedió.

Con los labios a pocos centímetros de los suyos, Carter le espetó con un susurro áspero:

—Nunca le cuentes a nadie más lo que ha hecho Ruth. Júralo.

Allie se lo quedó mirando, y movió los labios un instante antes de proferir sonido alguno.

—Sí, claro. Vale, no se lo diré a nadie. Por Dios, Carter.

Como si acabara de reparar en lo que estaba haciendo, el chico la soltó.

—Me estás asustando —lo reprendió Allie mientras se frotaba el hombro—. ¿Qué mosca te ha picado?

Procurando aparentar indiferencia, Carter se apoyó contra una columna.

—Lo siento. Pero Ruth no debería haber hecho eso y algunas personas podrían enfadarse si llegaran a enterarse. No quiero meterla en un lío, de modo que no debes decir nada.

—Eh —replicó ella, molesta—. Tranquilo, tío. Y ya que hablamos de sinceridad, ¿por qué no me cuentas de qué iba el numerito de esta noche? ¿Cómo habéis acabado todos cortados en pedazos en mitad del bosque?

Cruzando los brazos, él la miró con frialdad. Se hizo un largo silencio.

—Bueno, pues gracias por el interrogatorio, por las amenazas y por todo. Ha sido genial, de verdad. Pero voy a tener que irme.

Allie adoptó la expresión más hastiada que pudo encontrar.

Carter la observó como si quisiera decir algo más. De hecho, Allie casi pudo identificar en qué preciso instante decidió no hacerlo.

—Sabes vendar muy bien —comentó en cambio—. ¿Dónde aprendiste? ¿En Crimea?

Ella estuvo a punto de levantarse y dejarlo allí plantado, pero se quedó. No supo bien por qué. Curiosidad, quizá.

—En Londres —contestó—. Clases de primeros auxilios. Con las Girl Guides.

Carter enarcó una ceja con sorna.

—¿Perteneceías a las Girl Guides? No.

Aunque Allie no alcanzaba a comprender por qué estaban manteniendo aquella conversación intrascendente poco después de que él se hubiera transformado en Hannibal Lecter ante sus ojos, decidió seguir adelante.

—Ya lo creo. Era una cría, pero esas cosas no se olvidan. Poner vendas. Cazar mariposas. Hacer mermelada. Lo domino todo.

Él profirió una carcajada breve pero Allie no sonrió.

—¿Qué está pasando aquí, Carter? Quiero decir, ¿qué te ha pasado esta noche? ¿Os habéis peleado? La cosa tenía muy mala pinta.

Si Carter le hubiera cerrado una puerta en las narices, no habría sido más explícito. Su rostro había abandonado cualquier expresión.

—Déjalo ya —le espetó—. Y no le preguntes a nadie más. Nadie te contará nada y la gente se enfadará si se enteran de que vas por ahí haciendo preguntas —miró el reloj—. Son casi las once. Tenemos que irnos.

Apagó las velas con sendos soplidos y la sala se sumió en tinieblas.

Mientras caminaba hacia el lugar donde creía que estaba la puerta, Allie tropezó con algo en la oscuridad. Carter la ayudó a recuperar el equilibrio y, por un segundo, sus rostros casi se tocaron. Aunque estaban envueltos en sombras, Allie creyó ver en su rostro una expresión consternada.

Pero seguramente me equivoco.

—Por aquí —la guió de la mano por la oscuridad de la sala con la seguridad de alguien que ha hecho el mismo camino muchas veces. Los dedos de Carter eran cálidos y fuertes al tacto, pero a ella no le apetecía su contacto en aquel preciso instante; caminaba a su lado con rigidez.

Cuando salieron al pasillo desierto, deslumbrados por el contraste de luz, el semblante de Carter era premeditadamente inexpresivo.

—Son las once, Sheridan. Deberías darte prisa. No querrás que vuelvan a castigarte.

—Sí, claro —se burló ella—. Que corra la sangre, que cuelguen las tripas, pero ¿Allie levantada después del toque de queda? Eso sería una tragedia.

—Buenas noches, Sheridan —replicó él con firmeza.

Ella se dirigió a las escaleras.

—Lo que tú digas, Carter.

—Tienes que confiar en mí, Allie.

Carter la miraba con intensidad, pero ella se resistía.

—¿Por qué iba a confiar en ti? Tú no confías en mí.

Estaban de pie en el salón de actos, que resplandecía con el brillo de mil velas encendidas; en las repisas, en las mesas y en enormes candelabros de pie.

Desprendían un calor intenso.

Los ojos de Carter reflejaban la luz que los rodeaba.

—Pero yo puedo ayudarte...

Alguien golpeó la puerta con fuerza. Unos golpes amenazadores. Allie sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Están aquí —dijo él.

La llamada se repitió, más insistente esta vez. El ruido era casi ensordecedor y Allie se tapó las orejas.

—¿Quién es? ¿Quién viene, Carter?

La voz del chico sonó apremiante.

—Tienes que confiar en mí. ¿Confías en mí?

Por encima del hombro, Allie vio que la puerta se agrietaba por la fuerza de los golpes.

—¡Sí! —gritó Allie aferrándose a él—. ¡Sí! Confío en ti.

Dando un respingo, Allie despertó en la cama con la colcha apretada entre los puños.

Un fuerte golpe la asustó, pero solo era la contraventana que azotaba la pared impulsada por la recia brisa que se colaba por la ventana abierta.

Al encaramarse al escritorio para cerrarla, Allie descubrió que la tormenta había amainado durante la noche; los árboles se agitaban, y las hojas, liberadas, cabalgaban a lomos del viento.

El aire olía a limpio cuando pasó la aldaba y volvió a meterse en la cama.

Mientras se tapaba, murmuró en voz alta:

—Sal de mi cabeza, Carter West.

Nueve

El lunes, cuando se reanudaron las clases, Allie tenía la inquietante sensación de que los acontecimientos del fin de semana no habían sucedido en realidad. En clase, los alumnos ocuparon sus sitios de costumbre a la hora habitual. Y Jerry y Zelazny la trataron como si jamás en la vida la hubieran visto vendando una herida bajo una lluvia torrencial.

Sylvain no estaba en clase de Literatura inglesa, pero Carter llegó tarde como de costumbre y se limitó a sonreír con suficiencia cuando Isabelle le dirigió una mirada exasperada. De no ser porque aún llevaba el vendaje en la frente, Allie habría pensado que se lo había imaginado todo.

Entre clases, coincidió con Jo en la biblioteca y hablaron en susurros de lo ocurrido después de haberse separado. Su amiga le contó que al final no había hecho falta ponerle puntos a Gabe, y que la enfermera había elogiado el vendaje de Allie.

—Ahora Gabe está empeñado en saber cómo fuimos a parar a la glorieta pero... como me dijiste que no hablara de Ruth, no le he dicho nada. ¿Por qué no quieres que se lo cuente?

Allie se acercó más para que nadie pudiera oírlas.

—No puedo... Solo es... importante que no lo hagas.

En realidad, se había pasado la mitad de la noche valorando qué debía contarle a Jo. No quería mentir a su única amiga en Cimmeria, pero había prometido a Carter que guardaría el secreto.

—No sé cómo explicarlo. He oído que Ruth se podría meter en un lío o algo así.

Escudriñó el rostro de Jo mientras la otra sopesaba el argumento.

—Vale, pero si no le cuento la verdad, ¿cómo justifico el que estuviéramos allí?

Allie hizo girar el bolígrafo con ademán nervioso. Fue pasándoselo por entre los dedos de la mano derecha hasta llegar al meñique.

—Podríamos decir que estábamos jugando a «verdad o reto» y pretendíamos espiarlos. O que yo quería correr bajo la lluvia y tú intentaste detenerme.

Jo inclinó la cabeza a un lado.

—De esas dos excusas tan penosas, la primera es un poquitín menos patética.

Allie sonrió.

—Gracias, Jo.

A lo largo de los días siguientes, corrieron rumores sobre lo sucedido aquella noche en los bosques. Todo el mundo sabía que varios alumnos habían resultado heridos, pero la confusión sobre lo ocurrido en realidad era generalizada. Los estudiantes tenían prohibido salir a los terrenos, lo que no hizo sino empeorar las habladurías. Al

parecer, nadie sabía que Allie y Jo habían estado allí, y el rumor más extendido decía que los chicos se habían enfrentado al mismo zorro que había asustado a las muchachas unos días antes, aunque nadie le daba demasiado crédito.

Phil no asistió a clase aquella semana, pero Ruth les dijo que se encontraba mejor y que regresaría pronto.

Teniendo en cuenta que todos estaban, o así lo veía Allie, bajo arresto domiciliario, era una suerte que hiciera un tiempo espantoso. A lo largo de toda la semana llovió sin descanso. El agua no era tan fuerte como el fin de semana anterior, pero la lluvia no cesaba y los días grises se sucedían.

Los profesores parecían sufrir un exceso de adrenalina docente y los deberes se convirtieron pronto en el principal tema de conversación durante las comidas y los descansos. Cada vez más desesperados, los alumnos se quejaban del volumen de trabajo. Para poder llevar los deberes al día, Allie y Jo se quedaban cada noche en la biblioteca hasta el toque de queda.

El jueves por la tarde, Allie se tropezó con Sylvain cuando, agotada, salía de la biblioteca para ir a buscar una taza de té. Este echó a andar junto a ella de camino al comedor.

—Vaya, vaya. Hola, **ma belle** Allie. ¿Cómo estás? Llevaba desde el fin de semana sin verte.

Allie notó que el corazón se le aceleraba pero trató de fingir que la presencia de Sylvain no la alteraba. Rezó para que no le preguntara dónde se había metido cuando había huido de él.

—Estoy bien. Solo intento no quedar enterrada bajo una montaña de deberes demasiado alta como para que nadie me vuelva a ver.

Él asintió.

—Ya lo sé. De repente los profesores parecen empeñados en matarnos a trabajar. Allie se volvió a mirarlo.

—¿Y a qué se debe? ¿Son siempre tan perversos?

Sylvain sonrió y sus ojos centellearon.

—No, esta es una circunstancia inusual en Cimmeria. Creo que intentan que todo el mundo esté demasiado ocupado como para escabullirse al jardín.

Allie intentó disimular su sorpresa.

—¿Por lo que pasó la otra noche? —preguntó.

—Quizá.

Ella contempló con nostalgia la puerta principal.

—Daría algo por poder salir.

—¿Estás aburrida, **ma belle**?

Con un movimiento tan rápido que Allie no tuvo tiempo de reaccionar, le cogió la mano y la atrajo hacia sí.

—Podría leerte las líneas de la mano. A lo mejor eso te distraía. Y yo tendría la oportunidad de asomarme a tu alma.

—¿Sabes leer la mano?

Lo preguntó con recelo, pero lo cierto era que a Allie le agradaba el contacto.

—Por supuesto —Sylvain sonrió—. ¿Tú no? Es fácil.

Colocando la mano de ella boca arriba, pasó los dedos por las líneas con un roce tan leve como el bigote de un gato.

—Tu línea de la vida es larga —murmuró mientras repasaba el surco que discurría desde la muñeca hasta el centro de la palma—. Y la del corazón es fuerte. ¿Ves esta línea de aquí? —con la punta de los dedos, recorrió la línea que finalizaba entre el pulgar y el índice. La delicadeza de la caricia la hizo estremecer—. ¿Sabes lo que me indica?

Sin habla, Allie negó con la cabeza.

—Me indica que estás enamorada de alguien. O que quizás lo estarás pronto.

A punto de derretirse, Allie intentó discurrir una respuesta ingeniosa, pero justo entonces, antes de que le diera tiempo a contestar, la puerta de la biblioteca se abrió de repente.

—Eh, Allie, no te olvides el... —interrumpió Jo. Cuando vio a Sylvain, su voz se fue apagando—. Uy, oh, vaya, creo que he olvidado mi...

Tras aquella triste improvisación, Jo volvió a entrar en la biblioteca. Momentos después, la puerta se abrió una vez más y un grupo de alumnos salió charlando.

Allie alcanzó a ver a Jo, que les susurraba:

—No, esperad un momento...

Sylvain soltó la mano de Allie con una sonrisa apenada.

—Me gustaría seguir ahondando en el tema —sugirió.

—Sí —respondió ella aturullada—. Por qué... no.

—Quizá podríamos vernos el sábado después de cenar para... ¿hablar? —propuso él.

—Claro —aceptó Allie intentando no jadear.

Él sonrió.

—Bien. Te recogeré en el comedor. Nos vemos.

—Nos vemos —repitió ella como una boba.

Durante el resto de la semana, el volumen de trabajo no disminuyó. Para acabar de empeorar las cosas, el viernes todos los alumnos se enteraron de que tenían que hacer un trabajo de investigación para entregar el lunes. Cuando se repartieron las hojas con los temas en clase de Historia, la cuidada caligrafía de Zelazny azotó a Allie desde el papel:

3.000 palabras sobre el impacto socioeconómico de la guerra civil inglesa en la sociedad agraria de la época.

Día de entrega: lunes. Sin excepciones. Sin excusas.

El viernes por la tarde, la biblioteca estaba tan abarrotada que, cuando el último de los asientos quedó ocupado, los alumnos se distribuyeron por el pasillo, sentados en el suelo en pequeños grupos, con los libros y los apuntes desparramados ante ellos.

—Parecemos refugiados —rezongó Jo mientras Allie y ella acarreaban montones de libros a una zona libre junto a la puerta principal.

—Es una locura. ¿Cuánto tiempo piensan seguir así? —se quejó Allie, que se sentaba haciendo equilibrios con una taza de té sobre un centenario libro de historia.

—Buena pregunta —observó Jo mientras rescataba la taza de su precaria posición antes de que se estrellara contra el suelo de mármol.

—Gracias —Allie se acomodó con la espalda contra la pared.

Jo le robó un sorbo de té.

—Debería haber pedido uno. Seguro que acabo por tomarme el tuyo.

—Y deberíamos haber cogido galletas.

—Somos idiotas.

Allie hojeó los libros con el ceño fruncido en un ademán concentrado.

—¿Dónde está Gabe? Apenas le he visto, ni a Sylvain, en toda la semana.

Jo revisaba los cuadernos.

—Ni idea. Ha dicho que tenía algo que hacer y que escribiría el ensayo más tarde.

—Qué raro —se extrañó Allie—. Los profes nos matan a deberes pero a Sylvain y a Gabe no les afecta.

Jo se encogió de hombros.

—Si se está cociendo algo, a mí no me dicen ni pío. Gabe y yo nos hemos peleado por culpa de eso y fíjate que casi nunca discutimos.

—Los chicos son un asco —dijo Allie y abrió el libro.

Jo, que por fin había encontrado el cuaderno que buscaba, estaba concentrada buscando alguna anotación en el interior. Siguió pasando páginas mientras hablaba distraída.

—Lo único que sé es que los alumnos de la Night School salen cada noche, y estoy segura de que sus excursiones tienen algo que ver con lo que pasó el otro día.

Pero es máximo secreto.

Allie se quedó de una pieza, con una página frágil y amarillenta aún entre los dedos.

—Un momento. ¿Tú sabes quién asiste a la Night School?

Jo se paralizó y el arrepentimiento asomó a su semblante.

—No, en realidad no. Quiero decir, más o menos... Lo adiviné. Sea como sea, hay unos cuantos que no se molestan en ocultarlo.

—¿Como quién?

—En realidad no lo sé —respondió Jo con cautela—. O sea, por lógica, podrían ser Sylvain y Phil, quizá Lucas y seguramente Gabe y Carter, pero ¿quién sabe?

Mentía tan mal que Allie se habría burlado de ella de no haber estado tan sorprendida.

—¿Quieres decir que seguramente tu novio es uno de ellos pero no lo sabes? —la desafió.

Jo miró a su alrededor para estar segura de que nadie les prestaba atención. Acto seguido se acercó a Allie para hablarle en susurros.

—Mira, es supersecreto, ¿sabes? Te puedes meter en un lío si alguien averigua que has contado algo. Y me refiero a un lío de los gordos.

—Así que, en realidad, no deberíamos estar hablando de esto —cuchicheó Allie.

—No —masculló Jo.

Allie devolvió la vista al libro. Pasó una página y luego otra, pero su mente seguía dando vueltas a lo que su amiga le había contado.

Otra vez se acercó a Jo.

—¿No hay chicas?

Esta le lanzó una mirada elocuente.

—Quizá Jules —musitó—. Y Ruth.

Allie abrió unos ojos como platos.

—Estás de broma —exclamó con incredulidad.

Jo levantó la mano derecha.

—Lo juro por Dios.

Durante media hora, siguieron trabajando en silencio, salvo por el ruido que hacían al tomar notas y pasar las páginas de los libros. Luego, de improviso, Allie levantó la cabeza.

—Eso explicaría la reacción de Carter del sábado pasado —comentó como si la conversación no se hubiera interrumpido.

Jo parecía intrigada.

—¿Cuándo? ¿Cómo? Y... ¿dónde?

Allie le contó que Carter la había obligado a marcharse del segundo piso.

—Interesante —dijo Jo cuando Allie hubo terminado—. Ni siquiera sabía que se reunieran en el edificio. ¿Y durante el día? Qué raro.

Allie volvió a hacer girar el boli entre los dedos y se manchó de tinta un lado de la mano. Frotó la mancha sin resultado.

—Pero ¿qué hacen exactamente?

Jo no levantó la vista del libro.

—Ni idea.

Allie intentaba borrar la tinta.

—Siempre he tenido la sensación de que Carter sabía lo que estaba pasando.

Ahora ya sé por qué.

Su amiga la miró de refilón.

—¿Qué? —preguntó ella ladeando la cabeza.

—Nada.

Allie cogió el boli, pero Jo seguía mirándola.

—¿Qué? —insistió a la vez que le propinaba a su amiga un suave empujón.

Ambas soltaron una risilla.

—Bueno, es solo que... Ya sabes. Carter y tú.

Allie dejó de reírse.

—¿Carter y yo qué?

—No lo sé. Es que siempre se está metiendo contigo.

—Sí, ya me he dado cuenta —replicó Allie—. Es un tarado.

—No, quiero decir... No sé. La forma que tiene de meterse contigo me tiene intrigada.

Allie frunció el ceño.

—Jo, ¿de qué diablos estás hablando?

—No, no es nada. Es solo que, al principio, creí que le gustabas, y sé que a ti te gustaba él, pero ahora parece como si os odiarais.

Se encogió de hombros.

—Cosas que pasan.

—Mmm... —Jo no parecía convencida.

—No hay «mmm» que valga —insistió Allie—. No hace más que entrometerse y decirme lo que puedo hacer y lo que no. Es guapo y tal, pero no me gusta.

Jo dibujó una onda en el cuaderno y después la repasó una y otra vez para remarcarla. Le añadió una lengua bífida.

—¿Te acuerdas de todo aquello que Gabe y yo te contamos de Carter?

Allie asintió.

—Bueno, era verdad. Pero ha cambiado desde que tú llegaste. Desde entonces, no lo he visto con ninguna chica.

Allie sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué? ¿En dos semanas enteras? Quiero decir, en serio. ¡Qué autocontrol! Debe de estar loco por mí.

Les entró un ataque de risa.

—Da igual, hablando de cosas más normales, Sylvain me ha pedido que nos veamos mañana por la noche después de la cena —confesó Allie—. Creo que es una

especie de cita.

—Oooh, una cita de verdad —sonrió Jo—. Vale, olvida todo lo que he dicho de Carter. No me hagas caso. Estoy encantada de que seas tú la que se lleve el gato al agua. Las chicas se van a morir de celos.

—Seguro que cuando lo sepan me tratarán de maravilla.

Allie pretendía ser sarcástica, pero su amiga enarcó una ceja con suficiencia.

—Perdona, pero si te haces novia de Sylvain, te llevarán en bandeja de plata.

Antes de que la otra pudiera preguntarle a qué se refería, Jo continuó:

—Bueno, basta de distracciones. Deberíamos haber escrito mil quinientas palabras antes de cenar, y nos quedan —consultó el delicado reloj de oro que lucía en la muñeca— unas tres horas.

—Fascista —protestó Allie.

Sin embargo, ya había empezado a escribir.

Aquella noche a la hora de la cena, todas las conversaciones giraban en torno a los rumores de que los terrenos volvían a estar abiertos a los estudiantes «dentro de unos límites razonables». Por desgracia, nadie sabía qué límites eran esos.

—¿Significa que podemos salir siempre que nadie muera ahí fuera? —preguntó Lisa a la vez que se echaba hacia atrás la larga melena.

—Nadie se ha muerto, Lisa.

Allie pensó que Gabe había empleado un tono innecesariamente brusco.

Lisa se encogió de hombros y siguió picoteando su ensalada.

—Estoy seguro de que no hay ningún peligro —intervino Phil escogiendo con cuidado las palabras—, pero yo optaría por ir a la sala común.

—Lo mismo digo —lo secundó Gabe al instante.

—Yo no. Prefiero salir. Estoy harta de estar encerrada.

Jo había empleado un tono amable, pero evitaba los ojos de Gabe. Él la contemplaba fijamente, pero su chica se limitó a mirar a su alrededor fingiendo que no se daba cuenta.

—Jo —empezó a reconvenirla, pero ella lo miró con expresión irritada.

—¿Qué?

Gabe arrojó la servilleta a la mesa, echó la silla hacia atrás y se levantó mascullando al mismo tiempo:

—Ya no tengo hambre.

Furioso, se marchó sin mirar atrás.

Por un momento, reinó un silencio incómodo, mientras todos buscaban la manera de fingir que no había pasado nada. Allie advirtió que Phil y Lucas intercambiaban una mirada.

En un pobre intento de salvar la situación, Ruth empezó a contar una anécdota

relacionada con un experimento científico, pero poco a poco su voz se fue apagando.

—Vale, bueno, yo ya he terminado. ¿Jo? —preguntó Allie, leal a su amiga.

Jo sonrió agradecida y las dos abandonaron juntas el comedor. Allie aguardó a encontrarse lo bastante lejos como para que ninguno de sus compañeros de mesa pudiera oírlas.

—¿De qué iba todo eso?

Jo recorría el pasillo a toda prisa. Tardó un segundo en contestar. Cuando lo hizo, su voz delató amargura.

—Bueno, por lo que parece, Gabe no quiere que salga porque piensa que es peligroso. Y se comporta, para variar, como si yo fuera una niña pequeña y él fuera mi padre, con derecho a mangonearme a su antojo. Y yo no lo soporto. Ya tengo un padre y una madre desastrosos, gracias. No necesito más.

Atravesó el imponente vestíbulo tan deprisa que, cuando llegaron a la entrada principal, Allie casi corría para mantenerse a su altura. Jo empujó la puerta con ímpetu y ambas se quedaron quietas, hombro con hombro, en lo alto de la escalinata.

—Bueno —dijo Allie, mientras miraba el inocente cielo azul del atardecer—. Yo no veo ningún peligro.

—Espero que no —respondió su amiga—. El último en morir pierde.

Riendo, echó a correr escaleras abajo. Allie aceleró para no quedar atrás y ambas se precipitaron al jardín desierto. Pasaron unos minutos bailoteando por la hierba y correteando en círculos para disfrutar la sensación de libertad que les proporcionaba el aire libre.

—Espera —suplicó Allie sin resuello, apoyándose al mismo tiempo en el brazo de Jo—. ¿Adónde vamos?

Echaron a andar a un ritmo de paseo.

—Buena pregunta. Adonde sea, siempre y cuando Gabe no pueda encontrarme y arrastrarme otra vez adentro como un hombre de las cavernas —se quedó pensando un momento—. ¿Alguna vez has estado en la capilla?

Allie hizo una mueca.

—No, pero he rastrillado el cementerio.

—Ah, sí. Se me había olvidado aquello del castigo. Pues mola un montón. Hay versos grabados en las paredes que tienen, no sé, millones de años de antigüedad.

Es supervieja.

Para llegar a la capilla hacía falta atravesar los bosques, y Allie miró en dirección a los árboles, dubitativa. No sabía qué hacer; Jo se estaba comportando como una maníaca y empezaba a preocuparla.

—¿Te parece seguro que vayamos precisamente ahora? —preguntó—. Quiero decir, con todo lo que ha pasado...

—Seguramente no —Jo sonrió con malicia—. ¿Vienes o qué?

Sin mirar atrás, echó a correr por el césped rumbo a la foresta.

Diez

El cabello rubio de Jo relucía al sol del atardecer mientras ella se alejaba por la hierba, y Allie vaciló un instante antes de echar a correr tras ella. Volando como una flecha sobre el suave manto de césped, la invadió una euforia tan grande que pocos segundos después dio alcance a Jo riendo a carcajadas.

—¡Date prisa! —le gritó mientras la adelantaba.

En cuanto se internaron en el bosque, sin embargo, el cielo azul desapareció de su vista llevándose consigo la luz del atardecer. En la penumbra que las rodeaba, aminoraron el paso, y Allie perdió algo de su arrojo anterior.

—El bosque está siempre tan oscuro —se lamentó.

A Jo no parecía importarle.

—Los bosques son así. Vosotras, las chicas de ciudad, no entendéis el campo. En los bosques tenebrosos solo se puede hacer una cosa —en broma, propinó a Allie un pequeño empujón—. ¡Correr!

Jo volaba delante y Allie la seguía de cerca. Los helechos que flanqueaban el camino les rozaban los tobillos con suavidad, mientras que los árboles les devolvían el eco de sus carcajadas. Pese a todo, Allie no las tenía todas consigo: el viento que soplaba entre las ramas, el grito de un pájaro, una ramilla que chascaba a sus pies...; todo le ponía los nervios de punta.

Bien pensado, quizás aquello de ir al bosque no hubiera sido buena idea.

—Sería mejor que volviéramos —propuso al cabo de un rato—. Podemos jugar a algo o... lo que sea. Vamos a ver qué hacen los demás. Jo no se volvió a mirarla cuando le dijo en tono tranquilizador:

—Ya casi hemos llegado.

Claro, ¿por qué me preocupo?

Afortunadamente, a los pocos minutos su amiga se giró y le sonrió.

—¿Lo ves? Ya estamos.

La capilla se erguía justo ante ellas, y en el camposanto... un claro iluminado. En cuanto se internaron en aquel fulgor, Allie se sintió mejor, pero Jo ya estaba levantando la argolla que cerraba la capilla y se disponía a empujar la puerta con el hombro. El portón cedió con un chirrido. En el interior, las vidrieras rojas y amarillas descomponían los últimos rayos del sol en luces de colores fragmentadas y pese al frescor que desprendían el suelo y los muros de piedra, no hacía frío en la estancia.

De pie junto a la puerta, Allie no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Madre mía! —masculló.

Jo la miró con suficiencia.

—No está mal, ¿eh?

Allie se dirigió de puntillas al centro de la sala y, despacio, fue dando la vuelta sobre sí misma. Infinidad de pinturas cubrían las paredes. Algunas representaban palabras —la mayoría poemas—, otras imágenes. Los colores desvaídos se reducían a un rojo oxidado, un amarillo marfil y un negro grisáceo, pero se distinguían de todos modos, y no costaba mucho imaginar lo brillantes que debían de ser en el pasado.

—Esa es alucinante.

Jo avanzó hacia el fondo de la capilla, donde un mural de trazos sencillos mostraba a un diablo armado con un tridente que, ayudado por alegres demonios parecidos a trogloditas, azuzaba a los pecadores desnudos empujándolos hacia las mil atrocidades que los aguardaban.

Allie frunció la nariz.

—Ugh.

—Exacto. Esta es más bonita.

Jo señaló otro mural que representaba un tejo de tronco nudoso, rebosante de frutos y aves. Las raíces se retorcían hasta formar una frase: «El Árbol de la Vida».

Alrededor de las imágenes, Allie distinguió inscripciones escritas en lenguas arcaicas. Se fijó en una realizada en caracteres cirílicos.

—¿Entiendes algo? —le preguntó a Jo.

—Un poco. Algunas están escritas en griego —Jo señaló un trascoro. Se volvió hacia la pared de al lado—. Y esto es una forma de gaélico. Pero casi todo está en latín.

Sobre la puerta de entrada había una inscripción pintada en elegantes letras rojas. El color era tan vivo que Allie se preguntó si lo habrían restaurado recientemente. Dio un paso hacia atrás para verlo con claridad.

—¿*Exitus acta probat*? —intentó leer las palabras y acto seguido miró a Jo con curiosidad—. ¿Sabes qué significa?

—El fin justifica los medios —contestó Jo sin titubear.

Allie volvió a mirar la inscripción.

—¿A qué se refiere? —quiso saber—. Como frase de bienvenida a la iglesia, me parece más bien rara.

—No tengo ni la más remota idea.

Jo se había puesto a girar sobre sí misma por el pasillo en una danza enloquecida.

Con el ceño fruncido, Allie la contempló perpleja y luego se volvió a mirar una pintura muy recargada que representaba a un dragón azotando la cola hacia el suelo mientras trataba de dar caza a la paloma que volaba justo fuera del alcance de sus garras.

—Esta es increíble —se admiró.

—Y ahora que ya la has visto, ¿nos podemos ir?

Apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados pero con la mirada alerta, Carter las observaba.

Allie se sobresaltó.

—¡Carter! ¡Dios mío! ¡Me has asustado!

En realidad, agradeció muchísimo su presencia. Jo la estaba sacando de quicio, y Carter, cuando menos, las acompañaría de vuelta. Cuantos más fueran, mejor.

Claro que Allie no iba a permitir que se diera cuenta.

—No está bien colarse a hurtadillas —le espetó.

Carter la miró con frialdad.

—No me he colado. He entrado andando. Igual que vosotras, ¿no? —volviéndose hacia Jo, adoptó un tono más amable—. ¿Qué tal, Jo?

Esta se había desplazado al otro extremo de la capilla, donde fingía observar un mural.

—Estamos muy bien, gracias, Carter. Dile a Gabe de mi parte que no necesito su ayuda.

Aunque había hablado con tranquilidad, Jo rehuía la mirada de Carter y levantaba la barbilla con ademán obstinado.

Él intentó aplacarla.

—Eh, yo no soy el enviado de Gabe. Está a punto de oscurecer ahí fuera y he pensado que a las damas les gustaría tener escolta. ¿Por qué? ¿Acaso Gabe te está buscando?

Jo lo fulminó con la mirada.

—Corta ya, Carter. Sé que te ha enviado él. Siempre manda a alguien para que me siga a todas partes.

—De verdad, Jo, Gabe no sabe que estoy aquí —insistió él—. ¿Os habéis peleado o algo así?

Carter parecía tan sincero que Allie se sintió tentada a creerle. Jo, en cambio, se alejó hacia el altar, tan lejos como le fue posible.

—Algo así —replicó con frialdad.

Mientras fingía observar las pinturas de las paredes, Allie se acercó disimuladamente a Carter, que continuaba junto a la puerta.

Sin apartar la vista de la delicada imagen de una rosa blanca, Allie susurró:

—¿Cómo nos has encontrado?

En un tono casi inaudible, él respondió:

—Os he seguido.

Los ojos de ambos se encontraron apenas un instante. Allie sintió un hormigueo en la piel.

—¿Qué le pasa? —Carter lo dijo casi sin mover los labios, pero inclinó la cabeza señalando a Jo.

—No lo sé —contestó Allie—. Está como... fuera de sí.

—¡Secretitos en reunión es de mala educación!

La voz irritada de Jo interrumpió la charla. Al volverse a mirarla, la vieron plantada tras el altar, con las palmas apoyadas en el púlpito, desde donde los contemplaba furiosa.

—¿Por qué no echáis un polvo y acabáis de una vez?

Allie se quedó mirando a Jo con la boca abierta. Se sentía como si le hubiera dado un puñetazo.

¿Qué demonios le pasa?

Pese a todo, intentó que su voz no delatase lo mucho que le había dolido el comentario.

—Eh, Jo, eso no ha tenido ninguna gracia. Mira, se está haciendo de noche y me gustaría volver al colegio de una vez. ¿Me acompañas?

Tendió la mano. Jo fijó los ojos en su amiga antes de echar a andar hacia ella.

—Bueno. Lo que tú digas. Vamos.

Parecía haber entrado en razón. Al tomar la mano que Allie le ofrecía se la apretó con suavidad, pero esta tenía la inquietante sensación de que algo no iba del todo bien. En el exterior apenas restaba luz del día, y los bosques ofrecían un aspecto más oscuro y siniestro que en el camino de ida.

En el escalón de entrada a la capilla, Jo se puso de puntillas.

—Allie, ¿recuerdas que te dije que solo había un modo de cruzar un bosque misterioso? —ella la miró de hito en hito—. ¿Qué? ¿Corremos?

Nada más decirlo echó a correr por el sendero a una velocidad sorprendente. Allie y Carter, de pie a la entrada de la iglesia, se la quedaron mirando.

—¿Qué demonios? —Carter alzó la vista al cielo, como si este pudiera ofrecerle algún tipo de respuesta.

—No tengo ni idea de lo que le pasa —confesó Allie—. Creo que se ha peleado con Gabe y ahora está... descontrolada. Totalmente.

—Vaya, genial —suspiró él—. Pensaba que ya había superado todo eso.

Desconcertada, Allie clavó en él la mirada.

—¿Cómo dices? ¿Ya había hecho antes algo así?

—Antes se ponía como loca cada vez que tenía problemas, pero llevaba un tiempo más tranquila —Carter parecía exasperado—. Ahora tenemos que asegurarnos de que vuelva dentro sana y salva o Gabe me matará. ¿Te importa? Puedo volver luego a buscarte si quieres.

—No tienes que volver a buscarme —replicó ella—. Yo también corro deprisa.

Cruzaron la verja deprisa y echaron a correr a buen ritmo. Sin embargo, apenas habían recorrido el primer tramo del sendero en penumbra cuando Allie recordó algo. —Hemos dejado la puerta abierta —dijo, reduciendo el paso a un trote ligero.

—¿Qué? ¿La puerta de la capilla? —Carter se detuvo. Intentó recordar, y enseguida se dio una palmada en la frente—. Maldita sea. Es verdad. Tengo que volver a cerrarla.

No obstante, se quedó donde estaba. Miró hacia el colegio y después otra vez a la capilla como si no supiera qué hacer.

Advirtiendo sus dudas, Allie le ofreció una solución.

—Yo volveré —propuso—. La cerraré. Tú alcanza a Jo.

—¿Estás segura? —titubeó él—. Se está haciendo de noche y casi es la hora del toque de queda.

Sí, pero a Jo se le habían cruzado los cables y andaba sola por el bosque, a oscuras. Y si bien no le entusiasmaba la idea de recorrer el camino a solas, sabía que era lo más inteligente. Sin embargo, tenía el presentimiento de que Carter no se lo permitiría, así que tendría que convencerlo.

—Si dejamos la puerta abierta, nos vamos a meter en un lío —arguyó—. Y, la verdad, no creo que Jo esté en condiciones de soportar un interrogatorio de Zelazny ahora mismo. Además, ¿qué pasaría si un zorro entrase en la iglesia y se comiese a Jesucristo?

Él se echó a reír y, por un segundo, desapareció de su rostro cualquier rastro de tensión.

—Vale —aceptó—. Pero volveré a buscarte en cuanto Jo esté en el colegio.

—No te preocupes por mí; no me da miedo la oscuridad —mintió Allie—. Todo irá bien.

—Gracias, Sheridan —ella percibió alivio en la voz de Carter. Cuando él echó a andar, sus últimas palabras flotaron hasta Allie como arrastradas por la brisa—. Volveré.

—¡No lo hagas! —gritó ella a su espalda. Carter no dio señales de haberla oído.

En cuanto lo perdió de vista, todo aquel valor la abandonó. ***Podría dejar la puerta abierta***, se dijo oteando el camino. ***Nadie sabría que hemos sido nosotros.***

Entonces consideró cuán terrible sería que se estropease aquella increíble capilla. ¿Y si llovía durante la noche y el agua arruinaba el Árbol de la Vida? Ella habría tenido la culpa.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el resplandor de la iglesia.

Los rayos de luz que habían iluminado el camposanto hacía un rato se habían esfumado y, mientras cruzaba la verja, Allie atisbó la entrada de la iglesia, que acechaba su llegada como unas fauces hambrientas.

Inspiró hondo, corrió hacia la puerta y la empujó con todo su peso. No se movió ni un milímetro hasta que Allie reparó en que estaba fijada a un gancho metálico que la mantenía abierta. Aun después de retirar la traba, la puerta le pareció increíblemente pesada. Le dio un fuerte empujón y justo cuando empezaba a cerrarse

con un gemido vio, por una décima de segundo, algo que se movía entre las sombras de la iglesia. con un gemido vio, por una décima de segundo, algo que se movía entre las sombras de la iglesia.

Por un momento, Allie se quedó inmóvil, escudriñando la oscuridad, pero reaccionó antes de que fuera tarde. Buscando detener el giro de la puerta, la agarró e hizo contrapeso con todas sus fuerzas para mantenerla abierta. La antigua hoja, sin embargo, parecía tener vida propia y nada de lo que hizo pudo detenerla. La puerta se cerró al fin con un golpe metálico cuyo eco resonó en los bosques.

Con la mirada fija en la puerta cerrada, Allie notó que el corazón le martilleaba en el pecho.

Maldita sea, ¿qué ha sido eso?

La sobresaltó un súbito revoloteo allá en lo alto, pero enseguida atisbó a unos pájaros que ascendían hacia el ocaso desde un árbol cercano.

Con la mano puesta en la pesada argolla de hierro, Allie se preguntó qué hacer. Estaba segura de haber visto a alguien allí dentro.

A menos que la oscuridad la hubiera engañado.

Debería marcharme. Volver al colegio, se dijo. Solo estoy asustada.

Entonces trató de imaginar qué habría hecho Carter en su lugar. Habría abierto la puerta sin dudarle y habría obligado a salir a quienquiera que hubiese en el interior.

—Pero él es un tarado —musitó sin mucho convencimiento. En el fondo, daba igual. Ya sabía lo que iba a hacer.

Hizo girar la argolla.

Abrió la puerta con esfuerzo y se asomó al interior sin llegar a posar un pie en el umbral.

—¿Hola? —gritó. La estancia estaba tan oscura que apenas lograba distinguir las pinturas de las paredes—. ¿Hay alguien ahí?

Tan solo alcanzó a oír el eco de su propia voz, que rebotó hacia ella. A continuación cayó un silencio pesado, como siempre sucede en los edificios antiguos. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. Estaba a punto de entrar cuando oyó un correteo a su espalda, procedente del cementerio.

Se dio media vuelta de un salto y se agazapó como para evitar un golpe... No había nadie allí.

Tampoco se oía ya nada, salvo el viento que soplaba entre los árboles.

Forzando la vista, escudriñó la maleza que rodeaba la iglesia, preparada para saltar al menor movimiento.

¿Sabes qué? ¡A la mierda!

Recurriendo a todas sus fuerzas, tiró de la puerta para cerrarla. El sonido metálico de la aldaba aún resonaba cuando salió a la carrera hacia la verja del cementerio y la cerró tras ella con un golpe descuidado. Sin mirar a derecha ni a izquierda, enfiló por

el sendero como una flecha y fue acelerando por el bosque a medida que sus músculos se distendían. Por desgracia, resbaló con una piedra al tomar una curva y cayó de bruces, golpeando el suelo con tal fuerza que perdió el aliento. Con las manos en los costados, intentó coger aire.

Cuando su respiración se normalizó, se limpió la tierra de los arañazos que se había hecho en las palmas de las manos, al mismo tiempo que intentaba reunir el coraje necesario para mirarse la rodilla. La sangre le corría por la pantorrilla, y rezó para no haberse hecho tanto daño como parecía.

Resoplando entre dientes, se puso en pie con esfuerzo y apoyó la pierna para comprobar si soportaba su peso. Le dolía, pero podía caminar. Cojeando y maldiciendo por lo bajo, echó a andar por el sendero.

El camino se le estaba haciendo interminable. Después de recorrer lo que le parecieron kilómetros, se paró a descansar. La distancia del colegio a la capilla no era tanta, ¿verdad? ¿Se había equivocado de camino?

Una especie de susurro entre los árboles interrumpió sus elucubraciones. Contuvo el aliento y escuchó.

—¿Carter? —preguntó por probar.

Al cabo de un segundo, volvió a oírlo, en aquella ocasión al otro lado del sendero. Allie se giró para sorprender al responsable, forzando la vista para ver entre los árboles.

—¿Hola? —la voz le temblaba un poco; intentó hablar con normalidad—. ¿Quién anda ahí?

Silencio.

—Si es una broma, no tiene gracia —gritó a la oscuridad.

Al cabo de un momento, echó a andar de nuevo, cojeando tan rápidamente como pudo.

... veinticinco pasos, veintiséis, veintisiete...

El chasquido seco de una ramilla al romperse la hizo dar un respingo. Se detuvo sobre sus pasos.

Ese susurro otra vez. Pero más cerca. Mucho más cerca.

Por fin, haciendo caso omiso del dolor, echó a correr sendero abajo, saltando raíces y resbalando con las piedras pero tendiendo los brazos a los costados para mantener el equilibrio.

Transcurrido un minuto, Allie se giró a mirar por encima del hombro; el camino estaba desierto. Sin embargo, al volver la vista al frente, descubrió a alguien plantado ante ella.

Gritó y resbaló, pero Sylvain la rescató y la sujetó contra su cuerpo.

—Eh... ¡Eh! —la miró inquieto—. ¿Te encuentras bien? Estás sangrando. ¿Qué

ha pasado?

Entre jadeos, Allie empezó a proferir frases entrecortadas.

—Había... alguien... la iglesia... en el bosque —el miedo y el agotamiento le impedían hablar.

Sylvain la sujetó con más fuerza.

—¿Alguien te ha hecho daño?

Allie negó con un movimiento de la cabeza.

—No... me he... caído. Pero... he oído... a alguien... muy cerca. Creo que me estaba espiando. Le he oído respirar.

—Estás temblando —Sylvain la rodeó con los brazos—. Venga, vámonos de aquí.

Usando el brazo del chico como apoyo, Allie avanzó cojeando en dirección al colegio.

Ambos oyeron los pasos al mismo tiempo.

—¿Oyes eso? —susurró ella.

Sylvain asintió y miró hacia el lugar de donde procedía el sonido. Protegió a Allie con el cuerpo. Ella se asomó por encima de su hombro y vio a Carter salir de los bosques. La expresión del recién llegado se ensombreció cuando divisó a Sylvain.

—No sabía que estabas aquí —dijo con frialdad antes de volverse a mirar a Allie—. ¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

Separándose de Sylvain, ella asintió. Se sentía como una idiota.

—Me he caído. Y he oído algo moviéndose entre los árboles.

—Debía de ser yo. He tomado un atajo. O quizá fuera Ruth... La he enviado a buscarte —volviéndose hacia Sylvain sugirió—: Deberíamos regresar. ¿Quieres que la acompañe yo?

Este se lo pensó un momento antes de negar con la cabeza.

—No, tranquilo. Yo la acompañaré. Tú tienes trabajo que hacer. Asegúrate de que no haya nada ahí fuera.

Allie notó que Carter estaba molesto, pero Sylvain la cogió del brazo y ella echó a andar junto a él.

La pierna le dolía muchísimo y el avance se le hacía más difícil por momentos. Aunque Allie no dijo nada, él reparó en la lágrima que le caía por la mejilla.

—¿Es la pierna? —le preguntó enjugándole la lágrima al mismo tiempo.

—Lo siento —se disculpó—. Parezco una niña pequeña.

—No digas tonterías —dijo él. La cogió en brazos como si nada y siguió caminando.

—No puedes llevarme así... Peso demasiado —protestó ella.

—No pesas más que cualquier otra chica —repuso Sylvain—. Pásame los brazos por el cuello.

Allie obedeció. El dolor de la pierna cedió un poco en cuanto dejó de forzarla. *Es*

muy fuerte, pensó al darse cuenta de que Sylvain ni siquiera jadeaba del esfuerzo. Al cabo de un segundo, apoyó la cabeza en el hombro de él y se dejó llevar por aquella extraña sensación de ingravidez. Era la primera vez que la transportaban en brazos desde que era una niña.

Debían de estar más cerca del colegio de lo que Allie pensaba, porque a los pocos minutos subían la escalinata de entrada. Alguien les abrió la puerta.

Incorporándose, Allie vio a Zelazny esperando en el vestíbulo.

—¿Qué ha ocurrido? —gruñó.

—Ha tropezado en la oscuridad —respondió Sylvain por ella.

—Claro que está oscuro. La hora del toque de queda ya ha pasado —Zelazny no parecía conmovido.

—Se ha caído antes del toque de queda —dijo Sylvain para protegerla, y Allie se cogió a su cuello con más fuerza.

—Llévala con las enfermeras —ordenó Zelazny, que parecía estar de un humor de perros—. Otras personas se han caído hoy... Están en el comedor. Poneos a la cola.

El profesor se alejó mascullando:

—Habrás visto qué pandilla de torpes...

—No necesito que me vea una enfermera —protestó Allie, pero Sylvain no le hizo caso y la llevó directamente al comedor.

Cuando Sylvain la acomodó en una silla, la enfermera, vestida en bata blanca con el emblema de la escuela, le estaba curando un esguince de muñeca a una chica que Allie no conocía. («Gajes del tenis nocturno», suspiró la joven mientras se alejaba con el brazo en cabestrillo.)

Al ver la rodilla herida, la enfermera hizo chasquear la lengua y limpió la lesión con un líquido antiséptico tan fuerte que Allie estuvo a punto de salir corriendo (Sylvain no la dejó). Después le aplicó pomada y tapó el corte con tanta delicadeza que ella apenas notó nada.

Sylvain permaneció todo el tiempo a su lado con una mano en su hombro.

—No corras ninguna maratón durante los próximos días, cariño —bromeó la enfermera cuando ambos se disponían a marcharse—, y dentro de unos días estarás brincando por ahí.

Allie pensó que el toque de queda debía de haber pasado hacía rato; reinaba el silencio en todas las salas cuando Sylvain la ayudó a subir al dormitorio de las chicas.

—¿Quieres que te acompañe hasta la puerta? —le preguntó cuando llegaron al piso de arriba. Esbozó una sonrisa pícaro que convirtió la oferta en algo más íntimo.

—Creo que me las podré arreglar desde aquí —rio Allie—. Pero gracias por rescatarme. Otra vez. Esto se está convirtiendo en una costumbre entre nosotros.

Cuando se daba la vuelta para marcharse, Sylvain la cogió de la mano y la atrajo

hacia sí. Antes de que ella pudiera reaccionar se acercó aún más y la besó. Fue un beso largo y ardiente. Cuando sus labios se separaron, Allie se lo quedó mirando entre jadeos.

—De nada —susurró él.

Sorprendida, ella dio un paso hacia atrás, tropezó con su propio pie y chocó contra la pared que había tras ella. Las mejillas se le tiñeron de rojo mientras se incorporaba.

—Yo... bien... gracias... Vaya, buenas noches.

Antes de alejarse cojeando por el pasillo, advirtió que Sylvain hacía esfuerzos por no sonreír.

Once

—¿Y bien? ¿Qué pasó ayer por la noche?

La mañana del sábado, Allie estaba sentada en un sofá de piel de la tranquila sala común. Jo descansaba al otro extremo. Ambas llevaban pantalones hasta las rodillas y camiseta de manga corta. Ambas sostenían distraídas sendas tazas de té en la mano derecha.

Habían acudido juntas después de desayunar. Gabe no se había unido a ellas.

Los ojos claros de Jo, evitando mirar a Allie, saltaron nerviosos de un lado a otro antes de posarse al fin en su amiga.

—A veces Gabe es un poco... autoritario —dijo la última palabra con una voz tan queda que Allie tuvo que acercarse más para oírla. Enseguida Jo ahuyentó el pensamiento con la mano izquierda—. Y yo no lo soporto. A veces.

Guardó silencio y Allie esperó a que siguiera hablando.

—En fin —Jo suspiró—. Ayer se estaba comportando como mi padre. Haz esto y no hagas lo de más allá. Sin preguntarme. Y si se cree que se va a salir con la suya, está muy equivocado. Y... bueno, desde ayer no nos hablamos. Estaba en la sala común cuando entramos Carter y yo...

Se interrumpió para posar en Allie una mirada preocupada.

—Por cierto, Carter volvió a buscarte, ¿no?

Allie asintió.

—Fue toda una historia, pero hablemos de la tuya primero.

Jo dio un sorbo a su taza de té.

—Pues Gabe me esperaba allí y estaba más pesado... Venga a repetirme «Te he dicho que no salieras... deberías haberme hecho caso» y toda esa mierda que me pone... —blandió el puño cerrado—. De manera que le dije lo que podía hacer con sus consejos y me fui a dormir. No lo he visto desde entonces. Espero que no te asustaras ayer por la noche. No pensé que Carter te fuera a dejar sola, de verdad. Seguro que pasaste miedo. Nunca habías salido de noche a solas.

Allie tuvo ganas de recriminarle a Jo la herida de su pierna, pero se contuvo.

—No pasa nada. Estábamos preocupados por ti. Yo... quería que fuera a buscarte.

Jo dejó la taza en la mesa, recogió las piernas y se abrazó las rodillas.

—¿Y qué pasó después de que me marchase? ¿Fue todo bien? Carter estaba preocupadísimo por ti y furioso conmigo por haberle obligado a dejarte sola.

—¿Ah, sí? —a Allie le sorprendió oír aquello; parecía muy irritado cuando había vuelto a buscarla—. Regresó. Pero a esas alturas yo ya me había cruzado con Sylvain. Y pasó una cosa la mar de rara, Jo.

La muchacha se dio la vuelta en el sofá para poder mirar a Jo a los ojos y cruzó las piernas. Luego bajó la voz.

—Sylvain le ordenó a Carter que se fuera. Le dijo algo como: «Vuelve al trabajo». ¿De qué va eso? Saltaba a la vista que Carter no quería obedecerle, pero lo hizo de todos modos.

Jo puso los ojos en blanco.

—Es una de esas gilipolleces de la Night School; supongo que Sylvain tiene un rango superior.

Cambiando de postura, Allie apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y las piernas en la mesita baja. Al hacerlo, dejó al descubierto el niveo vendaje.

—Nena, ¿qué te ha pasado en la rodilla?

Esta sonrió con tristeza.

—Me caí en el camino ayer por la noche. Soy una patosa —alzó la mano izquierda para mostrar los arañazos de la palma—. Marcada de por vida.

—Oh, Dios mío, ha sido culpa mía. Siento muchísimo haberos dejado colgados, Allie. Ahora, Gabe está cabreado y tú te has hecho daño. Dios. Soy una calamidad —parecía sinceramente arrepentida.

—No seas tonta —la consoló Allie—. No es nada. Casi no me duele —de repente exhaló un grito ahogado y se tapó la cara con las manos—. Oh, Dios. No puedo creer que aún no te lo haya contado. Sylvain me besó.

—¿En serio? —Jo se irguió en el asiento—. ¿Cómo-cuándo-dónde?

La voz de Allie surgió amortiguada de entre sus manos.

—Y me llevó todo el camino en brazos porque me dolía la pierna.

—Oh, Dios mío... Está loco por ti —suspiró Jo—. Es lo más heroico que he oído en toda mi vida. ¿Y el beso qué tal fue?

Sin levantar la cara, Allie le fue contando lo que había pasado.

—Y tampoco fue un besito de amigos en la mejilla —dijo al concluir el relato—. Fue un beso de verdad. Con lengua.

Jo la empujó con suavidad.

—¿Y qué? ¿Te gustó?

—Supongo —Allie se hundió un poco más en los almohadones, con las mejillas al rojo vivo—. Estuvo bien. Sí. La verdad es que fue la bomba.

—¿Y no habéis quedado para esta noche? —Jo le dio otro codazo cuando su amiga asintió—. Cuando vuelvas, pasa por mi habitación y cuéntamelo todo —le ordenó.

Entonces se incorporó en el sofá.

—Oye, eso me recuerda otra cosa. El baile de verano se celebra dentro de tres semanas. ¡Seguro que Sylvain te pide que le acompañes! ¿Qué te pondrás?

Venga, dime.

Allie se burló de tanta efusividad.

—Dios, pareces una cría. Es la primera noticia que tengo de ese baile. ¿Qué te vas

a poner tú?

—La última vez que fui a casa me compré un vestido —Jo resplandecía mientras describía al detalle el vestidito de lentejuelas ceñido que había encontrado en una tienda de Bond Street junto con unas sandalias a juego.

Jo la miró de arriba abajo.

—¿Tienes un vestido?

Allie se revolvió un poco en el asiento.

—Bueno... no exactamente. Hay un par en el armario, y uno *vintage* que me encanta. Pero no sé de dónde voy a sacar unos za...

—¡Yo te los dejaré! —la interrumpió Jo entusiasmada—. Tengo... qué sé yo, un millón de pares de zapatos. Problema resuelto —cogió a Allie de la mano—. Nos arreglaremos juntas. Nos peinaremos y maquillaremos la una a la otra. Estaremos guapísimas.

Allie titubeó y acabó confesando:

—Verás, es que yo nunca he ido a un baile. Al menos, no a uno de verdad. O sea, en los colegios a los que yo iba no hacían ese tipo de cosas.

Jo sacudió la mano como para ahuyentar sus inquietudes.

—Te encantará. Es algo anticuado pero no... rancio. Todo el mundo está maravilloso. Incluso los profesores. No te vas a creer lo jóvenes que parecen algunos. Es una pasada. Cuando Sylvain te pregunte si lo quieres acompañar, dile que sí.

Allie estaba casi tumbada en el sofá.

—¿Y qué haré si no me lo pide?

Se quedaron un momento en silencio calibrando las horribles consecuencias de no tener una cita.

—Siempre puedo ir con Zelazny —dijo Allie por fin—. Parece simpático.

Les entró un ataque de risa.

Por la noche, después de cenar, Allie estaba sentada en el comedor en compañía de Ruth, Lisa y Lucas. Gabe había acudido a buscar a Jo hacía unos minutos, y todos intercambiaron elocuentes miradas mientras la pareja se alejaba. («Se avecina una sesión intensiva de disculpas y besuqueo», predijo Lisa.)

—Creo que deberíamos salir —propuso Ruth—. Hace calor aquí dentro y la noche es preciosa. Nos quedaremos cerca del edificio. Podemos sentarnos en la hierba a charlar.

Lucas no parecía muy convencido. Abrió la boca para protestar, pero una voz procedente de detrás de Allie se le adelantó.

—Estoy de acuerdo. Es la noche perfecta para jugar al cróquet, ¿no creéis?

Allie se dio la vuelta y vio a Sylvain de pie tras ella.

Lucas lo miró enarcando una ceja; Sylvain asintió con un gesto casi

imperceptible. El otro se encogió de hombros.

—Muy bien. Vamos, pues.

Cuando Allie se levantó, Sylvain la cogió de la mano y caminaron hombro con hombro hacia el jardín. Se acercó a ella.

—Creo que te gustará. El cróquet parece aburrido de día pero por la noche es irresistible.

El aliento de Sylvain le provocó un cosquilleo en el oído y Allie se estremeció encantada. Le sonrió y echó a correr juguetona, tirando de él.

—Venga. No te entretengas.

Sylvain rio y corrió con ella. En el jardín, los demás sacaban los accesorios del cobertizo situado junto a la puerta principal. Todos ayudaron a clavar las estacas en el césped.

—Nos falta un jugador —señaló Lucas.

—Iré a buscar a Phil —propuso Ruth, y echó a correr hacia el interior.

Allie advirtió que Lisa se sonrojaba; saltaba a la vista que le complacía la idea de jugar con Lucas de pareja, pero él aún no se había dado cuenta. Sylvain interrumpió sus elucubraciones.

—Mientras esperamos a Phil, tengo que hacer una cosa —dijo en tono eficiente y formal. Luego se volvió hacia Allie—: ¿Vienes a ayudarme?

—Claro.

Miró a los otros dos.

—Enseguida volvemos.

Cogiéndola de la mano la arrastró hacia un costado del edificio con tanta rapidez que ella tuvo que correr para no quedar atrás. Cuando doblaron la esquina, Sylvain se detuvo.

Allie miró a su alrededor, confusa.

—¿Adónde va...?

De improviso, el chico la empujó contra el muro de piedra y la besó con pasión. En un instante, la sorpresa de ella se transformó en deseo. Lo tomó con fuerza por el cuello y lo besó a su vez. A Sylvain, pensó Allie, aquello se le daba muy bien; jamás en toda su vida había besado así a nadie y no quería que terminara.

Cuando él separó los labios, ambos jadeaban mirándose a los ojos.

—Lo siento. No podía esperar ni un minuto más —dijo él entre pesadas respiraciones con los ojos azules fijos en los de Allie.

—Hazlo otra vez —le pidió ella mientras lo cogía por los hombros con ademán insistente.

Él sonrió.

—Si te empeñas.

El segundo beso fue más largo y aún más apasionado si cabe que el primero.

Sylvain desplazó los labios al cuello de Allie, las manos tensas en sus caderas.

—Deberíamos volver con los demás —dijo en un susurro consternado al cabo de unos minutos, derramando aliento cálido en su garganta. Frotó los labios hinchados de Allie con el pulgar—. Aunque detesto decirlo. Se estarán preguntando dónde estamos.

—Pues serán tontos —musitó Allie.

Él sonrió y dio un paso atrás, sin soltarle la mano.

—Ahora disfrutemos del cróquet.

—Ya —dijo Allie con debilidad—. Cróquet.

Al girar la esquina advirtió que todos los estaban esperando, incluido Carter, que hablaba con Lucas. Su mirada revelaba que sabía exactamente lo que había estado haciendo la pareja.

—¡Allie! ¡Sylvain! —exclamó con sorna—. Qué alegría. ¿Dónde os habíais metido?

Sorprendida por aquel desplante, Allie se sonrojó de rabia. Recordó dolida que, por un momento, durante la excursión al bosque del día anterior, se habían entendido bien y había llegado a pensar que podían ser amigos.

Sin embargo, una vez más Carter estaba mostrando su peor cara.

Sylvain la atrajo hacia sí.

—Por desgracia, Carter, los equipos ya están formados. No necesitamos otro jugador.

—No he venido a jugar —Carter recalcó la última palabra—. He venido a ver cómo estaba Allie después de la caída de ayer por la noche.

Allie notó las miradas de todos posadas en ella.

—Estoy... muy bien, Carter. Gracias.

Se sintió desfallecer ante aquella mirada que parecía desafiarla, como si hubiera cometido una estupidez.

—Genial. Pareces muy recuperada —las palabras rebosaban sarcasmo—. ¿También te has hecho daño en los labios? ¿O están así por otros motivos?

Allie se tapó la boca con la mano mientras Sylvain daba unos pasos hacia delante.

—¿Por qué sigues aquí, Carter? —preguntó con frialdad.

Este lo miró a los ojos sin dejarse acobardar.

—Solo quería comprobar si lo que sospechaba era verdad.

—¿Y has encontrado lo que buscabas? —la voz de Sylvain sonaba grave y amenazadora.

—Eh, vosotros —Ruth se interpuso entre ambos—. Venga. Tranquilidad. No queremos problemas.

Carter no le hizo caso.

—Oh, sí, ya he visto bastante, Sylvain. Sabes lo que voy a decir, ¿verdad?

Ruth suspiró y se hizo a un lado. Los otros dos se fulminaban con la mirada a menos de medio metro de distancia. Allie se abrazó el cuerpo.

—No tengo ni idea de lo que vas a decir, Carter —replicó Sylvain.

—Deja a Allie en paz —Carter avanzó un paso más. Apenas unos centímetros lo separaban de Sylvain—. Sabes que esto está mal.

Este sonrió complacido.

—Gracias por el consejo, Carter. Ahora te sugiero que nos dejes jugar en paz.

Ambos sostuvieron la mirada aún unos instantes más. Luego Carter se giró hacia Allie.

—No creas nada de lo que te diga. Es un mentiroso.

Aunque sumida en un mar de confusión, Allie levantó la barbilla con ademán desafiante.

—No necesito tus consejos, Carter. Sé tomar mis propias decisiones.

Detectó rabia en los ojos del chico, que sin decir nada más se internó en los bosques a grandes zancadas.

A Allie le temblaban las manos. ¿Qué mosca le ha picado?

—Bien, lamento el desagradable incidente —se disculpó Sylvain blandiendo un mazo con soltura—. ¿Reanudamos el juego? Allie, ¿te parece bien que seamos el equipo azul?

Ella asintió en silencio, con la advertencia de Carter aún resonando en sus oídos.

En cuanto tuvo ocasión agarró a Sylvain por el brazo.

—¿A qué se refería Carter? —le susurró.

Él le retiró el pelo de la frente.

—Creo que le gustas, *ma belle*. Quizás esté celoso.

Mientras lo veía alejarse para lanzar, Allie frunció el ceño. **Quizás Carter intentaba asustarme para alejarme de Sylvain.** Sin embargo, a juzgar por el modo en que le hablaba, costaba creer que el chico tuviese el menor interés en ella.

Tras lo sucedido, pensó que la velada se había arruinado sin remedio, pero al final se divirtió bastante. Los aros habían sido tratados con pintura fluorescente de tal modo que cuanto más oscurecía, más brillaban. Los mazos llevaban bombillas LED que se activaban apretando un botón en el mango. Las pelotas resplandecían en la oscuridad, cada cual de su color. A causa de todo ello, el césped adquiría más y más color a medida que la luz se retiraba. Al final, apenas alcanzaban a verse entre sí, pero podían seguir los movimientos de los demás gracias a los mazos iluminados y a las pelotas coloreadas.

Ruth era una gran jugadora y le enseñó técnicas a Allie para conseguir que la pelota se desplazase en línea recta. Cuando esta se las arregló para expulsar una de las pelotas de Phil de la zona de juego, Ruth se echó a reír.

—¡Has aprendido demasiado!

Cuando la partida terminó y empezaron a guardar los accesorios, Allie se sorprendió a sí misma riendo con Ruth y apoyada tranquilamente en Sylvain, que le rodeaba los hombros con el brazo con naturalidad. Captó su mirada y notó un cosquilleo anticipado.

—Tienes unos ojos preciosos —le dijo él—. Son translúcidos, como tu alma.

Dándose la vuelta, deseó buenas noches a los demás y susurró al oído de Allie:

—¿Vienes conmigo?

Ella asintió ansiosa, con un nudo en la garganta.

Caminaron por el ocaso hacia la parte trasera del colegio. Cerca de la puerta de atrás, él se detuvo y la atrajo hacia sí. Le susurró al oído:

—Esta noche lo he pasado de maravilla, Allie. Me alegro de que Carter no haya conseguido disgustarte. Te quiere solo para él.

Aunque Allie dudaba mucho de aquella afirmación, no dejó que se trasluciera en su semblante. Le sonrió.

—Yo también me he divertido.

Y era verdad, a pesar de todo.

Sylvain la estrechó aún más y le mordisqueó el cuello antes de posar los labios en la boca de Allie. En aquel momento, todas las preocupaciones de ella se esfumaron. Sylvain poseía un dominio de los besos extraordinario. Con el corazón latiendo pesadamente, respirando con jadeos entrecortados, paladeó la caricia de su lengua en los lóbulos de las orejas. Con los brazos en alto, Allie torció las muñecas detrás de la cabeza de Sylvain.

Pocos minutos después, Zelazny gritó: «¡Toque de queda!» desde la puerta trasera. Sylvain torció la cabeza a un lado con pesar, pero Allie no estaba dispuesta a dejarlo marchar.

—Hazlo otra vez —insistió.

Él sonrió, sin separar aquellas manos cálidas de su cintura.

—Ha sonado el toque de queda. Tenemos que entrar.

—¿Solo uno más?

Con ademán tentador, Sylvain se acercó a ella. Allie levantó el rostro y separó los labios, pero él se limitó a depositarle un besito rápido en la mejilla.

—Adentro, señorita, antes de que te castiguen.

—¡Toque de queda! —volvió a gritar Zelazny—. ¡Último aviso!

Sylvain le pasó el brazo por los hombros con ademán posesivo. Mientras se unían a la multitud que se apelotonaba a la entrada del edificio, adelantaron a Katie y a Jules. Cuando Allie advirtió la rabia que envenenaba el semblante de Katie, le sonrió con candor.

Allie, uno; Katie, cero.

Doce

Cuando Allie bajó a desayunar a la mañana siguiente, Jo la aguardaba impaciente junto a la puerta del comedor.

—¿Qué tal fue? —le espetó de buenas a primeras y la siguió al interior—. Cuéntamelo todo.

Mientras se servía huevos revueltos y tostadas, Allie se rio.

—¿Sabes que eres una fisgona?

—Te volvió a besar, ¿a que sí? —dijo Jo. Cuando la otra asintió, se le escapó un grito—. ¡Está loco por ti! ¿Te invitó al baile?

—No —repuso Allie—. A lo mejor solo quiere besarme.

—Te invitará —afirmó Jo convencida, al mismo tiempo que se dirigían a la mesa de costumbre.

—A Carter en cambio se le fue la olla —Allie le contó lo sucedido la noche anterior y su amiga frunció el ceño.

—Es muy... raro —convino Jo—. ¿Crees que está celoso?

—Ni soñarlo —Allie no tenía ninguna duda al respecto—. Me odia. Su manera de comportarse ayer por la noche... fue como si le diera asco. Y no sé qué se traen esos dos entre manos, pero fue tremendo. Por un segundo pensé que se iban a pegar.

—Carter no se atrevería —objetó Jo—. Se metería en un lío de mil demonios si lo hiciera. Además, ¿qué más da? ¡A Sylvain le gustas! Y te va a invitar al baile.

Durante toda la semana, el baile fue el único tema de conversación: quién iría con quién, qué se pondrían, la autorización de beber champán y la ausencia de toque de queda.

Sylvain andaba liado con un proyecto importante, de modo que apenas lo veía. Sin embargo, a juzgar por su manera de mirarla cada vez que se encontraban, saltaba a la vista que lo sucedido el sábado no había sido una historia de una noche. No podía mantener las manos alejadas de ella. Cuando se cruzaban en el pasillo, le pasaba el brazo por la espalda o los dedos por la piel. Cada uno de aquellos encuentros la dejaba jadeante, ansiosa de su contacto.

Por desgracia, seguía sin invitarla al baile.

Por otra parte, Carter la ignoraba por completo. Siempre que coincidían, él fingía no verla. En clase, sus ojos nunca se encontraban. La trataba como si no existiera, y hacia el viernes Allie había decidido averiguar qué estaba pasando en realidad. Solamente tenía que discurrir cómo hacerlo.

Aquella tarde, después de las clases, fue corriendo a la biblioteca con la esperanza de localizar un oscuro libro de poesía para la clase de Literatura de Isabelle.

Al empujar la puerta, golpeó a alguien que venía por el lado opuesto.

—Lo siento —dijo, y al instante se quedó petrificada. Al otro lado del umbral, Carter la fulminaba con la mirada.

Cuando el chico pasó junto a ella sin pronunciar palabra, Allie decidió poner fin a aquello.

—¡Eh! —le susurró enfadada—. ¿Qué te pasa?

—Nada —replicó Carter en tono distante.

—¿De verdad? —insistió ella—. ¿Y entonces por qué te comportas como un pirado?

Abriéndose paso de un empujón, Allie entró en la biblioteca. Oyó la puerta cerrarse a sus espaldas. Luego notó que Carter la cogía por el brazo y la obligaba a volverse hacia él.

—No te atrevas a llamarme así —siseó conteniendo la voz apenas.

Allie advirtió que estaba muy enfadado, pero no podía importarle menos.

—Te llamaré lo que quiera, Carter —dijo zafándose al mismo tiempo de su mano—. Y el comportamiento que has tenido estos últimos días no es normal. Es deplorable.

—¿Y qué es normal, Allie? —susurró enfadado—. Defíneme la normalidad. ¿Sylvain es normal, por ejemplo?

Allie notó que un escalofrío le recorría la espalda.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Qué tiene que ver él con tu manera de tratarme?

—Nada —replicó él, pero sus ojos decían lo contrario. Fruncía las cejas oscuras y Allie notó cómo la rabia lo dominaba cuando le espetó—. Todo. ¿Cómo es posible que seas tan tonta? Te consideraba inteligente, pero eres tan boba como las demás. No sabes ni una palabra de él, ni de este colegio, y aun así vas por ahí besuqueándote con él y poniéndote en ridículo.

Allie lo miró de hito en hito.

—Yo no...

—¿No qué? —la interrumpió—. ¿No te has tragado sus cuentos? Porque a mí me parece que sí te los has tragado.

Estaba tan enfadado que el pánico se apoderó de Allie mientras trataba de razonar con él.

—Carter, no te entiendo... Sylvain y yo salimos juntos. ¿Y qué? ¿A ti qué te importa? De todos modos, tú me odias.

Lo tenía tan cerca que notaba su aliento en la mejilla. Olía a especias y a café.

—¿Crees que te odio? —aquellos ojos profundos y oscuros sostuvieron su mirada

—. No es verdad. Es solo que te creía más lista.

Cuando Allie abrió la boca para replicar, Carter le puso un dedo en los labios con suavidad. Ella le sostuvo la mirada durante un largo instante. Podía notar la sal de la piel de Carter en la lengua. Entonces él maldijo entre dientes y se marchó.

—La pregunta del día, Allie, es: ¿cómo te queda mejor el pelo, suelto o recogido?

Con un peine de púas gruesas en la mano, Jo estudió a su amiga con atención. Era sábado por la mañana y se encontraban en el cuarto de Jo. Allie estaba sentada frente a un espejo. A su alrededor se desparramaban los vestidos que había encontrado en el armario y la ilimitada provisión de zapatos de su amiga. Esta había insistido en que debían «practicar».

Allie se enroscó un mechón de pelo en el dedo y luego lo soltó.

—¿Acaso importa? El baile será dentro de dos semanas y Sylvain todavía no me ha pedido que lo acompañe. Daría igual que me lo tiñera de verde y me lo rapara al estilo *mohawk*.

Jo acercó un par de zapatos a un vestido, evaluó el resultado y probó con otro par.

—Sylvain te va a invitar —afirmó—. Lo sé de buena tinta.

Allie la miró esperanzada.

—¿De verdad?

—De verdad —con un tacón tipo chupete, Jo la apuntó con ademán acusador—. Así que tómatelo en serio. ¿Pelo suelto o recogido?

—Mmm... No sé —cogió el cepillo y se lo pasó por la melena—. Y... ¿con quién va Lucas?

—Con Lisa, por supuesto —la voz de Jo, que estaba sacando del armario otro par de zapatos exquisitos, llegó hasta ella amortiguada.

—¿Y Carter?

—He oído que se lo ha pedido a Clare —Jo soltó los zapatos—. Creo que recogido te quedará mejor.

—Por mí, bien. ¿Quién es Clare?

—Bajita, rubia, guapa. En clase de Biología. Tercera fila. Creo que también va a Literatura contigo. El año pasado Carter le tiró los trastos y luego la dejó. Todos estaban furiosos con él, porque ella es un encanto. Parece que vuelven a estar juntos.

Allie se miró en el espejo. **¿Y a mí qué me importa con quién salga Carter?**

Se recogió el pelo con las manos.

—Qué cerdo. Sí, creo que tienes razón. Mejor recogido.

Jo sonrió.

—Perfecto. En cuanto hayamos escogido el vestido, ya sé lo que te haré —tendió las tres prendas sobre la cama y las contempló con ojo crítico—. Bien. Desnúdate y pruébatelos. Hoy tomaremos una decisión.

Para empezar, Allie se probó un vestido ceñido, largo hasta los tobillos. Tenía el cuello alto y la espalda al descubierto. Era increíblemente sofisticado.

—Maravilloso —comentó Jo mientras admiraba la caída de la tela—. Pero demasiado serio para ti.

—Ya lo creo. Parece que tenga como treinta años.

Allie se lo quitó por la cabeza y lo tiró sobre la cama. El siguiente era blanco, con la falda larga y recta, y tirantes tipo espagueti.

—¡Precioso! —exclamó Jo—. Veraniego. Virginal.

Allie arrugó la nariz y dio una vuelta ante el espejo.

—Es un poco descocado —comentó insegura.

El vestido remarcaba cada curva dejando muy poco a la imaginación.

—Pero tú lo llevas con mucha naturalidad —la tranquilizó Jo—. Va de maravilla con tu pelo y con tu piel, y tengo los zapatos ideales para él.

El último vestido era el favorito de Allie; de seda azul marino, hasta las rodillas, con falda de vuelo y enaguas de organza incorporadas. El pronunciado escote bordado, en forma de pico, dejaba al descubierto justo lo necesario, mientras que la espalda quedaba tapada. Las mangas, ajustadas, le llegaban justo por debajo del codo. Le sentaba como un guante.

Cuando Allie se subió la cremallera lateral y se dio la vuelta, Jo ahogó un grito y se llevó la mano al corazón con gesto dramático.

—Estás fantástica. Deberías llevar ese vestido cada día de tu vida. Salvo en el baile de verano.

—¿Por qué no?

—Es de invierno. Todas las chicas lucirán vaporosas prendas de verano y tú estarás sudando la gota gorda bajo esa seda tan pesada. Guárdalo para el baile de invierno. Es mucho más importante que el de verano en cualquier caso. Pero escóndelo hasta entonces. La noche que te lo pongas la escuela entera se va a quedar sin respiración.

Jo parecía tan convencida que Allie no quiso discutir. Apenas sabía nada de moda. Era una de esas chicas que van siempre en vaqueros y zapatillas deportivas.

En las contadas ocasiones en que se había arreglado para ir a una boda, su madre le había escogido la ropa. Con todo, debía admitir que el vestido blanco también le sentaba bien.

Jo sacó unas sandalias plateadas de tacón bajo.

—¿Qué te parecen? ¿Son perfectas sí o sí? —le preguntó resplandeciendo de orgullo.

Con las manos en alto como si se rindiese, Allie se echó a reír.

—Supongo que son perfectas.

—Y en cuanto a tu pelo...

Jo la empujó de vuelta a la silla y la hizo sentar. Después de pasarle un peine por las gruesas ondas de su melena, se la recogió en una coleta alta. Como allí no tenía acceso a la henna que usaba para arrancarle reflejos rojos, el pelo de Allie estaba recuperando poco a poco su tono castaño natural.

Jo siguió un rato trabajando en silencio, pero Allie advirtió que tenía algo en la cabeza. Al cabo de un momento, su amiga le preguntó:

—¿Y por qué te preocupa a quién va a llevar Carter al baile?

Incómoda, Allie se revolvió en la silla.

—No, si me da igual... Lo he preguntado por curiosidad. ¿Por qué estás tan segura de que Sylvain me lo va a pedir?

Jo le retorció un mechón de pelo y luego prendió el brillante tirabuzón con una horquilla.

—Me lo ha dicho un pajarito. Un pajarito que lo sabía muy bien.

—Ojalá lo hiciera de una vez —masculló Allie, que iba viendo cómo su peinado cobraba forma—. Todo el mundo tiene pareja menos yo.

—Ya está —Jo dio un paso atrás y le sonrió desde el espejo, visiblemente complacida—. Sylvain será afortunado de tenerte de pareja.

La melena de Allie, por lo general tan rebelde, lucía sedosa y brillante, trenzada con una cinta blanca en un recogido holgado. Unos cuantos rizos sueltos le enmarcaban el rostro ovalado, en el que destacaban sus ojos grises.

—Es increíble —dijo Allie, impresionada al contemplar la imagen que le devolvía el espejo.

—Este será tu peinado —afirmó Jo, aunque enseguida añadió con modestia—, si te gusta.

La otra la abrazó.

—Me encanta. ¿Dónde has aprendido a peinar así?

—En la escuela de las chicas —contestó ella con ademán despreocupado mientras recogía zapatos del suelo—, en la que creo que acabas de matricularte.

Allie se quedó callada tanto rato que Jo dejó de guardar zapatos y la miró con inquietud.

—¿Te pasa algo? No pretendía insinuar nada.

Ella le sonrió.

—Estoy bien, no te preocupes. Es que he pensado una cosa muy rara.

—¿Qué?

Jo había reanudado el trabajo.

—Pues... a pesar de todo lo que está pasando... y aunque Carter sea un capullo, y Sylvain no me invite al baile, y nos hagan trabajar tantísimo... a pesar de todo, creo que soy... feliz.

—Eso es porque estás loca —se rio Jo.

—No, lo digo en serio. Soy muy feliz. Por primera vez en mucho tiempo. Sabes, pensé que este lugar me horripilaría. Estaba dispuesta a odiarlo con toda mi alma. Y a mi antiguo yo, la idea de andar pensando en vestidos, bailes, zapatos y peinados le habría horrorizado. Pero no me horroriza. En el fondo... casi me gusta.

Arrodillada junto al armario mientras devolvía los zapatos a su sitio, Jo alzó la vista para mirarla.

—Y eso es bueno, ¿no?

—Sí —respondió Allie pensativa—. Supongo que sí.

Cerca de una hora después, Allie llevó los vestidos de vuelta a su habitación y los guardó en el armario. Se hizo una coleta y guardó las cintas con cuidado en el cajón superior del escritorio. Al echar un vistazo al reloj, se dispuso a bajar a toda prisa; solo tenía veinte minutos para comer antes de que cerraran el comedor.

—Eh, Allie.

Se dio la vuelta para saber quién la llamaba y divisó a Jules caminando en su misma dirección.

Genial. Justo lo que me faltaba ahora.

—Ah, hola, Jules.

Como siempre, Jules lucía una melena perfecta, rubia y desfilada, y calzaba aquellas bonitas Birkenstock de color rosa. Allie volvió a lamentar no haber traído sus propios zapatos.

—Me estaba preguntando —empezó a decir Jules—, ¿vas a ir al baile? Porque deberías hacerlo. Ya sé que eres nueva, pero es una experiencia que no deberías perderte. No hace falta tener pareja.

A Allie la irritó un poco aquel comentario.

—Sí, tengo pensado ir —replicó.

—¡Oh, genial! Sabes, tal vez nunca vuelvas a pasar el verano aquí, y sería una pena que no tuvieras la oportunidad de participar al menos una vez.

Allie frunció el ceño.

—¿Por qué dices que nunca más pasaré aquí el verano?

Jules la miró perpleja.

—Oh, no lo decía por nada. Es que, ya sabes, solo los mejores alumnos asisten a la escuela en verano. Entiendo que tú estás aquí por... otras razones.

Ella se sintió como si la hubieran golpeado.

—¿A qué te refieres? ¿Qué razones?

—Ah, ¿no lo sabías? —la prefecta parecía cada vez más incómoda—. Isabelle hizo una excepción, solo por este trimestre. Después, supongo que te reunirás con los... bueno, con los alumnos normales.

Allie irguió la espalda y dio un paso adelante.

—¿Qué intentas decir con eso? ¿Qué yo no tengo derecho a estar aquí?

—¡No, claro que no! —rectificó Jules precipitadamente—. Espero no haberte ofen...

—¿Ofendido? Sí, Jules, me has ofendido.

Se dio media vuelta y corrió por el pasillo apretando los puños con tal fuerza que se hizo marcas con las uñas en la piel de las palmas.

Al pie de las escaleras, dobló la esquina frenando en seco y estuvo a punto de chocar con Sylvain, que la detuvo sin esfuerzo.

—¿Nunca vas andando a ninguna parte? —se rio sin soltarla.

—Solo cuando no tengo más remedio —replicó Allie con más brusquedad de la que pretendía. Inspiró profundamente y trató de calmarse.

—¿Qué sucede? —la miró con expresión preocupada—. ¿Va todo bien?

Ella se encogió de hombros.

—Acabo de cruzarme con Jules y... Bah, no vale la pena hablar de ello. Es una bruja.

A Sylvain le hizo gracia el comentario.

—Bueno, a veces es un poco... especial, pero yo no me la tomaría muy en serio. Sus intenciones son buenas.

Tenía una forma de sonreír con los ojos que resultaba irresistible, y al cabo de un segundo ella sonrió también.

—Tienes razón, no debería hacerle caso.

—A decir verdad, te estaba buscando.

Se apoyó en la pared y, tomándola de la mano, la atrajo hacia sí para hablarle muy de cerca.

¿Cómo se las arregla para ser tan guay?

—Quería preguntarte si has quedado con alguien para ir al baile.

Allie notó que se le encendían las mejillas y se le aceleraba el corazón al mismo tiempo. ***Trata de aparentar la mayor tranquilidad posible.***

Negó con la cabeza.

—No, todavía no.

Los ojos de Sylvain sostenían los suyos.

—Tenía la esperanza de que accedieses a ir conmigo.

¿Ir al baile? Quiero enamorarme y casarme contigo. Tener hijos, comprar una casa, vivir en Francia...

—Me encantaría —aceptó Allie sin inmutarse.

—Fantástico. Estoy impaciente.

La obsequió con una sonrisa perezosa y pícara.

Permanecieron un momento en la misma postura, como si no pudieran soportar la idea de separarse. Por fin, él le soltó la mano, le dio un beso y la liberó.

—Será mejor que vayas a comer antes de que cierren.

Ella asintió.

—Te veo luego.

—*A bientôt.*

Allie entró flotando en el comedor, envuelta en una nube de felicidad tan densa que casi no vio a Jo, que le hacía señas desde su mesa de costumbre. Cuando se acercó a ella, su amiga estaba picoteando una ensalada verde.

—No pienso comer nada más que lechuga hasta el día del baile o no cabré en el vestido... ¿Qué ha pasado?

Entre que Jo había saltado del comentario a la pregunta sin interrupción y que Allie estaba en éxtasis, por un momento miró a su amiga sin entender.

—Salta a la vista que te ha pasado algo. Cuéntamelo. ¿Qué es? —le exigió Jo.

Allie sonrió como en un sueño.

—Sylvain me lo ha pedido.

Levantándose de un salto, Jo gritó y bailoteó alrededor de la mesa antes de abrazar a Allie.

—¡Lo sabía! ¿No te lo dije? Soy casi omnisciente.

—Eres un genio —se rio ella—. Y supongo que será mejor que me una a la ensalada si voy a llevar el vestido blanco.

Sentada otra vez, Jo le pasó su propio cuenco.

—Va a ser el mejor baile de verano que hemos celebrado jamás.

Tal vez sí, pero mientras se servía hojas de lechuga en el plato, Allie alzó la vista y divisó a Carter observándola furioso desde una mesa cercana. Cuando reparó en la mirada de ella, se levantó y abandonó el comedor a grandes zancadas.

Trece

Las dos semanas previas al baile se extendieron como meses. Allie tenía la sensación de que el colegio entero se movía a cámara lenta. Las clases se alargaban. Los profesores se negaban a ceder a la apatía y distracción estudiantiles, de modo que el trabajo se acumulaba pero, por primera vez, la biblioteca estaba casi vacía por las tardes.

—Si esta semana me retraso... que así sea —declaró Jo, aunque el hecho de que estuviera sentada en la cama blandiendo una diadema restó algo de dramatismo a la afirmación—. Ya me pondré al día la semana que viene.

—¡Bien dicho!

Tendida boca abajo en el suelo, Allie hojeaba peinados en una revista de moda.

—¿Crees que me quedaría bien el pelo corto?

Mostró la foto de una modelo parecida a un elfo.

Jo inclinó la diadema hacia ella.

—Cambiar de peinado mejora el ánimo, pequeña Allie. Nunca lo olvides. Pero ese pelo tan corto no va con tu corte de cara, para tu información.

Allie pasó la página.

—Sabias palabras, Josephine. Sabias palabras.

En su habitación, el vestido blanco pendía tentador de la puerta del armario, con los zapatos de Jo cuidadosamente colocados debajo. Cada mañana, al levantarse, el vestido era lo primero que Allie veía, y cada noche tachaba un día más de su calendario mental.

Si bien intentaba llevar las tareas de clase al día, le costaba muchísimo concentrarse. Pocos días antes del baile, cuando se sorprendió a sí misma leyendo el mismo párrafo del libro de historia por quinta vez, se dio por vencida. Se levantó del escritorio, se desperezó y se quedó mirando el sol que brillaba al otro lado de la ventana.

Tengo que moverme un poco.

Se puso la ropa de correr y se recogió el pelo en una coleta. Al bajar por las escaleras se cruzó con un solo alumno, y cuando se asomó para echar un vistazo no vio a nadie en la planta baja. En el exterior, el sol caía con fuerza sobre el mullido césped. Desde la escalinata de entrada alcanzó a ver a varias personas tendidas sobre toallas y mantas extendidas en el suelo, pero ella nunca había entendido qué gracia tenía aquello de tomar el sol. En cambio, se encaminó hacia el cenador, trotando a paso vivo. El movimiento siempre la había ayudado a tranquilizarse, de modo que se dejó llevar por el ritmo y aceleró al llegar al sendero. Contaba cada paso entre dientes.

—Doscientos noventa y seis. Doscientos noventa y...

—¿Por qué haces eso?

Aquella voz surgida de la nada sobresaltó tanto a Allie que tropezó; tuvo que cogerse a la rama de un árbol para evitar la caída. Al borde del camino, Carter la miraba con los brazos en jarras. Jadeando, Allie se inclinó para apoyar las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento.

Cuando se incorporó, se echó la coleta hacia atrás por encima del hombro.

—¿Cómo? ¿Ahora me hablas, Carter? ¡Qué honor!

Desde la discusión en la biblioteca, Carter la había evitado y Allie se había alegrado de ello.

El chico se comportó como si no la hubiera oído.

—Eso de contar. Ya te había oído hacerlo otras veces. ¿A qué se debe?

—A nada que te importe, acosador. Y ahora piérdete.

Allie echó a correr de nuevo por el sendero, pero él le sostuvo el paso con facilidad.

—Es una pregunta muy fácil.

Frustrada, Allie profirió un grito y luego aceleró azuzada por la propia rabia. Sin embargo, Carter no se quedó atrás y ella acabó por gritarle con voz entrecortada:

—No se... ignora a alguien... durante semanas... y luego... se le hacen... preguntas personales. Capullo.

—Gruñona.

—Lo que tú digas.

Se hizo un silencio. Allie se negaba ostentosamente a dirigirle la palabra.

—Allie, no confíes en Sylvain.

—Te estoy ignorando.

—No puedo decirte por qué. Pero no es la clase de persona que crees que es.

Ella aminoró el paso y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué se supone que significa eso?

Carter empezó a hablar, pero cambió de idea. Agitando la cabeza con aburrimiento, Allie echó a correr por el camino; al cabo de un rato dejó de oír pasos a su espalda.

Cuando el tejado del cenador surgió de entre los árboles, Allie ahogó un grito a pesar de la rabia. La noche de la tormenta no había podido verlo bien. Era hermoso; una construcción de fantasía coronada por un angosto tejado en punta que se elevaba a más de siete metros del suelo, recubierto de coloridas baldosas decoradas con recargados motivos moriscos.

Seis columnas, talladas con delicadeza, sostenían el alegre tejado. Subió la escalera hasta la tarima en sombras, que circundaban una baranda de madera y algunos bancos. Acomodándose en el fresco asiento, apoyó la barbilla en el brazo y oteó en el bosque. No vio a Carter por ninguna parte.

¿Qué se traía entre manos? ¿Acaso estaba celoso sencillamente? ¿O hablaba en serio?

Parecía hablar en serio.

Trató de pensar en algo que Sylvain hubiera hecho para merecer sus dudas. Siempre había estado ahí para ayudarla cuando había tenido problemas. La había protegido de Zelazny. Sí, era afectado y sí, por lo visto era muy rico, pero no se había comportado como un esnob. Parecía amable. Carter, por otra parte, siempre se había mostrado problemático, exigente, crítico y amenazador.

Era evidente quién merecía su confianza y quién no.

Lo que no entiendo es por qué Carter se preocupa tanto.

Al llegar al comedor aquella noche, Allie descubrió a Jo, Lisa y Ruth enfrascadas en una animada conversación en voz baja.

—Tienes que hacerlo, Lisa —decía Jo—. Es una tradición.

—Yo lo voy a hacer, y sabes que detesto ese tipo de cosas —terció Ruth.

Obviamente reacia, con la cabeza gacha y la cara tapada a medias por la melena lacia, Lisa jugueteaba con la comida del plato.

—No sé. Es que me parece un poco raro.

—¿Raro? ¿A qué te refieres? —quiso saber Allie acercando una silla al mismo tiempo—. ¿Qué hay para cenar esta noche? Espero que sea lasaña.

—¡El chapuzón en el lago! —los ojos de Jo brillaban de entusiasmo—. Se celebra siempre la noche anterior al baile, y Lisa no quiere participar. Pero tiene que hacerlo. Y oye, pensaba que solo comías ensalada.

—Oh, vaya —se lamentó Allie—. Había olvidado ese rollo de la ensalada. ¿Y qué diablos es el chapuzón en el lago?

Se sirvió agua de la jarra que descansaba sobre la mesa.

—Caray, no me había acordado de contártelo —Jo soltó el brazo de Lisa y se volvió hacia Allie—. Es una tradición. Los alumnos de los dos últimos cursos se escabullen en mitad de la noche previa al baile para ir a nadar al estanque.

Extrañada, Allie se giró hacia Lisa.

—¿Y qué tiene eso de malo? ¿Es que no sabes nadar?

Levantando la barbilla, Lisa miró a Jo con expresión acusadora.

—Hacen algo más que nadar. Cuéntale la verdad.

Jo puso los ojos en blanco.

—Vale. Muy bien. En pelotas. ¿Por qué has de ser tan mojigata, Lisa? ¡Será alucinante!

Allie se atragantó con el agua.

—¿Qué? ¿Todos juntos? ¿Chicos y chicas? ¿Desnudos?

Ruth le dio unas palmadas en la espalda.

—No se ve nada, Allie —Jo parecía exasperada—. Y no es para tanto. Te bañas, sales y te vuelves a vestir. No es una peli porno. Es una diversión casta, buena y saludable. Además, es una tradición y tienes que venir porque yo no pienso ir sin ti.

Allie se acercó más a ella.

—A ver si lo pilló... Tú, yo, Ruth, Lisa, nuestras parejas del baile y un montón de desconocidos vamos a nadar desnudos en un lago. Juntos. Por diversión.

—¡Exacto! —Jo aplaudió entusiasmada—. Y todas estaremos allí, ¿vale?

Lisa parecía a punto de vomitar.

—Por desgracia, Allie no está invitada —Katie se acercó a la mesa, tan hermosa como siempre—. Acaba de llegar. Solo pueden asistir los alumnos más antiguos de Cimmeria.

—Oh, pírate, Katie. En serio —Jo la asesinó con la mirada.

Katie no se dejó intimidar.

—Lo digo en serio, Jo. No creo que esté bien. Pienso comentárselo a Jules.

—No puedes decirle nada a Jules, cretina —le recordó Jo—. No estamos autorizados. No puede hacer nada al respecto.

—Jo —intervino Allie con los dientes apretados—, ¿qué día has dicho que se celebra el chapuzón ese?

—El jueves a medianoche —respondió su amiga. Sus ojos destellaron con malicia.

—Genial. Allí estaré.

Katie le lanzó una mirada gélida.

—Si lo haces, Allie, no vayas luego a llorarle a Isabelle si pasa algo. Recuerda que te he avisado.

Mientras la otra se alejaba, Allie masculló entre dientes:

—Uy, sí, gracias por preocuparte tanto por mí, Katie.

Jo se rio por lo bajo.

—Olvidala. Me alegro de que hayas decidido venir. Llevo esperando este día desde que llegué a Cimmeria. Si Lisa y Ruth se apuntan también, iremos todas juntas y será aún más divertido.

Lisa contemplaba su plato vacío, consternada. Allie sonrió a Jo, pero en su fuero interno tenía el corazón en un puño. Ya se estaba arrepintiendo de haber sido tan imprudente como para aceptar la invitación. Ahora bien... ¿qué podía pasar?

—¿Y cómo saldremos sin que nos pillen? —preguntó—. Quiero decir, ¿los profesores nos dejan ir a nadar en pelotas al lago en plena noche?

Aunque no hubiera pronunciado una palabra, la expresión de Jo habría bastado como respuesta.

—Hacen lo posible por impedirlo. O sea, ¿te imaginas lo furiosos que se pondrían nuestros padres si alguno de nosotros se lastimara? —sonrió alborozada—. Escaparse

es parte de la diversión.

Las puertas de la cocina se abrieron y el personal de servicio hizo aparición portando bandejas de lasaña. Allie gimió.

—No sé qué es peor, si renunciar a la lasaña o tener que nadar desnuda con Katie Gilmore.

—Gabe y yo tenemos un plan para salir —informó Jo—. Hablaremos de ello después de cenar. Venid a mi habitación a las ocho y pensaremos los detalles —se llenó el plato de ensalada—. Me encanta conspirar.

A las ocho y diez, Allie se encontraba en el pasillo ante la puerta de Jo. Al oír voces en el interior, levantó la mano para llamar... y la dejó caer. Al cabo de un momento reunió fuerzas y, dando unos golpes de aviso, giró la manilla y entró.

Jo, Lisa, Ruth, Gabe y Lucas estaban sentados en corro. Allie se acomodó en el suelo entre Ruth y Lucas. Dobló las rodillas y se las rodeó con los brazos. Gabe señalaba una pequeña zona del mapa.

—... de modo que, teniendo en cuenta todo lo dicho, creo que la única salida segura es la puerta que hay en la zona de las aulas.

Lucas lo miró con expresión escéptica.

—Espera, todos sabemos que hasta la última puerta estará vigilada. ¿Por qué iban a dejar sin vigilancia esa en particular?

—Por dos motivos —aclaró Gabe—. En primer lugar, porque el Reglamento especifica que no se puede pisar esa ala fuera del horario lectivo bajo ninguna circunstancia; de modo que si nos pillaran nos meteríamos en un lío muy serio. En segundo lugar, porque es una salida de incendios y se supone que está conectada a una alarma.

—¿Y cómo desconectaremos la alarma? —preguntó Allie.

La respuesta de Gabe fue muy sencilla:

—No hay alarma.

Se organizó un gran alboroto y Gabe, que parecía disfrutar de la sorpresa generalizada, levantó las manos para pedir silencio.

—En todo el edificio no hay ni una sola alarma. Y si veis alguna señal que lo indique, seguro que es falsa.

La voz queda de Lisa rompió el silencio de estupefacción que había caído sobre el cuarto.

—¿Por qué?

—No lo sé —contestó Gabe.

Al mirarlo con atención, Allie tuvo la sensación de que mentía. Sabía muy bien por qué pero no quería decirlo.

No hay alarmas de incendio. No hay alarmas contra robo. Ningún artilugio que

advierta a nadie de nada.

—Y bien —intervino Jo poniendo fin a la conversación sobre las alarmas—, ¿cómo entraremos en la zona de las aulas sin llamar la atención?

—Yo tengo una idea para eso —intervino Lucas—. Os diré lo que haremos...

Catorce

—¡Ay!

Saltando arriba y abajo en la oscuridad, Jo se cogió la punta del pie.

—¡Chist!

Aunque Jo no podía verla, Allie se llevó el dedo a los labios y ambas se quedaron inmóviles.

Eran las once y media del jueves por la noche y estaban en el descansillo de la escalera, a oscuras, notando el frescor del suelo de madera contra los pies desnudos. El miércoles por la noche se habían quedado perfeccionando el plan hasta muy tarde, y llevaban la mitad de aquel día ultimando los detalles. Allie había acabado por concluir que salir del colegio iba a ser sin duda la parte más divertida.

Llegado el momento al fin, estaban pendientes de cualquier sonido, de cualquier señal que sugiriese que habían sido descubiertas, pero reinaba el silencio en el viejo edificio. Transcurridos unos instantes reanudaron el descenso a tientas, llevando los zapatos en una mano y agarrando la barandilla con la otra. Lucas les había recordado que el tercer peldaño contando desde abajo crujía y lo evitaron cuidadosas en el descenso. Cuando alcanzaron la planta baja, Allie echó un vistazo al despacho de Isabelle; no se filtraba luz por debajo de la puerta.

A medida que los ojos se le iban acostumbrando a la oscuridad, Allie empezó a distinguir formas en las tinieblas. A mitad del amplio pasillo que conducía a la zona de las aulas, se detuvo.

—¿Has oído eso? —musitó casi sin mover los labios.

Jo negó con la cabeza, pero justo entonces ambas oyeron el ruido. Pasos. Muy cerca.

A toda prisa, Allie buscó un escondite con la mirada. Pensando sobre la marcha, se escondió detrás de una columna de piedra y arrastró a Jo con ella. Segundos más tarde, una pequeña sombra se movió en el pasillo. Allie pegó la espalda a la pared, pero Jo se asomó para escudriñar la oscuridad. Antes de que su amiga pudiera detenerla, salió disparada en pos de la sombra.

—Jo —susurró Allie, pero no obtuvo respuesta. Vaciló un momento, sin saber qué hacer, y luego echó a andar tras ella. Al principio no pudo ver nada pero entonces chocó con su amiga, que se había adelantado al reconocer a Lisa.

—¡La he encontrado! —susurró encantada.

Lisa no parecía tan emocionada como ella, y Allie se preguntó por qué había accedido a acompañarlas. Había dejado claras sus reservas en todas las conversaciones que habían mantenido sobre el tema, y en aquel mismo instante estaba hecha un manojo de nervios, saltando de un pie a otro como una bailarina frenética antes del espectáculo, con los ojos muy abiertos en su rostro delicado. Allie

le hizo un gesto de ánimo y señaló la puerta que conducía a las aulas.

Jo asintió.

—¿Y Ruth? —cuchicheó la otra.

—Llega tarde. No podemos esperar.

Allie hizo girar el pomo. Si la puerta crujía, estaban perdidas.

Se abrió en silencio sobre sus goznes, que Gabe había engrasado aquella misma tarde.

Pasaron al otro lado y corrieron como alma que lleva el diablo por el largo pasillo. En el extremo final, sobre la puerta de salida, atisbaron las infaustas señales supuestamente oficiales que advertían de la presencia de mecanismos de alarma y seguridad; incluso se detallaban números a los que llamar en caso de emergencia.

Allie se preguntó quién respondería al otro lado si alguna vez los marcaba.

Inmóviles por un momento, intercambiaron una mirada en la penumbra. Una a una, apoyaron las manos en la puerta y, a la señal de Jo, la empujaron todas a la vez. La puerta cedió sin hacer el menor ruido.

La franquearon tan deprisa que salieron tropezando a un camino de grava. Las piedras se les clavaban en los pies desnudos y las tres se pusieron a dar cómicos saltitos mientras se ponían los zapatos e intentaban no gritar. Pensando en el aspecto tan ridículo que debían de tener, Allie ahogó una risilla.

—¡Venga-venga-venga! —susurró Jo, y las tres corrieron a internarse en la noche, enlazando las manos para avanzar unidas.

A la altura del lindero del bosque, Jo y Lisa se habían quedado sin resuello, y pararon un momento para recuperar el aliento. Allie se impacientó; estaban demasiado cerca del colegio.

—¿Y ahora por dónde? —masculló.

Con un gesto de la barbilla, Jo señaló el camino de la derecha. Allie les indicó por señas que se pusieran en marcha. Siguieron avanzando, ahora a paso más lento.

Al principio reinaba el silencio en el bosque, pero poco después Allie comenzó a distinguir roces de hojas y chasquidos de ramillas que se rompían. Cogió la mano a Jo y se la apretó con fuerza al mismo tiempo que la advertía de los ruidos con un gesto. Cuando su amiga sonrió, distinguió sus dientes blancos en la oscuridad.

—Son los demás —le susurró.

A medida que la distancia con la escuela aumentaba, los alumnos se volvían más descuidados y pronto se empezaron a oír otros sonidos: risillas sofocadas, algún cuchicheo, falsos pájaros nocturnos seguidos de una carcajada contenida. Allie notó cómo la tensión que sentía entre los omóplatos comenzaba a ceder.

Jo se paró tan de repente que Allie y Lisa estuvieron a punto de chocar contra ella.

—Es aquí —susurró, y desapareció detrás de un arbusto. Allie escudriñó la oscuridad de su alrededor, pero no vio ningún estanque; solo árboles y maleza. Con todo, Lisa y ella siguieron a Jo a su escondrijo.

—¿Por qué nos escondemos? —susurró Lisa.

—Nadie debe advertir que estamos aquí hasta medianoche —aclaró Jo—. Es la tradición.

—¿Cómo sabes todas esas cosas? —preguntó Allie.

—Mi hermano me lo contó —le explicó su amiga.

Jo llevaba un reloj con la esfera fluorescente, y las tres se quedaron mirando cómo el minuterero avanzaba inexorable hacia la medianoche.

—¿Dónde está Ruth? —preguntó Allie.

Jo mostró las manos vacías con ademán de ignorancia.

—Se suponía que debía reunirse con nosotras en el colegio o por el camino, así que supongo que ya debe andar por aquí, en alguna parte.

Comprobó el reloj.

—Ya casi es la hora —susurró—. Preparaos.

Allie advirtió que Lisa temblaba. Hubiera querido consolarla pero ella misma estaba demasiado asustada. Inspiró hondo y miró hacia donde se suponía que estaba el lago.

¿De verdad voy a hacer esto? O sea, ¿realmente hay gente que se baña en pelotas? ¿No pasa solo en las películas?

En aquel momento, Allie dio un respingo cuando una profunda voz masculina retumbó en el silencio.

—Es la hora, chicos. Afuera los pantalones.

Mientras Allie y Lisa vacilaban, Jo empezó a desabrocharse los shorts. Al advertir que sus amigas no se movían las reconvino.

—Yo de vosotras lo haría —les advirtió—. Si habéis llegado hasta aquí, sería peor echarse atrás.

Las dos intercambiaron una mirada aterrada.

—Yo lo hago si tú lo haces —dijo Lisa al fin.

Allie oía a los alumnos tirarse al agua y gritar entre risas. Suspiró derrotada.

—Oh, qué diablos.

Mientras ella se quitaba el pantalón del chándal, Jo la vitoreó y se arrancó los shorts. Al cabo de pocos segundos las tres estaban completamente desnudas. Lisa y Allie cruzaron los brazos sobre el pecho con gesto protector, pero Jo les cogió las manos.

—Si lo vais a hacer, hacedlo con orgullo —las animó arrastrándolas al camino.

En la oscuridad, Allie solo veía instantáneas de piel mientras la gente saltaba y volvía a salir de un lago que no llegaba a distinguir en las tinieblas.

—A la de tres —propuso Jo con una risita—. Una, dos...

Se zambulleron en aquella agua oscura con un chapoteo gélido. Allie, que en la negrura de la noche apenas lograba ver el estanque, percibió cómo las estridentes carcajadas de su alrededor se transformaban en silencio al hundirse bajo la superficie. La sorprendió la profundidad; nunca había sido una buena nadadora. Mientras pataleaba para salir a la superficie, un recuerdo repentino le vino a la mente. Un caluroso día de verano. Tenía siete años y Christopher se estaba burlando de ella por haberse hundido como una piedra en la piscina. «Corres como una liebre, pero también nadas como un conejo...», se había reído mientras ella chapoteaba frenética.

Cuando salió a coger aire, borboteando y temblando, no vio a Jo ni a Lisa por ninguna parte.

—¿Jo?

¿Cómo era posible que las hubiera perdido en un segundo? Sin embargo, el estanque estaba atestado de alumnos alborozados... ninguno de los cuales le resultaba familiar. Mientras braceaba en el agua fría buscando una cara conocida, Allie sintió que el pánico crecía en su interior. Estaba sola y desnuda en un lago lleno de desconocidos. Lágrimas cálidas de miedo y vergüenza le saltaron a sus ojos. De repente, se dio cuenta de que le costaba respirar. Llevaba semanas sin sufrir un ataque de pánico, pero ya estaba oyendo su propio resuello, tres fatigosas respiraciones seguidas, mientras luchaba por permanecer en la superficie.

No puedo... respirar...

Se hundió apenas un segundo y pateó para volver a la superficie. Por debajo del agua, el pie de alguien le golpeó con fuerza la espinilla y el dolor se extendió por toda su pierna. No gritó... no tenía bastante aire.

Una vez más, el agua fría se cerró sobre su cabeza y de nuevo intentó salir a flote. En esta ocasión, sin embargo, dos manos fuertes la cogieron por los hombros y la arrastraron a la superficie. La invadió un sentimiento de gratitud, pero justo entonces distinguió quién la estaba ayudando y forcejeó para liberarse al mismo tiempo que intentaba taparse el pecho con las manos.

—Todo va bien, Allie. Mírame —Carter le hablaba con voz tranquila y firme mientras la obligaba a mirarlo a los ojos—. Respira despacio por la nariz. No apartes la vista. Respira despacio.

Quiso explicarle que se estaba muriendo pero las palabras no acudieron a su boca.

—Inspira —dijo él, y le mostró cómo hacerlo suplicándole con la mirada que lo imitara—. Y ahora suelta el aire.

Carter exhaló con ademán exagerado.

Cuando Allie intentó seguir sus indicaciones, apenas consiguió resollar y el miedo se apoderó de ella. No iba a conseguirlo.

Pero da igual, de verdad. Mientras pueda descansar solo un momento...

Con un parpadeo, sus ojos se cerraron al mismo tiempo que la cubría un manto de oscuridad.

La bofetada de Carter la sobresaltó tanto que inhaló aire por reflejo. Aquella bocanada de oxígeno reavivó su esperanza.

—Puedes hacerlo, Allie. Respira conmigo.

Allie advirtió que Carter hacía esfuerzos para que no se le quebrara la voz, y comprendió asustada que realmente estaba en peligro de muerte.

Él inspiró hondo y ella intentó imitarlo. Por fin, una pizca de aire se abrió paso hasta sus pulmones.

—¡Bien! —dijo Carter—. Otra vez.

Una inspiración más profunda, y la opresión que sentía en el pecho comenzó a ceder. Él la animó a continuar, pero Allie temblaba tanto que a la cuarta respiración completa se echó a llorar.

—Ya ha pasado todo, Allie —le dijo rodeándole los hombros al mismo tiempo con un abrazo delicado—. Sigue respirando.

Protegiéndola con su propio cuerpo, la guió por el agua hasta la orilla. Allie oyó que la gente se reía y salpicaba a su alrededor. No sabía si se estaban burlando de ella y tampoco le importaba.

Carter le habló con dulzura.

—¿Dónde has dejado la ropa, Allie?

—No lo sé —susurró ella con voz ronca.

Él sonrió a medias.

—¿Por qué será que no me sorprende? —la guió hasta la relativa intimidad de un gran árbol algo apartado del camino—. Quédate aquí. Te buscaré algo.

Mientras Carter se internaba en las sombras, Allie admiró los músculos en movimiento de sus caderas y de su espalda y se obligó a seguir respirando.

Tiene un cuerpo hermoso, pensó.

Cuando él reapareció al cabo de pocos minutos, se había puesto unos pantalones cortos. En las manos llevaba una camisa de chico y unos shorts de chica.

—Es lo mejor que he podido encontrar —se disculpó.

Puesto que iba desnudo de cintura para arriba, Allie presintió que la camisa de chico le pertenecía.

Se dio media vuelta para ponerse los pantalones; luego se giró hacia él y alargó la mano para coger la camisa. Él se la tendió sin una palabra. Allie no distinguía su rostro en la oscuridad, pero mientras se retorció para ajustarse la enorme camisa el corazón le latía tan pesadamente que por fuerza tenía que oírlo.

—¿Lista?

Allie advirtió que a Carter le temblaba la voz.

—Sí.

Cogiéndola de la mano, el chico la ayudó a salir del escondrijo y la guió al sendero. El calor de su mano la reconfortaba; tenía unos dedos fuertes y se aferró a ellos. —No he podido encontrar zapatos —le dijo él consternado—. Te vas a hacer daño en los pies. ¿Quieres ponerte los míos? También puedo llevarte en brazos.

Aunque los agudos guijarros se le clavaban en la planta de los pies, Allie rehusó con un movimiento de la cabeza.

—No pasa nada —lo tranquilizó.

A medida que se alejaban del lago, el ruido y las risas fueron muriendo tras ellos. A los pocos minutos, solo se oía el sonido de sus respiraciones. Carter aún la llevaba de la mano.

Cuando supo con seguridad que se encontraban solos, Allie se paró y lo miró.

—Carter... Gracias.

Él le soltó la mano y miró al suelo.

—No ha sido nada.

—Sí, Carter —tomó su mano otra vez. Cuando él alzó la vista, sus ojos parecían tan vulnerables que Allie no pudo evitar deshacerse en lágrimas—. Ha sido algo.

Se miraron el uno al otro durante largos instantes pero justo cuando él iba a hablar...

—¡Allie! ¡Carter!

La voz de Jo rompió el hechizo. Su amiga corría por el sendero, con Lisa y Gabe pisándole los talones.

Cogiendo a Allie por los hombros, Jo la sacudió con ademán preocupado.

—Pero ¿dónde te habías metido? ¿Va todo bien? Te he buscado por todas partes.

Mientras asentía, Allie notó que otra vez se le saltaban aquellas lágrimas inoportunas.

—No podía encontrarte. Carter me ha ayudado a...

Se volvió a mirarlo, pero él ya se había ido.

—... salir —susurró.

La charla brilló por su ausencia durante el desayuno de la mañana siguiente. Cualquiera habría podido identificar a los alumnos que habían pasado casi toda la noche en el bosque por el aspecto desaliñado y las ojeras. Jo y Allie desayunaban casi en silencio y Lisa bostezaba a su lado. Ninguna de las tres tenía hambre. Allie aferraba su taza de té como si fuera lo único capaz de mantenerla viva mientras Jo desmenuzaba un trozo de tostada en partículas diminutas.

Allie había pasado la noche en el cuarto de Jo, en el suelo. Habían regresado al colegio sin que nadie reparara en ellas, entrando por la misma puerta por la que habían salido una hora antes.

Se habían quedado hablando hasta las cuatro de la mañana, momento en el cual Allie le dijo a su amiga que se sentía mejor, aunque no era verdad.

Sufrir un ataque de pánico desnuda delante de media escuela... ¿Cómo se puede superar algo así?

Por lo menos, por fin había averiguado lo sucedido después de que se zambulleran en el estanque. Durante la noche, Jo le había contado toda la historia. Por lo visto, Gabe y Lucas se encontraban ya en el agua y habían divisado a las chicas cuando corrían hacia la orilla. Gabe había cogido a Jo en cuanto ella había saltado el estanque y la había arrastrado a la zona donde nadaban los otros chicos, cerca de un árbol. Jo, por su parte, se las había ingeniado para coger a Lisa y llevarla consigo, aunque esta hacía lo posible por esconderse de Lucas. Y al parecer, en medio de toda aquella confusión, había perdido de vista a Allie.

—El lago se ha llenado de gente con tanta rapidez y estaba tan oscuro que cuando he vuelto al lugar donde nos habíamos zambullido, o donde creía que nos habíamos zambullido, no he podido encontrarte por ninguna parte —le había dicho Jo.

Según le contó, fueron Jules y Ruth quienes le dijeron que habían visto a Allie con Carter, y que ella parecía encontrarse mal.

—Al final, Ruth ha ido con Jules, porque Jules no quería ir sola. Y esta ha pensado que habíamos estado bebiendo y que por eso te encontrabas mal. Así que me ha echado una bronca de campeonato, y he tardado siglos en ponerme a buscarte.

—No he visto a Sylvain por allí. Bueno, la verdad es que no he visto a nadie —se lamentó Allie.

—No creo que estuviera —dijo Jo—. Pero sí todos los demás.

Allie, que había improvisado una cama en el suelo a base de abrigos y jerséis, enterró la cara en la almohada de repuesto de Jo.

—Me pregunto cuánta gente me habrá visto montar el número.

Jo, que estaba sentada en la cama, se tendió boca arriba y bostezó.

—No mucha, eso seguro. Por lo visto, nadie te ha visto excepto Jules.

—Pero se lo contará a todo el mundo.

—No lo hará. Es perfecta. Tiene el deber de protegerte o algo así —la tranquilizó Jo—. Pero bueno, ¿qué ha pasado exactamente?

Allie le contó que había sufrido un ataque de pánico y que Carter la había rescatado. No le habló de cómo se había sentido cuando él la sacó del agua y la ayudó a respirar. Ni de cómo había mirado su cuerpo a la luz de la luna. En cambio, se centró en lo tranquilo que era y en lo increíblemente bien que había afrontado la crisis.

Jo se quedó un momento pensativa. Cuando habló, escogió con cuidado las palabras.

—La gente de por aquí le tiene manía a Carter porque se comporta como si

estuviera por encima de todo el mundo, y también porque ha hecho sufrir a muchas chicas a lo largo de los años, fingiendo estar interesado y luego pasando de ellas. Además, va totalmente a lo suyo. En realidad, me sorprende que haya aparecido por el lago esta noche, o ayer por la noche... —echó un vistazo al reloj—. Esta mañana. Cuando fuera. Porque es el tipo de situación que suele evitar. Así que tiene fama de estirado. Pero puede ser un buen tío; ya lo creo que sí.

Bostezó con ganas.

—Mucha gente sabe que él no les tiene simpatía o que los considera superficiales. Procura que se note.

—Eso es lo que me gusta de él —murmuró Allie cerrando los ojos—. Es muy sincero.

—La sinceridad puede ser buena —dijo Jo mientras apagaba la lamparilla de noche. Sus últimas palabras flotaron en la oscuridad, incorpóreas—. Pero también puede ser mala.

Horas después, mientras removían los cereales de sus cuencos, nadie parecía tener nada que decir. Lisa era la que estaba más animada de todas; había sobrevivido al chapuzón, y Lucas la había acompañado al edificio del colegio después del baño. Todo parecía indicar que algo había surgido entre los dos. A pesar de todo, incluso Lisa estaba cansada.

—Dios, voy a tener que echarme una siesta —dijo con la cabeza apoyada en la mano—. Estoy hecha polvo.

—Yo estoy hecha una mierda —declaró Jo sucintamente mientras cogía el azúcar—. Quién iba a decir que el sueño fuera necesario.

—Una mierda define bastante bien mi estado —terció Allie, que tomó un sorbo de té y bostezó a continuación.

Nadie le había hecho ningún comentario acerca de la noche anterior. Tampoco había oído cuchicheos al entrar en el comedor. Tal vez Jo tuviese razón y, entre la oscuridad y el bullicio, nadie hubiese advertido que había perdido los nervios.

Como mandaba la tradición, el día del baile las clases terminaban al mediodía. En el transcurso de las clases matutinas, Allie se esforzó por mantenerse despierta.

Incluso tomó notas, que más tarde sería incapaz de descifrar.

En clase de Biología, Carter la ignoró ostensiblemente. En la de Literatura, Allie se durmió mientras aguardaba el comienzo de la lección y ni siquiera lo vio entrar.

Cuando alzó la vista, él estaba en su sitio de costumbre, pero no la miró. Bueno, pues mejor. Dentro de ocho horas estaría en el baile con Sylvain. Realmente no era el momento ideal para andar recordando el contacto de su piel cuando la había abrazado en el agua. Desnuda. El momento ideal para andar recordando el contacto de su piel cuando la había abrazado en el agua. Desnuda.

Ordenó los papeles del pupitre y sacó el libro de la cartera.

No... no lo es en absoluto.

Isabelle acababa de ocupar su lugar habitual, al borde del corro de pupitres.

Paseó la vista por la clase con expresión sagaz.

—Caray, algunos de vosotros parecéis muy cansados. ¿Acaso no habéis dormido bien?

Los aludidos se removieron incómodos en sus asientos. Alguien soltó una risita.

—He oído que ayer por la noche hubo jaleo en el lago. Espero que el ruido no os impidiera dormir.

Más risas nerviosas. La directora se puso las gafas con expresión enigmática.

—Estoy segura de que muchos de vosotros estáis soñando ya con bailar en brazos de vuestra pareja, pero lo cierto es que la clase de hoy debe tener lugar en cualquier caso —dijo mientras abría el libro—. De modo que he pensado que el romance sería un tema muy apropiado para un día como hoy. Empezaremos con un precioso poema que trata del amor secreto: «*Silentium Amoris*». El autor es Oscar Wilde, al que seguramente conoceréis por su faceta más humorística. Sin embargo, la poesía que vamos a leer es una pura y simple historia de amor.

Leyó las dos primeras estrofas con su voz alta y bien modulada. Perdida en la verborrea de la maestra, Allie había desconectado casi de inmediato. Dibujó una mariposa adormilada en su cuaderno y justo cuando le estaba decorando las alas con elaborados motivos, oyó su nombre.

Confusa, se irguió en el asiento. Toda la clase la estaba mirando.

—¿Perdón? —dijo sonrojada.

—Buenos días —la reconvino Isabelle mientras la clase estallaba en risillas—. Te estaba preguntando si te importaría leernos la tercera estrofa.

Allie se puso de pie, levantó el libro en alto y carraspeó para aclararse la voz. Empezó a leer con precipitación, aunque fue disminuyendo el ritmo a medida que las palabras cobraban forma.

Pero es seguro que ante ti mis ojos no revelarán
por qué guardo silencio y por qué mi laúd ha
muerto.

Hacia nuevas tierras deberíamos partir:
tú hacia unos labios de dulces melodías,
y yo hacia el refugio de mi recuerdo estéril,
donde yacen los besos que nunca se dieron
y las canciones que nunca se cantaron.

La inundó una indescriptible ola de tristeza. Por un instante, creyó que se echaría a

llorar, aunque se contuvo.

Pero ¿qué demonios me pasa?

—Cuéntanos qué te inspira el poema, Allie.

Horrorizada al advertir que Isabelle seguía pendiente de ella, pensó a toda prisa en algo que decir. Cuando habló, lo hizo casi en susurros.

—El poeta no se atreve a compartir sus sentimientos, pero al mismo tiempo le entristece que la otra persona no sepa lo que siente.

—¿Y por qué no se atreve a revelar sus sentimientos a esa otra persona? —preguntó Isabelle.

—Porque es posible que ella no le corresponda —por alguna razón, el hecho de que fuera Carter quien había respondido no sorprendió a Allie, que bajó la vista a su cuaderno y se puso a dibujar una cadena de pequeños círculos entrelazados alrededor de la mariposa—. De modo que prefiere no saberlo.

—Antes de continuar, vale la pena señalar que muy posiblemente tanto la voz del poeta como la de la persona a la que se dirige sean del género masculino, pero para facilitar la conversación lo analizaremos en términos más convencionales. Así pues, ¿por qué el poeta prefiere no saberlo? —siguió preguntando Isabelle mientras atravesaba el centro del corro para apoyarse en un pupitre vacío—. A lo mejor ella le corresponde, pero nunca lo averiguará si no se lo pregunta.

—Tiene miedo de que le hagan daño —susurró Allie, y añadió otro eslabón a la cadena que estaba dibujando.

Con curiosidad, Isabelle desplazó la mirada de Allie a Carter.

—Eso lo explicaría —dijo—. Y ahora, hablando de sufrir, os he traído otro poema de estilo algo distinto escrito por la autora americana Dorothy Parker...

El resto de la clase fue interminable. En cuanto concluyó, Allie abandonó el pupitre y se dirigió a la puerta cabizbaja, decidida a no establecer contacto visual con nadie.

Sobre todo, con Carter.

Fue la primera en llegar a las escaleras. Sus pisadas resonaban contra los tablones de madera mientras las dejaba atrás a toda prisa, contando para sí.

... treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres...

Poco después, en la intimidad de su cuarto, cerró la puerta a su espalda y se recostó contra la hoja mientras contemplaba aquel espacio aseado y familiar.

¿Qué acaba de pasar? ¿Acaso Carter trataba de decirme que le gusto? ¿O estoy viendo cosas donde no las hay? ¿Tendrá razón Sylvain?

Estaba tan cansada que no confiaba en su capacidad de raciocinio. Y el lecho en el que no había llegado a dormir la invitaba a acostarse. Dejó la cartera en el suelo, puso el despertador a las seis y cerró los postigos para impedir el paso a la

deslumbrante luz del sol. Se detuvo lo justo para quitarse los zapatos con los pies antes de meterse en la cama vestida como estaba. La soledad le sentó de maravilla, y envuelta en la fría oscuridad pensó una vez más en Carter antes de sumirse en el olvido y quedarse dormida.

Quince

Cuando Allie llegó al cuarto de Jo a las seis y media, esta y Lisa ya habían desperdigado los vestidos y revuelto los zapatos. Allie se encontraba mucho mejor; más normal. De algún modo, el sueño la había tranquilizado. Pasara lo que pasase al día siguiente, aquella noche se iba a divertir. Pensaba disfrutar del baile. En el lago había dado un espectáculo. ¿Y qué? Ya había sobrevivido a cosas peores. Antes de llegar a Cimmeria, nunca le había preocupado lo que pensarán de ella. ¿Por qué tenía que cambiar eso ahora?

Lisa, que asistiría al baile con Lucas («Solo como amigos, ¿eh?»), estaba emocionadísima.

—¿No creéis que es el vestido perfecto?

Su alegría era contagiosa y al instante Allie se sintió más optimista respecto al mundo en general.

—Será precioso, estoy segura.

—Francamente, me conformo con pasar un rato con Gabe —suspiró Jo—. Llevo varios días casi sin verlo.

—¿Tienes alguna idea de lo que ha estado haciendo? —preguntó Allie, mientras colgaba el vaporoso vestido blanco de la puerta del armario.

Jo negó con la cabeza.

—Ni la más mínima. Solo sé que «está trabajando en un proyecto».

Lo dijo en un tono grave y como a la defensiva, tan parecido al de Gabe que a Lisa y a Allie se les escapó la risa.

—Sí, Sylvain sería más «**lo que estamos haciendo** es muy **importante**» —se burló Allie, y las tres se ahogaron de risa otra vez.

Una bandeja plateada con bocadillos triangulares y varias jarras de zumo aguardaba en el escritorio de Jo. Esta había insistido en que todas debían comer algo antes de salir. («El año pasado casi me desmayo en el baile porque estaba tan nerviosa que no comí nada en todo el día».) Delgada como un tallo de margarita, Lisa mordisqueó con delicadeza el borde de un sándwich de pepino antes de dejarlo sobre una servilleta. Jo le lanzó una mirada de reconvención.

—Cómetelo, Lisa.

—Pero es que no tengo hambre —protestó Lisa rechazando el tentempié.

Allie, que se había saltado la comida para poder dormir, cogió un sándwich de queso y le dio un gran mordisco.

—Dios mío, ¿cómo es posible que no estés hambrienta? Yo me muero de hambre.

Lisa, que aún no sabía cómo peinarse y empezaba a estar desesperada, les mostró en silencio una revista abierta por la foto de una actriz que lucía un complicado recogido.

—Ojalá me permitieras obrar mi magia y dejaras de preocuparte —dijo Jo—. Yo puedo hacerlo mejor. De hecho, Allie, te voy a peinar ahora mismo. Tengo el presentimiento de que arreglar a Lisa me va a costar una eternidad.

Allie se embutió el resto del bocado en la boca.

—Ufm —accedió mientras se sentaba en la silla.

—Exacto.

Jo le cepilló la melena y procedió a retorcérsela cuidadosamente con la cinta.

—Me encanta que me peinen —declaró Allie cerrando los ojos—. Es como si te dieran un masaje en la cabeza.

—Si la carísima educación de Cimmeria no da resultado, pienso abrir una peluquería en el Mayfair londinense —Jo retorció un mechón con habilidad y lo prendió en su lugar—. La llamaré MayHair.

Allie se rio.

—Eres muy previsora. Vale, pues muy bien. Si esta carísima educación no da el resultado previsto, yo seré tu primera clienta.

Como Jo había predicho, tardaron siglos en arreglarse. El pelo de Lisa por sí mismo ya consumió la mayor parte del tiempo. Al final y tras muchas discusiones le hizo un moño sencillo que destacaba su cuello largo y esbelto.

—Es perfecto —Lisa sonrió a su propio reflejo en el espejo—. Jo, eres un genio.

—Ya lo sé —repuso ella mientras alisaba su propio cabello para darle un favorecedor estilo *garçon*—. Pero a ver si sabes qué hora es.

Allie echó un vistazo al reloj y gimió.

—Dense prisa, señoritas, solo nos quedan diez minutos.

Cogieron los vestidos.

—Sabía que nos pasaría esto —dijo Jo mientras se deslizaba el minivestido plateado por la cabeza. Allie la ayudó a subirse la cremallera, que iba a la espalda.

—Sí, lo sabías. Y mira de qué nos ha servido.

Mientras Allie se ponía el vestido blanco largo hasta los pies, Jo se calzó unas sandalias tobilleras y se dispuso a ayudar a las demás.

Allie la contempló con admiración.

—Pareces una estrella de cine.

—Querida, es posible, pero tú pareces una princesa de cuento.

Lisa llevaba un vestido de seda de un tono azul plata sujeto con delicados tirantes, y un chal de seda a juego que se dejó caer lánguido por la espalda. Cuando por fin se puso los zapatos, Jo y Allie aplaudieron con retintín.

—Estás preciosa pero, Dios mío, te cuesta una eternidad arreglarte —dijo Jo.

Lisa cogió su bolso de mano y sonrió sin rencor.

—Todo el mundo lo dice.

—¡Un momento! Que nadie salga de esta habitación hasta que nos hayamos

hecho una foto.

Jo agitó una pequeña cámara.

Arrastró a Allie y a Lisa ante el espejo de cuerpo entero y las tres se apretujaron entre risas. Cuando la luna las reflejó a las tres, levantó la cámara en alto e hizo la foto.

—Perfecto —aprobó mientras comprobaba la imagen—. Estamos increíbles.

—Es probable que nunca volvamos a tener tan buen aspecto —vaticinó Lisa en tono aciago. Allie y Jo se la quedaron mirando un momento antes de estallar en carcajadas.

—Eres la agonía personificada —dijo Jo abrazándola—. No me obligues a despeinarte.

Cruzaron la puerta a las ocho en punto. Desde lo alto de las escaleras, atisbaron a un montón de chicos escandalosos reunidos al pie, todos vestidos de gala.

Las chicas vacilaron apenas un segundo mientras caía el silencio entre los congregados abajo al divisarlas. A Allie, aquel momento le pareció irreal. La noche anterior había perdido los nervios y había estado a punto de ahogarse y pese a todo allí estaba, con un vestido precioso y rodeada de buenas amigas. Tuvo la anterior había perdido los nervios y había estado a punto de ahogarse y pese a todo allí estaba, con un vestido precioso y rodeada de buenas amigas. Tuvo la sensación de estar viviendo la vida de otra persona.

Sylvain, Lucas y Gabe se hallaban entre el gentío pero no vio ni rastro de Carter.

Allie se irguió y metió el estómago. Jo capturó su mirada y le hizo un guiño; luego le tendió la mano. Allie se la cogió y le dio la otra a Lisa. Bajaron las escaleras juntas, entre un revoloteo de seda parecido a un batir de alas.

Concentrada en mantener el equilibrio sobre los tacones chupete de los zapatos que Jo le había prestado, Allie no apartó la vista de los peldaños. Cuando levantó la mirada, descubrió a Sylvain ante ella, sonriendo. Soltó la mano de Jo.

Sylvain la admiró sin reparos mientras le tomaba la mano, se la besaba y la colocaba sobre su propio brazo.

—Estás guapísima —dijo.

Allie vio calor y deseo en sus ojos. Notó mariposas en el estómago.

Levantando la barbilla, le sonrió.

—Tú también.

Y era verdad. Aquel traje oscuro, de corte perfecto, le sentaba de maravilla. El patrón remarcaba la musculatura de los hombros y el pecho. Él la obsequió con su sonrisa perfecta.

De repente, la duda asaltó a Allie. ***¿Estoy haciendo bien? ¿Y si Carter dice la verdad?***

Como si la expresión de su rostro la hubiera traicionado, Sylvain le acarició la frente con los dedos apartándole un flequillo invisible.

—Estoy deseando bailar contigo. Entremos.

Su voz transmitía tanta confianza y sus movimientos eran tan seguros que Allie irguió los hombros y echó a andar a su lado.

Se unieron a la marea de alumnos que, vestidos con elegancia, fluía hacia el salón de actos, donde el personal de servicio, de esmoquin junto a la puerta, ofrecía vasos largos de champán a los recién llegados. Cogieron un vaso cada uno y entraron.

En el interior, Allie esperaba encontrar una discoteca. En cambio, vio desplegarse ante sus ojos una escena de elegante anacronismo. Una pequeña orquesta tocaba un vals en un rincón. La luz de las velas destellaba por doquier, sobre las mesas, en candelabros, en apliques de pared, en el hogar de la chimenea. Además, todas las superficies estaban decoradas con flores blancas en jarrones. Habían cubierto las mesas con manteles de lino inmaculado, y las sillas lucían cintas de seda blanca. Un aroma a jazmín flotaba en el ambiente.

Isabelle apareció luciendo una vaporosa túnica de gasa blanca ceñida en la cintura con un cordón dorado. Allie echó un vistazo a su propio vestido y pensó que, comparada con ella, parecía una niña pequeña. Tiró de la mano de Jo para llamar su atención y le hizo un gesto en dirección a Isabelle.

Jo sonrió con suficiencia.

—¿Qué le vamos a hacer? Nuestra directora está buena.

Gabe los guió hacia una mesa situada en un rincón y aguardaron de pie unos instantes, algo incómodos.

—¿A qué estamos esperando? —le susurró Allie a Jo.

—Ya verás.

Al cabo de un momento, Isabelle dio unos golpecitos con una cucharilla de plata en una flauta de champán y se hizo el silencio en la sala.

—Bienvenidos al ducentésimo vigésimo tercer baile de verano de Cimmeria.

Todos los presentes aplaudieron con entusiasmo, y la directora aguardó a que los aplausos se acallasen.

—Cada año, este constituye un acontecimiento muy especial en el que nos reunimos para celebrar la existencia de la escuela, su historia y vuestra presencia en ella; pues vosotros sois el futuro de Cimmeria. Muchos de vuestros padres asistieron a este baile años atrás, así como muchos de vuestros abuelos y bisabuelos antes que ellos. Ahora vosotros ocupáis su lugar. Jóvenes y esperanzados, como lo fueron ellos. Ahora formáis parte del círculo. Intacto.

Levantó el vaso.

—Por el baile de verano. Y por la Academia Cimmeria.

—Por el baile de verano —corearon todos—. Y por la Academia Cimmeria.

—¡Disfrutad! —gritó, y se echó a reír ante los estentóreos aplausos.

Cuando Sylvain le retiró la silla para que se sentara, Allie se extrañó de la formalidad del gesto, pero enseguida advirtió que Gabe y Lucas hacían lo mismo con Los asientos de Jo y Lisa.

La tradición, supongo.

Allie, que solo había probado algún que otro sorbo de champán en Navidad, pensó que tenía un sabor parecido a la sidra que solía beber con Mark y Harry.

Estupefacta, se quedó mirando el vaso. ***¿Cuánto tiempo llevaba sin pensar en Mark y Harry?***

Se preguntó qué estarían haciendo. Si seguirían metiéndose en líos. Fuera lo que fuese, pensó mirando a su alrededor, seguro que no se podía comparar a aquello.

Se llevó el vaso a los labios. El segundo sorbo de champán le supo mejor.

En aquel instante, la orquesta procedió a tocar una melodía maravillosa. Parecía exótica, pero Allie se sintió incapaz de ubicarla. ¿Húngara? ¿Turca? Tan pronto como empezó a sonar, notó cierta excitación en el ambiente; era electrizante. Un par de parejas salieron a bailar unos complicados pasos que parecían consistir en vueltas dentro de otras vueltas. Tanto giro acababa por marear al espectador y al cabo de un momento desvió la vista aturdida.

—Es una canción tradicional de Cimmeria —Sylvain, por lo que parecía, la había estado observando—. Fue escrita hace mucho tiempo para la propia escuela por un compositor egipcio que fue alumno del colegio.

—Nunca había oído nada parecido —repuso Allie.

Habría querido saber más, pero en aquel momento se acercaron los camareros portando bandejas de aperitivos. Gabe, Sylvain y Lucas se hicieron con varias piezas. Jo y Allie se conformaron con una cada una, pero Lisa rehusó con un gesto. Jo frunció el ceño, pero Lisa le respondió encogiéndose de hombros con candor.

—Todo es tan hermoso —dijo Allie, que mordía un langostino a la plancha.

—Llevan preparándolo desde ayer —repuso Jo—. Los martillazos han estado sonando hasta esta misma mañana.

—Es perfecto —asintió Sylvain sonriendo a su pareja—. Creo que deberíamos bailar. Pero antes debes acabarte el champán.

Obediente, Allie dio otro sorbo y frunció la nariz cuando el agradable cosquilleo de las burbujas ascendió por sus fosas nasales.

—Una acaba por cogerle el gusto al champán —murmuró medio para sí. Los demás se echaron a reír.

—Sí —repuso Gabe alegremente—. Uno acaba por cogerle el gusto.

—No bebas tan deprisa —le advirtió Jo, y lanzó a Sylvain una mirada de reconvención.

Allie rechazó el consejo con una sonrisa.

—Recuerda, mami, que solía beber un poquito de más.

Jo no se dejó intimidar.

—El champán de Cimmeria es muy fuerte, Allie.

—No le pasará nada —intervino Sylvain. Se levantó y le ofreció la mano a su pareja—. ¿Me concede este baile?

El contacto la hizo estremecer.

—No tengo ni la menor idea de cómo se baila esta música, Sylvain. Si lo intentamos, auguro humillación.

—Oh, no creo que sea para tanto.

El rostro de él reflejaba tanta seguridad que Allie estuvo tentada de creerle. Caminaron hasta el borde de la pista, donde las parejas seguían ejecutando complicados giros. Se movían a una velocidad sorprendente, en perfecta sincronía, y Allie los contempló sobrecogida. Vio a Isabelle deslizarse con gracia en brazos de un hombre guapo y moreno que nunca había visto antes. La directora irradiaba tanta elegancia que Allie suspiró con envidia.

—¿Cómo es posible que todos bailen tan bien?

—La mayoría llevamos tomando clases desde la infancia.

—Me extraña que se siga haciendo esto.

—¿Ah, sí? —Sylvain la tomó entre los brazos y le levantó la barbilla para obligarla a mirar sus propios ojos, más azules que el mismo cielo. Luego la asió con firmeza, ciñéndole la cintura con la mano derecha para mantenerla bien cerca y sosteniendo la diestra de Allie con la izquierda—. A mí me extraña que no se siga haciendo. Esta noche te enseñaré un baile, uno facilito. Tú límitate a seguirme. Empezaremos muy despacio. Izquierda derecha izquierda izquierda derecha. Así.

Sylvain le hizo una demostración y ella procuró imitarlo. Al principio, Allie se miraba los pies y lo pisaba de vez en cuando, pero él le alzaba la barbilla con el dedo índice para obligarla a mirar al frente.

—Nunca mires abajo. Mírame a los ojos, ellos te dirán hacia dónde tienes que ir. Y es izquierda derecha izquierda izquierda derecha una y otra vez. ¿Lista?

—No.

Sylvain se rio y la guió bailando hasta la pista.

—Izquierda derecha izquierda izquierda derecha... Izquierda derecha izquierda izquierda derecha... —Allie murmuraba las instrucciones entre dientes mientras iba avanzando, pero tenía los ojos fijos en el rostro de Sylvain. Despacio, completaron tres vueltas sin un solo error. Luego cuatro. ¡Cinco!

Allie no se lo podía creer.

—¿Cómo lo haces? —dijo riendo con incredulidad—. En serio, Sylvain, no sé bailar.

Él le sostuvo los ojos, que subían y bajaban al ritmo de los pasos.

—Lo hacemos porque confías en mí. Yo te guío. Tú me sigues. Es muy sencillo —sonrió—. Además, nos estamos moviendo muy, muy despacio...

Tras varias vueltas y conforme ella fue adquiriendo confianza, Sylvain procedió a aumentar poco a poco la velocidad, hasta que empezaron a deslizarse como flotando sobre la pista.

Cuando advirtió que Allie ya se movía con seguridad, la besó suavemente en el cuello, justo debajo de la oreja. Ella sintió el cosquilleo con los cinco sentidos.

Sylvain le susurró:

—Estás maravillosa esta noche, Allie. Gracias por haberme acompañado.

Allie notó que se ponía como la grana y su cuerpo respondió al de Sylvain cuando él la ciñó con más fuerza. Entretanto, giraban en una serie de vueltas uniforme y constante. Allie se estaba mareando; el resto de la sala se transformó en un borrón de acuarela. Sylvain y ella estaban completamente solos.

—Esto es increíble —susurró.

Tras lo que le parecieron tan solo unos minutos, los giros los llevaron al borde de la pista, y él la condujo de regreso a la mesa sin separar el brazo de su cintura.

Allie advirtió que la cabeza le daba vueltas y buscó apoyo en él.

—Estoy mareada.

—Es por el baile. No estás acostumbrada.

Ella miró hacia la pista y contempló los giros de los danzarines. Unas cuantas parejas se movían con dificultad mientras los demás los rodeaban como agua que fluye junto a las piedras.

Con una mano, Sylvain tomó dos vasos de una bandeja itinerante.

—Lo que necesitas es más champán.

Con una sonrisa de agradecimiento, Allie aceptó el vaso que le tendía.

—Gracias. Estoy sedienta.

La bebida sabía tan bien y era tan refrescante que se la tomó de un trago.

—Sabes, el champán empieza a gustarme.

Él profirió una risa cálida. Lo tenía tan cerca que sintió la vibración de la carcajada en su propio cuerpo.

—Eso has dicho.

Allie buscó a Jo con la mirada entre el grupo de danzarines. Era fácil de localizar, con aquel vestido tan corto, sin duda el más diminuto de toda la sala. Gabe y ella giraban con gracia por la pista. Vio también el vestido de Lisa, que revoloteaba a poca distancia mientras ella ejecutaba pasos sencillos en compañía de Lucas.

Apenas advirtió que Sylvain le cogía el vaso vacío de la mano para reemplazarlo por uno lleno.

Paseando la mirada por la sala, se percató de que Ruth y Phil se dirigían de la mano a la pista de baile. Ruth lucía un bonito vestido de seda de un tono rosa pálido

que realzaba su figura atlética. A poca distancia, Jerry charlaba tranquilamente con Eloise, la bibliotecaria, que se había dejado el pelo suelto y llevaba un favorecedor vestido corto sin espalda de color negro.

—No es tan mayor —se sorprendió Allie.

—¿Quién?

—Eloise. Pensaba que era mayor. Ya sabes, que tenía más edad.

Sylvain sonrió.

—Sí, creo que prefiere que la consideren mayor de lo que es. Si los alumnos supieran que es tan joven, nadie se la tomaría en serio. Fue alumna del colegio hace seis años —la miró de arriba abajo—. Muy sexy, Eloise.

Allie le dio un suave puñetazo en el brazo.

—¡Eh! ¡Cuidado! Recuerda quién es tu pareja esta noche.

Él sonrió con malicia.

—No podría olvidarlo. Y de hecho, creo que ha llegado el momento de que mi pareja vuelva a bailar conmigo. Vamos, en marcha.

Apuró la bebida y esperó a que Allie vaciara su vaso antes de cogerle la mano.

Mientras se dirigían al centro de la pista, Allie notó que se tambaleaba un poco y se apoyó en Sylvain para recuperar el equilibrio. En aquel instante, Carter apareció ante ellos. El chico posó los ojos en ella, y Allie, recordando el incidente de la clase de Literatura, sintió como una descarga. Entonces advirtió que Carter rodeaba con el brazo a una chica bajita vestida de tafetán azul. Era guapa, rubia, con el pelo largo y rizado. Sin que Allie tuviera tiempo de saludarlo, él le dio la espalda con deliberación y sonrió a su pareja antes de susurrarle algo al oído que la hizo reír.

Allie se sonrojó y debió de crisparse, porque Sylvain miró a su alrededor para averiguar qué la incomodaba. Cuando divisó a Carter entornó los ojos y tensó el brazo que le ceñía la cintura.

—¿Todo va bien? —le preguntó con frialdad.

Forzando una sonrisa, Allie lo arrastró a la pista de baile.

—Todo va de maravilla.

Sin embargo, advirtió que había arrastrado la última palabra. Frunció el ceño mientras intentaba pensar por qué.

Maldita sea. ¿Estoy borracha? ¿Ya?

—Pareces —empezó a decir él mientras daban los primeros pasos— un ángel.

Carter estaba allí mismo, al borde de la zona de baile, Allie podía notarlo. Seguramente los estaba mirando. Junto a su pareja.

Muy bien. Que mirase cuanto quisiera.

Estrechó más a Sylvain contra sí.

—Pues yo no me siento nada angelical.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una fuerte carcajada al tiempo que iban

ganando velocidad. Esta vez, los pasos del baile eran más sencillos y Allie se dejó llevar por el movimiento y la música, permitiendo que Sylvain dirigiera los pasos. Se sentía como flotando y notaba un mareo agradable. Cediendo a la sensación con un suave suspiro, se apoyó en su brazo y dejó que él la sostuviera. El aire revoloteaba a su alrededor.

Él se acercó más a Allie hasta que sus labios encontraron su oreja; cuando le mordió el lóbulo con fuerza, ella ahogó un grito y se habría caído al suelo de no haberla sostenido él con firmeza.

Tras eso, Sylvain guardó silencio durante tanto rato que Allie lo miró preocupada.

—¿Todo va bien?

—Lo siento —repuso él con un tono de voz tenso—. Eres irresistible.

Tenía una expresión tan intensa que Allie se puso nerviosa.

Sylvain la llevó bailando hasta el borde de la pista y la obligó a salir a toda prisa del salón. Sintiéndose un poco achispada, Allie se aferró a su mano con fuerza mientras él la arrastraba deprisa hacia la noche oscura, pasando junto a un grupo de alumnos que charlaba cerca de la puerta trasera y torciendo la esquina hasta una zona tranquila y desierta donde nadie podía verlos.

Allie hizo un esfuerzo por hablar sin arrastrar las palabras.

—¿Adónde va...?

Sin ningún miramiento, Sylvain la empujó contra la pared. Ella gritó al notar el impacto, aunque se sentía como envuelta en una nube de algodón.

—¡Basta! Sylvain, me estás haciendo daño.

Los ojos del chico brillaban a la luz de la luna y Allie creyó advertir algo parecido a ferocidad en ellos.

—Ni un segundo más.

Sylvain la besó con tanto ímpetu que le estrelló la cabeza contra la pared. Allie, que se había mordido la lengua, notó que se le saltaban las lágrimas por la fuerza del golpe. Se debatió para liberarse, le golpeó el pecho con los puños, pero todo le daba vueltas y al cabo de un momento ni siquiera podía recordar por qué estaba luchando.

Una memoria vaga relacionada con la advertencia de Carter se abrió paso entre las brumas de su pensamiento: **No confíes en Sylvain. Es un mentiroso.**

En aquel momento, él la obligaba a levantar la barbilla para besarle el cuello. Por un instante le gustó la sensación, pero entonces notó un pellizco tan fuerte que dio un respingo de dolor. Tratando de escabullirse, apretó el cuerpo contra el de Sylvain, pero no podía moverse; él la presionaba con fuerza. Las manos de él ascendieron desde la cintura de Allie hasta sus pechos, y ella empezó a asustarse de veras. Una lágrima le surcó la mejilla mientras trataba de alejar de sí el cuerpo de Sylvain, pero sus esfuerzos no parecían surtir ningún efecto.

—Me deseas —susurró él. Le cogió el cuello con la mano izquierda y se lo apretó

con tanta fuerza que ella apenas si podía respirar.

—¡Basta!

La voz de Allie era solo un susurro.

Le clavó las uñas en las muñecas pero nada podía contra su fuerza.

—Dilo —insistió él apretando con más fuerza—. Dime que me deseas.

—Hazte una pregunta, Sylvain. Si obligas a alguien a que te desee, ¿el deseo es genuino?

La voz de Carter sonó justo detrás de Sylvain.

La presión de la mano cedió lo justo para que Allie pudiera respirar, pero no la liberó cuando Sylvain se volvió a mirar a Carter. Mientras ella inhalaba aire, reparó en la sonrisa salvaje del que la aprisionaba.

—Oh, lárgate, Carter.

Este no se amedrentó.

—¿Qué intentas obligarla a decirte, Sylvain? Deletrémelo. Como si fuera tonto.

—No es asunto tuyo, Carter. Tus celos son patéticos.

—Díselo a Isabelle. Y, ya puestos, cuéntale lo que estabas a punto de hacerle a Allie. Y después podéis mantener una larga charla acerca del Reglamento.

Mareada y perpleja, Allie se debatió para zafarse mientras paseaba la vista de un rostro al otro. Se humedeció los labios y se esforzó por hablar con claridad.

—Carter, ¿qué está pasando? No entiendo...

Él seguía pendiente de Sylvain.

—No. Pero Sylvain sí, ¿verdad?

Ambos se lanzaron miradas de gélido desafío, y por un instante Allie pensó que Sylvain no iba a liberarla. Se preguntó qué haría Carter de ser así.

Afortunadamente, sin previo aviso, el chico la soltó y se apartó de ella.

—Muy bien, Carter. Hazte el héroe. Salva a la chica. Pero ambos sabemos que eres penoso. Y es a mí a quien desea.

Con los hombros tensos y los puños cerrados, Carter dio un paso hacia delante, pero cuando iba a abalanzarse sobre Sylvain unos gritos hendieron el aire nocturno. Los dos chicos se quedaron petrificados.

Cuando Carter se giró hacia Allie, la rabia había desaparecido de su expresión. Parecía alerta... en guardia.

—Allie, quédate aquí. No te muevas.

Sylvain no se volvió a mirarla cuando ambos se alejaron corriendo hacia el edificio.

Temblando, Allie permaneció donde estaba. Al palparse la cabeza, notó un chichón bajo la yema de los dedos.

¿Cómo es posible que el champán me haya subido tanto? ¿Y qué diablos acaba

de pasar?

Se rodeó el pecho con los brazos. Notaba todo el cuerpo entumecido; sabía que tenía magulladuras en las extremidades y que, por la mañana, el dolor de cabeza sería insoportable. Sylvain se había vuelto loco, pero ella no había luchado bien. No había sabido defenderse.

Estaba demasiado borracha, pensó asqueada. ***O quizás...*** su expresión cambió, ***¿me ha puesto algo en la bebida?***

No era la primera vez que probaba el alcohol y tampoco se había emborrachado nunca con una sola lata de sidra. Además, solo había bebido tres vasos de champán. A medida que la idea tomaba forma en su mente, una expresión horrorizada fue asomando a su semblante.

¿Sería capaz Sylvain de hacer algo así?

Apenas había acabado de pensarlo cuando oyó unos gritos penetrantes. Sonaban muy cerca, justo al doblar la esquina. Buscó refugio en las sombras y apretó la espalda contra la pared.

Se oyó un choque, ruidos de lucha. Luego silencio.

Allie contuvo el aliento.

Al cabo de un momento, pasos en la oscuridad. Que corrían hacia ella. Deprisa.

—¿Carter? —preguntó por si acaso.

Los pasos se detuvieron.

Ahogando un grito, Allie comprendió su error. La adrenalina que corría por sus venas se llevó las brumas del alcohol mientras ella se pegaba aún más a la pared, sintiendo el frescor de los ladrillos rugosos contra la piel. Intentó encogerse al máximo. Aunque no veía nada, había alguien allí; se sentía observada. Inmóvil, casi sin respirar, contó los latidos de su corazón.

... diez, once, doce...

Los pasos resonaron de nuevo, en su dirección. Más despacio esta vez.

Ayudándose en la pared para darse impulso, Allie dobló la esquina y corrió a toda velocidad hacia la entrada del colegio. Las pisadas la seguían de cerca.

Rápidas.

Apretó aún más el paso para dejarlas atrás, pero tropezó con un bulto blando. Con un grito, perdió el equilibrio y rodó por el suelo.

Acurrucada en la hierba fría y húmeda, se cubrió la cabeza a la espera de un ataque que no llegó a producirse. En cambio, oyó unos pasos que se alejaban corriendo hasta perderse en la noche.

Allie permaneció inmóvil unos instantes para asegurarse de que estaba sola. Luego se sentó despacio y miró a su alrededor.

Se había ensuciado las manos con algo húmedo y pegajoso. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo ver que había tropezado con una chica vestida en

tonos claros que yacía boca abajo en el suelo. La tocó con cuidado pero no se movió. Empujándola por los hombros, le dio la vuelta.

—Eh, ¿te encuentras bien?

En aquel momento se dio cuenta. Perdió el aliento.

El mundo se quedó en silencio.

Se alejó a rastras de la chica, sin dejar de mirar la forma que se perfilaba en la oscuridad.

Aturdida, Allie se levantó como pudo y se dirigió lentamente a la puerta trasera. Dentro, las luces estaban apagadas, y en el pasillo reinaba la oscuridad y el caos.

Olía a humo. La gente pasaba por su lado gritando y corriendo. Tenía la sensación de ser incorpórea, de no formar parte del mundo que la rodeaba. Caminó mirando al frente, con las manos ensangrentadas colgando a los costados.

Una y otra vez se repetía mentalmente las mismas palabras: ***Esto no es real. No puede ser real. Nada de esto es real. No puede ser real...***

A medida que se acercaba al salón de baile notó que el humo se iba espesando. Le escocían los ojos. El salón de actos —que pocas horas atrás había lucido tan bello con sus velas centelleantes y sus flores blancas— ardía en llamas. La única iluminación procedía de las linternas que sostenían los profesores y del propio fuego. Entre la penumbra, chicos de esmoquin sofocaban las llamas con manteles empapados mientras que muchachas vestidas de noche transportaban agua en cualquier recipiente que pudieran encontrar: cubiteras, fuentes de ponche, floreros. El suelo estaba sembrado de zapatos de tacón alto y de vasos de champán rotos.

El incendio no era demasiado intenso y ya empezaba a ceder; saltaba a la vista que los alumnos le estaban ganando la batalla. El mayor problema procedía de la densa humareda, que dificultaba la respiración.

—¡Abrid una ventana! —gritó alguien.

—¡No! —fue la rotunda respuesta—. El aire avivará el fuego. Salid si necesitáis un descanso.

De algún modo, reconocer la voz severa de Zelazny reconfortó a Allie, que permanecía atónita en mitad de la sala, incapaz de asimilar lo que estaba pasando.

—¡Allie! ¿Estás bien? —Jo apareció a su lado con la cara manchada de hollín y un jarrón vacío en las manos—. Dios mío. ¿De dónde ha salido esa sangre? ¿Estás herida?

Tras dejar caer el vaso, cogió las manos ensangrentadas de Allie y la obligó a darse la vuelta en busca de heridas visibles. Ella negó con la cabeza aunque, por un momento, no pudo articular palabra. Movié los labios, pero los sonidos no acudían a su garganta.

—Allie, me estás asustando —las lágrimas inundaron los ojos de Jo—. Por favor, por favor, por favor, dime que estás bien.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Allie, que rompió a hablar con precipitación mientras apretaba las manos de Jo con tanta fuerza que debió de hacerle daño.

—Oh, Dios mío, Jo. He oído unos gritos y... Había sangre... por todas partes.

Aterrada, Jo abrió sus ojos azul aciano de par en par y aferró las manos de Allie a su vez.

—Allie, por favor, intenta explicarte... ¿De dónde ha salido esa sangre?

Ella se miró las palmas.

—Jo, la sangre es de Ruth. Está ahí fuera. Tiene la garganta... cortada. Degollada. Creo que está muerta.

Tragando saliva con fuerza, Jo sacudió los brazos y gritó con desesperación:

—¡Jerry!

A través del humo y la oscuridad, Allie vio a su amiga correr hacia el profesor, que con la cara negra de hollín apagaba rescoldos con un mantel empapado. Eloise también andaba cerca, con la melena enredada cayéndole por la espalda. Se había quitado los zapatos de tacón y, descalza, disparaba espuma con un extintor.

Jo habló con rapidez y aunque Allie no pudo oír las palabras, distinguió el pánico grabado en su rostro.

Jerry y Eloise intercambiaron una mirada. La bibliotecaria le tendió el extintor a otro profesor y ambos se fueron corriendo.

Cuando Jo volvió a su lado, Allie miró a su alrededor.

—¿Dónde está Lisa?

Jo se mordió el labio.

—No podía encontraros a ninguna de las dos por ninguna parte.

—¿Entonces no la has visto? —Allie se dio cuenta de que gritaba como una histérica, pero no podía evitarlo—. Jo, ¿y si está herida? Podría estar... como Ruth.

Notó que se le saltaban las lágrimas pero bregó por contenerlas mientras su amiga le tomaba las manos ensangrentadas.

—Mantén la calma, Allie. Aún no he tenido ocasión de buscar —paseó la vista por la sala—. Parece ser que el incendio está controlado. Vamos a buscarla juntas.

Rápidamente, Jo echó a andar por la sala arrastrando a Allie consigo. Se abrían paso entre el humo suspendido, preguntando a todo el mundo que podían encontrar.

Nada.

—A la puerta principal.

Jo echó a correr con Allie pisándole los talones. Ya divisaban la puerta principal cuando se detuvieron de golpe. En el vestíbulo de entrada, un cuerpo frágil vestido de azul plateado yacía inmóvil sobre el suelo de piedra, con un chal largo y vaporoso extendido a ambos lados, como unas alas llevadas por una brisa que solo ella pudiera sentir. Tenía un candelabro de madera largo atravesado sobre el cuerpo.

—Oh, no —las palabras de Jo surgieron en un susurro mientras ambas corrían hacia la chica tendida.

Allie se acuclilló a su lado y le cogió la mano.

—Está viva —dijo.

Jo retiró el candelabro y lo arrojó a un lado. Lisa tenía el pelo echado sobre la cara. Al apartarlo con suavidad, Allie dejó a la vista el profundo corte de la mejilla.

Jo gritó con debilidad y se llevó la mano a la boca con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Lisa? Lisa, despierta. ¿Me oyes? Tienes que despertar.

Allie pronunció la última palabra con tal fuerza que pareció reverberar en el vestíbulo.

Vio unas gotas caer sobre el vestido de Lisa y tardó un momento en comprender que eran sus propias lágrimas. Tapándose la cara con las manos, rompió en sollozos. Entretanto, Jo lloraba a su lado.

—Despierta.

Dieciséis

Durante las horas de caos que siguieron al ataque, los profesores reunieron a los alumnos en el lóbrego comedor para tratar de aplacar el pánico. El personal de mantenimiento repartió linternas entre los alumnos, mientras que las enfermeras improvisaron unas urgencias en un rincón. Los heridos hacían cola para que les curaran los cortes, les examinaran las quemaduras, les entablillaran los esguinces o les enyesaran los tobillos rotos.

La sala estaba hasta cierto punto libre del humo asfixiante que persistía en los pasillos. En cambio, los sollozos ahogados de los alumnos y la expeditiva conversación del personal médico saturaban el ambiente.

—Pásame esas gasas.

—Este tobillo necesita un baño de hielo. ¿Hay uno libre?

—Antibiótico intramuscular.

Dos silenciosos miembros del mantenimiento trasladaron a Lisa, que seguía inconsciente, a la enfermería. Al principio, Jo y Allie insistieron en acompañarla y revolotearon en torno a la camilla como pajarracos. Por fin, Eloise las convenció de que se quedaran.

Una mancha de hollín le emborronaba la mejilla y aún no se había cambiado el vestidito negro. Tampoco había recuperado los zapatos pero tenía los ojos brillantes y despiertos.

—Os prometo que no le pasará nada. Necesita descansar. Y vosotras hacéis falta aquí. Por favor, decidme que puedo contar con vuestra ayuda.

Las chicas asintieron a regañadientes, y ella las mandó al piso de arriba a que se limpiaran la sangre y se cambiaran de ropa.

A medida que ascendían, el rumor asustado del piso inferior se fue disolviendo poco a poco en el silencio sepulcral de los dormitorios. Jo cogió a su amiga de la mano. A Allie le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto. Estaba a punto de vomitar.

Cuando se separaron al llegar arriba, Jo dijo:

—No correremos peligro, ¿verdad?

—Eloise no nos habría hecho subir si no fuera seguro —repuso Allie, pero en su voz había duda.

—Vale. Date mucha, mucha prisa. Nos vemos en el cuarto de baño.

Allie abrió despacio la puerta de su habitación y paseó el haz de la linterna antes de entrar para comprobar que estuviera vacío. En la oscuridad, el lugar le pareció extraño... como si no guardara ninguna relación con ella y sus pertenencias hubieran ido a parar allí al azar. Tras cruzar la habitación a toda prisa, rebuscó en el armario y sacó lo primero que encontró.

Más tarde, en el cuarto de baño, en una ducha oscura y fría iluminada tan solo por una linterna apoyada contra las sandalias color plata de Jo, se restregó el cuerpo con fuerza para retirar la sangre. El frío y el agua le aclararon los pensamientos, como si pudieran arrastrar la noche entera. Jo la esperaba junto a un lavamanos, paseando el haz de su linterna por el cuarto. De vez en cuando, se llamaban mutuamente para tranquilizarse.

—¿Sigues viva?

—Sí. ¿Y tú?

—Eso creo.

Cuando hubo terminado, Allie dejó los restos del vestido blanco y los zapatos plateados de Jo en el vestuario de la ducha.

Juntas, corrieron escaleras abajo, donde el ambiente de terror había mudado en sombría eficiencia.

Las luces de las linternas bailaban por los pasillos mientras un grupo de alumnos procedía a sacar muebles chamuscados del salón de baile. Al otro lado de la puerta trasera, un generador emitía su rumor constante, y gruesos cables negros serpenteaban por el corredor hasta el salón de actos, donde las lámparas de arco que alimentaban iluminaban el espacio, aún incandescente, con un resplandor irreal.

Profesores pertrechados con sujetapapeles coordinaban el trabajo. Algunos, encaramados en sillas, gritaban instrucciones mientras que otros, confinados a pequeños grupos, intercambiaban susurros junto a las paredes.

Jo y Allie, hombro con hombro, inspeccionaron la habitación con la mirada.

—Bueno, deberíamos buscar a Eloise —dijo Allie con voz temblorosa.

Sin embargo, no encontraron a la bibliotecaria sino a Isabelle, que subida a una deteriorada silla de madera profería órdenes desde su posición precaria a los profesores y alumnos que pululaban por allí. El vestido blanco se le había ensuciado de hollín pero, por lo demás, estaba impecable, aunque el peinado se le había deshecho y la melena suelta flotaba en ondas sobre sus hombros. Pareció aliviada de verlas... sobre todo a Allie.

Se agachó para tomarle las manos y la atrajo hacia sí. Hablando con voz tan queda que solo Allie pudo oírle dijo:

—Siento muchísimo que hayas tenido que ver esto. ¿Te encuentras bien?

Al mirar a los ojos inquietos de Isabelle, una oleada de emociones contradictorias inundó a Allie. Quería llorar por Ruth y por sí misma. Quería abrazar a la directora por preocuparse. En vez de eso, contuvo las lágrimas y asintió para demostrar que estaba perfectamente. Tras apretar una vez más las manos de Allie, la directora se levantó.

—Muy bien, vosotras dos —dijo recuperando el tono profesional. Les tendió un

sujetapapeles que llevaba un lápiz prendido a una cuerda y prosiguió—:

Necesito tener localizado a todo el mundo. Este trimestre, en total, hay cincuenta y dos alumnos. Identificad a todo aquel que podáis encontrar. Buscad en la zona central de la planta baja; ni en las alas ni en los pisos superiores. Y no salgáis bajo ningún concepto.

Un grupo de profesores se acercó a ella e Isabelle se giró para atenderlos.

Al principio, la tarea las abrumó; todo estaba muy oscuro y la gente pasaba corriendo entre la neblina. Sin embargo, al poco discurrieron un sistema: tachar de la lista a todos los que ya habían visto y empezar por los alumnos que no reconocían.

El trabajo las ayudó a serenarse. Fueron recorriendo salas y tachando nombres, viendo cómo iba menguando la cantidad de alumnos desaparecidos. Al cabo de una hora más o menos volvió la luz, lo que les facilitó la tarea. El tufo ocre del incendio persistía, pero el aire se fue aclarando poco a poco.

Entretanto, Allie era presa de una extraña sensación de distanciamiento, como si se viera a sí misma en la televisión yendo de un lado a otro para hacer lo que le habían encomendado. Ni siquiera notaba su propio cansancio. Su cuerpo se movía, pero ella se sentía desconectada de sus propios actos.

Para la salida del sol, veintiún alumnos seguían ilocalizables. Los ausentes incluían a Gabe, Carter, Sylvain, Jules y Lucas.

—¿Dónde crees que están? —preguntó Allie.

—En la Night School —el tono de voz de Jo delató su cansancio. Se frotó la frente—. Están todos en la Night School. Hemos mirado en todas partes... no vamos a encontrar a nadie más. Vamos a acostarnos.

Después de mirar en el comedor y en la biblioteca, localizaron a Isabelle en compañía de Jerry y Eloise en el salón de baile. La madera y el yeso quemados despedían un hedor intenso y nauseabundo. La electricidad no había sido restaurada en aquella zona y el generador ya estaba apagado, de modo que apenas se veía nada en la penumbra. La pálida luz ambiental que procedía del pasillo rielaba en las partículas de humo que seguían flotando en el aire. Parecían, pensó Allie, nada en la penumbra. La pálida luz ambiental que procedía del pasillo rielaba en las partículas de humo que seguían flotando en el aire. Parecían, pensó Allie, minúsculos cristales negros. Advirtió que una de las paredes estaba completamente ennegrecida, desde el suelo hasta el techo. Pequeños montones de escombros seguían humeando aquí y allá. Por lo demás, los daños en la sala eran menores de lo que cabría esperar.

Isabelle inspeccionó la lista en un segundo y se la tendió a Jerry, que le echó un vistazo y asintió.

—Gracias a las dos —dijo Isabelle—. Habéis hecho un trabajo magnífico.

—Pero faltan muchos por localizar —protestó Allie.

Grandes ojeras ensombrecían los ojos enrojecidos de Isabelle. Parecía tan cansada que Allie se sintió mal por molestarla.

—Sabemos dónde se encuentran y están perfectamente —la tranquilizó, rodeándola al mismo tiempo con el brazo—. No te preocupes por ellos.

—Son los alumnos de la Night School, ¿verdad? —Jo se había cruzado de brazos con ademán irritado.

—Ya sabes que no podemos hablar de la Night School contigo, Jo. Pero supongo que conoces la respuesta a tu pregunta —le espetó Eloise.

Jo siguió insistiendo.

—Lo siento, Eloise, pero creo que hoy por hoy nos convendría ser un poquito más sinceros de lo que acostumbramos.

Isabelle apretó un instante el brazo de Allie con ademán tranquilizador antes de volverse hacia Jo.

—Y muchos profesores estarían de acuerdo contigo —asintió para sorpresa de Allie—, pero de momento nos conformaremos con sobrevivir a las próximas veinticuatro horas.

—¿Cuántas personas han sido... asesinadas? —preguntó Allie con un hilo de voz.

—Una, Allie —el tono de Isabelle rebosaba compasión—. Y lamento muchísimo que hayas sido testigo de ello. Si necesitas hablar con cualquiera de nosotros..., no dudes en hacerlo.

Allie, que se creía incapaz de sentir nada, advirtió sorprendida que una lágrima le surcaba la mejilla.

¿De dónde ha salido?, se preguntó mientras se la enjugaba.

A punto de marcharse, Jerry le apretó el brazo y Eloise la abrazó con ternura.

—Ánimo, cariño —le susurró.

Cuando ambos se hubieron alejado, Jo volvió a dirigirse a Isabelle.

—¿Cómo está Lisa? ¿Podemos verla?

—Aún no se ha despertado. El médico dice que tiene que descansar —la directora las miró con expresión preocupada—. Encontraréis algo de comer en el refectorio. Me gustaría que descansarais un rato y comierais algo. Si os necesito, acudiré allí a buscaros.

Aunque la mera idea de sentarse a comer les parecía inconcebible, echaron a andar por el oscuro vestíbulo a insistencia de Isabelle. En el comedor reinaba un ambiente taciturno y exhausto. Había salido el sol, cuyos rayos se filtraban por los grandes ventanales con intempestiva alegría. Alumnos agotados y desaliñados ocupaban casi todas las mesas, descansando o durmiendo ante platos a medio terminar. A un extremo de la sala alguien había dispuesto una mesa de bufé repleta de sándwiches, además de grandes termos de cobre con té y café recién hechos.

De pie ante el bufé, contemplaron la comida. Les resultaba raro tener que

alimentarse tras todo lo sucedido, pero de todos modos se llenaron los platos y buscaron una mesa libre, donde se sentaron después de hacer a un lado la vajilla usada para ganar espacio. Durante un buen rato, masticaron en un silencio exhausto. Jo se sentó en la posición de loto, con el pelo rubio platino encrespado alrededor de la cabeza como un halo irregular. Allie dobló una pierna para apoyarla en el asiento y dejó descansar el codo en la rodilla. En reposo, tenía un semblante pálido y preocupado. Apuró el bocadillo y empujó el plato.

—¿Qué has visto? —formuló la pregunta de improviso.

Jo la miró de hito en hito unos instantes, luego abrió unos grandes ojos.

—¿Esta noche?

Allie asintió.

Jo dejó la taza de té sobre la mesa y su rostro se ensombreció.

—Oh, Allie, ha sido una locura. ¿Dónde te habías metido, por cierto? Al principio todo era precioso, ¿sabes? Gabe y yo estábamos bailando tan contentos cuando, de repente, hemos oído un ruido, como un fuerte estallido, y se ha ido la luz. A partir de ese momento, todo ha sido muy confuso porque no se veía nada y todo el mundo corría hacia donde creía que estaba la puerta, la gente gritaba que no podía salir y entonces ha caído una mesa y ha empezado el primer incendio.

Había un humo... espantoso. Sencillamente espantoso.

»Gabe y yo nos hemos tirado al suelo y hemos fabricado una especie de mascarillas con las servilletas para poder respirar. Nos hemos retirado al lugar más alejado del fuego y entonces él ha dicho que tenía que ir a ver qué pasaba... o sea, por qué la gente no podía salir. Y luego ha... desaparecido.

Allie esperó a que siguiera hablando pero Jo guardó silencio y comenzó a desmenuzar la corteza de su sándwich.

—¿Y qué ha pasado después? —la azuzó.

—Todo estaba oscuro. Y yo solo... oía gritos, y el humo casi no me dejaba respirar. Creo que la puerta se había encallado o algo así, porque de repente ha sonado una especie de crujido y ha entrado aire fresco, pero eso ha empeorado el incendio. Todos se han puesto a apagar el fuego con agua y con los extintores, ya se podía salir y entonces has llegado tú.

Jo suspiró y dio otro bocado pero Allie advirtió que estaba comiendo por obligación.

—¿Has visto a Gabe desde entonces?

Jo negó con la cabeza y una lágrima se deslizó por su cara.

—No quiero portarme como una boba. Eloise ha dicho que está bien, de modo que no le ha pasado nada. Es solo que... me dejó ahí. En mitad de un incendio.

Escondió la cara detrás de las manos y Allie comprendió que estaba llorando.

—Oh, nena —Allie tendió la mano para apretarle el brazo mientras trataba de

discurrir algo que la consolara—. Se aseguró de ponerte a salvo, ¿no? Eso fue lo primero que hizo. ¿Y sabes qué? Piensa que eres una chica dura, que sabes cuidar de ti misma. Y eso mola.

Jo asintió, aunque no parecía muy convencida. Luego cerró los ojos y apoyó la cabeza en el codo.

—Estoy tan cansada.

Allie acercó la silla a la de Jo y le apoyó la cabeza en su propio hombro.

—Yo también.

Pocos instantes después, ambas estaban dormidas, fundidas en un abrazo.

El ruido de unos pasos las despertó algo más tarde. El grupo de la Night School había vuelto.

Gabe fue el primero en cruzar la puerta. En cuanto lo vio, Jo atravesó corriendo el comedor y se arrojó a sus brazos. Salieron juntos hablando en susurros.

Sylvain entró poco después que Gabe. Allie, que no había tenido tiempo de procesar lo sucedido entre ambos la noche anterior, aún no estaba preparada para verlo. Se encogió en el asiento y se quedó mirando su tazón vacío con la esperanza de que no reparara en ella.

No había tenido ni un momento para pensar en lo que Sylvain había hecho. Ni en por qué se había emborrachado con tanta rapidez.

Pensando en los acontecimientos de la noche previa, se pasó los dedos por el chichón de la coronilla con ademán distraído. Había disminuido, pero aún le dolía.

Cuando Carter y Lucas cruzaron el umbral pocos minutos después, Allie respiró aliviada. Ambos estaban sucios y cansados; tenían el rostro cubierto de mugre y el pelo apelmazado de sudor.

Allie no levantó la cabeza, de modo que Carter al principio no reparó en ella cuando se llenó el plato y cogió un café. Lucas, en cambio, la divisó de inmediato.

—¿Se sabe algo de Lisa? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Aún nada.

Lucas apretó los labios.

—Me siento tan mal por... Ojalá hubiera estado con ella.

Advirtiéndolo derrotado que parecía, Allie lo abrazó.

—Isabelle dice que se va a poner bien y yo la creo —él asintió contra su hombro—. Deberías irte a la cama, Lucas. Tienes un aspecto horrible.

Él consiguió esbozar una sonrisa.

—Gracias, Allie. Hablas como Carter. Justo ahora me estaba diciendo lo mismo.

Cuando Lucas se alejó, Allie buscó a Carter con la mirada. Estaba sentado a solas en una de las mesas más alejadas, con las piernas tendidas ante sí. Comía con mecánica concentración y tenía los ojos fijos en el plato, como si en verdad no

quisiera ver nada más.

Allie aguardó hasta que él hubo apurado el bocadillo antes de acercarse. El agotamiento le daba un aspecto tan vulnerable que se quedó sin aliento; parecía un niño pequeño. Sin embargo, recuperó de inmediato su habitual expresión alerta. Allie cogió una silla y se sentó sin esperar a ser invitada.

—Eh —dijo.

—Eh tú —el tono de Carter era distante.

Allie escudriñó su rostro.

—¿Te encuentras bien?

—Voy tirando —alzó la vista—. ¿Y tú?

Ella se encogió de hombros.

—Sobrevivo.

—He oído lo de Ruth.

Ella levantó las manos como a la defensiva.

—No quiero hablar de eso.

—Lo siento —repuso él.

—Tú no tienes la culpa —Allie no deseaba que las siniestras imágenes del cuerpo de Ruth le poblaran la mente—. Es solo que... no puedo hablar de ello de momento. No estoy preparada.

—Vale.

Carter dio un sorbo al café.

Se hizo un silencio.

Allie dejó pasar tres respiraciones.

—¿Carter?

—¿Qué?

—¿Has visto a Phil? ¿Está bien?

Él negó con la cabeza.

—No, no está bien. Está destrozado. Se culpa por no haber estado con ella cuando sucedió, el pobre. Se va a casa por un tiempo.

Allie asimiló aquella información antes de seguir hablando.

—Acerca de anoche...

—Allie... —Carter le lanzó una mirada de advertencia, pero ella no le hizo caso.

—¿Estaba borracha? O, no sé... ¿drogada? O sea, me he emborrachado otras veces, sé cómo funciona, naturalmente. Pero solo bebí tres vasos y estaba...

Bueno, en realidad no sé cómo estaba.

—Yo tampoco sé cómo estabas, Allie.

Le había hablado en tono acusador y ella se separó, herida.

—Oye, eso no es justo.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? —los ojos oscuros de Carter centellearon

con ira reprimida—. Pienso que bebiste demasiado y confiaste en Sylvain.

Intenté advertirte.

—¡Ya lo sé! Ya sé que lo hiciste —Allie también estaba enfadada, pero consigo misma—. Yo tuve la culpa. Y siento no haberte escuchado. Fui una idiota. Soy una cretina, ¿vale? ¿Me perdonas ahora?

La expresión de Carter se suavizó.

—Mira, Allie, es que... ya te lo he dicho. No llevas aquí el tiempo suficiente como para comprender cómo funcionan las cosas. Solo te pido que tengas cuidado, ¿vale? Las cosas no son lo que parecen. La personas de por aquí no siempre son quienes fingen ser.

Aunque lo dijo en un tono más amable, la advertencia la hizo estremecer.

Pero ¿qué clase de colegio es este? ¿Quién es esta gente? La inquietud le atenazaba el estómago. ***¿Puedo confiar en alguien? ¿En Carter siquiera?***

Siempre se ha comportado como un capullo, pero ¿acaso me ha mentado alguna vez?

Allie se quedó mirando aquel rostro reservado. Luego le apoyó una mano en el brazo.

—Gracias, Carter.

Sorprendido, él enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Bueno, más o menos me rescataste de mi propia estupidez anoche. Me has salvado dos veces en veinticuatro horas. En algunos países, te debería la vida o mi primogénito o algo así.

Él sonrió a medias pero sus ojos no perdieron la expresión alerta.

—Me conformo con que me creas la próxima vez, ¿vale?

Allie asintió fervorosamente, pero se limitó a responder:

—Vale.

Carter se arrellanó en la silla y dio un sorbo a su café tibio. Luego entornó los ojos y miró fijamente algo que Allie no podía ver. Ella se dio media vuelta. Al otro lado de la habitación estaba Sylvain, sentado a solas, fulminándolos con la mirada. Allie notó que irradiaba rabia como el calor que difunde una estufa.

Al lado de la habitación estaba Sylvain, sentado a solas, fulminándolos con la mirada. Allie notó que irradiaba rabia como el calor que difunde una estufa.

Carter le devolvió la mirada sin inmutarse.

—Oh, mierda —masculló Allie.

—Vas a tener problemas con él —le dijo Carter, que se había vuelto hacia ella—. Tiene mucho poder aquí y se pone furioso si no consigue lo que quiere. Y lo que quiere es a ti.

Allie clavó los ojos en Sylvain sin miedo y dijo:

—Bueno, pues peor para él, porque no me va a tener.

Echó la silla hacia atrás, se levantó y avanzó decidida hacia el lugar donde estaba sentado Sylvain, al principio de la sala. Él adoptó una expresión torva pero a

Allie se le había pasado el efecto del alcohol. Apoyó las manos en los brazos de su butaca y colocó el rostro a pocos centímetros del suyo.

Cuando habló, lo hizo en un susurro amenazador.

—La de ayer fue la peor cita que he tenido en mi vida. Y nosotros... hemos... acabado.

Aguardó lo justo para ver cómo la sorpresa se apoderaba del rostro de Sylvain. A continuación, abandonó el comedor. Por el rabillo del ojo, vio a Carter sonreír.

Mientras subía las escaleras hacia los dormitorios de las chicas, contó cada uno de los peldaños. Al llegar a su propia habitación, sesenta y un pasos después, abrió la puerta.

Seguía tal como la había dejado horas atrás: los cajones del armario abiertos y las prendas tiradas por el suelo tras la precipitada búsqueda de la noche anterior.

Inspirando a fondo, dio el paso número sesenta y dos y procedió a convertir el cuarto en un lugar capaz de infundirle seguridad otra vez. Primero recogió la ropa y la guardó, luego reorganizó el escritorio, ya de por sí ordenado, y cerró la puerta del armario. Por último, dándose por satisfecha, cerró los postigos de la ventana para impedir que entrara la luz del sol, se quitó los zapatos y se tendió sobre la colcha. Estaba terriblemente exhausta, pero también demasiado nerviosa como para dormir.

Pasó media hora dando vueltas en la cama, mientras los acontecimientos del día anterior se arremolinaban en su mente como los danzarines del baile. ***¿Quién ha matado a Ruth?... Carter debe de pensar que soy una furcia... ¿Estaba borracha? Jo dijo que el champán era muy fuerte... Pero Ruth estaba... Estaba...***

Las imágenes oscuras y borrosas del cuerpo ensangrentado de Ruth le provocaron arcadas y se sentó en la cama. El corazón le latía pesadamente mientras el sudor le caía a chorro por las manos.

No podía respirar.

Aire. Necesito aire.

Se levantó de un salto y se encaramó al escritorio para abrir la ventana. La luz del día entró a raudales y Allie aspiró a duras penas una bocanada de aire fresco...

—¡Ugh!

La voz al otro lado de la ventana la sobresaltó tanto que estuvo a punto de caer del escritorio al echarse hacia atrás a toda prisa. Aferrada a la silla como si pudiera protegerla, resolló con dificultad.

—¿Quién...?

—¿Allie? ¿Qué pasa?

—¿Carter? —dijo jadeando—. Pero ¿qué... diablos... estás...?

Haciendo caso omiso a la pregunta, Carter metió los brazos por la ventana y la atrajo hacia sí; el cuerpo de Allie se deslizó con facilidad por la superficie bruñida del escritorio; ella no tuvo fuerzas para resistirse.

Los ojos oscuros de Carter reflejaron inquietud al ver los esfuerzos que hacía por respirar.

—¿Recuerdas lo que hiciste la otra noche? Tienes que volver a hacerlo. Inspira por la nariz. Despacio. Y deja salir el aire por la boca.

Allie intentaba entender lo que estaba pasando.

—¿Me estabas... espiando?

Carter la fulminó con la mirada.

—Maldita sea, Allie. ¿Quieres callarte y respirar?

Con los ojos fijos en Carter y las manos entre las de él, respiró en sincronía con el chico, al principio con dificultad pero cada vez más fácilmente. Cuando el aliento de Allie se normalizó, Carter le soltó las manos. A ella, las preguntas se le agolpaban en los labios.

—¿Eres un perverso o qué? ¿Cómo diablos has trepado hasta aquí? ¿Y cómo has encontrado mi habitación? Y...

Sentado en el alféizar al otro lado de la ventana, Carter se echó a reír y tendió las manos abrumado.

—Venga, Allie, llevo toda la vida en este colegio. Conozco hasta el último centímetro del edificio, incluido el tejado que, por cierto, es superfácil de escalar. Me sorprende que aún no lo hayas intentado.

Allie escudriñó su rostro en busca de alguna señal de que estuviera mintiendo pero no encontró nada salvo exasperación.

—¿Has llegado hasta aquí desde tu cuarto? —se interrumpió y miró a su alrededor—. ¿Y dónde está tu habitación, a ver?

Carter señaló al otro lado del edificio.

—Mira, los dormitorios de los chicos están en el piso superior de la construcción principal. Mi ventana es la tercera empezando por la derecha, allí. ¿La ves?

Allie contó las ventanas de las buhardillas y asintió.

Él se volvió a mirarla.

—Desde allí, es muy fácil acceder a tu cuarto.

De repente, recordó lo sucedido semanas atrás. Lo miró fijamente.

—Tú ya has estado aquí, ¿verdad? —lo acusó—. Al poco de mi llegada. Una noche creí oír a alguien al otro lado de la ventana. Eras tú, ¿a que sí?

Carter tuvo la deferencia de demostrar arrepentimiento.

—Vaya, pensaba que no me habías oído. Lo siento.

—Me diste un susto de muerte, Carter —le dijo—. ¿Qué estabas haciendo aquí?

Incómodo, él se revolvió en el sitio.

—En realidad... iba a ver a otra persona. Abriste la ventana y estuve a punto de caer. No soy un mirón ni nada parecido.

Recordando la advertencia de Jo de que era un rompecorazones, Allie se preguntó a quién había ido a ver. Lo miró meditabunda.

¿Y quién demonios eres, Carter West?

Saber que era capaz de ponerlo a la defensiva la hizo sentir más segura de sí misma. Cruzó las piernas y apoyó los codos en las rodillas.

—Y bien, ¿qué has venido a hacer aquí, Carter? ¿Otra vez de camino al dormitorio de una chica?

Él se apoyó contra el marco de la ventana, sin mirarla a los ojos. Al hacerlo, empujó una piedra de la cornisa y Allie oyó los golpecitos que daba de camino al suelo, tres pisos más abajo.

—No, claro que no. No he venido por nada en especial. Yo solo... estaba preocupado por ti, supongo —dijo al fin—. Ha sido una noche terrible y tú sufres ataques de pánico, así que estaba... ya sabes... inquieto.

Se sostuvieron la mirada unos instantes, pero los ojos de Carter reflejaban una oscuridad tan insondable que parecían evocar los terribles sucesos de la noche anterior. Allie se tapó la cara con las manos para ahuyentar las imágenes.

—No dejo de ver a Ruth y de recordar... Fue horrible, Carter. Espantoso. Todo estaba oscuro pero vi que le habían cortado el cuello. Había muchísima sangre... Y entonces oí aquellos pasos. Creí que yo sería la siguiente.

—¿Qué pasos?

Allie alzó la vista y vio que Carter tenía los ojos fijos en ella. Se dio cuenta de que, en medio de todo aquel caos, no había llegado a contarle a nadie lo sucedido en el jardín.

Cuando lo puso al corriente, él volvió a preguntarle por las pisadas.

—¿Estás completamente segura de que los pasos procedían del interior y se alejaron por el mismo camino?

Allie asintió. Casi podía ver los mecanismos de la mente de Carter en funcionamiento.

—¿Cuántos pasos oíste? Quiero decir, ¿cuántas personas crees que había?

—Una, creo, pero no estoy segura. Tenía demasiado miedo. Carter, ¿quién pudo hacerlo? ¿Crees que pudo ser un alumno? ¿O... un profesor?

Hasta aquel momento, la idea no se le había pasado por el pensamiento, pero de pronto le parecía horriblemente plausible. Albergó la esperanza de que se burlara de ella, de que le dijera que estaba diciendo tonterías, aunque no fue así.

En cambio, Carter se frotó los ojos.

—No lo sé. No lo creo... pero ya no lo sé.

—¿Y por qué no me mataron a mí también? —su voz sonó lastimera cuando por fin pronunció las palabras que llevaba evitando desde la noche anterior—. ¿Por qué sigo viva?

La mirada de Carter se perdió en los terrenos del colegio. Permaneció un buen rato en silencio. Cuando por fin habló, tenía la voz ronca.

—No lo sé, Allie. Pero es posible que el asesino te viera y probablemente crea que tú también lo viste a él... Bien. Tendrás que ir con cuidado a partir de ahora.

Aunque el sol brillaba en el cielo, Allie se estremeció. Bajó la voz.

—Carter, ¿qué está pasando?

La observó fijamente y ella advirtió cuánto deseaba contarle algo, pero el momento pasó y él negó con la cabeza.

—No puedo, Allie. De verdad que no puedo.

Ella estaba tan cansada que no quiso discutir; llevaba casi dos días sin dormir. Apoyó la cabeza en la mano, cerró los ojos y bostezó.

—Querría seguir despierta y enfrentarme a los asesinos pero estoy demasiado agotada —murmuró—. Ahora mismo no me hace ninguna gracia quedarme a solas, Carter. Me gustaría que me hicieras compañía.

Transcurrió un largo silencio, pero Allie, adormilada, no lo advirtió hasta que Carter volvió a hablar.

—Hazte a un lado —accedió.

Le hizo sitio en el escritorio. Él saltó por la ventana con agilidad y la cerró a su espalda.

Una descarga súbita de adrenalina despabiló a Allie por completo.

—Si Jules se entera, estamos perdidos —advirtió, aunque en el fondo le daba igual.

—Bah, puedo manejar a Jules —repuso él. Sentado en el suelo junto a la cama, estiró las piernas con un gruñido de placer; las larguiruchas extremidades se le habían entumecido en la cornisa de la ventana, y seguramente se había pasado la noche corriendo de un lado a otro—. Además, hoy todo está patas arriba. Nadie se dará cuenta. Acuéstate, a ver si podemos dormir.

Tras vacilar solo un instante, Allie bajó del escritorio y se tendió en la cama. Tratando de actuar con naturalidad, sacó la manta azul de los pies y se la ofreció.

Cuando los dedos de ambos se rozaron, se quedaron paralizados un instante.

—¿Necesitas una almohada? —preguntó Allie procurando que no le temblara la voz.

—No, gracias, así estoy bien.

Parecía tranquilo pero ella advirtió que apretaba los dientes mientras desplegaba la manta.

Allie se tendió e intentó relajarse, aunque tenía el cuerpo rígido, los músculos

tenso como cuando te dispones a luchar. Se tapó la cara con las manos.

—No puedo. Jamás me dormiré.

Carter le retiró una mano de la cara y se la sostuvo.

—¿Alguna vez te he contado que antes yo también tenía ataques de pánico?

Sorprendida, Allie se colocó de lado para verlo mejor.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Hace unos años —estaba tumbado de espaldas, mirando al techo—. Estaba pasando una mala racha y empecé a sufrir esos... episodios. Un buen amigo me ayudó a superarlo. Una de las cosas que me enseñó fue que debía dejar de pensar en aquello que me asustaba y concentrarme en cambio en cosas que me hicieran sentir seguro. Incluso... feliz. Para obligarme a mí mismo a albergar pensamientos más positivos. ¿A ti qué te hace feliz, Allie?

Ella se concentró. ***Christopher, sano y salvo, y como solía ser. Formar parte de una familia normal. Estar aquí. Al menos hasta esta noche.***

—No lo sé —susurró.

Carter guardó silencio un rato, con la mano de Allie contra el pecho. Cuando volvió a hablar, ella notó el eco de su voz entre los dedos.

—Imagínate... que estamos en alguna otra parte. En un lugar muy hermoso. Quizá en una playa de arena blanca y aguas muy azules.

Allie trató de imaginarse a sí misma sentada con Carter a la sombra de una palmera, con la punta de los pies hundida en la arena.

—Estás a salvo —prosiguió él con un tono de voz bajo y firme—. A lo mejor más tarde nos apetece bucear y mirar los peces. Peces de vivos colores. ¿Los ves?

Concentrada en las palabras, Allie casi pudo verlos, nadando ante ella por el lago azul. Empezó a oír el murmullo rítmico de las olas. La voz de Carter inspiraba tanta tranquilidad que pudo relajar los hombros por fin mientras bancos brillantes de pececillos tropicales, azules, rojos y amarillos, se multiplicaban en su imaginación. Su respiración se hizo más regular. Creyó hundirse en las aguas cálidas, lenta y plácidamente.

—Es precioso —dijo con la voz pastosa de sueño.

—Sí que lo es —repuso él sin soltarle la mano.

En su pensamiento, Allie emergió, y vio un barco en el horizonte, con las velas desplegadas, cuyo vaivén empezaba a acunar su sueño.

Diecisiete

Cuando Allie despertó al cabo de un rato, Carter se había marchado, pero tuvo la agradable sensación de que había permanecido a su lado la mayor parte del tiempo. Las pesadillas la habían desvelado unas cuantas veces, y en medio de un duermevela exhausto recordaba haberle oído murmurar: «Todo va bien. Duerme».

Se sentó en la cama y miró el despertador. Casi las siete.

¿De la mañana o de la noche?

Un vistazo a la ventana le reveló una tarde estival. Había dormido todo el día.

Mientras estiraba los músculos fatigados, el estómago le rugió tan fuerte que al principio no supo de dónde procedía aquel ruido.

—Me muero de hambre —declaró al vacío de la habitación.

Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta dispuesta a salir, pero se detuvo de golpe cuando atisbó su propia imagen en el espejo de cuerpo entero. Tenía el pelo de punta, la cara manchada de hollín, e iba ataviada con las mismas prendas que se había puesto a toda prisa en mitad de la noche, casi irreconocibles de tan arrugadas.

Hizo una mueca a su propio reflejo. ***Mierda. Ni siquiera yo puedo salir así.***

Cogió el cepillo del pelo del escritorio y se desenredó la melena con dificultad. Luego se cambió de ropa a toda prisa, saltando a la pata coja y maldiciendo entre dientes cuando el pie, ya calzado, se le trabó en la falda.

Con la cintura a medio abrochar, salió del cuarto a toda prisa y cruzó el pasillo desierto hasta el rellano, donde paró de golpe.

Reinaba el silencio. Una quietud sobrenatural.

Una idea espantosa le cruzó la mente. ***¿Y si todo el mundo se ha marchado mientras estaba durmiendo y se han olvidado de mí?***

Aun sabiendo que era un pensamiento absurdo, el miedo se apoderó de ella mientras bajaba las escaleras como una exhalación, acompañada tan solo por el sonido de las suelas de goma contra los peldaños. Cerca de la planta baja, afortunadamente, vio varios grupos de estudiantes que avanzaban en deprimente silencio hacia el comedor. Sinténdose ridícula, aminoró el paso.

Pues claro que estaban allí. ¿Por qué iban a marcharse?

Se te va la olla, se recriminó antes de aspirar hondo y reunirse con los demás.

El olor de la comida mezclado con el hedor acre de la madera y el yeso quemados la asqueó. Mirando a su alrededor en busca de una cara conocida, Allie advirtió que varios de los alumnos llevaban gasas y vendas. Uno caminaba con muletas.

Las huellas de la caótica noche habían desaparecido del comedor, pero no habían preparado las mesas para la cena con el cristal y la porcelana habituales. En cambio, el personal de cocina había dispuesto montones de platos, que los alumnos se tendían entre sí. También faltaba el brillo alegre de las velas (tras el incendio, Allie lo

agradeció). Todos los presentes guardaban silencio, sin saber muy bien qué decir.

Aliviada, divisó a Jo, Gabe y Lucas en la mesa de costumbre, pero cuando se disponía a reunirse con ellos, advirtió que Carter caminaba a su lado.

—Eh.

Al volverse a mirar aquellos ojos oscuros, notó mariposas en el estómago. Presa de un ataque de timidez, metió las manos en los bolsillos de la falda.

—Eh tú.

—¿Has dormido bien?

Carter se había duchado y cambiado de ropa; aún tenía las mejillas arreboladas del agua y las puntas del pelo mojadas. Las huellas del cansancio habían abandonado su rostro por completo.

Allie asintió tratando de aparentar indiferencia, como si los chicos acudieran a dormir a su cuarto cada dos por tres. No obstante, el rubor de las mejillas la traicionó.

—¿Y tú? ¿Cuándo te has ido?

—Hace una hora más o menos.

Tendía a hablar en un tono quedo, tan bajo que Allie tenía que acercarse para oírlo. Aquella costumbre confería un aire de intimidad incluso a una conversación tan trivial como aquella.

—Tenía que cambiarme de ropa —prosiguió él. Allie solo estaba pendiente del contacto de su brazo, que le rozaba la piel—. No he querido despertarte; tardaste tanto en dormirte...

La tensión entre ambos resultaba insoportable. Uno de los dos tendría que desviar la vista, pero Allie no quería ser quien lo hiciera.

¿Qué me está pasando?, se preguntó. ***No es posible que me guste Carter. No puede... ser.***

—Sí —repuso casi sin aliento—. Quiero decir, yo también tenía que cambiarme.

Mirando a su alrededor, Carter advirtió que casi todos los alumnos estaban sentados.

—Será mejor que nos sentemos o Zelazny se pondrá a gritar.

La escoltó hasta la mesa y aguardó a que ella se hubiera sentado. Luego, para su sorpresa, ocupó un lugar junto a ella. Carter nunca se sentaba con el grupo de Allie en las comidas, y ella procuró que la expresión de su cara no delatara cuánto la complacía aquel gesto.

Gabe, en cambio, no fue tan delicado.

—¡Carter! —exclamó, y se arrellanó en el asiento exhibiendo una sonrisa socarrona—. Es todo un honor tenerte entre nosotros.

Carter se encogió de hombros.

—Oh, ya sabes lo que pasa, Gabe. A veces necesito estar cerca de ti.

Jo, que aún parecía cansada, se acercó a Allie.

—¿Has dormido?

—Un poco —repuso ella—. ¿Y tú?

—En realidad no —Jo esbozó una sonrisa fatigada—. Pero me estoy muriendo de hambre. ¿Me convierte eso en una mala persona?

—Espero que no —dijo Allie—. Por lo que parece, la muerte y la destrucción influyen muy negativamente en las dietas bajas en calorías. ¿Quién lo hubiera dicho?

—¿Sabéis algo de Lisa? —preguntó Carter.

Fue Lucas quien respondió.

—Le he preguntado a Eloise hace una hora y me ha dicho que Lisa se ha despertado y se encuentra bien. Pronto podremos verla.

Allie se sorprendió a sí misma sonriendo por primera vez desde la noche anterior. El humor general mejoró y durante un rato la conversación transcurrió casi con normalidad.

De repente, la voz de Lucas se elevó por encima del murmullo.

—Eh, ¿alguien se ha enterado de lo del anuncio?

Allie paseó la vista por la mesa, pero comprendió que nadie sabía de qué estaba hablando.

—¿Qué anuncio? —preguntó Carter.

—Esta noche Isabelle va a pronunciar una especie de discurso sobre lo que pasó. Corre el rumor de que nos van a enviar a casa y van a cerrar el colegio durante el resto del verano.

—¡No! —Jo parecía desolada, y Allie volvió la mirada hacia ella, sorprendida por la vehemencia de la exclamación. Gabe le puso una mano en el brazo y ella lo miró con el rostro desencajado—. No pueden enviarnos a casa. No pueden hacer eso.

—Estoy seguro de que no lo harán —le dijo Gabe para tranquilizarla. Allie desvió la vista mientras él se esforzaba por calmarla.

Las puertas del comedor se abrieron para ceder el paso a las figuras negras del personal de cocina que, formadas en ordenadas filas como era costumbre, acarreaban fuentes y bandejas humeantes. Aunque estaba hambrienta, Allie contempló con curioso desinterés la comida que dejaron en la mesa. Por alguna razón, comer parecía una frivolidad en aquellas circunstancias.

Al atisbar un movimiento, bajó la vista y descubrió que Carter le estaba sirviendo estofado. Cuando sus miradas se encontraron, él esbozó una sonrisa culpable.

—Mmm... Un estofado delicioso —la tentó, y a ella se le escapó una carcajada.

A continuación le sirvió verduras, pero cuando llegó al panecillo, Allie levantó las manos en ademán de rendición.

—Vale, vale. Para ya. Comeré, te lo prometo —tomó un bocado como una niña obediente y masticó con falso entusiasmo—. ¿Te parece bien?

Concentrado en su propio plato, Carter pasó la pulla por alto. De hecho, aquel

primer bocado le había sentado muy bien, y Allie descubrió que el segundo entraba aún mejor. Al final, apuró el plato y rebañó los restos de la salsa con el pan antes de arrellanarse en la silla con un suspiro de satisfacción.

—Tenías hambre —observó Carter, divertido.

—Mi hermano siempre dice que como tanto como un chico —dijo Allie sin pensar, pero su sonrisa se esfumó tan repentinamente como había llegado. Nunca hablaba de Christopher.

El murmullo sordo de la conversación fue aumentando de volumen a medida que los rumores del inminente anuncio se propagaron por la sala. A Allie le alivió comprobar que las cosas volvían una pizca a la normalidad, aunque la sensación fuera momentánea. Sin embargo, al pasear la mirada por la mesa, advirtió que Jo picoteaba la comida con expresión apesadumbrada. Quiso consolarla, pero justo entonces una voz se alzó a la entrada de la sala.

—¿Podéis prestarme atención un momento, por favor?

Elegante pero sencilla con pantalones negros y un cárdigan azul claro, Isabelle aguardaba a que el ruido se acallara. Detrás de ella, a pocos pasos, estaba el hombre con el que había bailado el día anterior, que tendía las manos pidiendo silencio. Tenía una de esas miradas que no dejan escapar ni un detalle. En aquel momento, a Allie se le aceleró el corazón; Sylvain, que acababa de cruzar la puerta, se quedó de pie tras ellos, como si formara parte del triunvirato.

¿Qué hace ahí?

Aunque Isabelle tenía una expresión algo sombría, a Allie le maravilló el aire de normalidad que conseguía transmitir.

—Sé que muchos de vosotros habéis pasado toda la noche despiertos y soy consciente de que estáis agotados. Os agradecemos de veras vuestros esfuerzos por apagar el fuego.

Allie echó un vistazo en dirección a Carter y lo vio mirando a Isabelle con el ceño ligeramente fruncido.

—Lo sucedido durante la noche de ayer es un hecho sin precedentes en la historia de Cimmeria —prosiguió Isabelle—. Nos parece alarmante y haremos cuanto esté en nuestra mano por repararlo. El propio incendio ha deteriorado antiguos muros. Partes enteras de nuestra historia se han perdido para siempre. Pero restauraremos el colegio, podéis estar seguros, y seguirá adelante como siempre lo ha hecho.

Los aplausos inseguros por parte del alumnado la cogieron por sorpresa. Aguardó a que se hiciera el silencio.

—Siento muchísimo lo sucedido ayer por la noche. Todos estamos desolados. Acompañamos en el sentimiento a aquellos de vosotros que manteníais una relación estrecha con Ruth Jansen; era una muchacha encantadora, aunque algo inestable, y todos la echaremos de menos. Su suicidio ha sido un golpe terrible.

Allie ahogó un grito y se tapó la boca con la mano. *¿Suicidio? Pero ¿qué está diciendo?*

—Somos conscientes de que a algunos de vosotros os va a costar mucho sobrellevar su pérdida y todos nosotros, los profesores y yo misma, estamos aquí para ayudaros si precisáis orientación o simplemente un hombro en el que llorar —la mirada de Isabelle no podía ser más comprensiva—. No tenéis que sufrir solos.

Un murmullo barrió la habitación y Allie advirtió que algunos de los presentes estaban llorando. Al darse la vuelta para intercambiar una mirada con Jo, vio que se mordía el labio para contener las lágrimas; Gabe la rodeaba con el brazo.

—La semana que viene celebraremos su funeral en la capilla. Estoy segura de que aquellos de vosotros que la conocíais bien querréis asistir.

Tras hacer una pausa para que pudieran asimilar tanta información, Isabelle continuó, ahora en un tono más animado.

—Algunos de los heridos partirán mañana hacia sus casas para recuperarse y les deseamos lo mejor. Esperamos que todos estéis de vuelta para el trimestre de otoño. En cuanto a los que os quedáis... Los trabajos de reparación de los daños provocados por el fuego durarán alrededor de un mes y me temo que sufriremos algunas molestias en el intervalo; es engorroso pero necesario. Por supuesto, a partir de ahora no estáis autorizados a entrar en el salón de actos.

Dio un paso atrás.

—Mientras tanto, el toque de queda de hoy se adelanta; nos gustaría que todo el mundo estuviera en su habitación a las nueve en punto. Y bajo ningún concepto podéis abandonar el edificio durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Finalizado el discurso, los profesores se arremolinaron en torno a ella y los alumnos se dirigieron en tropel hacia la puerta entre un murmullo de conversaciones susurradas.

Dándose media vuelta para mirar a Carter, Allie cuchicheó:

—¿Qué diablos...?

Con los labios apretados, Carter negó con la cabeza.

Allie miró hacia Isabelle y se levantó.

—Tengo que averiguar cuándo podremos ver a Lisa. Ya os alcanzaré.

Carter la cogió por el brazo y la reprendió con la mirada.

—Allie...

—Me las apañaré —dijo ella zafándose al mismo tiempo de su mano—. Te prometo no montar un número. Quiero saber algo más de Lisa.

—Nos vemos después —se resignó Carter, y corrió en pos de Gabe y Lucas.

De pie junto a un grupo de profesores, Allie aguardaba un hueco en la conversación. Todos parecían muy agitados, pero hablaban en susurros tan bajos que apenas pudo distinguir alguna que otra frase suelta.

—Demasiado peligroso...

—¡Enviarlos a casa! —(pronunciada por Jerry con vehemencia, antes de ser acallado).

—... acerca de Nathaniel.

Entonces Eloise reparó en su presencia.

—¿En qué podemos ayudarte, Allie?

Todos los presentes guardaron silencio y se volvieron a mirarla. Allie cruzó los tobillos en un gesto inconsciente de nerviosismo.

—Me estaba preguntando cuándo podríamos ver a Lisa.

Isabelle se abrió paso entre el gentío y la rodeó con el brazo.

—Se encuentra bien, Allie. Está consciente pero aún aturdida. Mañana podrás hablar con ella.

Allie sostuvo la mirada de Isabelle con expresión desafiante. De cerca se la veía más inquieta de lo que parecía a distancia; grandes ojeras le ensombrecían los ojos. Pese a todo, no se dejó intimidar por la actitud de la chica.

—¿Necesitas algo más, Allie? —preguntó imperturbable.

Por un momento, Allie se imaginó a sí misma diciendo: «Sí. ¿Por qué pretendes hacernos creer que Ruth se degolló ella sola de oreja a oreja?».

Sin embargo, algo le dijo que aquellos no eran el momento ni el lugar para plantar cara a Isabelle.

—No... Gracias.

Acto seguido, echó a andar hacia la puerta.

Justo antes de alcanzarla, oyó que los susurros se reanudaban.

Jo aguardaba sola al otro lado de la puerta del comedor, apoyada contra la pared. Tenía mejor color que durante la cena pero a Allie no le gustó su manera de abrir y cerrar las manos. Pareció animarse un poco cuando su amiga le dio la buena nueva respecto a Lisa, aunque seguía comportándose de manera extraña.

Mientras subían juntas hacia el dormitorio de las chicas, Allie miró a hurtadillas a su amiga, que no levantaba la vista y parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Qué te pasa, Jo? —le preguntó—. ¿Qué te preocupa?

—No es nada, Allie.

Su amiga evitaba sus ojos y Allie supo que no le decía la verdad, pero no creyó conveniente presionarla.

Cuando llegaron al cuarto de Jo, Allie entró con ella. Por alguna razón, temía dejarla sola. Algo andaba muy mal. Jo se sentó en la cama y se quitó los zapatos con los pies como tenía por costumbre, pero no paraba de estrujarse las manos.

Allie se apoyó en el escritorio. Luego habló con toda la tranquilidad que pudo reunir.

—Jo, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

—Necesito hablar con Gabe —repuso ella. Luego formuló la misma frase de maneras distintas—: Yo solo... tengo que hablar con Gabe. Necesito ver a Gabe.

—Pero si acabas de estar con él —arguyó Allie perpleja.

Jo negó con la cabeza.

—Necesito hablar con él a solas. Estoy aterrada. Él sabrá qué hacer.

Mirando la tez pálida de su amiga, Allie tomó una decisión.

—Vale, no te preocupes. Voy a buscarlo. Haz el favor de descansar un rato, ¿quieres? Estás destrozada. Seguro que no has dormido nada.

—Pero si no estoy cansada —protestó Jo—. Estoy demasiado nerviosa como para dormir.

—A mí me ha pasado lo mismo —dijo Allie—. Pero inténtalo de todos modos, ¿vale? Échate y yo me quedaré contigo hasta que te duermas. Luego iré a buscar a Gabe, te lo prometo.

—Necesito hablar con él.

Exhausta, Jo arrastraba las palabras y se le cerraban los ojos mientras una lágrima le resbalaba por un lado de la cara. Por fin, se recostó contra las almohadas.

—Descansa aunque solo sea un momento —insistió Allie con suavidad. Estaba de pie junto a la ventana; la brisa seguía siendo fría—. Buscaré a Carter y le diré que traiga a Gabe.

—¿Y cómo encontrarás a Carter? —la voz de Jo sonaba cada vez más adormilada.

Mirando por la ventana en dirección a las sombras que se alargaban sobre la hierba, Allie respondió:

—Yo siempre encuentro a Carter.

Cuando Jo empezó a respirar con regularidad, Allie cerró el postigo y la ventana sin hacer ruido y salió de puntillas del cuarto. Aseguró la puerta a su espalda con un chasquido casi inaudible.

Apenas quedaba nadie en la planta baja. Los alumnos que hacía un rato pululaban de un lado a otro se habían retirado a sus habitaciones. Allie no sabía por dónde empezar a buscar; nunca había subido a los dormitorios de los chicos y ni siquiera sabía qué camino tomar, como no fuera por el tejado, una ruta que, en aquel preciso instante, no le parecía la ideal.

En aquel momento oyó algo parecido a unas palmadas aproximándose por el pasillo y vio a Jules caminando decidida hacia ella con un sujetapapeles contra el pecho. El ruido procedía de sus Birkenstock de color rosa, que restallaban contra sus talones a cada paso.

Recordó la respuesta de Jo cuando le había preguntado si alguna chica pertenecía

a la Night School. «Quizás Jules...».

Allie le salió al paso.

—Hola, Jules. ¿Qué tal?

Lo dijo en el tono más amistoso que pudo emplear, y la prefecta la miró algo sorprendida.

—Hola, Allie.

Aunque aminoró la marcha, Jules no se paró y Allie echó a andar a su lado.

—¿Sabes dónde están Carter y Gabe?

—¿Por qué? —preguntó Jules con desconfianza.

Allie optó por un enfoque amigable aunque exasperado.

—Es una historia muy larga y complicada, pero Carter se ha quedado con una cosa mía, y Jo me ha dicho que a lo mejor está con Gabe. ¿Tú sabes... o sea... dónde están?

Jules escudriñó el rostro de Allie.

—No —replicó con sequedad y apresuró el paso.

Maldiciendo en silencio, la otra la siguió.

—Mira, Jules, es superimportante. No te lo preguntaría si no fuera así.

Jules se detuvo y se dio la vuelta para mirarla.

—Están en una reunión en la zona de las aulas, donde tú no estás autorizada a entrar, ¿vale? Pero si te quedas cerca de la puerta, tal vez los veas cuando salgan.

Por otra parte, no tengo ni idea de cuánto van a tardar.

A esas alturas, Allie sentía deseos de zarandearla, pero prefirió seguir insistiendo.

—Ya pero... —empezó a decir a la vez que dibujaba una línea con el pie—, ¿tú adónde vas?

Jules se colocó el sujetapapeles bajo el brazo y fingió una paciencia infinita.

—¿A qué te refieres, Allie?

—Solo lo digo porque, si por casualidad te diriges a esa reunión, podrías ser tan amable de decirle a Carter que viniera. Cuanto antes. O podrías decirle sencillamente que estoy aquí y que necesito hablar con él. Es muy importante.

Mirándola como si no diera crédito a lo que acababa de oír, Jules echó a andar.

—Claro, Allie, cómo no. Y si quieres, puedo traerte té y chocolate de camino hacia allí. Porque no tengo nada mejor que hacer que transmitir tus recados.

Rezagada, Allie levantó el dedo anular a su espalda.

—No, gracias —gritó en un tono alegre—. El té ya me lo iré a buscar yo.

La voz de Jules le llegó desde el otro lado de la esquina.

—Excelente.

—Gracias —masculló Allie cuando Jules no pudo oírla—, y que pases un buen día tú también, Jules.

Recostada contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho y un pie

apoyado en el antiguo friso de madera, Allie aguardó. Al cabo de diez minutos, bajó el pie y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. En aquel lugar quedaba oculta por una mesa auxiliar de estilo barroco y superficie de mármol que tenía al lado, de modo que Isabelle no la vio cuando pasó junto a ella pocos minutos después acompañada de su pareja de baile.

—... tiene que saber que Nathaniel ha perdido el control —hablaba en un tono gélido de rabia—. Lo sucedido ayer por la noche es inaceptable. Tiene que hacer algo al respecto. Como mínimo, tomar partido. Dios mío, Matthew, hay personas heridas. **Niños** heridos. Esto no puede continuar.

Mathew murmuró algo en respuesta que Allie no alcanzó a distinguir.

—Bueno, entonces tendrás que hablar con ella en persona —replicó Isabelle mientras las voces se perdían a lo lejos.

Las palabras de Isabelle llenaron de excitación a Allie, que se había echado hacia delante para espiar entre las patas de caoba maciza de aquella mesa tallada.

De modo que no había sido un profesor ni un alumno. Dobló las rodillas y se las rodeó con los brazos, dejándose invadir por un extraño sentimiento de alivio. Por lo menos, el asesino no era nadie a quien pudiera considerar su amigo.

Más pasos.

Allie volvió a echarse hacia delante, pero esta vez vio a Carter allí de pie, mirando a un lado y a otro del largo pasillo.

Salió a rastras de su escondrijo.

—Carter.

—¡Allie! ¿Va todo bien? Jules me ha dicho que me estabas buscando.

Ella estuvo a punto de esbozar una sonrisa. **No me lo puedo creer. Al final se lo ha dicho.**

Se acercó más a él y bajó la voz.

—¿Estaba Gabe contigo en esa reunión?

Él asintió.

—Debería ir a ver a Jo; está histérica —dijo Allie.

Carter no pareció sorprendido.

—Se lo diré. Ya he pensado que algo no andaba bien durante la comida. Él no quería separarse de ella, pero...

Allie lo miró preocupada.

—Se comporta de un modo muy raro, Carter. No parece ella misma.

—Se lo avisé —se interrumpió un instante, durante el cual tomó una decisión—.

Allie, tenemos que hablar.

—Claro, ¿de qué?

Carter miró a su alrededor.

—No, aquí no. En privado. ¿Te puedes reunir conmigo en la capilla dentro de veinte minutos?

Ella titubeó.

—Se supone que no podemos salir del edificio so pena de despertar la cólera de Isabelle y ya son más de las nueve.

—Es la hora ideal —insistió él—. Todo el mundo está reunido o encerrado en su cuarto por el toque de queda y los profesores andan ocupados en otras cosas.

Ella estuvo a punto de negarse. No se podía permitir que volvieran a castigarla. Sin embargo, Carter no parecía dispuesto a aceptar un no por respuesta. Allie albergó la esperanza de que, fuera lo que fuese lo que él iba a contarle, la ayudara a entender lo que estaba pasando.

—Vale. Pero si me expulsan, te llevaré conmigo.

Aunque Carter esbozó una sonrisa, sus ojos seguían serios.

—Bien. Te veo allí. Dame diez minutos para que pueda contarle a Gabe lo de Jo. Luego sal corriendo.

Mientras lo veía alejarse, Allie masculló:

—¿Que salga corriendo? Creía que habías dicho que todo el mundo estaría demasiado ocupado como para darse cuenta.

Caminó con impaciencia (**trescientos noventa y un pasos**) esperando a que pasase el tiempo. Transcurridos ocho minutos, echó a andar hacia la puerta principal (**treinta y tres pasos**) con aire despreocupado. En el vestíbulo de entrada reinaba el silencio y Allie llegó a la puerta sin coincidir con nadie, pero justo cuando rozaba el pomo oyó voces que se aproximaban.

Aparte de grandes candelabros y tapices, apenas había muebles en aquella zona, salvo por una mesa de hierro forjado cubierta por un pesado mantel. Allie se deslizó allí debajo justo cuando Eloise y Zelazny doblaban la esquina.

—¿Tardaremos mucho? —oyó preguntar a Eloise cuando los pasos se acercaron. Parecía enfadada.

—Espero que no —Zelazny abrió la puerta—. Pero depende de lo que encontremos.

—¿Por dónde quieres empezar?

Mientras franqueaban la puerta, Allie oyó la respuesta de Zelazny.

—Por donde fue hallado el cadáver de Ruth.

El chasquido de la cerradura resonó en la piedra desnuda del vestíbulo de entrada.

En su escondrijo, Allie frunció el ceño. **¿Qué están buscando?**

Al principio pensó que ni en sueños iba a abandonar el edificio estando Zelazny y Eloise fuera, pero luego recordó que el cuerpo de Ruth había aparecido en la parte trasera del colegio. La capilla estaba en los bosques que se extendían frente al jardín

delantero. Aunque no había distinguido todas las palabras de Zelazny, si Eloise y él empezaban a buscar por detrás, disponía de mucho tiempo para alcanzar el lindero del bosque sin que la vieran.

Para estar segura de no tropezarse con ellos, contó hasta cien antes de abrir la puerta, que giró en silencio sobre sus goznes. Allie se asomó.

No se veía ni un alma.

A la luz de los últimos rayos de la tarde estival, cerró la puerta con cuidado.

La hora del toque de queda había pasado ya y el sol comenzaba a despedirse de aquel largo día de verano. De pie en lo alto de la escalinata, bañada en un fulgor dorado, Allie permaneció todo un minuto mirando el cielo, como si quisiera absorber aquella luz con el alma. Después echó a correr por la hierba en dirección al bosque.

En cuanto alcanzó la seguridad del lindero (**noventa y siete pasos**) redujo un poco la marcha para recuperar el aliento. Luego enfiló el sendero al trote entre las sombras del atardecer. La quietud y la penumbra se habían adueñado del lugar. Cuando llegó a la verja de la iglesia, cinco minutos después, el silencio empezaba a resultar opresivo.

Si Carter está ahí, desde luego no se le oye. Levantó la aldaba con un golpe metálico que, en la paz del claro, resonó como si fuera un timbre.

Por instinto, Allie se dirigió al tejo en cuya rama Carter y ella se habían sentado a charlar el día del castigo. Al acercarse, vio un pie colgando, calzado con un zapato oscuro. Lo cogió y el pie se retiró al instante.

—Eh... Lo has conseguido.

Carter se había encaramado a la misma rama gruesa de la otra vez, donde se había acomodado con la espalda apoyada en el tronco. Cuando la ayudó a subir,

Allie se maravilló de nuevo de lo fuerte que era: la izó como si nada y la ayudó a sentarse junto a él. Buscando una zona más cómoda, Allie se colocó de cara a él, con las rodillas dobladas y los pies apoyados en la rama que les servía de asiento.

—Y bien... ¿de qué va todo esto, Carter? —quiso saber—. ¿Por qué me has pedido que nos viéramos aquí, en territorio prohibido?

—Porque no quería que nadie nos oyera, y este es el único lugar que conozco donde se puede hablar con tranquilidad.

Carter parecía algo distante, como si aún no hubiera decidido cuánto iba a contarle, y rehuía su mirada.

—Es que... —empezó a decir, pero se interrumpió. Al cabo de un momento, volvió a intentarlo—: Hay algunas cosas que debes saber.

Gracias a Dios, pensó Allie. **Algunas respuestas al fin.**

No pudo esperar a que él se explicara.

—Carter, ¿qué sabes de todo esto? ¿Por qué quieren hacernos creer que Ruth se suicidó? Tenía el cuello... Es imposible que se lo hiciera ella misma. Y había otras

personas allí. Las oí. E Isabelle lo sabe.

Carter trató una y otra vez de interrumpirla hasta que mencionó a Isabelle. Tras eso la miró fijamente.

—¿Qué te hace pensar que Isabelle lo sabe?

Sin perder un segundo, Allie le contó que había oído a medias una conversación entre los profesores y que Isabelle había nombrado a un tal Nathaniel, dando a entender que estaba implicado en lo sucedido.

Carter se pasó los dedos por el pelo.

—Así pues, no creen que nadie de la escuela esté relacionado con la muerte de Ruth pero le van a decir a todo el mundo que se suicidó.

Allie se acercó más a él.

—Pero ¿por qué? En cuanto la policía le eche un vistazo al cadáver, sabrá que no se ha suicidado.

Él la miró a los ojos.

—¿Qué policía?

Ella abrió la boca de par en par.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que no han llamado a la poli?

—Ni la han llamado ni la llamarán.

—Pero... ¿cómo...?

La respuesta de Carter no se hizo esperar.

—La policía no ha estado aquí porque no tiene ni idea de lo que pasa en este lugar y nadie se lo va a contar. Nunca sabrán que Ruth murió en el colegio. Su cuerpo aparecerá en un callejón cualquiera y sus padres, que pasan en Francia la mayor parte del tiempo, le dirán a la poli que su hija se había escapado de casa. Y la poli los creerá porque su padre es banquero de inversiones y su madre lleva ropa de diseño, y ya se sabe que la gente así no miente, ¿a que no?

Allie no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Hablas en serio? Carter, ¿me estás diciendo que nada de esto va a salir nunca a la luz?

—Claro que no, Allie. ¿Por qué crees que nunca antes habías oído hablar de Cimmeria? —hablaba con amargura—. ¿No lo captas? ¿No sabes dónde estás?

Allie no supo qué contestar. Trató de elegir bien las palabras.

—Carter, ¿qué es lo que pasa aquí en realidad?

—Eso es lo que trato de averiguar —repuso él con la mirada perdida en el camposanto—. Mira, Cimmeria es un lugar muy peculiar, un entorno muy cerrado.

Todo el mundo se conoce. Y todos están aquí por alguna razón. ¿Recuerdas que la primera vez que hablamos te enfadaste conmigo? Creíste que yo insinuaba que no tenías derecho a estar aquí.

Sonrojándose al revivir la vergüenza que había sentido, Allie asintió.

—Nunca llegan alumnos nuevos en mitad del verano a no ser que posean una fuerte relación con el colegio, como que sus padres formen parte del consejo directivo o que varias generaciones de su familia hayan estudiado aquí. Cosas así —le explicó Carter—. Yo solo intentaba averiguar cuál era tu caso. Pero resulta que no coincides con ninguno. No guardas ninguna relación con la escuela en absoluto.

La miró directamente a los ojos.

—Eso no es posible.

Sentada a horcajadas sobre la rama, Allie se mordió la uña del dedo pulgar mientras intentaba asimilar lo que Carter le estaba diciendo. La noche le iba ganando terreno al sol de verano y cada vez le costaba más distinguir los rasgos del chico a la luz agonizante.

—No sé qué decirte —repuso Allie—. Mis padres me dijeron que la policía les había recomendado esta escuela; o, como mínimo —se esforzó por recordar—, lo dieron a entender. Estaban en plan **top secret**. Ni siquiera me dijeron dónde estaba el colegio. Sigo sin conocer el nombre del pueblo más cercano. Todo fue superraro, muy precipitado y a lo James Bond.

Carter negó con la cabeza.

—La policía de Londres nunca recomendaría este colegio porque jamás ha oído hablar de él. De modo que tus padres te mintieron. Ahora bien, ¿por qué iban a hacer algo así?

Con el corazón desbocado, Allie se esforzó por respirar con normalidad y no dejarse llevar por el pánico. (**Cinco inspiraciones, cuatro exhalaciones.**)

—¿Sabes qué, Carter? —tragó con fuerza para deshacer el nudo que tenía en la garganta—. Tienes razón. En realidad no sé dónde estoy.

—Entonces tienes que averiguarlo —repuso Carter—. Y debes decidir cuanto antes quién merece tu confianza.

Dieciocho

Todo aquello era más de lo que Allie se sentía capaz de afrontar. Temblando, se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Carter, si te has propuesto aterrorizarme, te aseguro que lo has conseguido. Así que, ¿por qué no paras ya?

Él guardó silencio durante un largo minuto, transcurrido el cual lanzó un fuerte suspiro.

—Siento mucho haberme desahogado contigo y por nada del mundo querría asustarte, pero debes comprender que todo esto es muy grave.

—Soy consciente de la gravedad de este asunto desde el mismo instante en el que resbalé con la sangre de Ruth —le espetó Allie—. Lo pillo, ¿vale? No soy tonta, maldita sea. Estamos metidos en un buen lío. Se está cocinando algo muy turbio. Están asesinando gente. Y este colegio es rarísimo. Y yo no debería estar aquí.

Deslizándose por la rama, Carter se acercó tanto a Allie que le rozó las rodillas con las suyas. Y allí, muy cerca, la abrazó. Al principio, ella intentó zafarse, pero él la sujetó con fuerza.

—Perdona, no debería hacerte esto. Es solo que no quiero que te pase nada malo —le dijo.

Allie profirió algo parecido a un sollozo y poco a poco se dejó envolver en su abrazo. El calor de su cuerpo le inspiraba seguridad.

Carter la soltó y se alejó lo bastante como para mirarla a los ojos.

—Es verdad, intentaba asustarte, pero solo porque temo lo que te pueda pasar. De hecho, si hoy te he pedido que vinieras aquí, ha sido con el propósito de convencerte de que te vuelvas a casa.

Ella lo miró de hito en hito mientras Carter, tropezando con las palabras, proseguía.

—Supuse que te dejarían marchar si alegabas, no sé, estrés mental o algo así.

Allie abrió la boca para discutir pero él siguió hablando sin darle tiempo a decir una sola palabra.

—El caso es que me he dado cuenta de que no quiero. Que te vayas, quiero decir. O sea, espero que te quedes, de verdad. Ya se nos ocurrirá algo.

—Pues mejor que sea así —replicó ella sucintamente—, porque ya no tengo adónde ir.

En la oscuridad, Allie ni siquiera pudo verle los ojos cuando Carter le dijo:

—Entonces estás igual que yo.

El chico miró al cielo, donde las últimas luces empezaban a apagarse.

—Será mejor que nos vayamos. Se hace tarde.

Saltó de la rama con agilidad. Luego se dio media vuelta y cogió a Allie por la

cintura para ayudarla a bajar. Ella se apoyó en sus hombros mientras él la depositaba en el suelo. Se miraron durante un segundo y luego Carter volvió la vista a la verja.

—No te quedes atrás, Sheridan —dijo con voz ronca.

—Voy detrás de ti.

Mientras corrían por el sendero que discurría hasta el colegio, el sol se ocultó por completo. Y con la oscuridad llegó el desasosiego. Trotando entre la penumbra,

Allie miraba a su alrededor, pendiente de cualquier movimiento o peligro que pudiera agazaparse en el bosque. La brisa agitaba las copas de los pinos con un murmullo lúgubre. Advirtió que Carter, con los cinco sentidos atentos, permanecía alerta a cualquier sonido, y se pegó a su lado, sincronizando sus movimientos con los del chico paso por paso. No intercambiaron palabra hasta que llegaron al lindero del bosque y divisaron el edificio a lo lejos. Pararon a descansar justo al borde del jardín delantero.

Aun siendo consciente de que ya no quedaba ningún lugar seguro, Allie se alegró de ver el colegio, cuyas luces asomaban por los ventanales emplomados. Sintió que su ánimo mejoraba ligeramente.

—Bien —dijo Carter, que jadeaba tras la carrera por el bosque—, te diré lo que haremos. Aunque las entradas estén vigiladas, no creo que haya nadie en la puerta principal a estas horas. Corre hacia allí tan rápido como puedas. Yo te sigo.

Allie lo desafió con la mirada.

—¿Qué te has creído, que corres más deprisa que yo?

Carter no pudo contener una sonrisa.

—Vale. Te echo una carrera.

—¿Y cuál es el premio? —preguntó Allie enarcando una ceja.

Carter rio por lo bajo.

—Ya se me ocurrirá algo.

—O a mí. ¡Un dos tres YA!

Le tomó por sorpresa y salió como una exhalación, moviendo los brazos con fuerza mientras las piernas la impulsaban sobre la hierba; Carter arrancó en postura de salida para coger potencia antes de que ella le ganara demasiado terreno.

—Eso es... trampa —jadeó a la zaga de Allie.

—Te aguantas —le espetó ella, y siguió acelerando.

Allie no pudo sino admirar la rapidez de Carter. Aunque le llevaba ventaja, llegaron a la escalinata casi al mismo tiempo. Pugnando por alcanzar la entrada en primer lugar, se abrieron paso a codazos y asieron el pomo casi a la vez, primero Carter y luego Allie. En broma, se empujaron mutuamente, cada cual tratando de impedir que el otro abriera la puerta.

—¡Chist! —siseó Carter de repente, y ambos permanecieron inmóviles,

escuchando.

Entonces Allie oyó lo que había sobresaltado al chico: unos pasos en el interior. No se atrevía ni a pestañear. Los cuerpos de ambos estaban enredados entre sí: los brazos de Carter rodeaban a Allie en dirección al pomo, mientras que ella tenía una mano en la puerta y la otra contra el cuerpo de él. Al inhalar aquel efluvio característico a café y especias, a Allie se le aceleró el corazón. Advirtió que él estaba temblando, y cuando alzó la vista descubrió que la miraba con aquellos ojos tan oscuros como la noche que los envolvía.

—Creo que se han ido —susurró Carter sin apartar la vista.

Ella asintió, sin atreverse a pronunciar palabra.

—¿Lista? —preguntó él.

—Sí.

El susurro de Allie fue casi inaudible.

Arrancando la mirada con esfuerzo, Allie se volvió hacia la puerta y se hundió en el calor de Carter apenas el tiempo que él tardó en girar el pomo.

La hoja se abrió en silencio... El vestíbulo de entrada estaba desierto.

—Actúa con frialdad —murmuró Carter, dándole un ligero empujón al mismo tiempo para obligarla a entrar en el edificio.

La sacudida la llevó de vuelta a la realidad.

—Eso siempre —repuso ella. Con la barbilla alzada, entró de puntillas en el vestíbulo.

Él ajustó la puerta y ambos echaron a andar tranquilamente.

Allie todavía no se había repuesto de lo que acababa de pasar entre los dos, fuera lo que fuese, pero Carter había recuperado su laconismo habitual, como si no se hubiera dado cuenta.

—Eres rápida —comentó.

—Siempre me ha gustado mucho correr —intentó imitar su tono indiferente—. Siempre es bueno saber que puedes salir pitando.

Una sonrisa asomó a los labios de Carter.

—¿Por qué será que no me sorprende? —casi habían alcanzado la escalera—. Bueno, tengo que ir al dormitorio de los chicos. ¿Te importa seguir sola desde aquí? —Ningún problema —repuso Allie.

—Vale —se despidió él blandiendo el puño al mismo tiempo—. Hasta luego, entonces.

Ella entrechocó el puño con el de Carter y se dispuso a subir las escaleras. Sin embargo, mientras el chico se alejaba por el vasto pasillo, susurró a sus espaldas, con voz muy queda para que no pudiera oírla:

—Buenas noches, Carter.

El sol entraba a raudales por las ventanas de la escalera principal cuando Allie bajó brincando a la mañana siguiente, con las puntas de la melena todavía húmedas.

La noche anterior había llegado tan agotada que se había quedado dormida nada más acostarse. Debió de dormir como un tronco, porque no recordaba haber tenido pesadillas, ni sueños de ninguna clase. Aquella mañana, después de una ducha caliente, se sentía ella misma por primera vez desde el baile de verano.

Reinaba el bullicio en el comedor, aunque menos estridente de lo habitual. Al no ver a Jo ni a Gabe por ninguna parte, se sentó junto a Lucas.

—Hola —le dijo casi sin mirarlo, concentrada en los huevos revueltos y el beicon que tenía en el plato.

Lucas apenas esperó a que se sentara.

—Gabe y Jo llevan desde ayer por la noche desaparecidos en combate. ¿Sabes si les pasa algo? —quiso saber.

Masticando con entusiasmo, Allie negó con la cabeza.

—Yo no los he visto —contestó después de tragar con esfuerzo—. Caray. Qué hambre tengo.

—¿Has podido ver a Lisa por fin? —siguió preguntando él.

—No, ¿y tú?

Él asintió.

—Esta mañana. Está hecha polvo, pero consciente.

Allie sintió tanto alivio que se olvidó del plato.

—¡Eh, Lucas, es genial! Buscaré a Jo después de desayunar e iremos a verla.

Tras engullir el resto del desayuno, se dirigió a los dormitorios en busca de Jo, tan deprisa que casi corría cuando una puerta se abrió a su paso. Mientras la esquivaba, vio salir a Katie soplándose las uñas recién pintadas.

—¿Te importaría mirar por dónde vas, Allie? —le espetó tratando de poner a salvo su impecable manicura rosa pálido—. Siempre vas corriendo por el pasillo como si te persiguiera una estampida.

—Perdona, bru... digo, Katie —repuso Allie con dulzura mientras pasaba junto a Katie a un paso algo más relajado.

Por desgracia, Katie echó a andar tras ella.

—¿Adónde vas? ¿Estás buscando a Jo?

Allie no se volvió a mirarla.

—¿Por qué, Katie? ¿Eres su agente de prensa?

—No seas tonta. Es solo que... estoy preocupada por ella.

No parecía en absoluto preocupada, y Allie notó un hormigueo en la piel, signo de que algo no andaba bien. Las señales de alarma desfilaron por su mente. Se detuvo en seco y se dio media vuelta.

—¿Por qué estás preocupada por ella? ¿Qué ha pasado?

Katie se sopló las uñas con un ademán de ensayada languidez.

—No ha pasado nada. Es solo que la he visto esta mañana y parecía algo alterada. Bueno, no soy una experta, pero juraría que se había tomado algo.

Allie notó un nudo en el estómago.

—¿A qué te refieres con «algo»? Jo no se droga.

—Y yo pensaba que vosotras dos erais amigas —replicó Katie—. Bueno, si no te lo ha contado, será porque no confía en ti. Así que mejor me callo.

Con los puños apretados a los costados, Allie se encaminó hacia el cuarto de Jo.

—Me da igual, Katie. Vete a cotillear con Jules o con las bobas de tus amigas y pasa de mí.

—Encantada —respondió Katie, que echó a andar en dirección contraria—. Pero te has equivocado de camino. La última vez que he visto a Jo se dirigía hacia tu cuarto. No hacia el suyo.

Allie no quiso hacerle caso y siguió caminando hacia el cuarto de Jo, pero avivó el paso mientras las palabras de Katie resonaban en sus oídos. ¿Por qué iba a entrar Jo en la habitación de Allie? Llamó dos veces a la puerta antes de abrirla sin aguardar respuesta.

El cuarto se hallaba vacío.

La contraventana estaba abierta y las luces apagadas. La cama, aunque revuelta, parecía intacta. Las ropas se amontonaban en el suelo en un desorden poco habitual y los cajones estaban abiertos a medias, como si Jo hubiera buscado algo a toda prisa.

Decidida a ignorar cualquier información procedente de Katie, Allie se sentó al escritorio a esperar a su amiga. A lo mejor Jo andaba por allí cerca. Al cabo de un rato tuvo que aceptar que no iba a volver.

De camino a su propio cuarto, Allie recorría el pasillo más despacio que la primera vez. Al abrir la puerta de su dormitorio la asaltó un terror difuso.

No había nada en su sitio. Las luces estaban encendidas y reinaba el caos en la habitación. Alguien había abierto los cajones del escritorio y había saqueado el interior: bolígrafos, libros y papeles se esparcían por el suelo.

Prudente, Allie miró a su alrededor antes de entrar, pero el cuarto estaba vacío. Perpleja, recogía sus pertenencias conforme se iba internando en la habitación, reuniendo papeles y apilando los libros en un montón ordenado. Para cuando llegó al escritorio, comprendió que lo que había estado recogiendo no era sino su propio ejemplar del Reglamento hecho pedazos.

Alguien había trazado una gruesa línea en la portada y había garabateado:

¡¡¡APESTA!!!

Al hojear las páginas, descubrió una nota en el dorso. Costaba descifrar la

furibunda caligrafía, pero supo que la había escrito Jo aun antes de leerla.

A.:

Todo se ha ido a la mierda. Todo el mundo miente. Tienes que saber la verdad pero nadie te la dirá. Ven a hablar conmigo; estoy en el tejado. NO LE DIGAS A GABE dónde estoy.

J.

—Mierda.

Apenas hubo lanzado la exclamación, advirtió la ventana abierta de par en par.

Fue corriendo a cerrar la puerta. La cabeza le daba vueltas. *¿Qué debo hacer?*

Se asomó a la ventana por encima del escritorio. Los dormitorios quedaban justo debajo de la buhardilla. Miró hacia abajo.

Una gran distancia la separaba del suelo.

Sin embargo, Carter lo había hecho. Si él podía, ella no iba a ser menos. Inspiró hondo y fue sacando el cuerpo con cuidado hasta sentarse en el alféizar, con los pies apoyados en el bajante victoriano, justo donde él se había encaramado hacía unos días.

—¿Jo? —susurró por probar.

No obtuvo respuesta.

Abajo sonaban voces y el crujido de los pasos por el camino de grava.

Con el marco de la ventana a modo de sujeción, comprobó la resistencia del bajante. Aguantaba su peso. Se dio la vuelta para colocarse de cara al muro y, cogiéndose a la ventana primero y al alerón de pizarra después, fue avanzando por el borde del bajante a lo largo de casi dos metros hasta llegar a otra cornisa, a la que ascendió buscando asideros entre los ladrillos. Una vez allí hizo un descanso. Jadeando pesadamente, miró a su alrededor.

—¿Jo?

Una especie de susurro en lo alto la indujo a alzar la vista, pero no vio nada. De inmediato oyó una risilla amarga.

—El primero en llegar se queda con el mejor sitio.

Jo parecía irritada.

Gruñendo del esfuerzo, Allie escaló hasta la siguiente cornisa, desde donde alcanzaba a ver el tejado. Jo estaba sentada en lo más alto apoyada contra una chimenea. Su pelo parecía un estropajo y Allie advirtió que había estado llorando.

—Dios mío, Jo, ¿cómo has subido hasta allí? ¿Y cómo conseguiremos bajarte?

La otra agitó la mano con desdén.

—No seas tan cobarde, Allie. ¿Por qué no corres algún riesgo de vez en cuando?

Sin miedo, se levantó de un salto para plantarse en precario equilibrio justo en la punta del tejado a dos aguas.

Conteniendo el aliento, Allie buscó el modo de reunirse con ella. Divisó una zona del alerón algo mellada donde, si sus cálculos eran ciertos, podría apoyarse para darse impulso hacia arriba. Con cuidado, procedió a avanzar hacia allí. En cuanto inició la ascensión, descubrió que las tejas creaban una serie natural de puntos de apoyo y de agarre.

Sin embargo, en el último tramo, dio un traspiés. Al notar que resbalaba quiso gritar pero ningún sonido acudió a su garganta.

En la caída, palpó una pieza de mampostería que le sirvió de sujeción. Al tener dónde agarrarse, tanteó la pared con los pies hasta encontrar una teja mellada.

En cuanto sus pies recuperaron el contacto con el tejado, se dio impulso con todas sus fuerzas hasta quedar despatarrada sobre la pizarra.

Apoyada contra la gran chimenea, Jo —que no había movido ni un dedo para ayudarla— aplaudió con ironía.

—¡Hurra por Allie! Ha conquistado el puesto más alto en la escala del éxito de Cimmeria y lo ha hecho en un abrir y cerrar de ojos. Creo que se merece un trago. ¿Qué opina el público?

Inclinada hacia Allie, sacó la botella de vodka que tapaban sus pies y se la tendió. Faltaba la mitad.

—Bebe un trago. El público piensa que te lo mereces.

Allie, enfadada y temblorosa por el peligro que acababa de correr, ignoró la bebida.

—¿Qué público, Jo? ¿De qué diablos estás hablando? ¿Y qué estás haciendo aquí arriba?

Encogiéndose de hombros, Jo quitó el tapón de la botella y bebió. Hizo una mueca al notar el fuerte sabor.

—Sabes, una no llega a acostumbrarse —dijo mientras devolvía el tapón a la botella—. El gusto de Isabelle en materia de vodka es más que dudoso. Cualquiera pensaría que guarda Grey Goose o Absolut entre sus provisiones, pero no. Solo este asqueroso brebaje ruso.

¿Cómo es posible que esté borracha a las ocho de la mañana?, se extrañó Allie.

—Jo, ¿llevas toda la noche bebiendo?

—¡Claro que no! No digas tonterías. Solo las últimas... ¿Qué hora es? —al torcer el brazo para mirar el reloj, derramó vodka en el tejado—. ¡Uy!

Allie trató de aparentar calma.

—Por favor, Jo, siéntate y habla conmigo.

—¡Claro que sí, Allie! —Jo le sonrió con tanta alegría como si estuvieran manteniendo una charla de sobremesa—. Estoy deseando hablar contigo. Pero es que llevo siglos sentada. Me apetece mucho más quedarme de pie y desperezarme.

Giró sobre sí misma como una bailarina, pero empezó a tambalearse. Allie, ahogando un grito, se tapó la boca con las manos, sin embargo Jo, que había recuperado el equilibrio, se echó a reír.

—¡Por poco!

El corazón de Allie latía a tanta velocidad que temió sufrir un ataque.

—Por favor, Jo. Te lo suplico, siéntate y háblame. Beberé contigo. Pero... siéntate.

Como si acabara de recordar algo, Jo se fue agachando hasta sentarse en el tejado. La tristeza había sustituido la sonrisa en su rostro y grandes lagrimones manaban de sus ojos.

—Nadie me entiende, Allie. Ni siquiera tú. Eres mi mejor amiga y no te puedo contar la verdad. No sabes cuánto me entristece eso.

Llorosa, cogió la botella para dar otro trago. Luego se frotó los ojos con el antebrazo y se la tendió a Allie, que simuló beber y, fingiéndose distraída, se la quedó.

Se acercó a Jo.

—Cielo, siento mucho que estés tan triste. ¿Ha pasado algo?

Jo la miró como si Allie hubiera perdido el juicio.

—¡Pues claro que ha pasado algo, Allie! ¡Ruth ha muerto! Está muerta. Y nadie va a decir la verdad de lo que pasó. ¡Son todos unos mentirosos! —apuntó a Allie con un dedo vacilante—. Y tú no sabes nada. Todo el mundo te mantiene en la inopia porque no saben qué haces aquí. Ni quién eres. ¿Quién eres, Allie Sheridan?

Allie levantó las manos.

—Solo soy... yo, Jo. No soy nadie.

Jo agitó la cabeza de un lado a otro con vehemencia, cada vez más enfadada.

—¡No, no, no! Eso tampoco es verdad. No sabes nada. No tienes ni idea. Y eso es... una idiotez. Pero nadie te lo dirá. Nadie te lo dirá —de repente, alzó la vista y buscó los ojos de Allie con una expresión como de iluminada—. Yo sé cosas, pero no te las diré.

Allie tragó saliva.

—¿Qué sabes, Jo? ¿Sabes quién mató a Ruth?

Jo entornó los ojos con malicia.

—Todo el mundo sabe lo que está pasando, Allie. Todo el mundo excepto tú —y añadió canturreando—: Pero no te lo diré...

—Jo, tienes que decírmelo —el corazón de Allie latía desbocado, pero se las ingenió para adoptar un semblante impasible—. Es muy importante. La policía debe

saberlo.

Jo asintió con la cabeza y se deshizo en lágrimas otra vez.

—Mis padres no quieren que viva con ellos, ¿lo sabías, Allie? No les importo un comino.

Ella intentó sonsacarla.

—Claro que les importas, Jo. Seguro que sí. Son tus padres. Pero háblame de Ru...

—¡No, no les importo! —bramó—. Mis padres adoran el dinero y Saint Tropez, y Hong Kong, y Ciudad del Cabo, pero no a mí. A mí no me quieren.

Se echó a llorar desconsoladamente. Aprovechando la distracción, Allie se acercó a hurtadillas por el tejado... lo bastante como para poder asirla de ser necesario.

—Oh, Jo, no lo sabía —su amiga estaba completamente ida, pero tenía que incitarla a hablar de Ruth—. Cuéntame quién atacó a Ruth, Jo. Y luego seguimos hablando de tu familia.

Esta la fulminó con la mirada.

—No trates de enredarme, Allie.

Mientras Jo hablaba, Allie oyó unos movimientos procedentes del alerón. Antes de que le diera tiempo a reaccionar, Carter apareció por allí, trepando con agilidad hasta llegar junto a ellas.

—¿Qué tal, señoritas? —dijo en un tono premeditadamente informal—. ¿Cómo va eso?

A través de las lágrimas, Jo lo obsequió con una gran sonrisa.

—¡Carter West! Te quiero, Carter West. Eres tan guapo y tienes unos ojos tan oscuros. Habría salido contigo si no hubiera conocido a Gabe —se quedó pensando un momento—. No, habría salido con Lucas si no hubiera conocido a Gabe. Pero si las cosas con Lucas no hubieran funcionado, habría salido contigo.

Seguro. O quizá con Sylvain.

Carter no titubeó.

—Y yo habría salido contigo, Jo. Porque eres la chica más guapa del colegio.

Con el rostro abotargado y el pelo de punta, Jo sonrió con timidez al decir:

—¿De verdad? Es lo más bonito que nadie me ha dicho nunca. Dame un abrazo.

Se puso en pie de un salto y empezó a tambalearse peligrosamente, moviendo los brazos a los lados como dos molinillos. Allie, ahogando un grito, tendió los brazos hacia ella, pero Carter llegó a su lado en un instante, la abrazó y se echó a reír con ella.

—Cuidado, Jo, esto está bastante alto.

Ella hizo caso omiso del comentario.

—Te quiero, Carter West. Eres mucho más simpático que Gabe.

Él la obligó a sentarse con delicadeza, sin perderla de vista ni un momento.

—Pero tú sabes que Gabe te quiere mucho, ¿no? ¿Por qué no le decimos que venga y hablas con él?

—Gabe no me quiere. Nunca dice la verdad. Es un mentiroso, como todos los demás —miró a Carter con ademán dubitativo—. Aunque no estoy segura de que tú seas uno de ellos.

Volvió a levantarse con inseguridad, pero apartó las manos de Carter cuando este trató de detenerla.

—Carter, tú sabes quién es Gabe. Allie no tiene ni idea, pero tú sí —se volvió a mirar a Allie—. Gabe es un tipo importante; mucho más que tú, que yo o que

Carter. Pertenece a la Night School; ¿sabes lo que es la Night School, Allie?

Paralizado, Carter miraba a Jo sin saber qué hacer. Allie negó con la cabeza.

—Pues es un puñado de chicos y chicas que juegan a ser caballeros o soldados o dioses o algo así. Se creen los reyes del mundo —señaló a Allie—. Y no les caes bien, ¿lo sabías? Te consideran peligrosa. Yo les digo que están equivocados, ¡pero no me creen! ¿Dónde está el vodka?

Al divisar la botella a los pies de Allie, Jo dio un paso hacia ella. Poniéndose en pie, su amiga cogió el vodka y miró a Carter sin pronunciar palabra, sin embargo antes de que pudieran decidir qué hacer, la otra alargó el brazo para quitársela.

Carter intentó sostenerla pero todo sucedió en un instante: Jo tropezó con una teja suelta y perdió el equilibrio. Sin nada a lo que agarrarse, rodó por la pendiente del tejado y desapareció con un grito penetrante.

Las manos exangües de Allie soltaron la botella, que se estrelló contra el suelo entre un estallido de cristales rotos. Durante el horrible momento que siguió, oyó una voz gritando a lo lejos antes de comprender que era la suya.

Carter se quedó mirando como alelado el lugar que Jo acababa de abandonar. Aquel único segundo pareció extenderse más allá de lo que permiten los límites de la física.

Justo entonces oyeron unos arañazos procedentes del borde del tejado. Antes de que Allie pudiera reaccionar, Carter se abalanzó sobre su estómago para ir bajando, centímetro a centímetro, hasta el alerón. Allie lo imitó, y ambos vieron unas manos ensangrentadas que buscaban un punto de agarre. Reaccionaron al mismo tiempo. Carter cogió la muñeca izquierda de Jo y pocos segundos después Allie tenía aferrada también su mano derecha. Alcanzó a ver, por encima del hombro de su amiga, la caída en picado hasta el suelo.

Oyó unos gemidos agudos procedentes de debajo del tejado, como si Jo estuviera demasiado asustada para llorar. Allie apenas podía sostener aquella mano resbaladiza de sangre. Mientras se esforzaba por no soltarla, Carter le ordenó:

—Coge la muñeca.

En cuanto le fue posible, Allie agarró el brazo de Jo, pero como ella misma estaba

boca abajo en la empinada pendiente precisaba todas sus fuerzas para sostener a Jo sin precipitarse con ella. Jamás podrían levantarla a pulso. Carter hacía tanta fuerza que el rostro se le había puesto morado, pero en aquella posición incluso él experimentaba dificultades.

—Vale, probemos algo distinto. Suéltale el brazo —le dijo a Allie jadeando—. Voy a tratar de sentarme, a ver si así consigo más margen de maniobra para tirar de ella. Cógeme por la cintura y no me sueltes —la miró a los ojos y añadió—: No nos dejes caer, Allie.

Tan asustada que no podía ni hablar, Allie asintió con la cabeza para hacerle saber que había comprendido. Asiendo el brazo de Jo con desesperación, Carter cambió de posición con un gruñido de esfuerzo. En cuanto estuvo sentado, Allie soltó a su amiga y se colocó detrás de Carter a toda prisa con los talones firmemente plantados sobre las tejas. Tan pronto como sintió sus brazos en la cintura, Carter gritó:

—A la de tres, estira hacia atrás con todas tus fuerzas. Un, dos...

Al llegar al tres, Allie clavó los talones y tiró.

El torso de Jo asomó por la orilla del tejado.

Carter y Allie retrocedieron y...

—¡Otra vez! —ordenó él—. ¡Tira!

En cuanto Jo alcanzó el tejado, se precipitaron a cogerla para ponerla a salvo.

Lágrimas de alivio inundaron los ojos de Allie. Jadeando por el esfuerzo, gateó hacia su amiga.

—¿Te encuentras bien?

Le tomó las manos para examinar las heridas. Al verlas, hizo un gesto de dolor.

—Oh, Jo —se lamentó.

Esta había perdido varias uñas de cuajo y tenía un corte profundo en la palma de la mano izquierda que sangraba profusamente.

—¿Allie? ¿Jo? ¿Estáis ahí arriba? —gritó Gabe desde abajo.

Carter y Allie intercambiaron una mirada, pero fue Jo quien respondió llorando:

—¡Gabe, ayúdame!

—¿Jo! —volvió a gritar él en tono aterrado.

Allie lo oyó trepar a toda prisa, al parecer siguiendo la misma ruta que había tomado Carter hacía un rato.

Al llegar al tejado los miró unos instantes de hito en hito antes de correr hacia Jo.

—Pero ¿qué diablos ha pasado? ¿Qué te has hecho en las manos?

Al no obtener respuesta se volvió hacia ellos.

—¿Carter?

La voz de este sonó apagada por tanta tensión liberada.

—Se ha caído del tejado. Creo que se ha hecho daño al agarrarse. Tenemos que llevarla a la enfermería.

—Jesús —Gabe rodeó a Jo con los brazos y la ayudó a levantarse, pero tuvo que sostenerla porque las piernas no la aguantaban en pie. Mirando a Carter por encima de Jo, articuló—: ¿Vodka?

Carter asintió. Aunque Gabe parecía triste, mantenía la calma.

—Ya te tengo, nena. Te voy a bajar de aquí. Carter, ¿me ayudas?

Este último se volvió hacia Allie para decirle:

—Quédate aquí, ¿vale? No te muevas. Volveré para enseñarte un camino seguro.

Incapaz de pronunciar palabra, Allie accedió con un movimiento de la cabeza antes de que Carter se reuniera con Gabe. Los oyó bajar a Jo por la cornisa y ayudarla a entrar por la ventana. Mantuvieron una conversación en voz baja que no alcanzó a descifrar y luego oyó que Carter regresaba.

Sentada en el tejado, rodeándose el cuerpo con los brazos, Allie se mecía adelante y atrás contando cada movimiento.

(Ciento diecisiete, ciento dieciocho, ciento...)

—¿Te encuentras bien?

Carter se acuclilló a su lado para mirarla a los ojos. Allie comprendió cuán preocupado estaba cuando lo vio enjugarse una lágrima con la punta de los dedos.

Se irguió y asintió.

—Entonces salgamos de este maldito tejado.

Tras ayudarla a ponerse en pie la guió más allá del lugar por donde ella había trepado hasta una zona donde la pendiente era menos escarpada. Desde allí le fue fácil dejarse caer a una sólida cornisa y caminar la corta distancia que la separaba del alféizar de su habitación.

Al cruzar al escritorio, se dio un fuerte golpe en la cabeza contra el marco de la ventana. Una vez dentro, se tambaleó por el cuarto con la cabeza entre las manos mientras él saltaba con agilidad por la ventana y la miraba sorprendido.

Pese a todo lo que acababan de experimentar, Allie advirtió que Carter se esforzaba por no sonreír.

—Allie, ¿qué te has hecho ahora?

Ella se señaló la cabeza.

—Ven aquí —tomándola de la mano, la atrajo hacia sí para echar un vistazo al chichón—. En serio, si sales viva de Cimmeria, no te va a quedar ni una neurona.

Le besó la herida con un beso tan sutil como un deseo.

—Ya está. Creo que con este tratamiento será suficiente.

Tal vez fuese coincidencia, pero Allie se sintió mejor.

—¿Cómo nos has encontrado? —le preguntó.

—Jules me ha dicho que creía que estabais en apuros. He venido a buscaros. No estabais aquí pero he visto esto —señaló la nota del escritorio— y la ventana abierta, de modo que he sumado dos y dos.

—Gracias, Carter —le dijo en tono ferviente—. Creo que has salvado la vida de Jo.

—Preferiría que, sencillamente, no os hubierais metido en este lío —replicó él, pero sonrió de todos modos—. Venga, ¿vamos a buscar a Gabe y a Jo para asegurarnos de que están bien?

Mientras asentía, Allie advirtió sorprendida que sonreía también.

—Gracias.

—De nada —repuso él—. Ahora intenta no caerte en el pasillo.

Ella le dio un suave puñetazo en el brazo al mismo tiempo que abría la puerta, pero retrocedió dando un respingo.

Al otro lado, Isabelle aguardaba con los brazos en jarras.

Diecinueve

Allie y Carter recorrieron el pasillo flanqueados por Isabelle y Matthew. Ella tuvo la sensación de que los escoltaban. Ninguno de los dos había dicho ni pío. La directora se había limitado a ordenar: «Carter, Allie. Acompañadnos, por favor», y habían echado a andar.

Caminaron a paso vivo hacia la oficina de Isabelle. Ella les cedió el paso y entró en último lugar antes de sentarse en la silla de detrás del escritorio. Matthew se quedó a su lado con una mano apoyada en el respaldo. La directora no hizo presentaciones.

—Os he hecho venir porque quiero saber si he cometido un error —Isabelle clavó los ojos en Allie.

—¿A qué... a qué te refieres? —preguntó ella con pies de plomo.

—Me salté muchas reglas al dejarte venir a este colegio —hablaba con una voz entrecortada de furia—. ¿Me equivoqué?

Justo cuando Allie empezaba a notar que se le hacía un nudo en el estómago, alguien llamó a la puerta.

—Pasa —ordenó Isabelle.

Sylvain entró en la sala. Miró a su alrededor, evitando los ojos de Allie, antes de cerrar la puerta y apoyarse contra la hoja.

Con el corazón en un puño, Allie volvió a mirar al frente.

—No te entiendo —insistió—. ¿Qué he hecho?

—Di instrucciones explícitas de que los alumnos permanecieran en el edificio, y no solo he descubierto que has estado bebiendo con Jo Arringford en el tejado sino que también has ido a la capilla sin permiso. Ahora te pregunto, ¿qué debo pensar, Allie, salvo que me has desobedecido?

Ella se la quedó mirando de hito en hito. ¿Cómo sabe lo de la capilla?

Carter dio un paso adelante.

—Un momento, Isabelle. Allie fue a la capilla porque yo se lo pedí. La acompañé durante todo el camino. No corrió peligro.

—Y Jo estaba muy alterada —intervino Allie—. Tenía miedo de que se hiciera daño. Solo intentaba ayudarla.

La mirada de Isabelle era gélida.

—Una botella ha caído del tejado a pocos centímetros de un alumno. De haber resultado herido, el colegio habría sido responsable. Hay cristales dispersos y, debo añadir, vodka derramado junto a la puerta principal.

Allie estaba tan perpleja y enfadada que tuvo que bajar la vista para que Isabelle no advirtiera la rabia que la embargaba. ***Ruth ha muerto, el colegio se ha incendiado ¿y le preocupa que la denuncien por unos cristales rotos?***

Isabelle se volvió a mirar a Carter.

—¿Y por qué, si se puede saber, la acompañaste todo el camino? Ya conoces el Reglamento.

—Después de lo que pasó con Ruth y Lisa, Allie estaba disgustada. Se estaba planteando dejar el colegio —aclaró Carter—. Quería que se sintiera libre para hablar sin miedo de que alguien pudiera estar escuchando.

Impresionada por la habilidad que Carter acababa de demostrar recurriendo a la verdad para..., bueno, mentir, Allie miró a la directora para ver cómo se lo tomaba. No pareció impresionada.

—Comprendo que Allie esté disgustada, pero hay lugares donde mantener ese tipo de conversaciones en el interior del edificio, Carter —lo reprendió—. Y no me gusta que se ignoren las reglas de manera tan flagrante, sobre todo cuando han sido expresadas en términos tan explícitos y en momentos tan recientes.

Carter mostró las palmas de las manos en un gesto de humildad.

—En ese caso debo ser yo el que se disculpe, no Allie. Fui yo quien insistió en ir a la capilla. Al principio ella se negó porque no quería saltarse el Reglamento, pero la convencí. Si alguien puede ser acusado de desobediencia, soy yo. Pero lo hice movido por lo que consideré buenas razones.

La voz de Carter transmitía una seguridad sorprendente, pensó Allie. Hablaba más en el tono de un hijo que trata de apaciguar a una madre enfadada que en el de un alumno que se dirige a la directora.

—¿Puedo intervenir, Isabelle? —Sylvain la interrogó con la mirada y ella asintió con un breve cabeceo—. Carter, no solo desobedeciste las instrucciones de Isabelle, sino también las mías —dijo con aquel elegante acento francés que parecía enroscarse en cada palabra—. Y al hacerlo, pusiste a Allie en peligro, lo cual es inaceptable.

Por primera vez en el transcurso de la conversación, Carter se puso tenso. Allie lo vio apretar los puños y esforzarse poco después por relajarlos. Guardó silencio.

Isabelle suspiró.

—Es suficiente. Carter, Allie, habéis quebrantado gravemente las normas que decreté ayer por la noche. Comprendo que seáis alterados por lo sucedido durante el baile; de no ser así, ambos os enfrentaríais a castigos y amonestaciones por escrito. Por el contrario, me limitaré a advertiros de que no toleraré ninguna otra infracción por vuestra parte de ahora en adelante.

—¿Y qué le va a pasar a Jo?

La pregunta brotó de los labios de Allie sin que pudiera contenerse.

Isabelle le dirigió una mirada torva.

—Empecemos por determinar qué ha sucedido exactamente en el tejado esta mañana, Allie, ¿te parece?

Esta le contó que había encontrado una nota y que, al ver la ventana abierta, había

trepado para reunirse con Jo en el tejado, así como todo lo sucedido finalmente.

—No sabía qué otra cosa hacer, de verdad, salvo ayudarla —aclaró—. ¿He hecho mal?

—Jo se ha arrancado cuatro uñas —dijo Isabelle—, y se ha hecho un corte muy profundo en una mano, además de numerosas magulladuras. Es de suponer que sufrió todas esas lesiones al caer. Puesto que son superficiales y que su estado de embriaguez es temporal, las enfermeras se han hecho cargo de ella y le han administrado un tranquilizante. Se quedará en la enfermería hasta que determinemos el castigo pertinente. Se lo notificaremos a sus padres.

—¿Será... expulsada?

Allie apretó los brazos de la butaca con tanta fuerza que se le pusieron pálidos los nudillos.

Isabelle le dirigió una mirada de desaprobación.

—No comentaré contigo las medidas disciplinarias que atañen a otros alumnos, Allie.

Matthew se acercó a la directora para susurrarle algo al oído. Cuando acabó de hablar, Isabelle se volvió hacia Allie.

—Puedes marcharte. Ahora, si nos disculpas, me gustaría hablar con Carter en privado.

Allie miró a Carter a hurtadillas, pero este mantuvo la mirada al frente mientras ella abandonaba el despacho. Advirtió que Sylvain y Matthew se quedaban atrás.

No tan en privado, pues.

Al cerrar la puerta se apoyó contra la hoja por si alcanzaba a oír algo, pero el grosor de la madera se lo impidió.

Dio media vuelta y se dirigió a los dormitorios de las chicas, donde se detuvo en el 335.

Retrocedió asustada cuando la puerta se abrió al primer golpe.

Jules iba tan inmaculada como de costumbre, con el uniforme perfecto y ni un cabello fuera de lugar.

—Allie, ¿qué puedo hacer por ti?

Si la visita la sorprendía, procuró no demostrarlo.

—Me gustaría ir a ver a Lisa —repuso Allie—, pero no sé dónde está la enfermería y pensé que tú lo sabrías.

—He oído que al fin ha despertado —la informó Jules—. Ve a la planta baja y sigue después hasta el ala donde están las aulas. Al final del pasillo verás una escalera. Sube al primer piso y la encontrarás.

Allie titubeó, deseando en su fuero interno poder confiar en Jules lo suficiente como para hablar de verdad con ella. Al ver que no hacía ademán de marcharse, la

perfecta enarcó unas cejas impecables y preguntó:

—¿Algo más?

—Yo solo... —Allie se enroscó la orilla de la falda en un dedo—. Carter me ha dicho que le diste el mensaje ayer por la noche. Y quería darte las gracias por ello. No tenías que hacerlo.

Jules cruzó los brazos con desenfado.

—De nada, Allie. Aunque me habría sentido mejor si me hubieses dicho por qué querías verlo en realidad. Y ahora, después de todo lo que ha pasado con Jo Arringford, me pregunto si hice bien.

—¡Pero si lo único que he hecho ha sido ayudar a Jo! —protestó Allie—. Yo no le he dado el vodka ni la he llevado al tejado. Solo he intentado salvarle la vida.

No entiendo qué tiene eso de malo.

—Ya, ¿y por qué no has venido a buscarme primero? —quiso saber Jules.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —le espetó Allie—. Tú solo quieres crearle problemas.

Jules pareció exasperada pero también, pensó Allie, un poco dolida.

—Mientras permanezcáis en esta planta, Allie, Jo y tú estáis bajo mi responsabilidad. Nunca deberías ponerte en peligro como has hecho hoy. Y Carter me ha hablado de tus ataques de pánico... ¿Por qué nunca me lo has contado? Yo no estoy aquí para hacer que te castiguen ni para echarte la bronca. Estoy aquí para ayudarte. Pero haga lo que haga, tú siempre me tratas como si fuera tu enemiga.

Las palabras de Jules pillaron a Allie tan de sorpresa que por un momento se quedó sin habla.

—Pero si yo... yo creía que me odiabas —acabó diciendo.

—No te odio —objetó Jules—. Siempre pareces intimidada y enfadada en mi presencia y yo no sé cómo hacerte comprender que estoy de tu lado.

—Pero eres amiga de Katie Gilmore y ella sí me detesta.

Para sorpresa de Allie, Jules lanzó una breve carcajada. Levantó las manos en ademán de disculpa.

—Soy amiga de Katie y, sí, le caes mal, pero solo porque te tiene celos. Le gusta Sylvain, y Sylvain se ha fijado en ti, algo que hiere sus sentimientos y la empuja a comportarse mal. Está acostumbrada a salirse con la suya. Ahora bien, todo eso no tiene nada que ver conmigo. Siempre le estoy diciendo que madure, que te deje en paz pero —se encogió de hombros— ya es mayorcita para saber lo que hace.

Su expresión mudó a otra más seria.

—No me juzgues a mí por su conducta. Júzgame por mis propios actos.

Avergonzada, Allie se frotó un pie con la punta del otro.

—Lo siento mucho, Jules, me he comportado como una auténtica cretina.

—No pasa nada —la tranquilizó ella—. Tendría que haberme sentado a hablar

contigo mucho antes. Soy la prefecta y debería saber cómo afrontar este tipo de situaciones. En cualquier caso, me gustaría mucho que volviéramos a empezar.

Le tendió la mano al tiempo que la miraba a los ojos.

—¿Amigas?

Allie titubeó una milésima de segundo antes de estrechársela.

—Amigas.

—Muy bien, ahora ve con Lisa... Seguramente se sentirá muy sola allí arriba sin nadie con quien hablar —se despidió Jules, que al entrar en su habitación añadió en el tono oficial que solía adoptar—: Y nada de excursiones al tejado, por favor.

Mientras recorría la ruta descrita por Jules de camino a la enfermería, Allie repasaba mentalmente toda la conversación.

¿Cómo es posible que me haya equivocado tanto con ella? ¿Y de verdad estaba tan equivocada?

Recordó que tanto Carter como Sylvain se reían de ella cuando les decía que Jules no le caía bien; por lo visto ambos la consideraban fantástica, aunque Sylvain había admitido que podía ser un poco especial.

Pero ser especial no es nada malo.

Siempre le había molestado que defendieran a la prefecta y, siendo sincera, si la había juzgado mal, todo cobraba sentido.

Se esforzó por recordar qué cosas había dicho Jules para molestarla, pero solo le vino al pensamiento la expresión perpleja de la chica cada vez que Allie se enfadaba o se disgustaba.

Pese a todo... ¿no era curioso que de repente Jules quisiera ser su amiga? Las palabras pronunciadas por Jo en plena borrachera resonaban en sus oídos: «No les caes bien... Te consideran peligrosa».

Las luces estaban apagadas en la zona de las aulas y Allie palpó la pared en busca de un interruptor. Al no poder encontrarlo siguió andando a toda prisa. Oía el eco de sus propios pasos mientras iba dejando atrás, casi a la carrera, puertas y puertas que dejaban entrever clases desiertas, donde sillas desocupadas y pupitres vacíos aguardaban en filas y corros fantasmales.

Al final de la antesala vio una puerta sin número, por cuyo cristal esmerilado se filtraba la luz del sol.

Debe de ser esa.

La empujó para abrirla.

Divisó los peldaños ascendentes de una angosta escalera de servicio, cuyos amplios ventanales cedían el paso a la luz del sol en cada planta.

Ascendió hasta el primer nivel, un entresuelo entre la planta baja y el primer piso. De la escalera partía un pasillo de techos bajos y suelos de linóleo que contrastaba

con los vastos espacios y la madera bruñida que prevalecía en el resto del edificio. A un lado del pasillo vio una hilera de puertas cerradas, cuyas superficies blancas incluían ventanas de cristal esmerilado, divididas por un crucifijo azul cuidadosamente pintado. Al otro lado se abrían grandes ventanales que dejaban pasar la luz y el aire fresco.

—¿Hola? —probó Allie.

Su voz resonó en el pasillo desierto.

El silencio era tan absoluto que sintió crecer su nerviosismo mientras avanzaba por el corredor soleado. Fue llamando a cada una de las puertas al pasar, probando cada uno de los pomos. Nadie le respondió, y encontró cerradas las tres primeras.

La cuarta, sin embargo, se abrió.

La habitación estaba a oscuras, con las cortinas echadas. Era un cuarto diminuto donde solo cabía una cama.

Allie apenas alcanzó a atisbar una nube de brillante pelo rubio sobre la almohada.

—¿Jo? —susurró introduciendo al mismo tiempo un pie en la habitación con ademán indeciso—. ¿Te encuentras bien?

No obtuvo respuesta, pero algo le dijo que su amiga estaba despierta. Dejando la puerta abierta a su espalda, avanzó de puntillas hasta agacharse junto a la cama de Jo, que tenía los ojos cerrados pero la respiración agitada.

—Eh —musitó Allie—. ¿Cómo estás?

Una lágrima escapó del ojo de su amiga para caer por un costado de su cara. Se la enjugó con una mano completamente vendada.

—No me apetece hablar ahora mismo, Allie.

Tenía la voz ronca y apagada.

Herida, Allie se sintió tentada a discutir, pero decidió marcharse. Mientras cruzaba el umbral se volvió a mirar; tendida de espaldas, Jo contemplaba el techo como si ya estuviera sola.

De nuevo en el pasillo, Allie siguió probando puertas. Al llegar a la tercera después de la habitación de Jo, atisbó un espacio blanco y soleado donde se alineaban dos filas de camas de hospital, separadas por prístinas cortinas ondeantes a la suave brisa que susurraba desde las ventanas entreabiertas. Solo había una cama ocupada.

Tendida sobre una colcha blanca, en un lecho blanco contra una pared también blanca, yacía Lisa con los ojos cerrados como si fuera la palidez personificada; sus pestañas espesas proyectaban sombras que oscurecían su piel. La melena larga y sedosa se extendía sobre las almohadas mientras que un gran apósito le cubría parte de la cara. Llevaba un brazo en cabestrillo.

A Allie se le encogió el corazón al advertir lo delgada que estaba. ***¿Acaso nunca comía? Parecía tan... frágil.***

Al sentarse en una silla junto a la cama, la madera emitió un crujido y Lisa abrió

los ojos.

Esbozó una sonrisa adormilada.

—Allie.

Ella sonrió también, pero unas arrugas de preocupación ensombrecían su ceño.

—Eh. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? Me han dicho que estabas despierta.

Lisa se incorporó con ayuda de las almohadas. Le habían conectado una vía a la muñeca enyesada y tenía magulladuras violáceas en la parte superior de los brazos.

—Estoy bien. Bastante colocada, creo. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo aquí.

La fragilidad que la envolvía agrandaba sus ojos al punto de darles un aire infantil, y Allie sintió el impulso irresistible de protegerla.

—No mucho —Allie tuvo que pararse a pensar—. Bueno, hoy es... ¿qué día es hoy? Domingo, creo.

Se sonrojó ante su propia confusión, pero Lisa se dio por satisfecha.

—Bien. Pensaba que llevaba más tiempo —miró hacia la ventana y su rostro se ensombreció—. Pero pronto se va a hacer de noche, ¿verdad?

Se la veía tan asustada que Allie le apretó la mano.

—No te preocupes. Aquí estás totalmente a salvo.

Lisa no parecía convencida, pero por lo visto los medicamentos alteraban su capacidad de concentración y al poco volvió a relajarse.

—Lisa, ¿qué te pasó? —preguntó Allie—. Jo dice que te perdió de vista cuando se fue la luz, y que no volvió a verte hasta que te encontramos... bueno, ya sabes, en el vestíbulo de entrada.

Los ojos de su amiga se nublaron mientras trataba de recordar.

—Lo recuerdo todo muy borroso. Me acuerdo de que Lucas y yo estábamos bailando. Decidimos ir a dar una vuelta para tomar el aire. Pensábamos salir por la puerta principal porque la trasera estaba atestada. Pero entonces las luces se apagaron. Al principio no le dimos importancia, de hecho hasta nos pareció divertido.

Había velas encendidas en el vestíbulo de entrada, de modo que veíamos y tal. Pero entonces la gente empezó a gritar.

»Lucas me dijo que no me moviera, que enseguida volvería a buscarme, y se fue corriendo para averiguar qué pasaba.

Dejó de hablar para mirar a Allie con ojos inexpresivos.

—Y ya está. No recuerdo nada más. Solo una inmensa oscuridad.

Allie le dio unos golpecitos en la mano.

—Isabelle dice que no tienes nada grave. ¿Has sufrido una conmoción cerebral o algo así? Mi hermano sufrió una hace tiempo y no pudo recordar la caída hasta dos semanas después.

—Sí, la enfermera dice que me golpeé la cabeza al caer y que me corté con algo punzante. Me han puesto doce puntos —se tocó la gasa con aire ausente.

—¿Y qué te pasó en los brazos? —Allie se acercó más y le subió las mangas cortas de la bata hospitalaria con suavidad para examinarle la piel—. Esos cardenales parecen... marcas de dedos.

Mirándose los brazos, Lisa repuso:

—¿Ah, sí? No tengo la menor idea de cómo han llegado ahí. Y supongo que me hice un esguince en la muñeca al caer.

—¿Te han...? —cuando le falló la voz, Allie volvió a intentarlo—: Supongo que te han contado lo de Ruth.

Lisa asintió a punto de echarse a llorar.

—Pero no me lo creo —susurró—. ¿Cómo iba a... suicidarse? Nunca la vi triste o deprimida. Y había hecho un montón de planes de futuro. Quería viajar por el mundo, ¿sabes? No entiendo por qué iba a hacer algo así.

Allie consideró la idea de expresar sus recelos respecto a la versión oficial que rodeaba la muerte de Ruth, pero creyó que Lisa no era la persona apropiada para compartir dudas. No porque no confiara en ella, sino más bien porque no quería preocuparla.

Guardaron silencio un rato, durante el cual Lisa se adormiló, pero cuando Allie se removió, un crujido de la silla la despertó.

—Sigues ahí —la voz soñolienta sonó complacida.

—Claro que sí —repuso Allie—. No deberías pasar tanto tiempo sola. Es demasiado aburrido. Por cierto, ¿dónde están las enfermeras?

Lisa miró a su alrededor como si esperara verlas aparecer por detrás de un armario.

—No lo sé. Es muy raro. Ayer venían mucho por aquí pero hoy apenas las he visto. Cuéntame cosas del mundo real. ¿Qué está pasando?

Allie se preguntó cuánto debería contarle, pero luego comprendió que Lisa conocía a Jo incluso mejor que ella misma.

—No gran cosa. Todo el mundo está un poco raro. Y... Lisa, a Jo se le ha ido la olla esta mañana y ahora está malherida.

Lisa pareció despabilarse.

—¿A qué te refieres? ¿Es que se ha metido en un lío?

Allie le contó lo sucedido por la mañana en el tejado. Cuando hubo terminado, pensó que Lisa se quedaría conmovida, pero esta se limitó a negar con la cabeza.

—Oh, pobre Jo. Debe de estar muy alterada. Ojalá pudiera hablar con ella.

—Lisa, Carter me dijo que ya había hecho antes este tipo de cosas...

La otra asintió.

—Ya conoces a Jo —comentó—. Es encantadora, pero sus padres pasan de ella. Siempre lo han hecho. Creo que empezó a hacer cosas así para llamar la atención y al final se convirtió en una especie de costumbre, supongo. Se hartaron y la enviaron

aquí. Sin embargo, es feliz en el colegio y llevaba mucho tiempo sin hacer cosas raras. Supongo que lo sucedido en el baile la ha superado —adoptó una expresión consternada—. Quería mucho a Ruth, ¿sabes?

Allie asintió.

—Debe de haber sido por eso. Es que nunca la había visto así. No sabía qué hacer.

Lisa le cogió la mano y se la apretó.

—Pobrecita. Debes de pensar que Cimmeria es un manicomio. En realidad, no lo es, ¿sabes? No siempre.

—No pasa nada —Allie puso la otra mano sobre la de Lisa—. ¿Cuándo te dejarán salir?

Su amiga se encogió de hombros.

—No me lo han dicho.

Echando un vistazo al reloj, Allie se levantó.

—Será mejor que vaya a ver qué está pasando ahí fuera. Todo es tan raro... Tengo la sensación de que si yo no estoy, el colegio entero podría... estallar en pedazos. Es escalofriante.

Al coger a Lisa para abrazarla, la notó tan delgada que apenas se atrevió a estrecharla.

Ella le dirigió una sonrisa.

—Gracias por venir a verme.

—Volveré —prometió Allie—. Si te sientes con fuerzas, Jo está a dos puertas de aquí. Pero espera a que se le pase la mona primero.

Mientras cerraba la puerta, oyó a Lisa decir:

—No te olvides de mí...

Veinte

—¡Eh, Allie!

La voz procedía de la sala común, junto a la cual había pasado Allie a su regreso de la enfermería. Cuando se dio la vuelta vio que Lucas le hacía señas.

—Eh, acabo de estar con Lisa —dijo—. Tiene buen aspecto.

—¡Genial! —exclamó él—. Sé que tenía ganas de verte. ¿Jo también ha ido?

Allie negó con la cabeza. **¿Acaso no se ha enterado de lo que ha pasado?**

—¿No has hablado con Gabe? —preguntó con prudencia.

—No, hoy no lo he visto, y tampoco a Carter ni a Jo. ¿Tú sabes qué está pasando?

Allie bajó la voz.

—Hemos tenido un problema esta mañana.

Le contó rápidamente lo sucedido en el tejado. Lucas puso los ojos en blanco.

—Oh, no. Eso otra vez, no.

Allie dio un paso atrás con expresión de sorpresa.

—¿A qué te refieres con «otra vez»?

—Jo solía hacer ese tipo de cosas constantemente. Por eso sus padres la enviaron a este colegio. A veces se le va la olla. Bebe demasiado, se droga, roba un Porsche, se cuela en la boda de un desconocido... Ya sabes. El típico rollo de «mi mamá no me quiere» —no parecía tenerle mucha simpatía—. Por eso rompí con ella. Tanto drama acaba por hartarte.

—¿Crees que la expulsarán? —preguntó ella.

Lucas se echó a reír como si Allie acabara de hacer un chiste.

—Ni hablar. Sus padres están forrados y tienen buenos contactos. Podría cargarse a alguien y se quedaría aquí hasta el día de su graduación e incluso celebraría una fiestecita de despedida.

Antes de que Allie pudiera responder, él prosiguió:

—Sea como sea, al menos eso explica dónde se han metido Jo y Gabe... Ella está en apuros y él intenta sacarle las castañas del fuego, como siempre. Pero ¿dónde está Carter?

Allie le ofreció la versión abreviada de cómo ella y Carter se habían saltado el toque de queda la noche anterior.

—Espero que no se haya metido en un lío —deseó al concluir el relato.

—Oh, Isabelle hará la vista gorda, te lo aseguro. Finge tratarlo como a uno más, pero todo el mundo sabe que lo quiere como a un hijo —le dirigió una mirada muy elocuente—. Y bien, ¿qué hay entre vosotros dos? ¿Estáis juntos ahora?

Roja como un tomate, Allie negó con la cabeza.

—No, claro que no. Solo somos colegas.

—Ya... —Lucas no parecía convencido—. Colegas que se saltan el toque de

queda para pasar un rato a solas en el bosque. Eso es un colega y lo demás son tonterías.

Le estaba tomando el pelo y Allie enrojeció aún más si cabe.

—No seas bobo —se defendió—. Da igual, el caso es que no sé dónde se ha metido.

—Espero que Sylvain no la haya tomado con él. Está muerto de celos al ver que pasas tanto tiempo con Carter ahora que has roto con él.

Allie, que estaba mirando al suelo para ocultar el rubor de su rostro, levantó la cabeza de repente.

—¿Cómo sabes que he roto con él?

Lucas volvió a sonreír.

—Allie, no hay secretos en Cimmeria, sobre todo en lo que respecta a las relaciones. Katie Gilmore lleva dando saltos de alegría desde el viernes por la noche, y anda diciéndole a todo el mundo que Sylvain te dejó —explicó—. Pero dado que suele portarse como un desgraciado, todos hemos dado por supuesto que, en realidad, fuiste tú quien lo dejó a él. ¿Tengo razón?

Allie asintió.

—Ya. Puede ser un auténtico capullo a veces. Eso es lo que les pasa a los hijos únicos de padres multimillonarios —Lucas sonrió con malicia—. Tú te mereces algo mejor. Carter es mucho más guay.

Al ver que Allie insistía en que Carter y ella solo eran amigos, se echó a reír y la interrumpió.

—Mira, me tengo que marchar. Voy a ver si Carter ha regresado a los dormitorios. O Phil o quien sea. Estoy aburrido. Como no pase algo pronto, tendré que ponerme a estudiar. Qué horror.

Justo cuando se disponía a marcharse se acercó una chica alta y elegante.

—¿Has dicho que te ibas a poner a estudiar, Lucas? Por favor, no lo hagas. A lo mejor se acaba el mundo y he oído decir que hay pasta para cenar. No me la quiero perder.

—Muy bien —repuso él—. Entonces buscaré otra cosa que hacer. No quiero que te quedes sin espaguetis por mi culpa.

Allie y la recién llegada se miraron con curiosidad durante unos instantes antes de que Lucas reparara en la situación.

—Oh, lo siento. No me había dado cuenta de que no os conocíais. Allie Sheridan, esta es Rachel Patel. Rachel, te presento a Allie. Deberíais charlar un poco. A lo mejor os caéis bien. Sois un par de bichos raros.

—Capullo —le espetó Rachel con afecto.

Sintiéndose excluida de aquella pullas amistosas, Allie se miró los zapatos, pero en cuanto Lucas se alejó, Rachel se volvió hacia ella con una amplia sonrisa que

revelaba unos dientes perfectos y unos hoyuelos encantadores.

—Lucas es genial. De esos amigos con los que te llevas demasiado bien como para estropearlo con una cita. ¿Tú tienes alguno así?

Su piel era de un tono marrón dorado, tenía unos ojos almendrados y llevaba la melena negra y rizada recogida con un coletero fino trenzado en color plata.

Poseía una sonrisa tan irresistible que Allie sonrió a su vez sin poder evitarlo.

—Supongo que todo el mundo lo tiene —contestó pensando en su amigo Mark, de Londres.

—Ya lo creo. Es ley de vida —Rachel se la quedó mirando un momento—. De manera que tú eres la famosa Allie, la chica nueva que está en boca de todos.

A Allie le gustó su voz; tenía un timbre meloso, con un ligero deje del norte.

—No estoy en boca de nadie —objetó Allie, azorada.

—Me temo que sí. En realidad, vamos juntas a clase de Historia, ¿sabes? —siguió hablando Rachel.

Allie trató de recordar si la había visto alguna vez, y le vino a la mente una vaga imagen de una chica seria que siempre conocía la respuesta a las preguntas de Zelazny.

—Llevas gafas —le dijo en un tono involuntariamente acusador—. Y eres listísima, ¿a que sí?

Rachel se sacó unas gafas de montura oscura último modelo del bolsillo de la falda apenas el tiempo suficiente para que Allie las viera.

—Culpable. Soy una empollona. No puedo evitarlo. Y solo me las pongo para mirar de lejos.

Se quedó callada un momento antes de decir:

—La gente habla mucho de ti, ¿sabes?

Allie hizo una mueca.

—Vaya, genial. ¿Y qué dicen?

Frunciendo el ceño con un gesto de concentración, Rachel le recitó toda una lista, rápida como una bala.

—Bueno, pues primero que salías con Sylvain y luego que ya no salías; que eras amiga de Jo pero que ella se volvió loca; que fuiste tú la que encontró el cadáver de Ruth en el vestíbulo... —se interrumpió—. Lo cual, de ser verdad, debió de ser horrible.

Al ver que Allie bajaba la vista, Rachel silbó entre dientes.

—Caray —echó un vistazo al reloj—. ¿Adónde ibas, por cierto? ¿Tienes algo que hacer?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces vamos a comer —propuso Rachel. Echaron a andar por el pasillo—. Quiero saberlo todo. Incluido lo de Ruth. Quiero conocer esa historia de Jo

Arringford. ¿Qué pasó? ¿De verdad se tiró desde el tejado? Los rumores al respecto son alucinantes.

Sentada en un rincón apartado del comedor, ante un sándwich y una taza de té, Allie se sorprendió a sí misma contándoselo todo a Rachel. Le explicó cómo había encontrado a Ruth y después a Lisa, al igual que toda la historia de lo sucedido en el tejado. Rachel, absorta en el relato, ni siquiera había tocado su comida.

¿Por qué le estaba contando a una desconocida cosas que no había compartido con nadie más? Allie no lo sabía. ***A lo mejor sencillamente necesito hablar con alguien que no sea un chico y que no amenace con tirarse desde el tejado,*** pensó. Fuera cual fuese el motivo, en cuanto empezó ya no pudo contenerse.

Rachel destilaba una honestidad intrínseca y profunda. Si bien conocía a fondo Cimmeria, conservaba cierta actitud crítica hacia sus costumbres. Lo sabía todo de todo el mundo y sin embargo guardaba las distancias con casi todos los alumnos. Lucas parecía ser su único amigo, pero cuando Allie le preguntó por qué no se sentaba a la mesa con él, Jo y Gabe, hizo una mueca.

—Es que no es mi ambiente —repuso.

Ahora bien, Rachel no se limitaba a escuchar. Resultó ser la mejor cronista de sociedad de toda Cimmeria.

—¿Cómo te las arreglas para enterarte de tantas cosas? —quiso saber Allie en determinado momento.

—Abriendo bien los oídos —explicó Rachel—. Te sorprendería descubrir cuántas cosas llegas a oír si te sientas en un rincón y finges ocuparte de tus propios asuntos. A lo mejor lo llevo en la sangre. Mi padre es una especie de detective.

—¿Algo así como un poli? —preguntó Allie.

—Algo así.

Cuando el último de los alumnos abandonó el comedor y se quedaron a solas, Rachel le propuso un juego a Allie.

—Nombra a cualquier alumno del colegio y te contaré todo lo que dicen de él, rumores y hechos confirmados.

—¿En serio? —se rio Allie.

—En serio.

—Vale... Katie Gilmore —propuso.

Rachel sonrió.

—Buena elección. Increíblemente rica. Su padre es banquero de inversiones, vive en Kensington, se tira al ama de llaves. Compra a sus hijos con vacaciones en las Seychelles y soborna a la madre con la American Express negra —se sirvió un vaso de zumo—. Su hermano dejó Cimmeria el año pasado, ahora estudia en Oxford, donde aprende a hacer dinero como papá.

—Impresionante —dijo Allie mirándola con respeto—. ¿Y qué me dices de Jules? —preguntó.

Rachel asintió.

—Jules Matheson... Muy inteligente, expediente perfecto, aspecto perfecto; perfecta en todo. Da un poco de miedo. Su padre es consejero de la reina. Su hermano asistió a este colegio hace unos años y acaba de graduarse con honores en Historia antigua. Nada escabroso en su caso. ¿Quieres que te hable de Jo?

Allie tragó saliva, dudando un momento antes de contestar. En parte le parecía una traición. Sin embargo, Jo nunca le había contado gran cosa sobre sí misma y después de lo que había pasado...

—Sí —accedió.

—Jo Arringford —recitó Rachel de un tirón—. Hija del banquero y ex ministro de Gobierno Thomas Arringford, que ahora trabaja como ejecutivo del Fondo Monetario Internacional, asentado en Suiza, con casa en Knightsbridge, Ciudad del Cabo, Saint Tropez... etcétera. Sus padres están divorciados. Papá tiene una nueva esposa seis años mayor que Jo. Mamá vive en Saint Tropez la mayor parte del tiempo. Un hermano, ocho años mayor, en Eton. Jo es muy inteligente... una estudiante de matrícula. Ha sufrido tres episodios de depresión y un intento de suicidio...

—¡Para! —la interrumpió Allie demasiado tarde.

—... hace un año y medio —terminó Rachel.

—¿Jo intentó quitarse la vida? —susurró Allie.

Rachel asintió con gesto apesadumbrado.

—Durante las Navidades. Sus padres... Ninguno de los dos quiso pasarlas con ella. Se quedó aquí... y se tragó un montón de pastillas.

Allie sintió náuseas.

—¿Y cómo...?

—Lucas la encontró. Solo llevaban un par de meses juntos. Él se había quedado para hacerle compañía durante las fiestas. Al ver que no acudía a la comida de Navidad subió a buscarla y... feliz Navidad a todos —suspiró—. Le hicieron un lavado de estómago y la llevaron al psiquiatra. Lucas no se despegó de ella ni un instante. Cuando mejoró, rompió con ella. Jo empezó a salir con Gabe tres semanas después.

—No me extraña que... —Allie dejó la frase a medias.

—¿Qué? —preguntó Rachel.

—Cuando le conté a Lucas lo que Jo... Bueno, ya sabes, pues no pareció sorprendido.

—Ya, claro. No lo estaba —repuso la otra con frialdad.

—Pero ¿por qué Lucas... por qué todos... siguen siendo sus amigos?

—Ya la conoces —contestó Rachel—. El noventa y nueve por ciento del tiempo es la chica más dulce y amable que hayas visto jamás. La gente le perdona el uno por ciento restante. Además, es una de ellos.

—¿Una de ellos? —se extrañó Allie.

—Ya sabes, es de familia rica, sus padres asistieron a esta escuela, algunos la conocen desde pequeña. Es cien por cien Cimmeria —arguyó Rachel.

Allí sentada, sumida por un momento en sus pensamientos, una idea escalofriante cruzó por la cabeza de Allie.

—¿Qué sabes de mí?

Rachel la miró indecisa.

—¿Estás segura de que lo quieres saber?

Asintió.

—Podré soportarlo.

Visiblemente incómoda, Rachel eligió muy bien las palabras antes de responder.

—Vale, pero sé muy poca cosa y casi nada es relevante —hizo una pausa con expresión contrita—. Ahí va, pues. Nadie está familiarizado con el apellido Sheridan, de modo que no asistes a la escuela por derecho de sucesión a menos que sea por parte de madre. Eres hija única hasta donde la gente sabe. Tus padres realizan algún tipo de trabajo para el Gobierno. Te criaste en el sur de Londres. Posees un expediente criminal. Tus padres te enviaron aquí como castigo. Disfrutas de una beca. Encontraste el cadáver de Ruth.

Allie tragó saliva con fuerza. Dicho así, de un tirón...

—Vale. Me siento como una fracasada.

—Eh, yo no pretendía eso —Rachel parecía preocupada—. En realidad, no sé gran cosa de ti. Y no creo que seas una fracasada.

Allie caviló un momento antes de dirigirle a Rachel una mirada desafiante.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí... qué? —repitió Rachel perpleja.

—Cuéntame cotilleos de ti misma.

Rachel sonrió.

—De acuerdo. Es justo. Veamos. Rachel Patel, hija de Rajesh y Linda Patel. Nacida en Leeds. Padre asiático, madre caucásica. El padre disfrutó de una beca en Cimmeria y ahora es un experto en seguridad internacional: trabaja para un par de gobiernos. Máximo secreto. Pertenece a la junta directiva de Cimmeria. Muy influyente. Rachel tiene una hermana, Minal, de doce años. La madre de Rachel posee dos doctorados, algo excesivo, en mi opinión, y dirige una empresa de investigación médica no muy lejos de aquí, donde la familia tiene una residencia palaciega de varias hectáreas. Rachel es una estudiante de matrícula en varias materias, sobre todo en ciencias, y de mayor quiere ser médico. ¿Vale?

Allie sonrió, pero no con los ojos.

—Vale.

Estaban empatadas.

El lunes por la mañana, Jo no apareció por clase de Biología.

Incapaz de permanecer más tiempo en la inopia, Allie se quedó después de la clase para preguntarle a Jerry dónde estaba su amiga.

—Como bien sabes, Jo ha cometido una grave infracción del Reglamento, Allie —el profesor se quitó las gafas de montura metálica—. De modo que se le ha aplicado el castigo que conocemos como suspensión domiciliaria.

—¿Y en qué consiste? —quiso saber ella.

Él se limpió las lentes con un pañuelo limpio de color blanco.

—Pues, en cuanto pueda abandonar la enfermería, Jo deberá permanecer en su habitación sin salir. Allí hará las comidas y los trabajos de clase, pero no podrá tomar parte en las actividades normales.

Allie jugueteó con la orilla de la camisa mientras consideraba el significado de aquellas palabras.

—¿Y cuánto tiempo estará... suspendida?

Jerry volvió a colocarse las gafas.

—Solo una semana, siempre y cuando se atenga a las restricciones, lleve al día los deberes y no infrinja más normas.

—¿Y estoy autorizada a verla?

Él negó con la cabeza.

—Nada de contacto con el exterior, me temo, Allie. Debe dedicar este tiempo de aislamiento a reflexionar y a estudiar.

Allie, que había escuchado al profesor cabizbaja, alzó la vista con expresión preocupada.

—¿Está mejor? Ayer no... no parecía ella misma.

Detrás de las lentes, los ojos castaños de Jerry la miraban con dulzura.

—Lo siento, pero no la he visto. Pregúntales a Eloise o a Isabelle; ellas han supervisado el castigo. No obstante, estoy seguro de que se encuentra bien.

Allie asintió.

—Gracias, Jerry.

De manera que mete la pata hasta el fondo pero no la expulsan, pensó Allie mientras enfilaba el pasillo. ***Lucas tenía razón.***

Se preguntó si Jo seguiría desvariando o volvería a ser ella misma, aunque enseguida se sintió una traidora por haber pensado algo así. Pese a todo, no podía fingir que lo sucedido el día anterior no la llevaba a plantearse si realmente conocía a Jo.

La conversación con Jerry la había entretenido más de la cuenta. Cuando entró en el aula de Literatura inglesa casi todos los alumnos ocupaban ya sus sitios de costumbre. Se sentó junto a Carter, que garabateaba en una esquina del cuaderno.

—Eh.

—Eh tú —él le dirigió una sonrisa pero volvió a sus dibujos de inmediato.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Allie mientras sacaba los libros de la cartera—. Llevo sin verte desde ayer por la mañana.

Carter le lanzó una mirada muy significativa.

—Ya sabes. Cosas.

Allie enarcó las cejas pero se abstuvo de preguntar.

—Jerry dice que Jo pasará toda la semana en arresto domiciliario —dijo, pasando al mismo tiempo las hojas del libro.

—Se lo merece —respondió Carter, y después añadió por si no había quedado bastante claro lo que pensaba—: Y una camisa de fuerza tampoco le vendría mal.

—Buenos días, clase —la voz de Isabelle salvó a Allie de tener que discurrir una réplica—. Hemos pasado unos días comentando la poesía de T. S. Eliot, y la semana pasada os pedí que leyeráis una obra que ejerció una enorme influencia en su trabajo, **Rubáiyát de Omar Jayam**, de la cual existe una famosa traducción de un escritor llamado Edward FitzGerald. Si lo recordáis, hablamos del señor FitzGerald el viernes pasado...

Después de un fin de semana tan intenso, Allie no guardaba el menor recuerdo de la clase del viernes. Tendría que confiar en la palabra de Isabelle.

—Empezaremos por mi pasaje favorito, la estrofa CIII. Clare —miró a una chica rubia, muy guapa—, ¿nos la puedes leer, por favor?

Allie sintió una punzada de celos mezclada con sentimiento de culpa; Carter había llevado a Clare al baile, y Allie la evitaba desde entonces. Recordó con cuánta adoración lo miraba ella. Sin embargo, el chico se había pasado toda la noche pendiente de Allie.

De pie, Clare leyó con un timbre de voz dulce y cantarín:

He aquí la única certeza: peones somos de la misteriosa partida de ajedrez que juega Dios.

Nos mueve, nos detiene, nos eleva y nos arroja después uno a uno al abismo de la Nada.

—Gracias, Clare —le indicó la directora.

De camino a su asiento, la chica dirigió a Carter una mirada esperanzada, pero él seguía pendiente de su cuaderno.

Vaya lío, se dijo Allie, que dibujaba en un papel un corazón negro atravesado por una flecha.

Isabelle se apoyó en su mesa.

—Se trata de un texto casi existencialista, que me encanta tanto por su lóbrega concepción de la vida como por su humor negro (la mayoría recordaréis las teorías principales del existencialismo de principios del trimestre; si no es así, consultadlas en la biblioteca porque entrarán en el examen). El equilibrio produce un efecto muy especial. Y bien, ¿qué creéis que nos está diciendo?

Cuando Allie había leído el pasaje el domingo anterior, le había venido a la mente la clase de ajedrez que Jo había iniciado sin éxito hacía unas semanas. Sin embargo, sin darle tiempo a levantar la mano, Carter se le adelantó. La intervención la cogió por sorpresa; le había parecido que no prestaba atención.

—Creo que el poeta nos compara con peones de ajedrez. Y dice que solo el destino decide lo que nos pasa; con quién nos casamos, cuándo morimos. Pero ¿qué pasa con el libre albedrío? ¿Acaso no somos dueños de nuestras propias decisiones? ¿No radica en eso nuestro poder?

—Precisamente —repuso Isabelle—. Por otra parte, ¿en qué medida afectan los caprichos del destino a nuestro libre albedrío?

—Pero eso es absurdo —la voz inconfundible de Sylvain sonó al fondo del aula, y Allie se volvió en el asiento a mirarlo—. Todo depende de nosotros. El poder está en nuestras manos. El destino no existe. ¿Cómo va a existir?

—Típico —masculló Carter.

Sylvain lo fulminó con la mirada.

—¿Qué se supone que significa eso, Carter?

Antes de que el otro pudiera responder, Isabelle intervino.

—Me encanta comprobar que os tomáis la poesía tan en serio, pero jamás nadie se ha peleado en mi clase por Omar Jayam y prefiero que siga siendo así. Así pues, creo que podemos dar por analizado mi pasaje favorito. La siguiente estrofa que me gustaría comentar...

A lo largo de la semana, el colegio recuperó cierta normalidad algo descalabrada. El tufo del incendio se fue despejando poco a poco al mismo tiempo que empezaban los trabajos de reparación del salón de actos. Apareció un contenedor en la parte exterior del ala oeste y cada dos por tres se pedía a los alumnos que evitaran pasar por el tramo de pasillo que discurría entre el salón de baile y dicha ala. Los martillazos y el repiqueteo de las taladradoras se convirtieron pronto en la parte más molesta de la rutina diaria.

Enviaron a Lisa a su casa para que se recuperara de las heridas. Privada de sus dos mejores amigas, Lisa y Jo, Allie andaba casi siempre con Rachel, lo que

implicaba pasar la mayor parte del tiempo en la biblioteca. De modo que no se sorprendió nada en absoluto cuando el viernes por la tarde después de clase Rachel propuso que fueran a estudiar allí juntas. Lucas, que tenía un examen el lunes y todavía no había empezado a repasar, las acompañó a regañadientes.

Rachel se había revelado como la compañera ideal para hacer los deberes de ciencias porque, básicamente, lo sabía todo.

—Eres un fenómeno de las ciencias —se maravilló Allie, que escuchaba con una mueca cómo Rachel explicaba la estructura biológica de la tenia con los ojos brillantes del entusiasmo.

Alzando la vista de los libros, Lucas intervino:

—¿Por qué crees que soy su amigo? No porque sea simpática ni nada de eso.

Rachel le propinó un codazo en las costillas y se volvió hacia Allie:

—Las ciencias se me dan de miedo, pero tú puedes echarme una mano con el francés. El francés se me da de pena.

—No le menciones a Allie el francés —la advirtió Lucas. Como las dos lo miraban de hito en hito, él articuló—: Sylvain.

—Oh, no.

Allie enterró la cara entre las manos.

—¿Demasiado pronto para bromear? —preguntó Lucas.

Ella asintió, pero Rachel se estaba aguantando la risa.

—¿Qué? —se molestó Allie.

—Es solo que —dijo Rachel con lágrimas en los ojos— has roto con Sylvain. Eso es como romper, no sé, con Dios o algo así —Lucas y ella apenas podían contener la risa—. Todas y cada una de las chicas de este colegio se mueren por salir con él y tú vas y lo dejas.

Roja como un tomate, Allie miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba oyendo.

—¿Queréis callaros? —farfulló entre dientes—. ¡En serio!

Mientras sus amigos hacían esfuerzos por controlarse y Rachel se enjugaba las lágrimas de risa, Allie pasó las páginas del libro con furia.

—Yo no tengo la culpa de que sea un gilipollas —masculló a la defensiva.

Rachel y Lucas volvieron a empezar, aunque esta vez Allie se unió a ellos. La cosa tenía gracia en parte. Por horrible que fuera.

Aquella noche después de la cena, Allie, que estaba harta de tanta biblioteca, se retiró a la sala común para avanzar con las lecturas que tenía pendientes de Literatura. Aunque había trabajado a fondo durante toda la semana para ponerse al día, seguía yendo con retraso. A pesar del incendio y de la muerte de Ruth, los profesores no habían aflojado el ritmo, así que Allie tenía montones de capítulos por leer.

Hacia las nueve, sin embargo, acurrucada en el sillón de piel que se agazapaba en una esquina junto a un piano olvidado, se quedó amodorrada con la cabeza apoyada en el reposabrazos, mientras que las palabras se iban emborronando en la página. Cuando un trozo de papel doblado en minúsculos pliegues cayó ante ella, tardó un momento en comprender lo que era.

—Tu colega Carter me ha pedido que te diera esto —susurró Lucas recalcando la palabra «colega» con sarcasmo.

—¿Qué? ¿Dónde está? —preguntó Allie, que se sentó y miró a su alrededor.

Lucas se encogió de hombros.

—Me he cruzado con él en el vestíbulo hace unos minutos. Tengo que irme. Estamos jugando al críquet en el jardín delantero.

Después de comprobar que nadie la observaba, Allie desplegó la hoja de cuaderno. La pulcra caligrafía de Carter ocupaba tan solo unas líneas.

Allie:

Tenemos que hablar.

Reúnete conmigo a las nueve y media en la biblioteca. Estaré en la zona de latín, en la esquina del fondo a la izquierda. Procura que Sylvain no sepa que vas a reunirme conmigo.

C.

El corazón de Allie comenzó a latir más deprisa. Apenas hubo acabado de leer la nota, Allie la dobló por la mitad para esconder el mensaje y la ocultó entre las páginas del libro.

Los siguientes veinte minutos transcurrieron con lentitud mientras Allie se esforzaba en vano por avanzar en la lectura. Por fin, a las nueve y veinticinco, recogió las cosas, se desperezó con un movimiento exagerado como si estuviera muy cansada y se levantó.

—Bueno, tendré que irme a la cama —dijo en voz alta antes de encaminarse hacia la puerta.

Una vez en el pasillo, se detuvo para rebuscar entre sus papeles con el fin de averiguar si alguien la seguía. Cuando comprobó que nadie salía tras ella, se encaminó a la biblioteca, aunque volvió a mirar por encima del hombro antes de abrir la puerta.

La sala estaba atestada pero silenciosa. Caminó por las mullidas alfombras

hojeando cada dos por tres las páginas de su cuaderno como si buscara algo. De vez en cuando, comprobaba los números de los libros alineados en los estantes y, por fin, como si hubiera descubierto adónde tenía que dirigirse, echó a andar decidida.

Debería hacerme actriz, pensó. Soy de lo más convincente.

Fue dejando atrás los recargados paneles tras los cuales se agazapaban los violentos murales de las salitas de estudio hasta llegar a la sección de lenguas clásicas.

Cuanto más se alejaba, más desierta estaba la biblioteca. Para cuando llegó a las estanterías alineadas contra la pared del fondo, ya no había nadie en absoluto.

Como no conocía la ubicación exacta del apartado de latín, fue recorriendo un pasillo tras otro, sacando pesados volúmenes de vez en cuando para comprobar en qué lengua estaban escritos. Si bien encontró filas y filas de polvorientos libros en griego encuadernados en piel y montones de tomos en árabe, no conseguía dar con el latín.

—¿Por qué habrán escondido los libros de latín? —masculló—. ¿Será una especie de prueba de inteligencia? A ver, solo podrán leer en latín aquellos que...

—¿Allie?

Un susurro procedente del rincón más alejado interrumpió sus divagaciones.

—¿Carter?

En aquella zona apenas había luz. Mientras Allie forzaba la vista para distinguir quién la había llamado, una mano salió de entre las sombras para arrastrarla a un escondrijo improvisado entre dos altas estanterías.

—Dios mío —le espetó Allie—. Con un simple «hola» habría bastado.

Carter no sonrió.

—Perdona. Quería arrastrarte hasta aquí antes de que toda la biblioteca empezara a preguntarse qué hacías en la sección de lenguas clásicas hablando sola.

—Un trabajo sobre la antigua Roma para la clase de Historia.

Allie estaba orgullosa de su argucia, pero Carter no pareció impresionado.

—Estamos estudiando a Cromwell.

—Me he adelantado —replicó ella a la defensiva—. En algún momento estudiaremos Roma.

—Muy convincente.

Cuando reparó en la expresión lúgubre de su amigo, a Allie se le encogió el corazón.

—¿Qué pasa, Carter? ¿A qué viene tanto misterio? ¿Por qué no has venido a hablar conmigo en la sala común?

—Mira, tenemos un problema —se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra la estantería como si quisiera poner distancia entre ambos.

—Vale —repuso ella—. ¿Y qué problema tenemos?

—De ahora en adelante, si alguien te pregunta lo que viste el viernes por la noche, les dirás que Ruth se suicidó, ¿de acuerdo? —Allie abrió la boca para protestar, pero él la hizo callar con un gesto antes de seguir hablando—: Porque, en lo que concierne a todo el mundo, fue así, ¿vale? Ruth se quitó la vida.

Se hizo un silencio mientras ella meditaba lo que acababa de oír.

—Pero yo sé que no es verdad —replicó.

—¿Ah, sí? —objetó Carter—. ¿Y cómo lo sabes? ¿Por tu experiencia en medicina forense? Estaba oscuro, Allie. Había mucha sangre. Estabas aterrorizada. Así pues, no puedes afirmar con seguridad si Ruth se suicidó o no. De modo que deja de jugar a los detectives.

—¿Acaso Isabelle te ha pedido que me digas eso? —le preguntó ella enfadada.

—Nadie me envía.

Allie le miró a los ojos buscando detectar cualquier señal de opacidad por su parte, pero él no desvió la vista.

Carter le tomó la mano.

—Estoy de tu lado, Allie. De verdad.

—¡Entonces no lo pillo! —exclamó ella retirando la mano al mismo tiempo—. ¿Por qué me haces esto? ¡Yo sé lo que vi!

Él dio un paso adelante.

—Mira, Allie, se está corriendo la voz de que estabas con ella cuando murió.

—¿Que yo estaba... qué?

Allie lo miraba fijamente.

—Y de que no solo fuiste la última persona que la vio con vida, sino también la única que vio su cadáver.

Ella negó con la cabeza.

—No...

Carter escogió las palabras con cuidado.

—Allie, corre el rumor de que tuviste algo que ver con la muerte de Ruth.

Veintiuno

A la mañana siguiente, Allie bajó las escaleras a las siete menos doce minutos exactamente. Se había hecho una coleta alta que se balanceaba a cada paso. Se la veía ojerosa, pero decidida.

Después de separarse de Carter la noche anterior, había ido al cuarto de baño para refrescarse la cara con agua fría. Se había quedado un rato allí, mirándose en el espejo y repasando mentalmente la conversación.

—¿Cómo es posible que alguien crea que tuve algo que ver con la muerte de Ruth? —le había preguntado horrorizada—. Es una locura. Si apenas la conocía. ¿Por qué iba a querer yo hacerle daño?

—Es un complot, Allie —parecía dispuesto a tomar cartas en el asunto—. También dicen que emborrachaste a Jo en el tejado y que tienes... problemas mentales —Allie abrió la boca para protestar pero él la detuvo con un gesto de la mano—. Quienquiera que esté propagando esos rumores sabe que son falsos. Están jugando contigo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba nadie a hacer algo así?

—Algunas personas te ven como una amenaza.

—¿Y qué amenaza supongo yo? —se lamentó—. Yo no soy nadie.

—Ya te he dicho otras veces que no creo que eso sea verdad —replicó él—. Y nadie más lo cree tampoco.

—No entiendo nada —Allie se pasó las manos por el pelo y se apretó las sienes con los dedos—. Mis padres son funcionarios. No son ricos. La mayoría de los alumnos de por aquí pertenece a familias multimillonarias. ¿Cómo iban a sentirse amenazados por mí?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —declaró Carter.

Después de aquella conversación Allie no había podido dormir. Se había levantado de la cama a las dos de la madrugada para abrir la ventana y tomar el aire.

Una hora más tarde la había cerrado porque tenía frío. En una ocasión creyó oír unos pasos por el pasillo, luego silencio otra vez.

La idea le había cruzado la mente más de una vez: ***¿Habrá sido Rachel? Confié en ella. Es la única que lo sabe todo. No se lo he contado a nadie más. Le encanta cotillear. Sin embargo, ella no me haría algo así... ¿O sí?***

Pensó que quizá se hubiera adormilado un rato alrededor de las cuatro, pero no demasiado. Cuando sonó el despertador a las seis y cuarto estaba completamente despierta, mirando al techo.

El desayuno iba a ser su primera prueba del día.

Si optó por desayunar tan temprano una mañana de sábado fue para no coincidir con la mayoría de sus compañeros. Carter y ella habían pensado que debía seguir haciendo su vida como de costumbre, pero en realidad no le apetecía nada enfrentarse, por ejemplo, a Katie Gilmore en aquel preciso instante.

En el comedor, no advirtió que nadie le prestara especial atención, de modo que se permitió sentir alivio mientras se servía cereales y tostadas. ***Con un poco de suerte, los rumores al final no serán para tanto.***

Miró a su alrededor en busca de sus compañeros de mesa habituales pero era tan pronto que todavía no había bajado nadie.

—Eh, Allie. Ven a sentarte aquí conmigo.

Rachel desayunaba a solas en una mesa situada a la derecha de Allie.

Dudó un instante, mientras los pensamientos de la noche anterior se arremolinaban en su mente. No obstante, a Rachel le parecería muy raro que no se sentara con ella.

Está al corriente de todos y cada uno de los cotilleos del colegio. Si no menciona nada de lo que se rumorea sobre mí, sabré que ha sido ella.

Se abrió paso hasta Rachel y dejó el plato sobre la mesa.

—Por un momento he pensado que tendría que desayunar sola.

—Yo siempre vengo a esta hora —confesó Rachel—. Cuando era pequeña mi padre me inculcó a palos que había que madrugar y supongo que ahora conservo el hábito. No está bien abusar de los niños.

Rachel se había preparado un emparedado de huevo y queso. Mientras vertía leche sobre sus cereales, Allie no pudo sino admirar cuán metódicamente se lo zampaba.

—Tu desayuno parece mejor que el mío —comentó.

—Es la comida más importante del día, amiga —repuso Rachel con la boca llena—. Eh, ¿sabías que la gente anda diciendo cosas repugnantes sobre ti?

Allie se quedó paralizada, con la cuchara a medio camino de la boca.

—Algo he oído —repuso con pies de plomo—. Un montón de sandeces.

Rachel asintió.

—¿Lo de «Allie es una asesina psicópata»? Eso es lo que yo he oído al menos. Me lo ha dicho Sharon McInnon, ¿la conoces?

Allie negó con la cabeza.

—Bien —prosiguió la otra mordiendo su sándwich al mismo tiempo—. Le he dicho que se fuera a tomar por el culo.

El alivio inundó a Allie. ***No ha sido Rachel al fin y al cabo. Sabía que no había sido ella.***

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó.

—No le ha importado —contestó Rachel—. Creo que está acostumbrada a que

me meta con ella porque como es una bruja...

Les entró la risa, pero Allie estaba demasiado preocupada como para seguir relajada mucho tiempo.

—¿Quién anda diciendo eso, Rachel? —quiso saber—. Son unas mentiras tan asquerosas... ¿Quién haría algo así?

—Llevo dándole vueltas toda la mañana —reconoció Rachel frunciendo el ceño—. No te preocupes. Llegaré al fondo de este asunto.

Allie levantó la taza de té.

—Si tú estás de mi parte, Rachel, jamás se saldrán con la suya.

Sin embargo, Allie no las tenía todas consigo.

Después del desayuno, mientras salía del comedor, no dejaba de darle vueltas a una misma idea.

Puedo confiar en Rachel. ¿Verdad que sí?

Casi había llegado a las escaleras cuando la voz afilada de Katie rasgó la quietud habitual del sábado por la mañana.

—¡Hola, asesina! ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Allie se dio media vuelta para encararse con ella.

—Vete a la mierda, Katie.

—Ese lenguaje... —los labios perfectos de la pelirroja dibujaron una sonrisa maliciosa—. Deberíamos haber sabido que si te admitían en el colegio, todo se iría al infierno.

El corro de seguidoras que la acompañaba a todas partes soltaba risillas e intercambiaba susurros a su alrededor mientras esperaba la respuesta de Allie.

—¿De qué estás hablando, Katie? —Allie procuró que no le temblara la voz, pero sentía crecer la rabia en su interior. Mientras discurría la mejor manera de afrontar la situación, un deseo irresistible de pegarle un puñetazo a Katie se apoderó de ella. Apretó los puños.

Aún libraba aquella batalla interna cuando Katie dio un paso adelante.

—He oído que tienes problemas para controlar la ira —dijo con su voz más retorcida—. ¿Fue eso lo que le pasó a Ruth? ¿Hizo algo que te molestó? ¿Te hizo enfadar?

Allie vio volar su propio puño casi sin saber lo que hacía, pero antes de que impactara contra la nariz respingona de Katie, alguien la cogió por detrás y la arrastró tan rápidamente que perdió pie unos instantes.

—Katie, ¿no deberías estar dándote un atracón y vomitando? —preguntó la voz aterciopelada de Sylvain mientras Allie se debatía en sus brazos.

La pelirroja lo miró con incredulidad.

—No puedes hablar en serio, Sylvain. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué defiendes a

esa infeliz? ¿Se puede saber qué demonios ves en ella?

Allie había dejado de forcejear pero él la sostenía con fuerza. El calor de su cuerpo contra la piel le trajo recuerdos desagradables.

—Veo a alguien con mucha más clase de la que tú llegarás a tener en toda tu patética vida —los ojos azules de Sylvain barrieron al grupo de amigas—. Y lo mismo va por vosotras. Ahora, volved a vuestros asuntos, por favor.

El grupo revoloteó un momento indeciso pero pronto se fue trasladando al comedor. Katie iba en cabeza con la barbilla alta.

Solo cuando las chicas se perdieron completamente de vista, Sylvain soltó a Allie y dio un paso atrás.

—Ojalá me hubieras dejado golpearla —le espetó Allie, desagradecida.

—Confieso que he estado tentado —repuso él.

—Es odiosa. Si yo... Da igual —Allie frotó el suelo con la punta del zapato para evitar la mirada del chico—. Gracias.

—De nada. Pero me temo que vas a tener muchos problemas a partir de ahora. Esos rumores están —Sylvain trazó una espiral en el aire con el dedo— por todas partes y Katie los utilizará contra ti.

—Ya lo sé —convino Allie—. Lo que me gustaría saber es quién empezó a decir esas cosas de mí.

Él la miró con expresión grave.

—Cuando están en boca de todos, ya no importa quién los inició. Sin embargo, creo que los primeros rumores fueron esparcidos por una persona que te tiene unos celos de sobra conocidos.

Allie fulminó la puerta del comedor con la mirada.

—Como Katie —asintió él.

—¿Está ella detrás de todo esto, Sylvain?

—No estoy seguro. Pero algo he... oído. Preguntaré por ahí. Y si lo averiguo, hablaré con Isabelle.

Allie no quería estar en deuda con él, no después de lo que había pasado la noche del baile. ***Claro que si Sylvain puede evitar que esto empeore...***

—Sería todo un detalle, Sylvain.

—No te preocupes. Como decís por aquí, te debo una —Allie se ruborizó pero él siguió hablando, cada vez con un acento más marcado—. Tengo que decirte una cosa, Allie. La noche del baile... siento mucho haber sido tan brusco... Te hice daño, lo sé. Estuvo mal. Eres tan distinta a todas las chicas con las que he estado... Sé que no te puedo tratar como a ellas.

Con las mejillas ardiendo, Allie se encaró con él.

—No deberías tratar así a ninguna chica, Sylvain. Nunca.

Perpleja, lo vio agachar la cabeza.

—Tienes razón, Allie. **Absolument**. Por favor, acepta mis disculpas.

—No, si yo... Sylvain, no —tartamudeó. No quería perdonarle. Sentía deseos de seguir enfadada con él, pero entonces una idea le cruzó el pensamiento—. Tengo que saber una cosa —empezó a decir—. ¿Me pusiste algo en la bebida aquella noche?

Al ver la expresión horrorizada del chico, Allie supo la verdad.

—Dios mío. Claro que no. ¿Qué clase de monstruo crees que soy? —protestó él.

—Perdona —repuso ella—, es que tenía que saberlo, porque todo se volvió tan confuso...

—El champán de Cimmeria es muy fuerte —aclaró Sylvain—. Si no estás acostumbrado y bebes con rapidez, se te sube a la cabeza. Yo te hice beber muy deprisa, eso es verdad, e intenté aprovecharme de ello. Fue una canallada por mi parte.

Aquel tono humilde e impregnado de aparente sinceridad no le dejaba opción.

—Acepto tus disculpas, Sylvain —dijo Allie—. Está olvidado —y sin darle tiempo a contestar, añadió—: Mira, me voy a ir antes de que alguien más me acuse de asesinato o se disculpe por haber estado a punto de violarme, ¿vale? No sé si voy a ser capaz de soportar más emociones antes de las nueve de la mañana.

Ya se disponía a subir las escaleras cuando Sylvain le dijo:

—Ten cuidado, Allie —la miraba con intensidad—. En estos momentos corres verdadero peligro.

—Qué bien —bromeó ella en tono cansado—. Tenía la esperanza de que dijeras algo así.

Allie jamás lo habría expresado así, pero lo cierto es que se quedó escondida en su cuarto durante la mayor parte de la mañana. A la hora de comer, por desgracia, había terminado todos los deberes y no sabía qué hacer. Para colmo, tenía hambre.

Como no se sentía con fuerzas para afrontar otra escenita en un comedor atestado, bajó a hurtadillas a coger unos cuantos sándwiches antes de que llegara el grueso del alumnado y se los guardó en la cartera junto con un par de botellas de agua y una manzana.

A pesar de todo, cuando se cruzó con un grupo de chicos y chicas de cursos inferiores de camino hacia la puerta principal, oyó decir:

—Ahí va la asesina.

Algunos se rieron mientras que otros se la quedaron mirando de hito en hito, como asustados.

¿Qué iba a hacer? No podía pelearse con todo el mundo. Fingió no haber oído nada y siguió andando.

Instantes después, mientras bajaba la escalinata de entrada, se topó con una de las amigas de Katie, que dio un amplio rodeo para no rozarse con ella, como si estuviera

apestada.

—Qué asco —dijo la chica mirándola de arriba abajo antes de salir corriendo.

Allie siguió andando con la cabeza alta pero había muchísima gente tomando el sol en el césped y enseguida imaginó que cuchicheaban y se reían a sus espaldas.

Unos segundos después cruzaba corriendo la hierba en dirección al bosque.

Lejos de todos ellos.

Hizo un alto en el cenador para descansar. Estaba completamente desierto; no se veía a nadie por allí. Sentada en los peldaños, dejó caer la cabeza entre las rodillas y respiró despacio hasta que se tranquilizó.

¿Por qué siempre le pasaban cosas así? Por un breve instante creyó haber encontrado un lugar donde podía sencillamente... existir. Donde estaba a salvo. Donde casi había sido aceptada.

Por desgracia, la historia se repetía una vez más.

Todo el mundo me da la espalda. Todo el mundo me abandona.

Quiso llorar, pero no pudo. Con la mirada fija en los árboles, se dio permiso para pensar en Christopher. Su hermano se había ido pero antes de eso ya la había rechazado. La había tratado como si en ella hubiera algo malo. Como si hubiera dejado de quererla.

Había sucedido una vez más. Y en esta ocasión, todo el mundo la rechazaba.

Bueno. Casi todo el mundo.

Tenía a Carter y quizás pudiera confiar en Rachel. Había algo intrínsecamente bueno en ella. Y al menos por el momento tenía a Lisa. Tal vez incluso a Lucas.

Así pues... no estaba tan sola.

Al cabo de un rato, Allie advirtió que se moría de hambre. Encantada de percibir la paz que se respiraba en el claro del cenador, extendió la manta sobre la hierba y comió a la cálida luz del sol... completamente a solas. Sin cuchicheos, sin risas, sin rumores absurdos. Más tarde se tendió con la cabeza apoyada en la mochila. Se quedó dormida a los pocos minutos.

Cuando despertó, el sol estival se había desplazado por el cielo para ceder el lugar a una sombra cada vez más fría.

Recogió las cosas de mala gana para dirigirse de vuelta al edificio del colegio. La tarde había transcurrido con tanta placidez que apenas se sentía con fuerzas para afrontar la desagradable situación que la aguardaba allí.

Llegando al caserón, Allie comprendió que era más tarde de lo que había creído; no quedaba nadie en el césped tomando el sol y al entrar en el pasillo llegó hasta sus oídos el murmullo del comedor. Debían de ser más de las siete; todo el mundo estaba cenando.

Mientras subía las escaleras hacia su cuarto sintió una punzada de hambre. Afortunadamente había reservado un sándwich y algunas galletas para la cena.

No tendré que enfrentarme con nadie hasta mañana por la mañana.

Sabía que estaba actuando con cobardía pero le daba igual.

Conforme la tarde fue cediendo el paso a la noche, sin embargo, los fallos de su plan se fueron volviendo cada vez más evidentes. Allie llevaba sin hablar con nadie desde las ocho de la mañana. No tenía televisión, ni ordenador ni videoconsola. Se había pasado el día leyendo y había dormido horas y horas. Hacia las once y media estaba sentada al escritorio, mirando por la ventana, completamente despierta y muy aburrida.

Durante las últimas horas, las luces de los cuartos de alrededor se habían ido encendiendo, a medida que los alumnos regresaban de practicar juegos nocturnos en el jardín. Media hora antes había oído a Zelazny gruñir su «¡toque de queda!» en la planta baja, seguido de un murmullo de voces y pasos en el pasillo, al otro lado de su puerta.

Allie había decidido saltar del escritorio al alféizar y de allí a la cornisa, lo que hizo con más seguridad que la primera vez. La falda le revoloteó contra los muslos a la fresca brisa del atardecer. Si seguía el camino que Carter le había mostrado el fin de semana pasado, tenía que recorrer el bajante pasando por delante de unas cuantas ventanas hasta llegar al lugar donde el tejado era menos empinado, desde donde podría trepar con facilidad. Una vez allí, avanzaría sin peligro hasta el edificio principal, donde un desnivel parecido ofrecía un paso natural hasta la cornisa que sobresalía más allá de los dormitorios de los chicos.

Sin embargo, algunas alumnas seguían despiertas; las luces se filtraban por las ventanas que debía rebasar antes de alcanzar la relativa seguridad del tejado.

Al llegar a la primera se asomó con cuidado por una esquina del cristal. Las luces estaban encendidas pero no vio a nadie en el interior, de modo que pasó a toda prisa, conteniendo el aliento hasta que la hubo dejado atrás.

La siguiente ventana estaba abierta de par en par. A medida que se fue acercando pudo oír voces y risas. Cuando espió el interior vio a tres alumnas charlando.

Una de ellas —una chica bastante guapa de piel cetrina y melena oscura que le caía lacia justo por encima de los hombros— estaba sentada en la cama, de cara a la ventana. Allie la reconoció; era una de las seguidoras de Katie.

Las otras dos se habían acomodado en el suelo, de espaldas a la ventana. Aun sin verle la cara, el pelo rubio y corto de una de ellas era inconfundible. A su lado se sentaba una chica con una preciosa melena de color rojizo recogida en una coleta también característica.

Katie.

¿Qué hace Jo charlando con Katie? Pensaba que seguía bajo arresto domiciliario, aún castigada.

Allie, perpleja, se agarró a los ladrillos mientras intentaba decidir qué hacer. Las muchachas parecían muy relajadas, como si planearan quedarse horas hablando.

No había forma humana de pasar junto a la ventana sin que la chica sentada en la cama la viera. Y tampoco podía trepar al tejado desde allí. Estaba atrapada.

Como le dolían los dedos de tanto aferrarse a la pared, intentó cambiar de posición en el estrecho bajante para estar más cómoda, de modo que ni siquiera estaba escuchando cuando las palabras de Katie llegaron hasta sus oídos por la ventana abierta. Tardó un momento en comprender que estaban hablando de ella.

—... y creo que habría que hacer algo —decía—. Isabelle no tiene ningún derecho a dejar suelto a alguien como ella entre nosotros. No la conocemos de nada. Primero Ruth y luego... en fin. Te podría haber matado en el tejado, Jo. Es un milagro que sobrevivieras.

Un momento. Pero ¿qué está diciendo?

Se quedó escuchando, a la espera de que Jo le dijese a Katie que estaba loca.

—Pensaba que era mi amiga —asintió Jo en cambio—, pero ya no confío en ella. Aquel episodio del tejado fue escalofriante. Pude morir.

¡Pero si yo te salvé la vida! Allie fulminó con la mirada la pared que tenía ante ella como si pudiera traspasarla con los ojos.

—Ya lo creo que sí —asintió Katie—. Mira lo que le pasó a Ruth. No fue ninguna casualidad que Allie no pidiera ayuda. Subió al tejado para estar a solas contigo cuando eras más vulnerable. Solo Dios sabe cómo sobreviviste.

—Carter también estaba allí —intervino la amiga de Katie con insólita sensatez.

—Sí, Carter me ayudó —convino Jo en tono dubitativo.

—¿Y por qué no le impidió que te empujara? —preguntó la otra.

¿Empujarla? ¡Yo no empujé a nadie!

—Porque está enamorado de Allie —aunque la voz de Katie rebosaba desdén, el corazón de Allie dio un brinco.

¿Está enamorado de mí? Sonrió como una boba al viejo muro de ladrillos que tenía delante. ***¿De verdad?***

—También está acabado aquí —sentenció Katie.

Allie dejó de sonreír.

—No deberíamos haberlo aceptado de buen comienzo —prosiguió—. Nunca he entendido esa obsesión que tiene Isabelle con él. Ninguno de los dos está aquí por derecho de sucesión. Se están saltando todos los preceptos. Se lo voy a decir a mi padre; tiene que hacer algo.

A la seguidora de Katie pareció divertirle aquel tono agresivo.

—Uy, seguro que Isabelle se echa a temblar —se burló.

—Pues debería. Mi padre pertenece a la junta directiva —replicó Katie—. Y Jo, tú deberías escribir a tu padre también. Tiene muchísimas influencias. Cuéntale lo

que pasó en el tejado, que una chica nueva medio loca intentó matarte y que Isabelle no piensa mover un dedo por protegerte.

Allie contuvo el aliento, esperando oír decir a Jo que no pensaba hacer nada parecido. Que no quería saber nada de aquello. Que conocía a Allie y ella tenía todo el derecho a estar allí.

—Vale —repuso Jo.

¿Vale?, pensó Allie sintiéndose traicionada. **¿Vale? Niñata de...**

Alguien llamó a la puerta.

Allie se acercó más para espiar por el borde de la ventana. Vio a Jules en el umbral.

—Katie, Ismay, ¿podéis acompañarme un momento? Tengo que hablar con vosotras —Jules estaba muy seria, pero Katie se limitó a poner los ojos en blanco.

—¿En serio, Jules? —se levantó y pasó junto a la prefecta, dejando entrever su irritación en cada paso—. Menudo rollazo.

¿De qué va todo esto?, se preguntó Allie mientras las veía salir.

Ismay la siguió de cerca. Jo cerraba el paso.

Aunque ardía en deseos de saltar al cuarto y pedir explicaciones a su ex mejor amiga, Allie se quedó donde estaba. En cuanto las perdió de vista pasó ante la ventana como una exhalación. Pocos segundos después saltaba al edificio principal por el tejado y se dejaba caer por la pendiente hasta la ventana abierta de Carter.

Él estaba trabajando sentado a su escritorio y al principio no reparó en Allie.

Ella contempló su rostro: la piel blanca; aquel cabello liso y oscuro, una pizca despeinado; las sombras que las largas pestañas proyectaban en las mejillas. Le gustaban sus manos; tenía los dedos largos pero fuertes, las uñas cuadradas y bien cuidadas.

Ella sintió cómo la invadía un calor inesperado al mirarle.

Es encantador.

Como si hubiera oído los pensamientos de Allie, Carter alzó la vista y se topó con sus ojos.

Gritó del susto y se levantó tan deprisa que tiró la silla. Allie procuró no reír en voz alta mientras él se acercaba despacio al escritorio para asomarse por la ventana.

—¿Allie? —parecía azorado y enojado al mismo tiempo, aunque Allie pensó que recurría al enfado para ocultar la vergüenza—. Pero ¿qué diablos?

—Hola —susurró ella—. No puedo dormir. ¿Quieres salir a jugar?

Carter abrió la ventana.

—Estás loca. Entra antes de que te mates.

—Katie es una bruja —se quejó Allie mientras se encaramaba al escritorio.

Él enarcó las cejas.

—No te lo voy a discutir.

—Pero es que no lo entiendes —Allie saltó al suelo—. La he oído hablar por la ventana. Está intentando «acabar con nosotros», nos detesta a los dos y le está metiendo a Jo ideas horribles sobre mí en la cabeza, como que traté de matarla en el tejado. Creo que es ella quien está detrás de esos espantosos rumores acerca de Ruth.

Mientras Allie despotricaba, Carter cerró la ventana, recogió la silla del suelo y la apuntaló bajo el pomo de la puerta para que nadie pudiera abrirla.

Por fin, se volvió a mirarla.

—¿Qué has oído exactamente?

Le contó lo sucedido aquel día con Katie y sus amigas, y que Rachel, a las siete de la mañana, ya estaba al corriente de todos los rumores. Carter entornó los ojos cuando ella mencionó la intervención de Sylvain, pero no dijo nada. Cuando le habló de lo que se tramaba en la habitación de Katie, su rostro se ensombreció.

Allie advirtió que se esforzaba por conservar la calma.

—Vale, pues yo veo dos posibilidades —concluyó Carter—. O bien no fue Katie quien sembró el rumor en primer lugar y ahora intenta sacar partido haciendo correr nuevas habladurías sobre ti, o bien fue ella quien los inició y este nuevo cotilleo forma parte de su maligno plan —se golpeó la palma izquierda con el puño derecho—. Esa zorra ricachona.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Allie. En aquel momento prestó atención por primera vez al sitio donde estaban—. ¿Y por qué tu cuarto es más grande que el mío?

La habitación de Carter tenía dos estantes en vez de uno como en la de Allie y espacio para una segunda silla en el rincón. Aunque las paredes estaban encaladas igual que las de su dormitorio, todas las telas eran de color azul oscuro, lo que daba al cuarto un aire más masculino. Allie advirtió que los estantes estaban repletos de libros, muy usados, y que sobre la segunda silla descansaba un viejo balón de fútbol. Señaló con un gesto el lecho impecable. Cuando él asintió, se sentó y estiró las piernas.

—Porque llevo aquí más tiempo —repuso Carter con aire distraído.

Cogió la segunda silla y se sentó delante de ella.

—Esos rumores tienen el propósito de hacerte el mayor daño posible, incluso de obligarte a abandonar el colegio. Parece una campaña de desprestigio. Para deshacerse de ti.

En la cama, Allie se deslizó hacia delante hasta casi rozar las rodillas del chico con las suyas.

—Muy bien, Carter. Ya basta de secretos y de gilipolleces. Ha llegado el momento. Háblame de este lugar.

—Allie...

Él se levantó dirigiéndole una mirada de reconvención al mismo tiempo, pero Allie no le hizo caso.

—No. Esta vez no. Una persona ha muerto. Alguien está intentando arruinar mi vida en este colegio. Por lo que sé, la persona que mató a Ruth podría ir a por mí. Tú sabes cosas. Se supone que eres mi amigo. Así que cuéntamelo todo. Ya.

Carter cruzó la habitación y se apoyó contra la pared de brazos cruzados, en una actitud atribulada que contrastaba con su seguridad anterior.

—Es que no lo entiendes, Allie. No puedo. Si lo hago... y alguien llega a enterarse... —negó con la cabeza—. No sería bueno para nadie. Confía en mí.

—¿Cómo voy a confiar en ti, si no me dices la verdad? —preguntó. Luego masculló entre dientes—. A lo mejor tendría que preguntarle a Sylvain.

La cara de Carter enrojeció. Se acercó a Allie de unas zancadas y se inclinó sobre ella.

—¿Quieres que te diga lo que significas para Sylvain? Pues muy bien, te lo diré. Cada año escoge a una chica guapa de primer curso, se la tira y la deja. Por diversión. Y todas se creen muy especiales. La última acabó dejando el colegio porque todo el mundo se reía de ella. Pero cuando los padres de ella reconsideraron la idea de hacer un generoso donativo a Cimmeria, Isabelle le advirtió que no volviera a hacerlo nunca —escupía las palabras como si le asqueara pronunciarlas—. De manera que ya sabes lo que significas para él. No eres más que su nueva conquista. Una pobre inocente que se cree que el chico más divino del colegio la ha escogido a ella. Solo a ella.

—¡Basta! —Allie lo empujó para ponerse en pie. Sylvain y ella acababan de hacer las paces, y le había parecido muy sincero—. Si lo que cuentas es verdad, ¿por qué no me lo habías dicho antes, Carter?

Ambos estaban furiosos, cara a cara, apenas separados por unos centímetros. Allie notaba el aliento de Carter en el rostro.

—Lo intenté —replicó él—, pero... no me pareció que me creyeras.

Allie no pensaba absolverlo tan fácilmente.

—Pues por lo que he oído, tú también eres un conquistador. ¿Cuál es la diferencia entre lo que hace Sylvain y lo que tú haces?

Él arrugó la cara pero no desvió la mirada.

—La diferencia es que Sylvain lo hace por maldad. Yo no pretendo hacerle daño a nadie. Solo estoy buscando a la persona adecuada.

—La gente dice que te van los rollos de una noche —lo acusó.

—¿Quiénes? ¿Los mismos que dicen que tú mataste a Ruth?

Allie no lo había considerado desde ese punto de vista.

—Entendido —concedió Allie—. Entonces dime. ¿Es mentira eso que dicen?

Carter la obligó a mirarlo a los ojos.

—Sí, Allie, es mentira. O como mínimo, una exageración. Me he ganado esa... fama... porque cuando salgo con una chica y me doy cuenta de que no es la persona que estoy buscando, corto la relación de inmediato. Y nunca la he encontrado —sus ojos no parecían ocultar nada; únicamente reflejaban vulnerabilidad—. No quiero hacer daño a nadie, Allie. De verdad que no. Solo quiero encontrar a la persona adecuada.

Lo tenía tan cerca que Allie creyó sentir el calor de su cuerpo a través del aire, y sin saber muy bien por qué, levantó la mano con la palma vuelta hacia él y los dedos abiertos.

—Vale. Te creo. Lo siento.

Carter colocó la mano contra la de ella.

—Gracias —le dijo con suavidad.

—¿Por qué?

—Por creermelo.

Él miró las palmas unidas con expresión burlona.

—¿Esto es una especie de saludo londinense?

Cuando ella se rio, Carter le entrelazó los dedos. Al instante, Allie sintió escalofríos en la piel.

—Vosotros, los de la gran ciudad, tenéis unas costumbres muy raras —bromeó él.

—Sí —susurró ella con un nudo en la garganta—. Vosotros, los chicos de campo, no sabéis lo que os perdéis.

—Eso he oído. Y, sabes, algún día... —tiró de la mano de Allie para atraerla hacia sí—, me gustaría averiguarlo.

Sus rostros estaban ya tan cerca que fue inevitable... Cuando Carter le rozó los labios con la boca, ella ahogó un suspiro antes de pasarle las manos por detrás del cuello y acercar el rostro.

El calor de su boca la exaltó mientras él, con un gemido derrotado, la envolvía en un abrazo y le acariciaba la barbilla con besos suaves como mariposas.

—Llevo queriendo hacer esto —le susurró Carter al oído— tanto tiempo.

Todo el cuerpo de Allie se estremeció mientras lo atraía hacia sí con más fuerza. El calor se extendió por su interior cuando él empezó a besarla con más insistencia, como si quisiera devorarla.

De repente, haciendo un esfuerzo evidente, Carter se echó hacia atrás para después alejarse tanto como le fue posible sin salir de la habitación. Se quedó allí, contra la pared, con los ojos más oscuros que nunca y el pelo revuelto allá donde los dedos de Allie se lo habían desordenado.

Respiraba con dificultad, y Allie adivinó lo que iba a decir antes de que hablara.

—Dios, detesto ponerme en plan responsable, pero deberíamos...

—No, tienes razón —se miraron fijamente durante unos instantes—. Vale —dijo

—. Vaya. Ahí queda eso.

—Sí. Ahí queda, ya lo creo —se rio con una risa cálida e íntima—. Tú... quédate ahí un momento, si no te importa. A ver, ¿de qué estábamos hablando antes de... la interrupción?

La sonrisa de Carter le producía un efecto en el cuerpo casi tan poderoso como sus besos; se sentía como si fuera la única chica del universo. Le costaba concentrarse en sus palabras.

—Yo... Creo que te había pedido que me lo contaras todo —repuso.

El chico dejó de sonreír. Allie lo lamentó, pero aquella conversación era necesaria.

—Si te he ocultado la verdad, ha sido por razones importantes, Allie, no porque sea un capullo que quiere mantenerte al margen.

—Hasta ahí lo he pillado —estaban más tranquilos, y Allie tuvo la sensación de que Carter se ponía en su lugar—, pero necesito saber en qué posición me encuentro, qué se oculta detrás de este colegio. Algunas personas se han lastimado, y yo no quiero que me pase nada, Carter.

Él parecía preocupado.

—Si te lo cuento, romperé un juramento. Yo mantengo mi palabra. Eso nadie lo puede negar.

—Pero ¿no estás empezando a preguntarte a quién le has hecho un juramento? —preguntó Allie—. Cuéntamelo, Carter. Háblame de la Night School. Y te juro que nunca diré ni una palabra a nadie.

Los ojos de Carter la escudriñaron como si en su rostro fuera a encontrar una pista que le dijera lo que debía hacer. Por fin se sentó en la silla y le señaló la cama con un gesto.

—Será mejor que te sientes —suspiró—. Esto nos llevará un buen rato.

Veintidós

—Lo primero que debes saber es que yo no estoy al tanto de todo —empezó a decir Carter—. Soy un iniciado de último remplazo. Tienes que completar todo un año de entrenamiento antes de que te acepten.

—Ya —Allie estaba sentada en la cama con los brazos alrededor de las rodillas, mirándolo atentamente—, pero tú te criaste aquí. Tienes que saber algo.

—Sé lo que me han dicho —repuso él— y son cosas bastante serias.

Apoyó el codo en el respaldo de la silla.

—Este es el primer escalafón de una organización a gran escala. Cimmeria recluta alumnos específicamente para la Night School, porque las personas que dirigen la institución los quieren de por vida... ¿me explico?

Allie parecía confusa.

—¿Como si...?

—Vale, lo que quiero decir es que empiezas asistiendo a la Night School de Cimmeria, luego te matriculas en Oxford o Cambridge (y si perteneces a la Night School seguro que vas a Oxford, a Cambridge o a la Escuela Londinense de Economía, sin ninguna duda) y allí pasas a formar parte de un club. Cuando te gradúas en la universidad, entras a trabajar en una empresa dirigida por un miembro de la organización y al final tú mismo administras una empresa que contrata a personas que han estudiado en la Night School. Y haces lo que te dicen. Lo que intento explicar es que esto es para toda la vida.

Con el ceño fruncido, Allie trataba de asimilar la información.

—¿Y cómo se llama esa gran organización?

Él negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Ni siquiera estoy seguro de que tenga nombre. Sencillamente... existe.

—Ya —Allie seguía haciendo esfuerzos por comprender—. Ahora perteneces a la Night School y cuando finalices los estudios en Cimmeria te matricularás en Oxford o en Cambridge donde pertenecerás a su versión universitaria, luego empezarás a trabajar y te harás muy rico... No lo entiendo. ¿No era ese vuestro destino en cualquier caso? ¿Cuál es la diferencia?

Carter bajó la voz hasta hablar en susurros.

—Yo solo te puedo contar lo que nos dicen, Allie. Y lo que nos han dicho es que la Night School gobierna el mundo.

—Gobierna el... —Allie se quedó de una pieza—. ¿A qué te refieres?

—A presidentes, primeros ministros, diputados, directores de las grandes corporaciones, periodistas... Las personas que ves en la televisión, la gente de la que hablan los periódicos, los tipos que gobiernan el mundo; la Night School está por

todas partes.

Allie lo miraba con escepticismo mientras Carter recitaba la lista de profesiones.

—¿Cómo? ¿Todos?

—No, pero sí muchos. Y en ámbitos muy diversos. La Night School dirige imperios periodísticos. Cadenas de televisión. Departamentos de Estado. Ejércitos. Todo. Está por todas partes.

—¿Y todo empieza aquí? —preguntó Allie poco convencida—. Carter, eso es imposible.

—Bueno, no sé si solamente aquí. De vez en cuando vienen estudiantes de intercambio procedentes de colegios de otros países; como Sylvain.

—Así que, ¿se trata de una especie de... conspiración mundial?

—Sí.

Estupefacta, Allie buscó en el rostro de Carter alguna señal de que todo aquello fuera una broma muy elaborada, pero no la encontró.

—¿Y cómo funciona?

Él negó con la cabeza.

—Eso es algo que no nos dicen a los neos.

—¿Neos?

—Neófitos —aclaró—. Es así como nos llaman durante el primer año.

—Qué nombre tan penoso —le espetó ella—. ¿Y qué os dicen?

—Nos ofrecen el típico discurso inspirador, la clásica charla corporativa, y nos invitan a una cena de gala con un montón de ricachones de esmoquin que un día fueron como nosotros —explicó.

—Ya, pero ¿qué hacéis? —preguntó ella frunciendo el ceño—. Quiero decir aquí, en Cimmeria. Todo ese entrenamiento que lleváis a cabo, ¿en qué consiste?

Carter exhaló un gran suspiro.

—Dios, es difícil de explicar. Tienen la teoría de que la guerra y la estrategia son la base de todo, de manera que, por raro que parezca, lo primero que hacen es enseñarnos a jugar al ajedrez. Jugamos al ajedrez durante días y días. Mientras tanto, nos hinchamos la cabeza con ese rollo de que los caballos son guerreros y los peones soldados de infantería...

—Espera. Ya lo he oído —lo miró fijamente—. Jo me dijo esas mismas palabras exactas hace unas semanas. ¿Pertenece Jo a...?

—¿A la Night School? —parecía incómodo—. No exactamente. Su padre sí, e insiste en que sea admitida, pero Isabelle cree que no está preparada. Tiene algunos... problemillas, ya sabes. De modo que le han ofrecido una introducción al entrenamiento introductorio, y Gabe le echa un ojo.

—¿Qué? ¿Su propio novio? —Allie estaba escandalizada—. O sea que... ¿la espía para esos tipos?

—No —se quedó pensando un momento—. Bueno, más o menos, supongo. Pero no está con ella por eso.

—No, claro que no —replicó Allie con sarcasmo—. Él nunca haría algo así.

Carter levantó las manos como si se rindiera.

—Bueno —prosiguió ella—, y después del ajedrez... ¿qué? ¿Juegos de guerra? ¿Es eso lo que haces por las noches en el bosque?

Él asintió.

—Más o menos. Entrenamiento para el combate, técnicas de subterfugio. Ese tipo de cosas.

—Qué locura. ¿Y por qué os enseñan todo eso? Sois solo niños.

—Las estrategias bélicas son aplicables a la vida y a los negocios. Además, algunos de nosotros acabaremos dirigiendo ejércitos. Y gobiernos —se encogió de hombros con tanta naturalidad como si estuviera hablando de un examen de matemáticas—. Mira, ese es el secreto de Cimmeria, hasta cierto punto. Y todo el que acude a esta escuela está relacionado con los demás a algún nivel —le dirigió una mirada muy directa—. Excepto, aparentemente, tú.

—Excepto yo —confirmó Allie.

—Y bien —concluyó Carter—, ¿qué haces tú aquí?

Allie, muy quieta, le sostuvo la mirada durante largos instantes antes de deslizarse al borde de la cama, preparada para levantarse.

—No lo sé. Pero estoy dispuesta a averiguarlo. ¿Estás conmigo?

—En teoría... —repuso él con suma cautela—, sí. ¿Qué te traes entre manos?

Una mezcla de emoción y determinación animaron el rostro de Allie.

—¿Te acuerdas de que ayer en la biblioteca acordamos que lo mejor sería hacer como si nada, como si nadie estuviera hablando de mí, mientras tú intentabas averiguar qué había detrás de todo esto?

Él asintió.

—Bueno, pues a la mierda con eso. Sea lo que sea lo que se cuece aquí, solo hay un sitio donde podremos averiguarlo. En el despacho de Isabelle. Vamos allá. Ahora.

—¡Ni soñarlo! —Carter parecía asustado—. Es una locura, Allie. Si nos pillan en el despacho de Isabelle, nos expulsarán. De una patada. Nunca podremos ir a una buena universidad. Todo se iría al garete.

—Yo conozco una manera de evitarlo —anunció Allie mientras se ponía en pie.

—¿Cómo?

—Asegurándonos de que no nos pillen.

Se dirigió a la puerta.

—Allie...

Haciendo caso omiso de la advertencia, Allie abrió la puerta, pero Carter la adelantó para cerrarla otra vez.

—Espera un momento —bajó la voz hasta hablar en susurros—. ¿Qué quieres buscar exactamente? ¿Qué crees que vas a encontrar?

—Dos cosas —aclaró ella—. Por qué murió Ruth y por qué estoy aquí.

Como él no parecía convencido, Allie levantó la barbilla con ademán desafiante.

—Voy a ir, Carter, y lo voy a hacer ahora. No pienso esperar a más tarde ni quedarme sentada con la esperanza de que alguien algún día se apiade de mí y me proporcione esa información. Eso no va a pasar nunca. ¿Vale? Así pues, ¿me acompañas? ¿O de verdad la posibilidad de llegar a convertirte en el presidente de Cimmeria Sociedad Anónima es tan importante para ti?

Él la miró a los ojos durante un largo minuto antes de tomar una decisión.

Abrió la puerta.

Veintitrés

—¿Ese es tu pie? ¿O el de otra persona?

Allie habló con un susurro tan quedo que su voz pareció fundirse en la negra oscuridad que los rodeaba.

—Pues claro que es el mío —cuchicheó Carter—. ¿De quién iba a ser si no?

Cruzaban de puntillas el pasillo que discurría desde la escalera hasta el despacho de Isabelle. Reinaba un silencio sobrenatural; el edificio no crujía ni se asentaba, como si contuviera el aliento.

Carter le había explicado que, como parte del entrenamiento, los alumnos de la Night School patrullaban los pasillos del colegio por la noche, pero no a todas horas. Por eso al bajar se habían escondido en una recámara del primer piso hasta que un par de sombras pasaron por su lado, silenciosas como la muerte.

Después, tenían más de una hora antes de que la patrulla volviera a hacer la ronda, según calculaba Carter. Se deslizaron escaleras abajo, procurando no pisar el peldaño que crujía hacia el final.

Habían llegado ya frente a la puerta del despacho, casi invisible, y aguardaban a estar seguros de que la directora no estaba dentro.

—¿Por qué iba a estar? —susurró Allie—. Es la una de la madrugada.

Carter se encogió de hombros, pero por la expresión de su cara ella dedujo que la posibilidad no era tan remota.

Como no se oía nada al otro lado de la puerta, el chico dio por fin el visto bueno. Con la mano en el pomo, miró a Allie a los ojos.

—Tres —dijo en un cuchicheo—, dos... uno...

Hizo girar el picaporte.

La puerta estaba cerrada con llave.

Carter maldijo entre dientes y Allie sofocó una risilla.

—¿Plan B?

Él se sacó del bolsillo un alambre retorcido.

—Dos minutos —dijo—. Cronométrame.

Agachado junto a la puerta, metió el alambre en una cerradura que Allie no alcanzaba a ver y hurgó con cuidado usando solo la punta de los dedos hasta que, sin previo aviso, el mecanismo cedió.

—Guau. Menos de dos minutos —se admiró ella—. ¿Dónde has aprendido a hacer eso?

Él le lanzó una mirada de suficiencia.

—¿Tú qué crees?

—¿En la iglesia?

Carter sonrió al tiempo que empujaba la puerta. Se abrió con un sonido parecido a

un suspiro.

—Sí, claro.

—Y bien —susurró Allie mientras entraba en el despacho—, ¿reventar cerraduras te prepara para ser un buen primer ministro?

Tras cerrar la puerta a su espalda, Carter retiró una manta de cachemira color crema de una de las butacas de piel antes de utilizar el mueble para atrancar el paso.

—No tengo ni idea.

Con un chasquido que pareció resonar en el silencio del edificio, encendió una lamparilla de escritorio. De pie tras la mesa, ambos pasearon la vista por el despacho de Isabelle, que contenía un tapiz con un unicornio, gruesas alfombras orientales, estanterías atestadas de libros y revistas, y diversas vitrinas de ébano llenas de ficheros ordenados. En el escritorio, entre montones de papeles, descansaba una taza de té con el emblema del colegio. En el aire se percibía el característico perfume cítrico de Isabelle.

—Me siento como una delincuente —susurró Allie, repentinamente intranquila.

—Ah, no, ni hablar —repuso Carter—. Ahora ya estamos aquí. Acabemos cuanto antes.

Ella comprendió que tenía razón. Era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿Por dónde empezamos?

Allie lo había preguntado casi para sí, pero Carter le respondió de inmediato.

—Yo miraré en las estanterías. Tú ocúpate de los armarios.

Durante media hora trabajaron en un silencio apremiante. Carter comenzó por el lado izquierdo de la habitación y fue revisando un estante tras otro en busca de algo que le llamase la atención. Allie se sentó en el suelo para ver mejor el contenido de aquellas vitrinas bajas.

La primera contenía documentos relativos al mantenimiento: facturas de teléfono, recibos... Nada de interés. La segunda albergaba documentación académica, exámenes de graduación y otros testimonios de la actividad escolar acumulados a lo largo de los años.

En cuanto abrió la tercera vitrina, supo que había encontrado lo que buscaba.

—Premio —susurró.

Carter alzó la vista.

—¿Qué es?

—Documentación de los alumnos.

Él dejó lo que tenía entre manos y se acercó. En busca del expediente de Ruth, Allie fue pasando las carpetas de los alumnos cuyos apellidos empezaban por J.

Dejó de mirar.

—No está aquí.

Carter pareció perplejo.

—Tiene que estar. Vuelve a mirar.

—Jansen —musitó Allie por lo bajo—. J-a-n-s-e-n. No. No está.

—A lo mejor está en la letra equivocada —insistió él—. Mira desde el principio.

Allie repasó impaciente las carpetas de papel manila etiquetadas con cuidado, leyendo nombres familiares así como otros que no le sonaban de nada, hasta que llegó a uno que la hizo detenerse.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Carter.

—No... Es el mío.

Tenía la punta de los dedos sobre un grueso clasificador que llevaba escrito su nombre con un trazo grueso de tinta negra.

—Cógelo.

Allie reparó en el tono tenso de la voz.

—¿Tú crees? —dudó.

—Dos cosas, ¿recuerdas? —la apremió—. Estamos buscando dos cosas.

No muy convencida, Allie dejó su propio expediente a un lado y siguió inspeccionando los documentos, dudando ante uno etiquetado con el nombre de Carter West.

—¿Quieres el tuyo?

Negando con la cabeza, él rehusó con sequedad.

—Ya sé lo que dice.

—Vale.

Allie revisó los pocos clasificadores restantes.

—El expediente de Ruth no está aquí.

—Deben de haberlo sacado —Carter se dirigió al escritorio de Isabelle—. A lo mejor está en su mesa. Iré mirando. Tú echa un vistazo a tu expediente.

Ella se sentó en el suelo, con la mirada fija en la superficie negra de la carpeta y los dedos prestos.

¿Realmente quiero saber la verdad?

Oía a Carter removiendo papeles y abriendo cajones por encima de ella. Se movía con rapidez... no tenían mucho tiempo.

Abrió el clasificador.

Las primeras páginas no eran sino los documentos de rigor: los formularios de admisión habituales, expedientes de sus colegios anteriores... Al mirar las notas, hizo un gesto de dolor y pasó la página a toda prisa....

El resto era mucho más raro. Una copia de su certificado de nacimiento. Fotografías de su primera infancia en compañía de sus padres. Una foto en la que aparecía ella de bebé sonriendo a la cámara junto a una mujer a la que no reconocía.

Se le encogió el corazón al ver una carta dirigida a Isabelle escrita con la letra de

su madre. Cuando la acercó a la luz para verla mejor, se quedó sin aliento.

Algunas palabras y frases saltaron a primer plano.

«Necesitamos tu ayuda, Izzy...». «... no sabemos qué hacer. Si han capturado a Christopher...». «No queremos involucrar a Lucinda pero pensamos que ha llegado el momento...». «... peligro...».

¿Necesitamos tu ayuda, Izzy? ¿La llama Izzy?

Pasó la página. La siguiente hoja, escrita en papel grueso y caro, contenía una breve nota escrita en una caligrafía elegante que no reconoció. Tenía fecha de junio de aquel mismo año.

Isabelle:

Incluye a mi nieta de inmediato en el protocolo de protección. Estaremos en contacto.

Lucinda

Por un brevísimo instante, Allie dejó de respirar.

¿Qué tiene que ver esta nota con mi vida? ¿Quién es Lucinda?

Cada vez más nerviosa, pasó la hoja. Las siguientes eran fotocopias de viejos expedientes escolares de Cimmeria, pero no le pertenecían.

Eran de su madre.

Con manos temblorosas, los hojeó rápidamente, revisando cada página para después pasarla. Revisando y pasando. Revisando y pasando.

La última era una nota escrita en una tarjeta amarillenta. Reconoció la caligrafía de Lucinda de la carta anterior.

G.:

Estoy encantada de saber que mi hija se desenvuelve bien en la Night School. Lo lleva en la sangre, como se suele decir. Te agradecería que me enviaras informes semanales de sus progresos de ahora en adelante.

L. S.

Allie soltó el expediente como si quemara. La voz de Carter interrumpió los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza.

—Eh. Será mejor que le eches un vistazo a esto.

El tono no auguraba nada bueno, y Allie corrió al escritorio, donde él sostenía un papel bajo la luz. Se asomó por encima de su hombro para verlo mejor.

Cuando lo hubo leído de cabo a rabo, alzó la vista hacia él, estupefacta.

—Oh, Dios mío, Carter. ¿Qué vamos a hacer?

No se quedaron mucho más rato en el despacho de Isabelle. Rápidamente, Allie devolvió el expediente a su lugar en la vitrina mientras Carter ordenaba el escritorio.

Volvió a doblar la manta sobre el brazo de la butaca de piel y apagó la luz.

Permanecieron junto a la puerta, escuchando, durante lo que a Allie le pareció una eternidad antes de que Carter se deslizara al exterior mientras ella esperaba.

Cuando se hubo asegurado de que el pasillo estaba despejado, volvió a buscarla. Cerraron la puerta tras ellos y se quedaron helados cuando el chasquido de la cerradura resonó como un grito en aquel silencio sobrenatural.

Era la una y media de la madrugada. Si los pillaban en el pasillo a aquellas horas, ninguna excusa les serviría.

Apenas llevarían andados unos seis metros cuando Carter se paró sin previo aviso. Justo cuando doblaban la esquina que daba a la escalera, tendió un brazo para detener a Allie. Miró a su alrededor y corrió a cobijarse en la espesa negrura del hueco de la escalera; no tuvo que pronunciar palabra... Ella lo seguía de cerca.

Atrayéndola hacia sí para estrecharla contra su cuerpo, le dijo al oído en un susurro casi inaudible:

—Viene alguien.

Con la cabeza contra el hombro de Carter, inhalando su aroma a café y a canela, Allie asintió y luego se volvió a mirar qué estaba pasando. Los brazos del chico la rodeaban con ademán protector.

Pudo oír las pisadas también. Con sumo cuidado, alguien caminaba hacia ellos sin hacer ruido.

Allie contuvo el aliento mientras rogaba a su corazón que latiera con más suavidad.

Vieron cómo la sombra se acercaba al despacho de Isabelle para probar el pomo. Al descubrir que estaba cerrado, la figura se detuvo un momento como si calibrara las distintas posibilidades antes de alejarse.

Cuando Allie interrogó a Carter con la mirada, él le puso un dedo en los labios. Siguieron en la misma postura durante cinco minutos. Luego, una vez Carter se hubo asegurado de que ya no había nadie por allí, cogió a Allie de la mano y subieron juntos las escaleras.

Atravesaron sin ser vistos el pasillo desierto del dormitorio de las chicas hasta llegar al cuarto de Allie, donde ella encendió la luz tras asegurarse de cerrar la puerta.

—¿Quién era? —susurró.

—No he podido verlo —repuso Carter—, pero llevaba uniforme, así que era un alumno.

—¿Crees que nos ha visto? —siguió preguntando Allie.

Él negó con la cabeza.

—No ha mirado en nuestra dirección.

Ella se relajó un poco.

—Supongo que no somos los únicos interesados en averiguar lo que está pasando.

Con un enorme bostezo, Allie se sintió como si la adrenalina que había animado su cuerpo durante las actividades nocturnas la hubiera abandonado de repente.

—Los dos necesitamos dormir —dijo Carter—. Mañana tenemos clase, al fin y al cabo.

—Pero tenemos que hablar de todo esto —Allie hizo esfuerzos por despabilarse—. Mi expediente y esa carta...

—Mañana después de clase... reúnete conmigo en la capilla —propuso él—. Ah, iré a desayunar a las siete; ve a esa hora y te protegeré de los chismosos.

Mientras tanto... duerme un poco.

Carter abrió la ventana, pero se volvió a mirarla una última vez.

—Una cosa más. Esta noche, antes, en mi habitación...

Ella se sonrojó, esperando oír que había sido un error.

—Ha sido fantástico.

Esbozó aquella sonrisa tan sexy que tenía cuando el pelo le caía sobre los ojos y salió por la ventana.

Una oleada de calor recorrió el cuerpo de Allie de arriba abajo. Toda la tensión de la noche la abandonó mientras sonreía a la oscuridad.

—Lo mismo digo —contestó.

A la mañana siguiente, Allie bajó a desayunar a las siete en punto. Carter la esperaba en la antesala del comedor.

—Doncella, vuestro caballero os aguarda —le dijo cuando ella se acercó.

—Tu doncella está deseando zamparse un buen bocadillo de beicon —repuso ella.

—Oh, cuán propio de vos.

Entraron en el comedor riendo, pero de inmediato percibieron el ambiente gélido que se había apoderado de la sala.

—Hala —murmuró Carter.

Intimidada al saberse observada por todos los presentes, Allie se acercó un poco más a su chico mientras ambos se servían el desayuno en el bufé. Cuando se dirigían hacia el lugar donde Rachel y Lucas los aguardaban, oyeron un coro de susurros y risas desagradables a su paso.

Tanto Rachel como Lucas parecían preocupados.

—Esto apesta —dijo Lucas mientras sus amigos se sentaban—. ¿Qué vamos a hacer?

—Creo que Isabelle va a tener que intervenir —arguyó Carter—. No hay gran

cosa que podamos hacer, a menos que Allie quiera ir acompañada a todas partes.

—No es propio de Isabelle dejar que las cosas lleguen tan lejos —observó Rachel.

—Quizá no haya hecho nada por miedo a que la acusen de favoritismo —sugirió Lucas—. Todo el mundo sabe que siente debilidad por Allie.

—Da igual —Allie introdujo una loncha de beicon entre dos trozos de pan—. Yo solo sé que como Katie se me acerque demasiado, se va a ganar una patada en el trasero.

Cuando alzó la vista después de dar un bocado inmenso descubrió que Carter la miraba meneando la cabeza.

—¿Qué? —le preguntó Allie con la boca llena.

—Nada —repuso él.

—Creo que está pensando —apuntó Rachel con una sonrisa—: «Esta es nuestra Allie».

—Que todo el mundo me preste atención, por favor —la voz de Isabelle se alzó por encima del murmullo de fondo del comedor.

Se hizo el silencio.

Plantada a la entrada de la sala, impecable con un cárdigan color lavanda, falda y blusa blancas y un pañuelo de seda al cuello, parecía más severa de lo que Allie la hubiera visto jamás.

—Me gustaría recordar a todos los alumnos que un único episodio de acoso escolar es motivo de expulsión inmediata. Confío en no tener que volver a mencionarlo.

Cuando se dio media vuelta y salió, el eco de sus pisadas quedó suspendido en el comedor abarrotado.

Allie se señaló a sí misma y articuló:

—¿Eso va por mí?

Rachel, Carter y Lucas asintieron.

Más tarde, mientras se dirigían hacia las aulas, no llegaban a ponerse de acuerdo sobre si Isabelle había hecho o no lo suficiente por zanjar las habladurías. Rachel creía que no, pero Carter y Lucas pensaban que, de momento, la directora no podía hacer nada más.

Al entrar en clase de Biología, Allie divisó a Jo. Concluido el castigo, estaba sentada al pupitre que compartían, con ese pelo rubio como de elfo bien peinado por una vez y el rostro apagado.

Allie no sabía cómo afrontar aquella situación. Por una parte, sin delatarse no podía exigirle cuentas por todo lo que la había oído decir, y por otra no quería pedirle a Jerry que la cambiara de sitio; el profesor querría saber por qué.

Optó por el camino más fácil.

Si no sabes qué decir, no digas nada en absoluto.

Así pues, se sentó junto a Jo en silencio y torció un poco la silla para darle la espalda. Saltaba a la vista que su antigua amiga había escogido también el camino fácil, y permanecieron sentadas, codo con codo, sin pronunciar palabra durante los largos siete minutos que Jerry tardó en llegar y empezar la lección.

Después de clase, Allie salió disparada en dirección al pasillo. No miró atrás.

A la hora de comer, Jo y Gabe evitaron la mesa de costumbre y prefirieron ocultarse en un rincón del comedor. Allie se reunió con Rachel y con Lucas, que por lo que parecía cada vez pasaban más tiempo juntos.

—Eh —dijo Allie dejando caer la cartera—. ¿Qué pasa con esos dos?

Rachel y Lucas intercambiaron una mirada que ella no supo cómo interpretar.

—Dicen los rumores —aclaró Rachel al cabo de un segundo— que Jo estaba tan borracha que no se acuerda de lo que pasó en el tejado. De modo que ha decidido creer lo que cuentan las habladurías.

—Vaya, genial —se lamentó Allie mientras se dejaba caer como desmayada en el asiento—. ¿De modo que ahora cree que intenté matarla?

Los otros dos asintieron a la vez.

—Tendría gracia si le estuviera pasando a otra persona —suspiró ella.

—A mí no me está pasando y no me parece nada divertido —repuso Rachel.

—¿No la creéis? —preguntó Allie alentada.

—Ni hablar —replicó Lucas.

—La conocemos demasiado bien —arguyó Rachel—. Mira, intentaré hablar con ella más tarde, a ver si la hago entrar en razón.

—Y de paso podrías obligarla a recordar lo que pasó en realidad —Carter, que acababa de retirar una silla libre junto a Allie, se sentó—. Que cogió una curda tan monumental que casi nos mata a los dos. Qué casualidad, ¿no? Justo ahora que todo el mundo sabe que la lio, no recuerda haberse comportado como una lunática.

—No es propio de Jo haberlo olvidado —se extrañó Lucas frunciendo el ceño—. No le falló la memoria la otra vez.

Allie experimentó una punzada de preocupación al identificar un tono de duda en el comentario de su amigo. ***¿Y si Lucas y Rachel empiezan también a dudar de mí? Entonces solo me quedará Carter.***

Como si le hubiera leído el pensamiento, este le rozó el pelo con los labios.

—No dejes que te hunda —le susurró, y Allie sonrió a su pesar.

Advirtió que Lucas y Rachel se percataban del gesto, y comprendió que muy pronto toda la escuela sabría que Carter y ella estaban juntos.

—Estoy bien —respondió con valentía. Y lo decía en serio.

Durante el resto del día, Allie no habría podido afirmar rotundamente que la

estaban acosando. En cambio, la trataban como si fuera un fantasma, como si ni siquiera estuviera ahí.

Nadie, a excepción de su grupo de amigos más íntimos, le dirigía la palabra. La propia Katie, cuando se cruzó con ella, se limitó a girarle la cara antes de alejarse enfadada.

Sin embargo, cuando Allie regresaba a su habitación después de las clases, Jules la detuvo en el pasillo.

—Solo quería decirte que lamento cómo se están comportando todos —se disculpó—. Se lo comenté ayer a Isabelle y ya ha amonestado por escrito a Katie y a dos de sus amigas.

—¿Crees entonces que Katie anda detrás de los rumores? —preguntó Allie.

—Conozco a Katie de toda la vida —confesó la prefecta con expresión consternada—, pero le he dicho que no podremos ser amigas a menos que ponga fin a esta situación. Esas habladurías te colocan en una posición tremendamente injusta y he creído que debía tomar cartas en el asunto. Katie sabe lo que pienso. Espero que lo resuelva.

—Gracias, Jules —Allie se lo agradecía de corazón—. Es muy desagradable que la gente vaya por ahí diciendo mentiras sobre ti.

—Si alguien se mete contigo, dínoslo a Isabelle o a mí —insistió Jules—. Nosotras nos encargaremos. Además, sé lo que pasó ayer entre Katie y tú y no me gustaría que todo esto acabara a puñetazos.

Allie se sonrojó con expresión culpable.

—Claro, tienes razón... Procuraré controlarme.

En cuanto Jules se marchó, Allie se puso ropa deportiva y salió. Una vez más, hacía una tarde deliciosa; el sol le calentaba la espalda mientras corría hacia la capilla y decidió tomar el camino largo, el que pasaba por el cenador. Disfrutó tanto de la carrera que casi lamentó haber llegado a su destino. Aunque por otra parte... allí estaba Carter.

Cuando Allie abrió la verja, lo divisó de inmediato, mirándola desde el viejo portón de madera.

—Eh —lo saludó mientras recorría el camino empedrado.

—Eh tú —contestó Carter—. Justo a tiempo. Mira, antes de que entremos, hay una cosa que deberíamos dejar clara.

Cogió a Allie de la mano para atraerla hacia sí y, bajo las sombras del pórtico, acercó los labios a su boca. Sonriendo en pleno beso, Allie se aproximó más a él, tanto que fue capaz de sentir el calor de Carter contra su cuerpo. Excitado por la reacción de ella, el chico la besó aún más apasionadamente, abrazándola con tanta fuerza que casi la dejó sin aliento. Cuando la liberó un minuto después, Allie estaba

encendida y jadeante.

—Me alegro de que lo hayamos dejado claro —dijo.

—Yo también —Carter le abrió la puerta—. Así podremos concentrarnos en los temas horribles y espeluznantes sin que nos distraiga todo ese rollo del romanticismo.

La voz de él rebotó contra los fríos muros de piedra mientras se echaba a un lado para cederle el paso a Allie. Al entrar, ella se tomó un momento para rozarle el brazo provocativa, desde el hombro hasta la punta de los dedos. A Carter se le puso la piel de gallina por el contacto.

—Uhhh —se burló ella.

Él intentó atraparla otra vez pero Allie se escabulló riendo.

—En la iglesia no, Carter. Iríamos al infierno.

—Entonces no me hagas caer en la tentación —bromeó él mientras la seguía a pocos pasos.

—Es justo —reconoció Allie, que se mantenía fuera de su alcance—. Siempre que tú me libres de todo mal.

—Trato hecho.

Cerca ya del púlpito, ella se dejó capturar entre risas y Carter la hizo sentar en un banco de madera oscura, donde la rodeó con el brazo.

—Este sitio es alucinante —comentó Allie conforme miraba a su alrededor. Levantando con el pulgar la manga corta de la camiseta de su chica, Carter le acarició la piel cálida que ocultaba la tela—. Jamás en la vida había visto nada parecido a estas pinturas.

—Creo que antaño muchas iglesias tenían este aspecto —Carter le hablaba con los labios pegados al oído, y Allie cerró los ojos con un estremecimiento—. Pero las reformaron.

—Peor para ellos —susurró ella.

—¿Verdad?

El segundo beso fue aún más ardiente, y al poco Carter hizo sentar a Allie en su regazo. Le retiró el coiletero y, mientras ella lo besaba, le fue pasando los dedos por la melena hasta que las suaves ondas le cayeron sobre el rostro. Luego apartó la cara y acarició con los labios la piel que discurría entre la oreja y los labios de ella. Allie respiraba con jadeos entrecortados.

Poco después, sin embargo, ella deshizo el abrazo. Con un suspiro de resignación, Carter la liberó para que pudiera volver a sentarse en el banco.

—Muchísimas gracias por dejar eso aclarado —repitió Allie con una sonrisa burlona.

—Te avisé de que no me hicieras caer en la tentación —le recordó él.

Ella se echó a reír.

—¿Tentarte yo? Si solo soy una pobre deportista sudorosa.

Carter le tironeó un mechón de pelo.

—Qué tentación... —insistió, pero suspiró al cabo de un segundo—: En fin, supongo que tenemos que destruir este clima tan agradable para empezar a hablar de cosas importantes.

Allie se estremeció, como si la calidez del momento la hubiera abandonado de repente.

—Sí, hay que hacerlo. ¿Estás seguro de que estamos solos?

—No hay peligro aquí —repuso Carter con tranquilidad—. Comencemos por tu expediente.

Ella asintió.

—Fue muy raro. Incluía los típicos informes del tipo «a Allie no se le da muy bien la literatura» pero también un montón de documentos raros que no me pertenecían.

Carter la miró perplejo.

—¿Como qué?

—Como... el expediente escolar de mi madre —le lanzó una mirada elocuente—. De este centro.

—¿De este centro? ¿Te refieres a Cimmeria? —la voz de Carter delataba incredulidad.

—Exacto. Por lo que parece, a mi madre tampoco se le daban muy bien las ciencias cuando tenía mi edad. Ah, y asistía a Cimmeria, un colegio del que supuestamente nunca había oído hablar hasta pocos días antes de traerme aquí. En realidad, está tan familiarizada con el lugar que en una carta se dirige a Isabelle como «Izzy».

—¿Iz...? —Carter se había quedado de una pieza—. Pero ¿de qué demonios va todo esto?

—No tengo ni idea. Pero la cosa no acaba ahí. En mi archivo había también una nota dirigida a Isabelle de una tal Lucinda, con fecha de hace un mes. Le «ordenaba» que admitiera a «su nieta» de inmediato y «la protegiera».

Carter silbó por lo bajo.

—¿Y supongo que no tendrás una abuela llamada Lucinda?

—Una de mis abuelas murió antes de que yo naciera. La otra, hace dos años —repuso Allie—. Se llamaba Jane.

—Entonces... —se preguntó Carter.

—¿Quién es Lucinda? —Allie completó la frase por él—. Buena pregunta. También había una nota escrita con la letra de la tal Lucinda dirigida a alguien cuyo nombre empieza por G, donde decía alegrarse de lo bien que se desenvolvía su hija en la Night School. Todo era muy raro.

Carter se apartó el pelo de los ojos mientras trataba de asimilar aquella

información.

—Allie, ¿alguna vez tus padres te han dicho la verdad?

Dolida, ella notó que se le saltaban las lágrimas.

—No lo sé —dijo mientras pugnaba por contenerlas.

Él le apretó los dedos.

—Bueno, vamos a repasar lo que sabemos —fue acompañando cada una de las conclusiones con un golpecito en el dorso de la mano de Allie—. La Literatura inglesa se te da fatal. Es probable que tu madre asistiera a este centro. La tal Lucinda o bien es tu abuela o bien cree serlo, un pequeño detalle que tus padres olvidaron mencionarte... durante toda la vida. Y sea quien sea Lucinda, es tan importante como para darle órdenes a Isabelle —por un momento pareció que había acabado, pero luego añadió—. Ah, sí, e Isabelle tiene un diminutivo horrible.

Allie sonrió a medias.

—Eso es todo, creo.

—Bueno, pues no es gran cosa.

—No —reconoció ella con desaliento—. No es gran cosa.

—Vale, dejemos entonces todo eso a un lado por el momento, porque me parece que necesitaremos tiempo para decidir qué hacemos con la información —se quedó mirando la pintura del tejo en los antiguos frescos—. Hablemos ahora de la carta.

La carta que habían hallado en el escritorio de Isabelle venía firmada por un tal Nathaniel y llevaba fecha de pocos días antes. Era una nota breve y espantosa.

«Lo sucedido la noche del baile de verano solo es una muestra de lo que os espera», decía. «Dadme lo que merezco o destruiré Cimmeria con mis propias manos».

A continuación indicaba una fecha y una hora para «parlamentar en el lugar habitual». La cita correspondía al día siguiente, a medianoche. Por desgracia, no especificaba cuál era ese «lugar habitual».

—¿Qué quiere decir «parlamentar»? —había preguntado Allie en su momento, y había añadido esperanzada—: A mí me recuerda a «charlar».

—«Parlamentar» es un término militar —le había explicado Carter a la vez que ponía el papel boca abajo—. Consiste en una reunión entre bandos enemigos para negociar.

—Vaya —había dicho Allie—, una charla de mierda entonces.

Acurrucada en el banco de la iglesia junto a Carter, le formuló por fin la pregunta que llevaba haciéndose desde que encontraran la nota.

—¿Tú también crees que Nathaniel mató a Ruth?

Él se puso muy serio.

—No lo sé. En la carta no llega a decirlo. Yo me pregunto más bien ¿por qué? ¿Qué puede llevar a alguien a hacer algo así? ¿Qué es lo que quiere ese hombre de

Isabelle exactamente? ¿Lo desea con tanta desesperación como para matar?

Allie jugueteó con un mechón de pelo y se quedó mirando la imagen del tejo en la pared.

—He leído que la mayoría de los asesinatos los comete gente que conocía muy bien a la víctima; como su familia o sus amigos —soltó el mechón—. Dios, ojalá hubiéramos encontrado el expediente de Ruth. ¿Y si Nathaniel es su padrastro malvado o algo así?

Carter negó con la cabeza.

—De ser así, ¿por qué iba a estar exigiéndole nada a Isabelle y comportándose como si la conociera desde hace tiempo, o como si ella lo hubiera perjudicado de algún modo? No tendría sentido.

—Pues para mí, nada de esto tiene sentido —se desesperó Allie—. Están pasando un montón de cosas que no entendemos... y no tenemos forma de averiguar qué hay detrás de todas ellas a no ser que alguien nos lo cuente.

Carter se la quedó mirando.

—¡Claro, Allie! ¡Haremos que nos lo cuenten!

—Ya. Pero... ¿cómo? —preguntó ella sin entender nada.

Carter se inclinó hacia ella con las mejillas arrojadas de la emoción.

—Muy fácil. Isabelle se reunirá con Nathaniel mañana por la noche. La seguiré, escucharé lo que digan y, según lo que oiga, pensaremos qué hacer a continuación.

—¡Qué buena idea! —aplaudió Allie—. Te acompaño.

Carter la asesinó con la mirada.

—Ni lo sueñes.

—Ya lo creo que sí.

—Allie... —Carter le lanzó una mirada de reconvención, pero ella la ignoró.

—¿Y por qué debería quedarme? Todo esto guarda relación conmigo y con mi familia, y aunque he averiguado unas cuantas cosas sigo sin saber qué está pasando en realidad —él intentó interrumpirla pero Allie lo hizo callar con un gesto de la mano—. Estamos hablando de mi vida, Carter. Y quiero saber quién me la está amargando.

—Podría ser peligroso —en la voz de él se traslucía el desaliento—. Y nos podrían expulsar. Allie, no es una buena idea.

—Es peligroso —recalcó ella—, pero pienso ir. Mira, encontré una cosa más en mi expediente que no te mencioné. En su carta, mi madre hablaba de mi hermano, Christopher. Decía: «¿Y si lo han capturado?» se inclinó hacia Carter con vehemencia—. ¿No lo entiendes? A lo mejor averiguo lo que le pasó a Christopher. Tengo que ir.

Carter permaneció unos instantes con la mirada clavada en Allie. Ella supo en qué momento exacto se daba por vencido.

—Vale —se resignó—. No me hace ninguna gracia, pero si no te dejas

acompañarme, seguro que acabas yendo por tu cuenta y metiéndote en un lío aún peor.

—¡Gracias! —Allie le pasó los brazos por el cuello.

—Pero con una condición —añadió Carter rodeándola con los brazos a su vez—. Lo haremos a mi manera. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —asintió ella, y lo abrazó con más fuerza.

—Y oye... ¿qué probabilidades tendríamos de ir al infierno si profanásemos esta capilla? —preguntó mientras hundía la cara en la melena de Allie.

Veinticuatro

Aferrada a la cornisa, Allie ganó centímetro a centímetro por la pared exterior de los dormitorios femeninos hacia la zona del tejado donde la pendiente más suave facilitaba la escalada. Desde allí, seguiría avanzando hasta la habitación de Carter.

Acababa de sonar el toque de queda. La noche era oscura y despejada; ideal para escabullirse por los jardines.

Había dejado atrás la primera ventana y se disponía a pasar ante la de Katie. De puntillas, se asomó con suma cautela para echar un vistazo al cuarto.

Las luces estaban encendidas pero la habitación parecía vacía.

Tendiendo el brazo para alcanzar el otro lado de la ventana, pasó rápidamente.

Salvada, pensó.

Sin embargo, al dar el siguiente paso, golpeó sin querer algo suelto del bajante —una teja quizá o una piedra que había rodado del tejado—, que impactó contra el suelo con un minúsculo repiqueteo. Petrificada en el sitio, Allie no sabía si salir corriendo hacia el tejado —arriesgándose a hacer más ruido— o quedarse donde estaba, quieta como una muerta.

—¿Quién anda ahí? —la pregunta sonó a menos de un metro de distancia de su codo derecho.

Allie contuvo el aliento. Se había puesto la ropa que usaba para correr: pantalones ajustados color azul marino, camiseta del mismo tono y unas deportivas oscuras. Era casi invisible, estaba segura.

Acuérdate de Catwoman, se dijo.

—¿Jo? ¿Eres tú? —la voz de Katie hendió la noche—. ¿O eres Allie, la loca asesina? Como seas tú, Allie, pienso ir ahora mismo a chivarme a Jules, para que lo sepas.

Allie se esforzó por coordinar su respiración con el vaivén de la brisa, para no hacer ningún ruido en absoluto. Transcurrieron unos minutos... Silencio. Contó hasta cien y corrió hacia el tejado menos inclinado, donde trepó y avanzó a toda prisa hacia los dormitorios de los chicos. Con la práctica, había acabado por adquirir velocidad. Se dejó caer por la pendiente del otro lado hasta llegar al bajante, y desde allí se deslizó al cuarto de Carter.

Él, que había dejado la ventana abierta y la luz encendida, estaba de pie al otro extremo de la habitación, esperándola. Allie tuvo la sensación de que aquellos ojos tan negros se aclaraban un poco al mirarla.

Mientras ella entraba por la ventana, Carter cruzó el cuarto para ayudarla a bajar del escritorio.

—Eh —susurró al mismo tiempo que esbozaba aquella media sonrisa que la volvía loca.

—Eh tú.

Allie había decidido callarse lo que había dicho Katie sobre chivarse a Jules. Si se lo contaba, Carter tendría la excusa perfecta para impedirle asistir al encuentro.

Así pues, en vez de hablar, tendió los brazos y le ofreció los labios.

A los pocos minutos él levantó la cabeza, la miró a los ojos y le acarició la mejilla.

—Tenemos que irnos. Como no sigamos a Isabelle, nunca averiguaremos quién es el asesino.

—**Merde** —dijo Allie, que levantaba los labios para recibir más besos.

—El francés se me da fatal... ¿Qué significaba eso? —murmuró Carter.

Ella se echó a reír contra su mejilla.

—Significa: «¿Por qué no te callas y me sigues besando?».

Un minuto más tarde, Carter volvió a separarse de Allie con un suspiro consternado.

—Como no empecemos pronto con eso del espionaje, se nos va a olvidar a quién teníamos que espiar y por qué.

Allie se recompuso la ropa.

—Venga, duro con ellos.

—Guau, qué motivada.

—Gracias —respondió ella—. Llevo todo el día ensayándolo.

Carter abrió la puerta y se aseguró de que no hubiera nadie en el pasillo antes de hacerse a un lado para cederle el paso a Allie. Bajaron las escaleras despacio, parando en cada piso para asegurarse de no oír pasos ni voces.

Al llegar a la puerta trasera, de nuevo él se asomó primero mientras ella aguardaba entre las sombras. Cuando hubo reconocido el terreno, volvió a buscarla.

Perfectamente sincronizados, fueron corriendo juntos por el ala este hasta alcanzar la parte delantera del edificio, siguiendo una ruta que ya habían practicado aquel día. Al llegar al lindero del bosque, se ocultaron entre los helechos, desde donde se distinguía perfectamente la entrada del colegio. Siempre y cuando la reunión no se celebrara por detrás del edificio, verían adónde se dirigían los participantes.

—Ahora —susurró Carter—, a esperar.

Desde el cielo, la luna llena bañaba los terrenos con un fulgor azul. Bajo su luz brillante veían con absoluta claridad. Así pues, cuando un grupo de sombras cruzó la puerta principal veinte minutos más tarde, alcanzaron a atisbar hasta el último de sus movimientos.

Advirtiendo que las figuras se dirigían al sendero que conducía a la capilla, Carter le hizo señales a Allie de que lo siguieran, y ambos echaron a correr despacio,

evitando por el camino cualquier ramilla que pudiera partirse a sus pies y delatarlos. Carter corría a unos tres metros por delante de ella, cuidando de guardar la suficiente distancia con sus objetivos para que no pudieran oír sus pasos.

Casi habían alcanzado la capilla cuando escucharon voces. Carter esperó a que Allie llegara a su altura para tomarla de la mano y ocultarse con ella entre las sombras del muro. La verja del camposanto había quedado abierta, y el chico se acercó un momento a echar un vistazo antes de hacerle señas a ella de que lo siguiera.

—Estos numeritos me aburren, Nathaniel.

Es la voz de Isabelle. Allie la oía con toda claridad pero no la veía por ninguna parte. ***¿Dónde se ha metido?***

Carter se dirigió hacia el tejo, sorteando tumbas, piedras y otros obstáculos. Allie le siguió los pasos con suma cautela.

—¡Date prisa! —le susurró el chico.

Ella frunció el ceño en la oscuridad.

—Ya me estoy dando prisa.

Carter se dio impulso para trepar a la rama más baja. Luego se agachó para tenderle la mano a Allie y ayudarla a subir también. Mediante aquel método, se las ingeniaron para ir trepando de rama en rama hasta alcanzar una altura que les permitiera atisbar más allá de la verja. Carter se sentó un poco más arriba que Allie, quien, aun sin ver al chico directamente, notaba que la tensión le atenazaba el cuerpo. Estaba alerta, en guardia.

A través de las ramillas retorcidas que los rodeaban, alcanzaban a distinguir el arroyo que discurría por detrás de la iglesia, hacia el estanque. La luz de la luna iluminaba muy oportunamente la escena.

Al otro lado del riachuelo, entre unas hierbas altas hasta la rodilla, había un hombre. Iba acompañado de un pastor alemán, que permanecía inmóvil como una estatua. Isabelle le hablaba desde el otro lado de la corriente, con los brazos cruzados. Allie pensó que parecía irritada.

Desde su puesto de vigilancia, Allie observó a Nathaniel con fascinación. Vestía con pantalones oscuros y una camisa negra de manga corta, y no era ni muy alto ni muy bajo. Era moreno, de cabellera abundante, y llevaba unas gafas a la moda. En realidad parecía una persona normal y corriente en todos los sentidos salvo por la sensación de poder que transmitía; más pantera que león.

Arrancando la mirada con esfuerzo de aquel hombre, Allie contempló a la directora. Lucía un atuendo poco habitual en ella: una sencilla túnica negra y mallas con botas altas. Allie tuvo la impresión de que intentaba parecer dura.

—Lo único que quiero saber, Isabelle, es lo siguiente —la voz de barítono de Nathaniel no era en absoluto desagradable, pero tenía algo que provocaba escalofríos —: ¿estás dispuesta a entrar en razón de una vez?

Isabelle hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Quién empezó todo esto, Nathaniel? Pensaba que te parecía bien nuestro acuerdo.

Se levantó el viento, y por un instante las voces de ambos se perdieron entre el murmullo de las ramas. Cuando Allie volvió a oírlas, era Nathaniel quien hablaba.

—... y por eso accedí a hacer las cosas a tu manera. He sido paciente. Ahora me toca a mí.

Por primera vez en todo aquel rato, Isabelle hizo un movimiento. Avanzó hacia el río con el fin de acortar la distancia que los separaba.

—Lo que hiciste la noche del baile fue una atrocidad, Nathaniel. ¿Cómo esperas que nadie te entregue el control del colegio después de aquello?

—Hice lo que tenía que hacer —repuso él—. Si hubieras respetado nuestro acuerdo, nada de eso habría sido necesario.

—¿Lo que tenías que hacer? —Isabelle alzó la voz enfadada—. ¿Tenías que matar a una de mis alumnas a sangre fría?

Nathaniel enarcó una ceja.

—¿Una alumna del colegio fue asesinada? No tenía ni idea. Tal vez deberías mantener una charla con tu equipo. Ni yo ni mi gente hemos matado a nadie.

Allie advirtió que Isabelle se ponía tensa.

—Una chica fue degollada de oreja a oreja. ¿Me estás diciendo que no tuviste nada que ver en ello?

Nathaniel sonreía como un depredador.

—Me parece a mí que tu colegio es un lugar muy peligroso, directora. No querría que mis hijos asistieran a este centro.

Isabelle lo miró con incredulidad y él levantó la mano derecha.

—Juro por mi honor que no hemos tenido nada que ver en esa muerte.

—Tu honor...

La directora había hablado con desdén, pero Allie adivinó por su tono de voz que le creía.

—Deja que te diga lo que pienso —intervino Isabelle—. Creo que te has dado cuenta de que la escuela funciona como la seda. De que tú y tus teorías estáis desfasados. Y de que muchos de los profesores que en otro tiempo se oponían a mis métodos están empezando a reconsiderar su postura. Pero tú eres tan arrogante que quieres tener razón a toda costa.

—Ya basta —Nathaniel dio un paso hacia el agua, mientras que el perro se quedó donde estaba, con los ojos fijos en Isabelle—. He aquí mis condiciones. Le comunicarás al claustro que has renunciado a tus extrañas ideas. Que comprendes lo equivocada que estabas. Y que vas a cederme la dirección de Cimmeria.

Cada una de aquellas palabras rebosaba malignidad.

Si a Isabelle le sorprendió alguna parte de aquel discurso, no lo demostró. En cambio, parecía divertida.

—Venga, Nathaniel, basta ya de tonterías. Sabes que esas condiciones son innegociables. No puedo sino rechazarlas, todas y cada una.

Nathaniel dio un paso atrás.

—En ese caso, sufrirás las consecuencias.

Mientras él se daba media vuelta para marcharse con el perro pegado a su flanco, Isabelle le gritó a la espalda:

—Lucinda sabrá que has sido tú, Nathaniel. Te hará pagar las consecuencias.

El hombre desapareció entre los árboles sin mirar atrás. Al cabo de un momento, Zelazny y Eloise salieron del bosque para decirle algo a Isabelle. Conversaron brevemente y se dirigieron de nuevo a la arboleda. En cuanto llegaron a los árboles, dos figuras borrosas se unieron a ellos.

Pegada al tronco que quedaba a su espalda, Allie procuró no mover ni un dedo. Entretanto, los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Cuando Carter se asomó para mirarla, advirtió que su chico se sentía tan confuso como ella.

—Salgamos de aquí —le dijo Carter.

Bajaron del árbol y cruzaron la verja. Después de cerrarla a su paso, Carter le tendió la mano a Allie.

—¿Lista?

Ella asintió.

Echaron a correr.

Veinticinco

Los maestros les llevaban algunos minutos de ventaja, pero Carter conocía un atajo que conducía a la escuela. El camino pasaba por una casita de campo que se erguía discreta en medio de un jardín de flores. La fragancia de la rosa y el jazmín flotó hasta ellos llevada por la brisa.

—¿Quién vive ahí? —susurró Allie.

—Bob Ellison —respondió Carter.

Ya habían dejado la vivienda muy atrás cuando añadió:

—Yo me crié en esa casa.

Allie se detuvo.

—¿Esa era tu casa?

—No te pares —repuso Carter sin volver la vista—. Ya hablaremos de eso más tarde.

En el bosque, los árboles proyectaban sombras espectrales a la luz de la luna, pero como avanzaban siguiendo el mismo sistema que a la ida —Carter corría tres metros por delante de ella—, Allie se sentía segura. Los sonidos que antes la asustaban —un susurro entre la maleza, el chasquido de una rama que se rompe a lo lejos— ya no le provocaban la menor inquietud.

De repente, al oír la voz de Carter, se puso alerta. No hablaba con ella.

El chico no solo le llevaba una gran delantera sino que había doblado un recodo del camino. No podía verlo ni tampoco saber con quién hablaba, pero Allie intuyó que algo iba mal. El instinto le dijo que abandonara el sendero y se agazapara tras un árbol rodeado de altos helechos. Una vez allí se arrodilló sobre una pierna y aguardó.

—Nada en absoluto —estaba diciendo Carter.

Oyó una segunda voz, perteneciente a Gabe:

—¿De modo que has salido a patrullar por tu cuenta, aunque hoy no te tocaba?

Era evidente que no creía a Carter.

—Pues sí, ¿cuál es el problema? Lo hago constantemente.

—Pero esta noche no podías —replicó Gabe—. ¿No has oído a Zelazny? Después del toque de queda, solo los que tenían guardia podían estar fuera. Será mejor que vayas a hablar con él. Se va a poner hecho una furia.

—Muy bien —aceptó Carter—. Luego te veo.

Allie oyó los pasos de su chico perderse en la distancia. A continuación, otras pisadas y unas voces que se encaminaban hacia ella. Eran varias personas, pensó.

Se asomó por detrás del árbol para echar un vistazo. A la luz de la luna, vio a Gabe hablando con alguien, pero este tapaba al interlocutor con su propio cuerpo.

—... tan plasta a veces, ¿sabes? —se quejaba Gabe—. Tendría que espabilarse. No sé cómo Zelazny se lo consiente.

—¿Tú le has creído? —preguntó el otro; Allie no pudo ver quién era y tampoco reconoció la voz.

—La verdad, me da igual —repuso Gabe—. Como siga metiendo la pata, no importará si dice la verdad o no —echó a andar por el camino—. Para empezar, no entiendo por qué Isabelle nos obligó a admitirle en la Night School.

En aquel momento, un chasquido procedente del bosque sobresaltó a Allie. Volvió a ocultarse bajo las hojas de los helechos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Gabe. La voz sonaba muy cerca, y Allie se quedó inmóvil, oyendo su propio corazón latir con desenfreno. Al fulgor de la luna, atisbó a Gabe al borde del camino, mirando en su dirección. Incluso podía oír el jadeo de su respiración.

Conocía bien a Gabe. Siempre habían sido más o menos amigos. Sin embargo, algo en su actitud la asustó. Parecía distinto. Enfadado. Amenazador tal vez.

El instinto le gritaba que permaneciera oculta.

La voz de Lucas surgió de entre los bosques.

—Soy yo, tío.

—Dios mío —Gabe parecía furioso—. Sé más discreto.

—¡Lo siento! He tropezado con un maldito tronco. El bosque está muy oscuro.

—Da igual —Gabe había regresado al camino—. Sigamos avanzando.

Cuando volvió a reinar el silencio y Allie no tuvo duda de que la patrulla se había alejado, regresó al camino con cautela y echó a correr hacia el colegio como alma que lleva el diablo.

Casi había alcanzado el lindero del bosque cuando una figura surgida de la maleza le interceptó el paso. Allie dio un salto hacia atrás al tiempo que abría la boca para gritar, pero alguien se la tapó con una mano mientras con la otra le estrujaba el brazo con fuerza para impedirle escapar.

—Allie —susurró Carter—. Soy yo. Deja de forcejear.

—Dios mío —Allie se relajó en los brazos del chico—. Me has dado un susto de muerte, Carter.

—¿Te ha visto Gabe? —susurró él.

Ella negó con la cabeza.

—Me he escondido.

Visiblemente aliviado, Carter señaló hacia la derecha.

—Por aquí.

Pegados a las sombras que bordeaban el césped, doblaron hacia la puerta trasera. Desde allí les sería más fácil entrar. La franquearon furtivamente, aunque tanto sigilo resultó innecesario; todos los pasillos estaban vacíos. Oyeron voces alzadas en el despacho de Isabelle, pero no se pararon a escuchar sino que subieron las escaleras a toda prisa.

—¿Qué demonios está pasando?

Carter recorría la habitación de Allie de un lado a otro.

Sentada en el escritorio, ella no supo qué contestarle.

—¿Quién es Nathaniel? —masculló Carter para sí—. ¿Por qué está haciendo esto?

—¡Un perro! —dijo Allie como alelada.

Carter la interrogó con la mirada y ella se explicó.

—Fue un perro lo que oímos Jo y yo aquella noche en el jardín vallado. Nathaniel debía de estar allí.

—Tiene lógica —repuso Carter—, pero sigo sin entender qué está pasando. ¿Quién es?

—Vale, recapitulemos lo que hemos oído. Ha hablado del claustro de profesores —empezó a decir Allie—. Le ha dicho a Isabelle que acudiera al claustro.

Carter le dirigió una mirada interrogativa.

—Quiero decir, ¿y por qué no acude él mismo? —siguió razonando—. O sea, si es tan poderoso. Y si no puede hablar con el claustro, tiene que haber una razón.

—Claro —se hizo la luz en el rostro de Carter—. O bien tiene problemas con el resto de los profesores o bien no goza de su simpatía.

—O quizás no lo conozcan —Allie torció la boca con ademán pensativo—. Podría ser un completo extraño, pero he tenido la sensación que Isabelle y él se conocían muy bien. Como dos viejos amigos que se hubieran peleado o dos familiares que hubieran interrumpido el contacto.

—Ya. O dos ex amantes —añadió Carter.

Las miradas de ambos se encontraron.

—Ya lo creo —dijo ella.

Consideraron la idea durante un minuto, Allie columpiando el pie, Carter caminando de un lado a otro.

—Y Lucinda —rompió ella el silencio—. Isabelle ha dicho: «Lucinda sabrá que has sido tú».

—Lo he oído.

Carter giró sobre sus talones y continuó caminando.

—Otra vez Lucinda... —murmuró Allie mientras lo seguía con los ojos—. ¿Le has creído? A Nathaniel, me refiero. ¿Crees que no mató a Ruth?

—No lo sé —el tono de Carter delataba su frustración.

—A mí me parece que Isabelle sí le ha creído.

—Genial —masculló él—. Lo que faltaba.

—Y eso significaría... —la voz de Allie se apagó. No quería pensar en lo que significaba aquello. Recogió los pies sobre el escritorio y se abrazó las rodillas—. Dios mío, esto es una pesadilla... ¿Qué es lo que sabemos?

Él dejó de caminar.

—No tengo ni idea.

Durante el resto de la semana, Allie se sintió aislada. Los alumnos acudían a las clases de costumbre y los profesores continuaban con sus lecciones como si tal cosa, pero ella sabía que todo había cambiado. Algo terrible estaba a punto de suceder —Nathaniel iba a hacer «algo»— y de todos los alumnos que había en el colegio, solo Carter y ella lo sabían.

Por si fuera poco, muchos alumnos la seguían tratando como si fuera invisible. La ignoraban cuando pasaba por los pasillos, cuando se cruzaba con alguien en las escaleras, cuando se lavaba los dientes junto a las chicas. Y aunque no pensaba admitirlo ante nadie, aquello empezaba a afectarla. Que te traten como si no estuvieras provoca una extraña sensación de despersonalización.

El miércoles por la mañana, a una chica que no recordaba haber visto nunca se le cayó el boli cerca de Allie en clase de Francés, y cuando ella lo recogió y se lo tendió, la muchacha se comportó como si no pudiera verla, aunque ella agitaba el bolígrafo en sus narices. Al final, lo volvió a tirar al suelo.

—A la porra —masculló Allie, y se volvió a concentrar en su cuaderno.

El jueves, Jules la llevó aparte y le dijo que estaba haciendo todo lo posible por obligar a Katie a poner fin a aquella campaña de desprestigio.

—Lo estoy intentando, Allie, de verdad que sí —le dijo—, pero es muy cabezota. He intentado hablar con Isabelle del tema pero jamás la había visto tan ocupada.

Allie sabía muy bien qué tenía tan absorta a la directora, aunque no podía contárselo a Jules.

—Jerry ha hablado con los chicos y les ha dicho que, si no abandonan esa actitud, los castigará a todos, así que al menos ya no te tienes que preocupar por ellos. Aunque también es posible que algunos tengan más miedo a Katie que a Jerry —Jules parecía incómoda—. Ya verás, con el tiempo todo volverá a la normalidad. El trimestre finaliza dentro de pocas semanas, y al siguiente todo irá mejor.

O no. En el peor de los casos, el trimestre que viene Katie pondrá aún a más gente contra mí. Y entonces la situación será insostenible, pensó Allie.

Jo seguía evitando a sus viejos amigos. A la hora de las comidas, se sentaba con Gabe o con Katie y su legión de secuaces lo más lejos posible de su antigua mesa.

Allie pensó que no parecía contenta, ***pero seguramente solo estoy proyectando en ella lo que me pasa a mí.***

Hacia el viernes, se dijo que ya estaba bien. En cuanto acabó la última clase, se dirigió sin más a la habitación de Jo, donde entró con un breve golpe de aviso.

Jo estaba sentada en la cama leyendo una revista de moda.

—Podrías llamar —le espetó.

—Lo he hecho. Y tú podrías no ser una zorra —replicó Allie.

Jo exhaló un profundo suspiro y siguió leyendo la revista. Cuando pasó la página, sonó un chasquido brusco e irritado.

—Mira, Jo —empezó a decir Allie, apoyada contra el escritorio—, tenemos que hablar. Ahora.

—Muy bien, pues habla.

Jo continuaba hojeando la publicación.

Crac. Crac. Crac.

—¿Qué recuerdas de aquel día en el tejado? —quiso saber Allie.

Los ojos azules de Jo, casi siempre más resplandecientes que el sol, parecían en aquel momento dos trozos de hielo.

—No recuerdo gran cosa, pero sé que, por alguna razón, estuve a punto de morir.

Involuntariamente, Allie dirigió la vista a las manos de Jo, cuyos dedos seguían vendados.

—El problema no es si te acuerdas o no —prosiguió enfadada—. Porque yo sí me acuerdo. Yo me acuerdo de todo. Lo que no puedo entender es por qué jamás nos has preguntado a Carter o a mí qué pasó en realidad.

Jo cerró la revista con una expresión de infinita paciencia y la miró.

—No te lo pregunté porque no confío en ti, Allie —repuso—. Verás, resulta que, durante la semana que pasé tendida en la cama con las manos vendadas, tuve muchísimo tiempo para reflexionar. Y me di cuenta de que en realidad no sabía quién eras ni de dónde habías salido. Solo sé lo que tú me has contado. Y también sé que desde que te conozco todo se está viniendo abajo.

Allie sintió que enrojecía mientras contemplaba a Jo con incredulidad.

—¿Me estás diciendo que crees que todo esto ha pasado por mi culpa?

—Piénsalo bien, Allie —replicó ella—. ¿Acaso no es culpa tuya, al menos en parte? A mí me parece que llevas la mala suerte allá donde vas. Quizá Katie tenga razón y en realidad estés loca.

El tono de Jo era tan venenoso y sus palabras tan hirientes que por un instante Allie se quedó sin habla.

Se suponía que Jo era su amiga.

Pese a todo, tuvo las fuerzas de levantar la barbilla y clavar en ella una mirada implacable.

—¿Quieres saber lo que pasó en el tejado, Jo? Muy bien, pues yo te lo diré. Te mamaste media botella de vodka y te pusiste a bailar como una loca. A bailar. Allí arriba. De un lado a otro, como una peonza. No sabías ni dónde estabas y te daba igual caerte o llevarte a alguien contigo. Carter y yo arriesgamos el culo para salvarte

aquel día. Y hoy día, si te soy sincera, estoy empezando a arrepentirme —Jo trató de responder pero Allie se lo impidió—. Y si no confías en mí, pregúntale a Carter, por el amor de Dios. Hace años que lo conoces. O pregúntale a Jules, que lleva días intentando hablar contigo. O, como mínimo, no creas a la gente que te está utilizando para hacerme daño. Porque eso es penoso por tu parte.

Con la cara roja de rabia, Jo le tiró la revista. Allie la cazó con facilidad en el aire cuando llegó hasta ella revoloteando por la habitación.

—De lo que yo me arrepiento es de haber pensado alguna vez que eras mi amiga —le escupió Jo—. Ahora márchate.

Mientras trataba de contener las lágrimas, Allie salió tambaleándose al pasillo en busca de la seguridad de su propio cuarto.

No voy a dejar que me vean llorar.

Por desgracia, en aquel justo instante Rachel apareció delante de ella cargada con un montón de libros. Reparó en la expresión de Allie y la cogió de la mano.

—Ven conmigo —le dijo con firmeza mientras la arrastraba a su propia habitación.

Después de dejar los libros sobre el escritorio, se sentó en la cama junto a Allie.

—¿Qué ha pasado?

No hizo falta ni una palabra más.

Entre sollozos y temblores, Allie le contó su enfrentamiento con Jo y la reacción de esta. Le reveló también lo que había oído decir a Katie (aunque se guardó de confesar que estaba espiando en el alféizar exterior de la ventana).

Rachel la escuchó sin soltarle la mano, expresando su compasión con exclamaciones de tanto en tanto, pero sobre todo dejando que se desahogara.

—No puedo entender cómo ha podido decirme esas cosas... ni tampoco que haya hablado así de mí —concluyó Allie cuando, por fin, el llanto amainó.

Rachel aguardó a que las lágrimas cesaran antes de responder.

—Jo tiene... problemas —empezó a decir con diplomacia—. Es frágil. Su vida familiar deja mucho que desear. Pero en el fondo es buena. Todos lo sabemos. Katie y su grupo de arpías la han manipulado para que crea toda esa basura acerca de ti. Ya sé que esto no te sirve de consuelo. Es doloroso... Ojalá pudiera hacer algo más por ti —le tendió a Allie una caja de pañuelos de papel— antes o después, querrá volver a ser tu amiga. Y cuando eso suceda lamentará muchísimo todo eso que te ha dicho.

—¿Por eso nunca te has relacionado con Jo y con Lisa? —preguntó Allie, secándose los ojos al mismo tiempo—. Porque Jo es un poco... ¿cómo la has llamado? ¿Frágil?

Rachel titubeó antes de contestar.

—Yo tuve mi propio... encontronazo con el grupo de Jo hace mucho tiempo. ¿Te acuerdas de que una vez te dije que Lucas era el típico colega con el que nunca

tendrías una cita?

Allie asintió.

—Bueno, pues no fui del todo sincera —Rachel se miró las manos—. Estuve colada por Lucas al principio de llegar aquí, hace dos años. Él me tomó bajo su tutela. Por aquí no hay demasiados orientales y yo era bastante tímida. Sin embargo, él me hizo sentir como en casa. Solo era una cría y, bueno, ya sabes lo que pasa cuando un tío mono y divertido te adopta... Me enamoré de la cabeza a los pies —Allie la miró sorprendida y ella se encogió de hombros—. Pocas semanas después, llegó una rubia guapita en mitad del trimestre, Lucas le echó un vistazo y... —dio una palmada y dejó caer las manos—. Se convirtió en mi mejor amigo para siempre jamás.

Allie se la quedó mirando confundida.

—Pero... rompieron, ¿no?

—Ah, sí —Rachel puso los ojos en blanco—. Rompieron. Después de que a ella se le cruzaran los cables —suspiró—. Pero supongo que una parte de mí nunca ha perdonado a Lucas por haberla preferido a ella. Y otra parte de mí nunca ha perdonado a Jo por haberlo obligado a elegir. O quizá ambas sean la misma parte.

—Vaya mierda —dijo Allie.

Rachel sonrió con tristeza.

—Pues sí.

Durante varias semanas, Rachel había sido el salvavidas de Allie. Parecía tan sabia y madura para su edad... Se moría por contarle lo que Carter y ella habían descubierto. Si alguien en el colegio podía saber qué hacer, sin duda era Rachel. Y si aún no se había ido de la lengua era únicamente porque le había prometido a Carter que guardaría el secreto. Sin embargo, mantener aquella información para sí se le hacía cada vez más difícil. Y no tenía a nadie más con quien hablar. Y por si fuera poco, quizá Rachel pudiera ayudarlos.

Se la quedó mirando mientras libraba aquella batalla interna.

—¿Qué pasa? —le preguntó Rachel, perpleja.

Allie se enjugó las últimas lágrimas.

—Tengo que contarte una cosa.

—¿Que has hecho qué?

La voz incrédula de Carter resonó en el silencio del cenador. Habían cenado ya, y el sol, muy bajo en el cielo, cubría de oro los árboles que los rodeaban.

Estaban sentados en un banco de piedra, bañados por la cálida luz.

Allie levantó la barbilla con ademán obstinado.

—Confío en ella, Carter. Y no podemos enfrentarnos solos a todo esto.

—No, pero deberíamos haber decidido juntos con quién lo compartíamos, Allie. Si empezamos a contárselo a las personas en las que supuestamente podemos confiar

sin hablarlo primero entre nosotros, no podremos mantener el secreto mucho tiempo —arguyó él—. ¿No lo ves? Yo no he corrido a contárselo a Lucas.

Allie recordó a Lucas saliendo de los bosques.

—No lo hagas —le suplicó.

Carter posó en ella una mirada exasperada.

—En serio, Allie, ¿qué sabes de ella? ¿Alguna vez te has preguntado, por ejemplo, si fue ella quien hizo correr la voz de que tú habías encontrado el cadáver de Ruth?

A Allie le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que fue Rachel? —preguntó, a punto de perder los nervios.

—No, solo te digo que no lo sé, y que tú tampoco —repuso Carter—. Lo único que digo es que adora los cotilleos. Y que es una curiosa coincidencia que tú se lo contaras y de repente todo el mundo lo supiera.

—Pero ella no... —Allie guardó silencio. ¿Cómo saber de quién se podía fiar? ¿Por qué Rachel tenía que ser distinta a Jo o a Sylvain? Había confiado en ellos, y ambos habían traicionado su confianza.

—Tú apenas la conoces, Allie —ahora Carter le hablaba con más amabilidad—. Y yo no sé lo suficiente de ella como para decirte si merece o no nuestra confianza. Siempre ha ido a la suya.

—Como tú —le señaló Allie.

—Como yo —convino él de mala gana—. Pero su padre tiene mucha influencia en la Night School. Se encarga de la seguridad de grandes empresas, asesora gobiernos. Forma parte del sistema, Allie.

—Ya lo sé. Rachel me dijo que su padre era un mandamás del consejo directivo —reconoció—. Pero ella no forma parte de la Night School, ¿verdad?

—No, y es raro.

—De modo que tal vez no sea uno de ellos, como su padre —insistió Allie.

—Sí, pero ese «tal vez» supone un riesgo de mil demonios —repuso Carter. Ella comprendió la lógica del argumento.

—Tienes razón. Lo siento. Tendré más cuidado.

Más tranquilo, Carter se sumió un instante en sus pensamientos.

—¿Qué ha dicho cuando se lo has contado? —quiso saber.

—No sabía qué pensar. Sin embargo, estaba bastante segura de haber oído a su padre hablar de un tal Nathaniel que estaba causando problemas —lo miró con pies de plomo—. Ha comentado que quizá debería preguntarle a su padre por él.

—¿Qué? —bramó Carter mientras Allie se encogía ante él.

—No lo hará —lo tranquilizó rápidamente—. Solo quería que consideráramos la posibilidad. Cree que podemos confiar en él.

—Oh, maldita sea —el chico enterró la cabeza entre las manos.

—¿Qué? —preguntó Allie con inocencia.

—¿Es así como guardas un secreto, Allie? ¿En serio?

—No... o sea, sí —lo miró enfadada—. Solo se lo he dicho a una persona, Carter.

Me parece que estás exagerando.

—Al, nos podemos meter en un lío tremendo.

—Ya lo sé —repuso ella a la defensiva.

—¿Y entonces qué? —insistió él—. ¿Harás el favor de no contarle a nadie más nuestros secretos?

Allie entornó los ojos.

—Supongo que querrás que le pida a Rachel que no le cuente nada a su padre.

—Sí, Allie. Eso es lo que quiero.

—Perfecto —replicó ella en tono gélido.

—Genial.

Permanecieron en silencio durante un minuto.

—¿Acabamos de tener nuestra primera pelea? —preguntó Carter mirándola con aquella media sonrisa que la hacía enloquecer.

—No —dijo Allie—. Estoy segura de que nos hemos peleado muchas veces antes.

—Es verdad —reconoció él.

—Sea como sea —prosiguió ella—, te guste o no, ahora tenemos a una persona a la que recurrir si alguna vez necesitamos ayuda. Y resulta que es muy lista.

—Tal vez nos venga bien —concedió él a regañadientes.

—Sí —asintió ella—. Eso mismo he pensado yo.

Carter le dio un puñetazo suave en el hombro. Ella le respondió haciéndole cosquillas y pronto estaban riendo como si nada. Él la estrechó con un brazo y le besó la sien.

—Lo siento —le dijo—. No debería haberme cabreado tanto. Todo irá bien.

—Todo irá bien —convino ella— si conseguimos que todo vaya bien. De algún modo.

—Lo cual me recuerda que quería contarte algo —interrumpió Carter.

Aunque se había puesto muy serio, a Allie le costaba concentrarse en sus palabras teniendo delante aquellos ojos grandes y oscuros.

—Vale —accedió, mientras por dentro se decía embelesada: «Es mío... ¡Y voluntariamente!».

—Allie, esto es importante.

—Lo siento —se apartó de él e irguió la barbilla dispuesta a escucharle—. Soy toda oídos.

—La Night School ha reiniciado las maniobras de medianoche.

Ella frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que nos están dando unas instrucciones muy extrañas. Debemos patrullar los terrenos del colegio por turnos durante toda la noche, cada día de la semana. Un rato cada uno, para que tengamos tiempo de echar una cabezadita —miró en dirección a los árboles—. Hemos patrullado los jardines otras veces como parte del entrenamiento, pero esto es distinto. Va muy en serio. Nos han dicho que forma parte de un nuevo plan de entrenamiento para enseñarnos lo que llaman «protección y defensa». Van a simular ataques falsos que tendremos que rechazar. Incluso nos han dicho que podemos faltar a alguna clase de la mañana si por la noche nos ha tocado guardia. Nunca jamás había pasado algo así. Empezaremos hoy mismo y nos harán entrenar todo el fin de semana.

Viendo su expresión, Allie comprendió que Carter estaba preocupado de veras.

—Se están preparando por si Nathaniel intenta algo —apuntó.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Supongo que no se puede contemplar la posibilidad de pedir ayuda a la policía.

—Ja.

—Así pues... Se acabó lo de escabullirse en plena noche —concluyó Allie.

—Ya lo creo —asintió Carter—. La vigilancia va a ser intensa por aquí.

—Vaya —dijo ella con voz queda—. Se está acercando.

—Ya lo creo que sí —los ojos de Carter escudriñaron el horizonte—. Se está acercando.

Veintiséis

Allie tenía la sensación de que aquel fin de semana, envenenado con una mezcla de miedo y soledad que lo ralentizaba hasta el infinito, no se iba a acabar nunca. Las actividades de la Night School tenían absortos a Carter y a Lucas, mientras que la campaña anti-Allie de Katie seguía viento en popa.

Por primera vez, comprendió lo mucho que había llegado a depender de Carter. Aquellos últimos días apenas le veía, y si alguna vez se cruzaban solo tenían tiempo para un abrazo rápido. Cuando le preguntó qué tal iban las cosas ahí fuera, Carter se limitó a responder: «A tope». Su mirada, sin embargo, informaba a Allie de todo cuanto necesitaba saber. Estaba cansado. Y preocupado.

Decidió afrontar la situación prestándole la menor atención posible. Pasaba casi todo el tiempo en la biblioteca. El trimestre de verano estaba a punto de llegar a su fin, y tenía trabajos que terminar y exámenes que preparar. Las últimas dos semanas habían estado tan repletas de emociones que andaba algo retrasada en los estudios. Y después de todo lo sucedido aquel verano, no tenía la menor intención de sacar malas notas.

Como Rachel pasaba las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana en la biblioteca, Allie siempre tenía compañía.

—Somos compañeras de estudios —le gustaba decir a Rachel con inoportuna alegría.

Sin embargo, las semillas de la duda que Carter había plantado seguían vivas en la mente de Allie. ***¿Fue Rachel la que hizo correr rumores sobre mí? ¿Puedo confiar en ella?***

Su amiga, por otro lado, la apoyaba tanto y hablaba siempre con tanta franqueza que le parecía imposible que hubiera hecho algo así. Por desgracia, Allie sabía que nada es imposible.

Un grupo de voluntarios había quedado a cargo del mostrador de la biblioteca, un hecho que Rachel recalcó con las cejas enarcadas.

—Supongo que Eloise anda por ahí fuera jugando a la guerra —rezongó cuando le trajeron un libro equivocado por tercera vez—. Ojalá se hubiera esperado al final del trimestre.

—¿Tú sabías que Eloise formaba parte de...? —Allie hizo un gesto vago.

Rachel asintió.

—Es una vieja amiga de mi padre. Creo que él fue uno de sus instructores o algo así cuando ella era estudiante. Sea como sea, Eloise no tiene secretos para mí —cerró el libro y añadió—: Al menos, que yo sepa. Hoy por hoy, ¿quién sabe?

—Yo también me siento así respecto a todo —Allie lo dijo sin mirarla a los ojos.

Rachel echó un vistazo al reloj.

—Es mediodía. ¿Quieres hacer un descanso para comer algo?

Tras dejar los cuadernos abiertos sobre la mesa para que no les quitaran el sitio, se dirigieron al comedor. Reinaba un silencio poco habitual; muchos alumnos habían cogido sándwiches y habían salido a comérselos al sol suave del final del verano. Escogieron una mesa tranquila en un rincón, donde podrían hablar sin ser oídas.

—¿Sabes algo de Carter? —preguntó Rachel.

Allie se encogió de hombros.

—Poca cosa. Dice que están entrenando a tope y apenas le dejan descansar. ¿Qué dice Lucas?

—Lo mismo.

Rachel dio un bocado a su sándwich, con ceño fruncido. Allie advirtió que tenía algo en la cabeza, pero prefirió esperar a que ella se decidiese a hablar.

—¿Qué vas a hacer en vacaciones, Allie? —le preguntó por fin—. Sé que tienes algunos «problemillas» —dibujó unas comillas con los dedos— con tus padres, pero ¿vas a ir a casa?

La pregunta pilló a Allie por sorpresa. Había estado tan enfrascada en los asuntos del colegio que ni siquiera se había planteado qué iba a hacer. No le apetecía nada volver a los incómodos silencios y a las caras desconfiadas de su hogar. Al tictac del reloj y a los reproches callados. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Supongo que sí —suspiró—. Sabes, no he vuelto a hablar con mis padres desde que llegué. Primero, estaba furiosa con ellos por haberme enviado aquí. Y luego, por haberme mentido. Quería que se cansaran de esperar noticias mías y que me llamaran. Para asegurarse de que todo iba bien —arrancó la corteza del pan—. No me han llamado.

Rachel se acercó a ella.

—Por eso te lo digo. Si no tienes ganas de verlos aún, puedes venir a mi casa. Ayer se lo pregunté a mi madre; le hablé de ti. Me pidió que te dijera que puedes venir cuando quieras y pasarte todo el tiempo que te apetezca. Tenemos muchísimo sitio.

He aquí la prueba, pensó Allie. Es mi amiga de verdad. De no ser así, no me invitaría a su casa, ¿verdad? Eso es lo que hacen las auténticas amigas.

Por desgracia, la paranoica que también vivía en su inconsciente le destrozó el argumento: ***Es la estrategia perfecta para espiarte.***

Con todo y con eso, la idea la tentaba. ¿Qué prefería, pasar un par de semanas en una lujosa casa de campo con Rachel o visitar a los infelices de sus padres en su casucha de Londres para echar tierra juntos sobre los problemas familiares? No había color.

Aunque...

—Rachel, muchas gracias. ¿Me dejas que lo piense? —respondió—. Antes o

después tendré que ver a mis padres, pero quizá no tenga que ser ahora.

—Ya lo sé —repuso Rachel comprensiva—. Será duro.

—Tu familia parece maravillosa —comentó Allie—. Creo que has ganado el premio gordo de la lotería familiar.

La otra no parecía muy convencida.

—No conoces a mi padre. Quiere que me dedique a lo mismo que él. Insiste en que entre en la Night School desde que llegué a este centro. Le pone furioso que yo no quiera. Y no le hace ninguna gracia que tenga la intención de estudiar Medicina. Odia a los médicos. Los llama «curanderos». Siempre nos estamos peleando por eso —se acabó el sándwich—. ¿Lo ves? Ninguna familia es perfecta.

Allie no se dejó embaucar.

—Ya, pero hay familias imperfectas y luego está la mía. Nuestra imperfección es comparable a la de una bomba atómica.

Rachel se echó a reír.

—Tienes razón. El clan Sheridan no está pasando por su mejor momento.

—¿Allie Sheridan?

Un alumno más joven que ellas, que Allie no recordaba haber visto nunca, miraba a Rachel plantado junto a la mesa.

—Es ella —repuso Rachel señalando a Allie.

—Soy yo —dijo Allie, mirándolo con curiosidad.

—Isabelle pregunta si podrías por favor ir a su despacho.

Ella no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué?

El chico se la quedó mirando sin saber qué decirle.

—Allie —Rachel hacía esfuerzos por no reírse—. ¿Qué has hecho ahora?

Ella se encogió de hombros.

—A lo mejor solo quiere decirme lo maravillosa que soy. Otra vez.

—Ya, ya —se burló su amiga—. Bueno, estaré toda la tarde en la biblioteca. Reúnete allí conmigo cuando te deje marchar. Si no te encierra en las mazmorras o algo así.

—Gracias —repuso Allie, mientras reunía sus cosas—. Te diré algo. No me extrañaría nada de nada enterarme a estas alturas de que hay mazmorras en este lugar.

El despacho de Isabelle estaba vacío cuando Allie entró, pero la directora había dejado la puerta abierta, de modo que se sentó a esperarla en una de las butacas.

Mientras aguardaba, miró nerviosa a su alrededor, por si Carter y ella, pese al tiempo transcurrido, habían dejado algo fuera de su sitio que los había delatado.

Al cabo de pocos minutos llegó Isabelle con las gafas sobre la frente y una expresión distraída.

—¿Quieres una taza de té? —le preguntó, volviéndose al mismo tiempo hacia la tetera que descansaba en un rincón, sobre una pequeña nevera—. A mí me vendría de maravilla.

—Claro —aceptó Allie con educación, aunque no le apetecía demasiado.

La tetera burbujeó mientras Isabelle buscaba una segunda taza y se aseguraba de que estuviera limpia. Cuando el té estuvo listo, la directora se la tendió con el asa hacia fuera para que no se quemara. Luego se dejó caer en la butaca libre, junto a Allie.

—Esto está mejor —saboreó el té y luego posó la mirada en su alumna—. Una buena taza de té es capaz de aligerar hasta el peor de los problemas. Gracias por venir, Allie. No quiero robarte más tiempo de estudio del necesario, pero el trimestre concluirá el próximo viernes. Quería charlar contigo un rato para saber cómo estás. Llevas más de mes y medio con nosotros y ya has tenido tiempo de adaptarte. Sé que este periodo ha sido más agitado de lo habitual y me preguntaba si querrías comentarme algo.

Por un momento, Allie se quedó sin habla.

¿Está bromeando?

Isabelle la contemplaba con interés y ella comprendió que debía responder.

¿Qué quiere que le diga? Bueno, el asesinato me asustó un poquitín y el incendio me dejó una pizca preocupada. Mi pareja del baile casi me viola y resulta que mi ex mejor amiga está loca. Pero, oye, como mínimo voy a sacar sobresaliente en Historia.

—Todo bien —repuso Allie con cautela.

Intentó discurrir una respuesta menos sarcástica, pero en su mente se agolpaba todo aquello que no podía decir, todas las cosas que supuestamente no sabía. Y era muy consciente de que a Isabelle no le interesaba saber qué tal le iba la biología o por qué había entregado tarde un trabajo la semana anterior.

Al ver que el silencio se dilataba, Isabelle enarcó una ceja y le echó un cable.

—He sabido que llevas un tiempo sin sufrir ataques de pánico. Eso es un buen cambio.

Hasta aquel momento, Allie no se había dado cuenta de cuánto había pasado desde su último ataque de pánico. Bien pensado, también hacía bastante que no llevaba la cuenta de las cosas.

—Es verdad —reconoció—. Supongo que no se me cruzan los cables tan a menudo como solían.

Isabelle sonrió.

—Bueno, hemos vivido situaciones difíciles, pero me da la sensación de que ahora afrontas el estrés mucho mejor. Y me complace advertirlo —dejó el té sobre la mesa—. En cuanto a ti y a Jo...

Allie hizo un gesto de dolor. No le apetecía nada hablar del tema.

—Me he dado cuenta de que no pasáis tanto tiempo juntas como antes. ¿Por qué?

De mala gana, le contó a grandes rasgos lo que había pasado. Isabelle cerró sus ojos color miel mientras la escuchaba consternada.

—Hablaré con Jo —declaró cuando Allie hubo terminado—. Ella también está atravesando momentos difíciles. Tendrás que ser paciente. No obstante, sé que vuestra amistad es importante para ella.

—**Era** importante —masculló Allie poniendo énfasis en la primera palabra.

—Y volverá a serlo —insistió Isabelle con convencimiento—. Si tienes paciencia. La campaña de desprestigio emprendida por Katie es otro de los temas que quería comentarte. Sé que Jules ha hablado contigo de ello... y lamento no haber tenido la oportunidad de hacerlo yo en persona hasta ahora. He estado muy ocupada. Pero quiero que sepas que Jules me ha mantenido informada a diario y que ha estado siempre de tu lado en todo este asunto de Katie.

»Has hecho gala de una tolerancia increíble, Allie, pero creo que las cosas han llegado tan lejos como para que la expulse temporalmente si no depone su actitud de inmediato —concluyó Isabelle—. Conoce el Reglamento perfectamente bien, al igual que sus padres. Les he escrito para hablarles del tema y no me han contestado, de modo que hoy le voy a dar un ultimátum. Te agradezco muchísimo tu estoicismo.

—¡Ten cuidado! —exclamó Allie sin poder contenerse.

La directora la miró extrañada. Cuando trató de explicarse, le falló la voz:

—Quiero decir... ¿No forman parte sus padres del consejo directivo? Creo que son superpoderosos; Katie siempre está presumiendo de ello. Nadie querría... ya sabes... tenerlos como enemigos... si se parecen en algo a ella.

Isabelle se acercó más a Allie.

—Eres un encanto por preocuparte por mí. Tranquila, tendré cuidado.

En un terreno más seguro, charlaron unos minutos sobre las clases. Isabelle alabó los esfuerzos que estaba haciendo y señaló cuánto habían mejorado sus notas.

Incluso Zelazny había elogiado su trabajo sobre la guerra civil.

—De modo que, hoy por hoy, solo me preocupa el futuro —concluyó por fin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Allie confundida.

—Desde que estás aquí, he hablado varias veces con tu madre. Está preocupada por ti. Los dos te echan de menos.

A Allie se le saltaron las lágrimas, pero se esforzó por contenerlas. Le sorprendió lo mucho que le dolía hablar de aquello. Había evitado el contacto con sus padres porque estaba furiosa con ellos, pero no podía entender por qué no se habían puesto en contacto con ella.

Al mismo tiempo, se había sentido traicionada al descubrir en su expediente la información que su madre le había ocultado. Conocía bien a Isabelle pero se lo había

ocultado. Y si sus padres la habían traicionado al ocultarle la verdad, ¿acaso la directora no la había traicionado también? Bien pensado, todos le habían habido ocultado. Y si sus padres la habían traicionado al ocultarle la verdad, ¿acaso la directora no la había traicionado también? Bien pensado, todos le habían mentido.

Quizá había llegado el momento de que la verdad saliera a la luz.

—¿Conoces bien a mis padres? —preguntó Allie.

La expresión de Isabelle se transformó al instante. Se puso alerta de la cabeza a los pies.

—¿Por qué me preguntas eso? —inquirió sin comprometerse.

—Cuando mis padres me trajeron aquí, oí decir algo a mi madre, y no he dejado de darle vueltas —mintió Allie—. La oí llamarte «Izzy» por error, y corregirse después. Como si te conociera de antes. Y después Katie y Jo dijeron que todos los alumnos estaban aquí por derecho de sucesión. De modo que me pregunté qué hacía yo en este centro si no era la sucesora de nadie —miró a la directora a los ojos—. ¿Estoy aquí por derecho de sucesión, Isabelle?

Un destello de emoción asomó a los ojos de la mujer, que vaciló un segundo de más. Al final, su respuesta fue de lo más simple.

—Sí, Allie. Ya lo creo que sí.

Veintisiete

Después de dejar el despacho de Isabelle, Allie pasó un momento por el cuarto de baño para refrescarse con agua fría antes de volver a la biblioteca. Cuando se sentó, Rachel la interrogó con la mirada.

—¿Qué ocurre? ¿La mazmorra estaba ocupada o algo así? —le preguntó con una sonrisa burlona. Al reparar en la tez enrojecida de Allie, cambió de actitud—. Eh, ¿qué te pasa?

Allie esbozó una sonrisa desmayada.

—En realidad nada. Es solo que la charla se ha convertido en una sesión de terapia improvisada.

—Odio cuando la terapia irrumpe y te coge desprevenida —bromeó Rachel, aunque todavía parecía preocupada—. ¿Quieres que descansemos un poco para hablar de ello?

La compasión de su amiga volvió a emocionar a Allie, que asintió. No quería echarse a llorar delante de todo el mundo.

Rachel la llevó a un rincón tranquilo de la antesala de la biblioteca, fue a buscar pañuelos de papel y volvió con una caja entera y dos tazas de té.

—Cuéntamelo todo —le dijo—. O al menos todo lo que quieras contarme.

Allie empezó a hablar, pero se calló de repente. ***Si hoy es el día de la verdad, ¿por qué limitarse a Isabelle?***

No se le ocurrió ninguna buena razón.

—Antes de que te lo cuente, tengo que hacerte una pregunta —dijo—. Es posible que hiera tus sentimientos, pero espero que comprendas por qué necesito saber esto.

Rachel abrió mucho sus ojos almendrados, sorprendida, pero no perdió el aplomo.

—Muy bien —repuso—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Alguna vez has chismorreado sobre mí?

Rachel ni siquiera titubeó.

—Antes de conocerte, sí —reconoció—. Ya sabes que me gusta el cotilleo. Pero en cuanto te conocí, dejé de hablar de ti, y nunca he vuelto a hacerlo. Jamás.

Al mirarla con atención, Allie no advirtió en ella ni la menor sombra de confusión, ni la menor señal de que la incomodara siquiera la pregunta. Solo era ella misma, como siempre, y el instinto le dijo a Allie que podía confiar en ella.

—Es que... —empezó a decir— todo el mundo me miente. Mis padres. Isabelle. Jo. Ya no me fío de...

—¿Nadie? —terminó Rachel por ella.

Allie asintió.

Rachel se llevó la mano al corazón.

—Juro por mi familia que no soy una de ellos. Puedes confiar en mí.

Sin saber muy bien por qué, Allie supo que decía la verdad.

Se acercó más a Rachel y la abrazó.

—Te creo. Siento habértelo preguntado.

—Te entiendo —contestó Rachel abrazándola a su vez—. Quizás más de lo que te imaginas. Recuerda que llevo aquí bastante tiempo. Por algo he decidido tener pocos amigos. Ahora cuéntame qué ha sido eso que te ha disgustado tanto.

Allie le narró brevemente su conversación con Isabelle, incluida la pregunta de si asistía al colegio por derecho de sucesión. Cuando reprodujo la respuesta de Isabelle, Rachel hizo silbar el aire entre los dientes.

—¿Lo ha reconocido? ¡Carambolas! ¿Y qué le has dicho?

—Le he pedido que fuera más específica —repuso Allie, que recordaba bien la expresión de la directora; parecía a punto de echarse a llorar.

—Mi madre también asistió a este colegio, ¿verdad? —le había preguntado a la directora—. Os conocéis de entonces.

Isabelle había asentido.

—Sí. Íbamos a la misma clase. Era una de mis mejores amigas.

Allie había fruncido el ceño.

—Entonces ¿por qué nunca nos habíamos visto? ¿Y por qué nunca había oído hablar de este lugar?

—Es una larga historia, Allie, aunque quiero que sepas que tu madre nunca se enfadó conmigo. Se enfadó con Cimmeria. Y con los mandamases del colegio —adoptó una expresión lúgubre—. De verdad, creo que deberías preguntarle a ella. Tal vez no quiera que sea yo quien te cuente la historia. No me corresponde a mí. Sin embargo, sí te diré que cuando finalizó los estudios quiso olvidarse de este lugar para siempre. No creo que volviera la vista atrás. Odiaba este centro. Seguramente fue por eso por lo que nunca te habló de Cimmeria.

Allie dejó la taza sobre la mesa, subió los pies a la silla y se abrazó las rodillas.

—Pero ella me envió aquí.

Isabelle asintió.

—¿Por qué iba a enviarme a un lugar que odiaba?

Había alzado la voz, quejumbrosa.

—No sabía cómo ayudarte —repuso Isabelle—. Algo de lo que no tienes tú la culpa, sino ella. Y lo sabe. Después de que Christopher... se marchara, no estaba en sus cabales. La inquietud la sumió en un estado que le impedía ser una buena madre para ti.

Una indescriptible ola de dolor azotó a Allie, que echada hacia delante con la cabeza sobre las rodillas trataba de contener las lágrimas.

—Enviarte aquí ha sido uno de los gestos más valientes que ha tenido tu madre en toda su vida, Allie —prosiguió Isabelle con suavidad—. Sabía

que no podías seguir como estabas. Sin embargo, para que vinieras a este colegio tenía que pedir ayuda a... las mismas personas a las que había repudiado tiempo atrás. Y fue muy duro para ella.

A Allie le cayó una lágrima en la rodilla.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —preguntó con la voz amortiguada por la propia postura—. Mi madre y tú erais amigas y ninguna de las dos me lo dijo.

Eso es lo mismo que mentir.

Isabelle apoyó la mano en el hombro de Allie. Habló con voz queda y tranquila.

—Tu madre me suplicó que no te lo dijera, y yo debía respetar sus deseos porque eres su hija, no la mía. Siempre he considerado un error no decirte la verdad y así se lo he expresado a ella. Sin embargo, no podía traicionar su confianza —parecía como si Isabelle también tratara de contener las lágrimas—. Y tampoco quería traicionar la tuya, de modo que siento muchísimo no habértelo dicho.

Allie exhaló un suspiro tembloroso.

—¿Me estás ocultando algo más?

Se produjo un largo silencio.

—Los adultos —empezó a decir la directora con cautela— no pueden compartir con los jóvenes todo lo que saben. Las cosas no funcionan así. Les dicen cuanto pueden decirles sin ponerlos en peligro. Así pues, sí, te voy a ocultar algunas cosas hasta que crea que estás preparada para saberlas, pero te prometo decírtelas en cuanto llegue el momento.

La tristeza de Allie cedió el paso a la rabia. ***¿Por qué los adultos siempre creen que están más capacitados para afrontar los problemas simplemente porque son mayores? ¿Por qué piensan que eso les da derecho a mentir?***

No obstante, Isabelle aún no había terminado.

—Y parte de esa información, gran parte de esa información, deben proporcionártela tus padres. No yo. Debes formularles estas preguntas a ellos y concederles la oportunidad de sincerarse contigo. Si no te contestan o tienes la sensación de que no te han dicho toda la verdad, acude a mí. Y te prometo contarte lo que pueda.

—¿Y cómo voy a preguntarles nada a mis padres? —Allie elevó la voz—. No los he llamado porque quería que ellos se pusieran en contacto conmigo. Pensé que si me echaban de menos, me llamarían. O al menos me escribirían. Pero no lo han hecho. Son unos negados.

—Tu madre no ha hablado contigo porque quería darte tiempo para pensar —Isabelle hablaba en tono apesadumbrado—. Tiempo para decidir si querías o no estar aquí. Y si podías o no perdonarla. No tengo la menor duda de que lamenta muchísimo haberte colocado en una situación tan difícil. Y por ser ella quien es, no te lo puede decir —añadió en un susurro—: Pero yo sí.

Allie se tapó la cara con las manos para que Isabelle no la viera llorar, pero la directora la rodeó con los brazos.

Más tarde, cuando ella se hubo tranquilizado, le tendió un pañuelo de papel y volvió a ponerle la taza de té entre las manos.

—Necesito que entiendas, Allie, que tienes mucho que aprender sobre ti misma. Tu familia posee una historia larga y singular. Tu madre quiso rechazar esa historia y optó por no hablarte de ella, lo cual, en mi opinión, fue una pena. Procedes de una estirpe asombrosa. Pregúntale por ella. Y espero que puedas perdonar a tus padres. Hicieron lo que creyeron mejor para ti.

Una vez Allie hubo concluido su historia, Rachel se acercó más a ella.

—Guau —exclamó—, qué fuerte. Y me da igual lo que diga Isabelle, tus padres se han portado de pena. Pero siento muchísima curiosidad respecto a eso que ha dicho Isabelle de tu linaje.

—Debe de referirse a Lucinda —dedujo Allie—, sea quien sea.

—Tu misteriosa abuela en potencia —musitó Rachel—. Está claro. Ella es la clave de todo. ¿No le has preguntado a Isabelle por ella?

—No, me he despistado pensando en esos padres tan cutres que tengo.

—Qué misterio —insistió Rachel—. ¿Quién será?

—Ojalá lo supiera.

Su amiga la desafió con la mirada.

—Ya sabes lo que voy a decir.

Allie suspiró.

—Tu padre...

—... lo sabe todo —terminó la otra—. Deja que le cuente lo que está pasando.

—Carter no quiere que se lo cuente a nadie más, sobre todo no a un miembro del consejo directivo como tu padre —arguyó Allie—. Todavía está enfadado conmigo por haberte revelado nada...

—Ya —repuso Rachel—, pero es que no estamos hablando de su familia, sino de la tuya y de la mía.

En eso tenía razón.

—Déjame que lo piense —propuso ella—. A lo mejor puedo convencer a Carter.

—Vale —aceptó Rachel—, pero no te lo pienses demasiado. El trimestre termina el viernes.

El lunes, Allie aún no había decidido qué decirle a Rachel sobre lo de su padre, pero cuando entró en el comedor al mediodía y vio a Lisa de pie en el umbral, todo lo relacionado con el final del trimestre, Lucinda y el gran peligro que corrían abandonó su pensamiento al instante. Estaba muy pálida y todavía más delgada que antes, pero la única marca visible que conservaba del ataque era una cicatriz roja en la mejilla.

—¡Lisa! Oh, Dios mío —Allie corrió a abrazarla—. ¿Cuándo has vuelto? ¿Cómo estás?

—Hola, Allie. He llegado hace un par de horas —sonrió con debilidad—. Mis padres no querían que me perdiera los exámenes y yo me encontraba un poco mejor así que...

—Vaya chorrada —exclamó su amiga—. Bueno, ¡bienvenida de todos modos! Desde que tú no estás, todo ha ido de mal en peor. Me alegro de tenerte aquí durante cinco días nada menos.

—Gracias —Lisa paseó la mirada por la sala, extrañada—. Pero ¿qué pasa? No hay nadie en nuestra mesa. Y Jo está allí con...

Señaló con un gesto la otra punta del comedor, donde Jo charlaba con Katie e Ismay.

Allie asintió.

—Sí, qué desgracia. Ahora Jo me odia.

—Venga ya —Lisa la miró con incredulidad.

—Que sí, en serio. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste. El grupo prácticamente se ha deshecho. Cada uno va por su cuenta. Yo me siento casi siempre con Rachel Patel y con Lucas si están por aquí, y con Carter.

—¿En serio? Pero ¿qué ha pasado?

—Oh, Dios mío, es la historia más larga y absurda del mundo —suspiró Allie—, pero créeme: Jo me odia. Y yo, mal que bien, me las arreglo para sobrevivir.

Lisa parecía desesperada.

—Ahora no sé dónde sentarme —se lamentó.

Allie esbozó una sonrisa perversa.

—Bueno, puedes sentarte con Jo y con Katie Gilmore o te puedes sentar conmigo y con Lucas.

—Tú primero —escogió Lisa con una sonrisa culpable. Se acercaron al lugar donde Rachel y Lucas cogían una provisión de sándwiches.

A lo largo de la comida, se fueron turnando para contarle a Lisa todo lo que había pasado mientras había estado en casa recuperándose. Allie intentó ser ecuánime al exponer su versión de los hechos, pero Lisa enseguida pensó lo peor.

—Esta Jo... —dijo meneando la cabeza al mismo tiempo—. Conque esas tenemos otra vez.

Lucas suspiró.

—Eso fue lo que yo dije. La escenita me resultaba demasiado familiar.

—Ya, pero echarle la culpa a Allie cuando todos sabemos las cosas que hace... —protestó Lisa—. Es una mezquindad.

—Katie se está aprovechando de ella —arguyó Rachel—. La está utilizando. Y Jo debe de estar destrozada, si lo permite.

Más tarde apareció Carter, que rozó con los labios el pelo de Allie antes de sentarse junto a ella. Lisa agrandó mucho los ojos, pero Allie sonreía contenta y apenas se dio cuenta de que Lucas le propinaba a Lisa un codazo en las costillas.

Al margen de aquel gesto, sin embargo, no habían saltado chispas entre Lisa y Lucas. De hecho, en cierto momento, Allie sorprendió a su amiga mirando preocupada a Lucas y a Rachel, y por primera vez advirtió lo juntos que se sentaban y lo a gusto que parecían sentirse en la mutua compañía.

Quizás Rachel, a pesar de lo que decía, se estuviese planteando la posibilidad de perdonarlo.

Allie no quería inmiscuirse en el triángulo formado por Rachel, Lucas y Lisa pero, al mismo tiempo, deseaba que Rachel estuviera con el chico que la hacía feliz.

Frunció el ceño sin poder evitarlo.

¿Por qué el amor siempre tiene que ser tan complicado?

A las once de la noche, Allie apartó la vista de los libros.

—Comida —musitó—. Necesito comer.

Estaba estudiando con Carter, Lisa y Rachel en la biblioteca, adonde habían acudido nada más acabar la cena. Allí, el toque de queda se había pospuesto hasta la medianoche y, pese a ser tan tarde, estaba atestada.

—Voy a por algo de beber —informó Allie—. ¿Alguien quiere acompañarme?

—Yo no, gracias —dijo Lisa casi sin alzar la vista del libro.

Rachel repuso:

—No quiero ponerme pedante, pero hemos hecho un descanso hace solo una hora.

—A Allie le gusta más descansar que estudiar —terció Carter.

—Eso es lo normal, ¿no? —preguntó Allie al mismo tiempo que se ponía en pie—. Muy bien. Quedaos aquí. Volveré cuando haya encontrado algo para comer. Y cuando estéis todos medio desmayados de hambre, no creáis que os voy a dejar comerme a mí.

Salió de la sala con los ojos enrojecidos y se dirigió hacia la mesa que, junto a la puerta de la biblioteca, ofrecía una provisión de barritas energéticas, cuencos de fruta y termos de té y café. El pasillo estaba repleto de alumnos descansando, haciendo estiramientos, durmiendo o charlando antes de volver a los libros.

—Café —murmuró mientras trastabillaba hacia el bufé.

Mientras se servía el brebaje en una taza de porcelana blanca decorada con el escudo de Cimmeria en azul, observó la comida consternada.

—¿Por qué no hay galletas? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Y dónde está el chocolate? ¿Cómo voy a trabajar en estas condiciones?

—Yo te traeré chocolate.

Allie se dio media vuelta tan deprisa que estuvo a punto de derramar el café.

—Sylvain, maldita sea. Me has dado un susto de muerte.

—**Désolé...** No quería asustarte.

Recelosa, Allie se dio media vuelta para marcharse mientras él se servía una taza de café.

—Bueno, me encanta charlar contigo pero...

Sylvain dio un paso rápido hacia ella.

—Allie, espera. Por favor. Necesito que hablemos... En serio.

—Vaya, ¿y tiene que ser ahora?

Hablar con Sylvain era lo que menos le apetecía del mundo en aquel preciso instante.

—No, claro que no —repuso él con expresión ofendida—, pero te agradecería mucho que me concedieras unos minutos de tu precioso tiempo.

Allie suspiró.

—Vale. Siempre que me prometas no volver a disculparte.

Los ojos azules del chico chispearon traviesos.

—No te puedo prometer que no me vaya a disculpar nunca más, pero ahora te quería hablar de otra cosa. Sin embargo, siento mucho...

—Vale, se acabó —lo cortó Allie al tiempo que se alejaba de él, pero Sylvain la cogió por el brazo, riendo.

—No he podido resistirme. Por favor, no te vayas. Prometo no volver a hacerlo.

Allie no tenía intención de sonreírle, pero lo hizo.

—Vale, me rindo. ¿Qué pasa?

—¿Te importa? —Sylvain señaló el pasillo con un gesto—. Deberíamos ir a otra parte.

—No se nos permite estar en ninguna otra parte —señaló la biblioteca—. Son más de las once.

—Ah, bueno, las reglas no son tan estrictas en mi caso —al ver que Allie lo miraba con desconfianza, se precipitó a añadir—: No iremos lejos.

—Cinco minutos —le mostró la mano con los dedos extendidos—. Después me vuelvo a estudiar.

—De acuerdo.

Café en mano, Allie lo siguió por el pasillo hasta el vestíbulo de entrada. Sus pasos resonaron en el espacioso pasillo.

En cuanto estuvieron a solas, el talante de Sylvain se transformó. Parecía incómodo e incluso miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los hubiera seguido. Allie se puso nerviosa ante tanto misterio.

—Y bien, ¿de qué querías hablar? —quiso saber.

Sin previo aviso, Sylvain se acercó y la estrechó entre sus brazos. Antes de que ella pudiera zafarse, le susurró muy cerca de la boca:

—Siento decirlo, Allie, pero estás en peligro.

—Sylvain —rezongó ella—, suéltame.

—Por favor, Allie, finge que estamos charlando como dos buenos amigos —el tono suplicante del chico la sorprendió tanto que dejó de forcejear.

—Pero ¿qué demonios te pasa? —susurró a su vez.

—No puedo decirte gran cosa —repuso él—, aunque creo que estás en peligro. Alguien quiere hacerte daño.

Ella lo miró fijamente por si le estaba tomando el pelo, sin embargo, Sylvain no sonreía. Por primera vez sintió el aguijonazo del miedo.

—¿Quién, Sylvain? ¿Quién quiere hacerme daño?

Él negó con la cabeza.

—No puedo decirte más. Ni siquiera debería decirte esto. Aun así, estoy preocupado por ti. Por favor, créeme, va en serio.

—¿Se trata de Nathaniel?

En cuanto lo hubo dicho, Allie se tapó la boca con la mano.

Una sombra de curiosidad cruzó el semblante de Sylvain.

—¿Qué sabes tú de Nathaniel?

Carter me va a matar.

—Yo... yo debo de haber oído algo por ahí...

Sylvain la miró a los ojos como si pudiera leer la verdad en ellos.

—La identidad del que te amenaza —dijo con voz queda— no es tan importante como el gran peligro que te acecha. Procura pasar el mayor tiempo posible en compañía de tus amigos. Nunca te quedes a solas. Sobre todo, no en el exterior.

A Allie le extrañó que fuera Sylvain quien le estuviera diciendo todo aquello. Inclínó la cabeza a un lado y lo miró con recelo.

—¿Sabe Isabelle algo de esto?

—Sí, pero no quiere asustarte. Además, cree que puede protegerte. Todos piensan que estás a salvo, pero yo no estoy tan seguro. Te suplico que me creas. Todo esto va en serio.

A Allie le incomodaba el calor del cuerpo de Sylvain contra la piel. Su aroma, tan familiar, le hacía revivir lo que una vez sintiera al tenerlo cerca, al besarlo.

Necesitaba alejarse de él, no podía soportar su proximidad.

Suspiró.

—Vale, muy bien. Estaré siempre acompañada y saldré lo menos posible. No te preocupes.

Allie confiaba en que la liberara después de oír aquello, pero él se quedó donde estaba, sosteniéndole la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Hay más? —preguntó Allie—. Por favor, dime que eso es todo.

—Sí, es solo que aún estoy tratando de adivinar cómo conocías la existencia de Nathaniel.

—Y yo aún estoy tratando de adivinar quién quiere hacerme daño —le espetó ella—. Estamos empatados.

Allie creyó distinguir en los ojos de Sylvain un reflejo de su propio conflicto emocional, algo que la llenó de inquietud. Se escabulló de su abrazo, recuperó el café y echó a andar por el pasillo. Sylvain la siguió de cerca.

Cuando llegaron a la puerta de la biblioteca, él repitió con voz queda:

—Recuerda. Ten mucho cuidado.

—Estoy en ello —contestó Allie en tono lúgubre.

Allie no sabía si contarle a Carter o no la conversación con Sylvain. No tenía muchas dudas de que a Carter le molestaría saber que había hablado con él. Y desde luego no le haría ninguna gracia enterarse de cómo se había desarrollado el encuentro. Por otra parte, no le parecía bien ocultársela. Tal vez no fuera una traición pero sí una mentira. Una pequeña.

Sin embargo, cuando regresó a la biblioteca, Carter estaba recogiendo los libros para dirigirse a la Night School, así que las circunstancias decidieron por ella: apenas tuvo tiempo de despedirse en aquel momento y no volvió a verlo en toda la noche. Por la mañana, Carter tenía permiso para quedarse durmiendo, de modo que tampoco asistió a clase. Entre unas cosas y otras, al final no pudo contarle nada.

Cuando menos, fue aquella la excusa que se dio Allie a sí misma. Y también la que le ofreció a Rachel. Para su sorpresa, su amiga se tomó la información del francés muy en serio.

—Sylvain posee un rango muy elevado en la Night School. Puede que sea un capullo, pero si alguien está al corriente de ese tipo de cosas, es él —con el ceño fruncido, Rachel intentaba trazar un plan de acción—. ¿Has hablado con Isabelle?

Estaban sentadas en el mismo lugar donde Allie y Sylvain habían hablado la noche anterior, cada cual con una taza de té recién hecho y una galleta en las manos.

Aunque no había nadie más por allí, hablaban en susurros.

—¿Debería hacerlo? —preguntó Allie—. Me he planteado la posibilidad. Él no me pidió que guardara el secreto, pero todo parecía como... No sé. Extraoficial. Como si Isabelle no hubiera querido decirme nada.

—Pero si estás en peligro, ¿por qué iba a querer ocultártelo? —Rachel parecía preocupada.

—No lo sé. Toda esta historia es la mar de rara. Tenía una expresión... como si estuviera preocupado de verdad —Allie se echó hacia atrás y suspiró—. Algo va mal.

—Déjame que piense en ello —sugirió Rachel—. Ya se me ocurrirá algo.

Por desgracia, se dijo Allie, su amiga también parecía preocupada.

Con la advertencia de Sylvain metida en la cabeza, Allie había dormido mal la noche del lunes. El martes, tras un largo día de clases intensivas y toda la tarde dedicada a finalizar un trabajo en la biblioteca, subió a su habitación a medianoche, exhausta.

Se limpió los dientes a toda prisa y se puso el pijama medio dormida. Con la ventana abierta a la cálida brisa nocturna murmuró: «Buenas noches, cuarto», antes de caer en un sopor tan profundo que ni siquiera los sueños acudieron a quebrarlo.

Cuando despertó, dos horas más tarde, no supo de momento qué la había perturbado. Entreabrió los ojos y, aún inmersa en esa región indefinida que se extiende entre el sueño y la vigilia, vio una sombra inclinada sobre su cama, mirándola. Al principio creyó estar soñando.

Entonces oyó la respiración de la figura.

—¿Carter? —murmuró a la vez que se revolvía en la cama.

Más que ver, notó los rápidos movimientos de alguien que trepaba con agilidad al escritorio y salía por la ventana con la soltura de un acróbata.

Ese no era Carter.

Aquella conclusión la despabiló al instante. Sentada en la cama, miró por la ventana abierta durante una milésima de segundo antes de levantarse de un salto a encender la luz.

El cuarto estaba desierto, pero alguien acababa de abandonarlo, Allie estaba segura. Los libros y los papeles del escritorio se veían revueltos, y el boli que había dejado sobre el cuaderno antes de irse a dormir yacía en el suelo.

No había sido un sueño.

Haciendo un esfuerzo por respirar con normalidad, se encaramó al escritorio y miró por la ventana, pero solo vio campos y bosques bañados por el fulgor pálido de una rodaja de luna.

Pese a la calidez de la noche, Allie temblaba cuando cerró la ventana y probó la fuerza de la aldaba antes de volver a la cama, donde se quedó sentada con las rodillas abrazadas. Permaneció allí despierta durante mucho rato.

Veintiocho

—A lo mejor estabas soñando —sugirió Carter, aunque Allie advirtió la tensión de sus músculos.

—De eso nada —insistió Allie—. Alguien había revuelto mis cosas. Además, le vi.

Estaban sentados en el cenador en compañía de Rachel. Las clases habían terminado por aquel día hacía apenas unos minutos. El cielo amenazaba tormenta, pero todavía no había empezado a llover.

—A veces vemos a personas en sueños —siguió arguyendo él—. A todos nos pasa. ¿Cómo puedes estar segura de que no estabas dormida y el viento movió las cosas?

—¿Te pellizcaste, Allie? —le preguntó Rachel—. ¿Hiciste algo para asegurarte de que estabas despierta? A veces los sueños parecen muy reales.

—Le vi —la frustración la invadía por momentos—. ¿Por qué no me creéis? Me senté en la cama y él salió por la ventana. No fue un sueño. Estaba en mi cuarto

—se estremeció—. Estaba en mi cuarto.

—Eh, no pasa nada —Rachel la rodeó con el brazo—. Todo va bien. Te creemos. Solo queremos asegurarnos. ¿Qué aspecto tenía?

Allie arrugó la cara mientras trataba de recodar hasta el último detalle.

—Era más bajo que Carter, más delgado. Iba vestido de negro y era rubio. Estoy segura de que tenía el pelo casi blanco.

Pasaron un rato repasando sin mucho entusiasmo la lista de todos los alumnos que pudieran coincidir con la descripción, pero los descartaron a todos.

—Nadie de la Night School tiene ese aspecto —concluyó Carter—. Y solo la Night School podría trepar al tejado hoy por hoy.

—La Night School y quienquiera que estuvo en mi habitación ayer por la noche —dijo Allie—. Carter, tengo que contarte otra cosa...

Hasta entonces no le había hablado de su conversación con Sylvain, y en aquel momento lo puso al día. Carter escuchaba con los dientes apretados. Cuando Allie hubo terminado, el chico se puso en pie sin decir una palabra y caminó hasta el lindero del bosque, donde se quedó plantado de espaldas a ellas.

—Ay, ay, ay... —dijo Allie. Al principio había querido detenerlo, pero luego, pensándose mejor, se había vuelto a sentar.

—Dale un momento. Se le pasará enseguida —dijo Rachel—. Además, cuando se entere de las noticias que traigo yo, sí que se va a cabrear de verdad.

—¿Noticias? —Allie enarcó una ceja con curiosidad.

—Espera a que vuelva —repuso Rachel con la mirada fija en Carter—. Prefiero contarle solo una vez.

Poco después Carter regresó al cenador. El rubor que le había teñido las mejillas mientras Allie le contaba la conversación con Sylvain se había suavizado y parecía más tranquilo.

—Le creo —dijo—. Es un capullo, pero si alguien está al corriente de todo lo que ocurre en el colegio, es él. Debería haber hablado conmigo— parecía enfadado—, pero como tiene esa especie de obsesión contigo decidió hacerlo a su manera. Pues muy bien. Ahora ya sabemos lo que hay.

Allie miró a Rachel, que hizo un gesto de dolor antes de inclinarse hacia Carter.

—Lo que voy a decir no te va a gustar nada.

—¿Qué? —farfulló él—. No me digas que las cosas aún pueden mejorar.

—Le he contado a mi padre lo que está pasando.

—Qué bien. ¡Acaban de mejorar! —Carter se pasó las manos por el pelo—. Jamás hubiera imaginado que fuera posible. Sabéis, entre la una y la otra, al final todo el colegio va a estar al corriente de nuestros secretos antes del viernes. ¿Por qué no los publicamos en un tablón de anuncios y en paz? A lo mejor podemos crear una página web: TodosNuestrosSecretos punto com.

—No hay ordenadores —le recordó Allie.

—Soy absolutamente consciente de la ausencia de nuevas tecnologías en Cimmeria —le espetó él—, pero gracias por recordármelo.

Allie se refugió en Rachel.

—Lo siento muchísimo —se disculpó esta—. Me doy cuenta de que no te fías de mi padre, pero te aseguro que puedes confiar en él. Y tengo miedo por Allie. De modo que le pedí a Isabelle que me dejara llamarle por teléfono y se lo conté todo. Sabe quién es Nathaniel.

La última frase quedó como en suspenso.

Allie fue la primera en reaccionar.

—¿Quién es? —preguntó ansiosa.

—Eso es lo malo —repuso Rachel al mismo tiempo que posaba en Carter una mirada preocupada—. No me lo quiere decir.

—Claro que no —respondió él con sarcasmo—. Eso sí, podemos confiar plenamente en él.

—Pues sí que podemos —Rachel intentaba no perder los nervios—. Dice que no puede revelar toda la información, pero me ha contado algunas cosas de él.

»Según mi padre, Nathaniel va en serio. Por lo visto, Isabelle y él tenían una relación muy estrecha, esas fueron las palabras exactas que usó, pero se pelearon, y ahora Nathaniel está decidido a apoderarse de Cimmeria y de la Night School; vamos, que quiere hacerse con el puesto de Isabelle, más o menos. Mi padre dice que si eso llegara a suceder, sería un desastre. Odia a Nathaniel. Lo considera un ser despiadado y cree que posiblemente esté loco. Y dice que no se detendrá ante nada

con tal de salirse con la suya.

—Vaya, genial —dijo Allie.

—La cosa no acaba ahí —prosiguió Rachel—. Algunos miembros del consejo directivo están de su lado. Por lo visto, Isabelle está haciendo algo que no les parece bien, algo relacionado con la organización a gran escala. Sea como sea, hay quien quiere quitar a Isabelle de en medio y creen que podrían utilizar a Nathaniel para ello. Dejar que se deshaga de ella y librarse luego de él. Sin embargo, mi padre dice que no funcionará y que si hacen algo así, lo van a estropear todo.

»Hablará con Isabelle el viernes cuando venga a buscarme. Pero también me ha dicho otra cosa —miró a Allie con el ceño fruncido—. Ha dicho que vigiles tu espalda.

Allie se estremeció cuando le vinieron a la mente las imágenes de la noche anterior. A continuación se irguió y adoptó una expresión resuelta.

—Vamos a hablar con Isabelle.

—¿Qué? —exclamó Rachel—. ¿Ahora?

—Ahora.

—Tiene razón —Carter se levantó y se colocó junto a Allie—. Yo ya no sé qué pensar. Y alguien entró en su cuarto ayer por la noche. Ha llegado el momento.

—Bueno —Rachel se puso en pie y se unió a ellos—, a lo mejor si somos tres, no nos expulsa.

—¿Y estás segura de que no estabas soñando? —Isabelle la miraba con ojos penetrantes pero Allie no flaqueó ante el escrutinio.

—Del todo —afirmó con más seguridad de la que sentía.

Después de que le hubieran contado toda la historia, Isabelle había invitado a Matthew y a Sylvain a unirse a ellos, y se habían reunido todos en el despacho de la directora. Allie y Carter estaban apoyados en las mismas vitrinas que habían inspeccionado dos semanas antes. Rachel se había sentado ante ellos, con las piernas cruzadas en el suelo. Isabelle, Sylvain y Matthew, por su parte, ocupaban las butacas de piel.

A la llegada de los dos últimos, Isabelle había presentado a Matthew como un «experto en seguridad», y había solicitado a los tres chicos que volvieran a narrar su historia.

Ahora reinaba el silencio en el despacho, mientras los recién llegados intentaban procesar la información.

—Seguro que era uno de los hombres de Nathaniel —declaró Sylvain al fin rompiendo el silencio.

Isabelle lo miró con incredulidad, pero él no se retractó.

—Ya saben quién es, ¿verdad, Allie? —dijo al mismo tiempo que la miraba

fijamente.

Allie asintió, roja como la grana.

—¿Cómo conocéis la existencia de Nathaniel? —bramó Isabelle muy enfadada.

Allie echó un vistazo a Carter y luego volvió a mirar a Isabelle. Torció la boca mientras pensaba qué decir.

—¿Acaso importa?

Isabelle le sostuvo la mirada largos instantes sin que Allie fuera capaz de interpretar su expresión.

—No, supongo que no —incluyó a Carter y a Rachel—. ¿Vosotros también estáis en el ajo?

Ambos asintieron en silencio.

—Muy bien, pues —se volvió hacia su consejero—. ¿Matthew?

—¿Quién si no pudo ser? —confirmó este.

—De acuerdo. Quedan dos días hasta que acabe el trimestre —dijo Isabelle dirigiéndose a todos los presentes—. La Night School está funcionando al límite de su capacidad para garantizar la seguridad de los terrenos. Sin embargo, no somos suficientes; alguien se ha abierto paso y no nos hemos dado cuenta. No sé lo que creéis saber acerca de Nathaniel, pero os aseguro que es una persona muy peligrosa y vengativa. Es el responsable de algunas de las cosas que pasaron la noche del baile. De modo que tendremos que cambiar de estrategia. Hablaré con los demás pero, mientras tanto, Sylvain y Carter tendrán la misión de cuidar de Allie en todo momento. De día y de noche. Al menos uno de los dos deberá acompañarla constantemente. No debéis dejarla sola. Podéis turnaros. ¿De acuerdo?

Carter fulminó a Sylvain con la mirada, pero asintió.

Sylvain, por su parte, adoptó una expresión de absoluta inocencia.

—De acuerdo.

—Allie —Isabelle se volvió hacia ella—, quiero que sigas con tu vida como de costumbre. Asiste a clase y duerme en tu cuarto, pero no vayas a ninguna parte sin Carter o Sylvain.

Aunque no atinaba a comprender cómo lo iban a hacer (*¿Y cuando tenga que ir al cuarto de baño qué?*), Allie accedió en silencio.

—Rachel, sé que ya lo estás haciendo de todos modos, pero permanece junto a Allie todo el tiempo que puedas tú también. Necesitará tu apoyo.

—Por supuesto —asintió Rachel.

Isabelle prosiguió:

—Hablaré con tu padre para asegurarme de que le parece bien, pero estoy convencida de que no pondrá ningún inconveniente. Y ahora —barrió a los alumnos con la mirada—, por favor, dejadnos. Tenemos trabajo que hacer.

En cuanto salieron al pasillo, empezó a palparse la tensión en el ambiente. Carter

tomó la mano de Allie con ademán posesivo.

—¿Quieres que haga yo el primer turno? —dijo Sylvain con una voz que era puro terciopelo.

Carter apretó los dientes con fuerza.

—Quiero que te vayas a tomar por el... —comenzó a decir, pero Allie lo cogió por el brazo.

—Carter, no. Tranquilízate —los miró a ambos—. Podéis quedaros los dos hasta que alguno tenga que ir a alguna parte, ¿vale? Entonces el otro se hará cargo. Sin pelearos. Juntos.

Ninguno de los dos respondió.

—Estaré en la biblioteca con Rachel el resto del día. Podemos estudiar todos juntos —prosiguió Allie—. Todo irá bien. Solo son dos días.

—Por mí, perfecto —ronroneó Sylvain.

Carter seguía sin responder, y Allie alzó la vista hacia él, acariciando al mismo tiempo sus tensas mejillas con las yemas de los dedos.

—Venga —susurró.

—Vale —masculló él entre dientes—. Ambos cuidaremos de ti.

Allie suspiró.

—Bien.

—Bueno pues... Hay un libro de química que me está llamando —intervino Rachel.

Allie la miró agradecida.

—Y yo tengo que terminar ese maldito trabajo de Historia. Solo he de subir un momento a mi cuarto a coger los apuntes.

—Te acompaño —corearon Carter y Sylvain.

Se asesinaron el uno al otro con la mirada.

—Oh, Dios mío —masculló Allie agotada—. Lo que faltaba.

Durante el resto de la tarde, aparte de un breve descanso para cenar, estudiaron juntos en la biblioteca, donde la prohibición de hablar impedía las discusiones, algo que Allie agradecía profundamente. Sin embargo, cada vez que salía a tomar un café, tanto Carter como Sylvain se empeñaban en acompañarla. El primero fulminaba con los ojos al segundo, que se encogía de hombros:

—Es que tengo sed.

—Qué caradura —mascullaba Carter, y después cogía la mano de su chica.

La última vez, Allie se volvió hacia su amiga mientras tiraban de ella, para articular con los labios:

—Socorro.

Rachel le hizo una mueca compasiva.

Más tarde, cuando esta sugirió que hicieran un descanso para ir al cuarto de baño, Allie la siguió encantada. Sylvain y Carter aguardaron al otro lado de la puerta.

—De verdad, es mi peor pesadilla hecha realidad. Mi novio y mi ex novio pegados a mí constantemente... juntos —Allie se lavó la cara con agua fría.

—Carter está llevando muy mal todo esto —suspiró Rachel mientras la otra se secaba el rostro—. Deseo, por su propio bien, que se tome una buena taza de calma y tranquilidad.

—Tendrá que hacerlo. Yo no voy a soportar esto durante dos días enteros —convino Allie mientras se aplicaba brillo de labios rosa pálido con el dedo—. Me voy a volver loca.

Se contempló en el espejo. El pelo le había crecido desde que estaba allí, y había ido perdiendo el tono caoba de la henna. Últimamente, la melena le caía en ondas brillantes y oscuras por debajo de los hombros. Largas pestañas enmarcaban sus enormes ojos grises, de un negro azabache contra su tez pálida. Apenas llevaba maquillaje; ya no lo necesitaba. La rígida blusa blanca y la faldita plisada del uniforme acentuaban sus curvas y realzaban sus piernas atléticas. Le sorprendió descubrir que ya no se parecía en nada a la tiarrona que siempre había sido. Por primera vez, creyó advertir en sí misma algo de lo que veían Carter y Sylvain cuando la miraban. ***He cambiado***, pensó, y su imagen en el espejo asintió complacida. ***Estoy... guapa.***

—¿Lista? —preguntó Rachel mientras tiraba una toalla de papel a la papelera.

Allie se metió el brillo de labios en el bolsillo.

—Lista.

—Esto tiene que terminar, Carter —le suplicó Allie—. Solo serán dos días. Por favor, hazlo por mí.

—Pero nunca podré olvidar cómo te trató... —protestó él con los hombros tensos.

—Ya lo sé, pero se disculpó y yo lo perdoné, así que tú tendrás que hacer lo mismo —arguyó ella—. Me está ayudando. Isabelle quiere que trabajemos juntos, así que deja de hacerte el machito. No te pega.

Pasaba de la medianoche y estaban sentados juntos en la cama de Allie. La ventana estaba cerrada, pero habían fijado la contraventana con un travesaño para mayor seguridad. Isabelle había insistido en que solo uno de ellos se quedara a pasar la noche con Allie, pero ambos se negaban a dejarla. Sylvain hacía guardia al otro lado de la puerta.

—Lo siento —se disculpó Carter—. Es que estoy celoso.

—¿En serio? —se rio Allie.

Él sonrió a su vez con expresión avergonzada.

—Solo un poco.

—No quiero a nadie más que a ti, Carter West —Allie se subió a horcadas en su regazo con el rostro a pocos centímetros del de Carter—. No tienes motivos para estar celoso.

Las manos del chico le recorrieron la espalda y ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Solo a ti —le dijo acercándose más a él para besarlo.

Se besaron hasta que Sylvain desapareció de sus pensamientos y únicamente quedaron ellos dos. Carter atrajo hacia sí las caderas de Allie sin que ella opusiera resistencia. Cuando le arrancó las puntas de la blusa y le pasó las manos por la espalda desnuda, Allie se estremeció. Mordisqueó el lóbulo de la oreja de Carter y notó cómo a él se le aceleraba el corazón.

Ambos estaban jadeantes y sin aliento cuando Allie se separó; Carter tenía el rostro congestionado.

—Esta vez voy a ser yo la que se ponga en plan responsable —dijo Allie.

—¿Es imprescindible? —susurró él. Le acarició los muslos que asomaban bajo la falda levantada.

—Por desgracia, sí —Allie se puso en pie y se inclinó para rozar la boca de Carter con los labios, pero se echó hacia atrás antes de que él pudiera atraparla—. Alguien tiene que hacerlo y tengo el presentimiento de que no vas a ser tú.

—Esta vez no —reconoció Carter.

Allie le pasó las manos por el cabello para peinarlo y dijo:

—Pues me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla.

Él se echó a reír.

—¿Procurarás no ponerte tan celoso?

—Lo intentaré —prometió Carter. Se puso en pie e intentó capturarla, pero Allie abrió la puerta antes de que él se diese cuenta.

—Buenas noches, pues —oteó el pasillo hasta ver a Sylvain sentado contra la pared, mirando la puerta de Allie con semblante inexpresivo—. Buenas noches, Sylvain.

—Buenas noches, *ma belle* Allie.

Ella creyó percibir un tono de lamento en su voz.

Carter pasó junto a su chica inclinándose solo un momento para besarla con delicadeza.

—Si ves u oyes algo, lo que sea, grita, ¿vale?

—Lo prometo.

En cuanto Carter hubo salido, Allie se puso un pijama limpio, de color blanco, y se metió en la cama. Después de apagar la luz, repasó mentalmente todo lo sucedido aquella noche, en particular el calor de los labios de Carter. Lo mucho que él la

deseaba.

Ni una sola vez pensó en Nathaniel, en el peligro o en la necesidad de ir por ahí con guardaespaldas. En cambio, se sumió en el fulgor cálido de la felicidad y flotó hasta las aguas del sueño.

Más tarde se preguntaría qué la había despertado. Quizás fueran las pisadas en el pasillo. Las voces al otro lado de la puerta. En cualquier caso, cuando entraron en la habitación y encendieron la luz, Allie ya estaba sentada en la cama. Eran las tres en punto de la madrugada.

—Levanta, Allie —Carter tenía una expresión sombría—. Nathaniel viene hacia aquí.

Veintinueve

Allie procuró mantener la calma. Todavía medio dormida, intentó varias veces calzarse las zapatillas, pero no atinaba a meter los pies.

—Déjalas. No hay tiempo.

Carter la cogió de la mano y la arrastró hacia el pasillo, donde Sylvain los esperaba alerta.

—Por aquí —indicó Sylvain, señalando en dirección contraria a las escaleras.

—¿Adónde vamos? —susurró Allie.

—A un lugar seguro —dijo Carter.

Corrieron hasta el final del pasillo, donde Jules los aguardaba junto a una puerta sin número que Allie siempre había tomado por un trastero. Sin decir una palabra, les cedió el paso a una estrecha escalera de caracol, apenas iluminada por un par de bombillas desnudas.

Bajaron a toda velocidad: Sylvain en cabeza, Allie y Carter en el centro y Jules cerrando la marcha. Nadie pronunció una palabra. Cuando llegaron al fondo,

Sylvain los hizo pasar a una sala que Allie nunca había visto: un recinto parecido a una cripta, tallado en la roca viva y soportado por columnas de roca caliza decoradas con tallas recargadas. Una única lámpara de gas iluminaba el lugar con su luz titilante. El suelo de piedra era frío y polvoriento al tacto bajo los pies desnudos de Allie.

No me lo puedo creer. Realmente hay una mazmorra.

—¿Dónde estamos? —susurró.

—En el sótano —repuso Jules.

Ella, Sylvain y Carter habían creado una especie de anillo alrededor de Allie. Los tres le daban la espalda mientras escudriñaban las sombras al mismo tiempo.

—¿No deberíamos sacarla de aquí? —preguntó Jules.

—Isabelle ha dicho que la sacáramos únicamente si nos parecía seguro hacerlo —replicó Carter—. Pero ¿cómo sabremos si es seguro?

—Quedaos aquí —dijo Sylvain desde detrás de Allie.

Sin una palabra, se escabulló entre las sombras.

Los otros tres permanecieron donde estaban en silencio. Al cabo de unos cinco minutos, Sylvain regresó y les indicó por gestos que lo siguieran.

Respetando la misma formación que habían adoptado en las escaleras, corrieron hasta una puerta oculta en las sombras. Sylvain les dijo por señas que esperaran y desapareció al otro lado, pero reapareció enseguida y asintió mirando a Carter.

Remontaron un tramo de escaleras y franquearon una puerta tan pequeña que tuvieron que agacharse para pasar. Una vez en el exterior, avanzaron en hilera, de espaldas al muro del colegio. Carter tendía el brazo hacia Allie con ademán protector,

indicándole que guardara silencio.

La noche era fría y húmeda; grandes nubes tapaban la luna. Al principio, Allie no pudo ver nada, pero poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad.

Experimentaba una sensación parecida a la que había tenido aquella noche en que Carter y ella habían seguido a Isabelle a su reunión con Nathaniel. Incómoda, escudriñó el lindero del bosque, que se veía negro a lo lejos.

¿Hay alguien ahí obsevándonos como nosotros le observamos?

Carter tiró de su mano; otra vez se estaban moviendo. Corrieron junto al ala oeste hasta la parte trasera del edificio, más allá de los bancales de césped, hacia el jardín vallado. Los guijarros se le clavaban en los pies, pero Allie ignoró el dolor. Justo antes de que alcanzaran la portilla, Sylvain dejó el camino y desapareció.

Uno a uno, todos lo siguieron.

La gruta estaba tan bien escondida tras los árboles y el tupido follaje que Allie nunca antes la había advertido.

No alcanzaba a verla bien en aquella oscuridad cerrada, pero parecía hecha de piedra y madera. Pudo distinguir también la estatua de una grácil doncella que bailaba desnuda en el centro.

Comunicándose mediante gestos, Carter, Sylvain y Jules volvieron a formar un escudo protector delante de Allie y de cara al colegio. Ella intentaba permanecer tan quieta como la estatua que tenía tras ella.

Durante un buen rato, no pasó nada. Allie pudo contar ciento treinta y siete respiraciones antes de que Jules señalara un minúsculo punto de luz visible en la distancia. Entornó los ojos y procuró no perderlo de vista.

Al cabo de pocos segundos apareció otro. Y un tercero.

Pronto hubo media docena de ellos avanzando tan suavemente que parecían flotar. Y se acercaban cada vez más.

Allie se quedó entre Jules y Carter viendo cómo se aproximaban.

—¿Qué son? —musitó.

Fue Sylvain quien le respondió.

—Es Nathaniel.

Allie sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar —respondió Jules.

Los puntos de luz tardaron cinco minutos en convertirse en antorchas encendidas. Y se habían acercado lo bastante como para que Allie distinguiese las vagas figuras que las enarbolaban cuando la voz de Isabelle resonó en la noche.

—¡Nathaniel! ¡Detente! ¡Aún no es demasiado tarde!

—Ya sé que no es demasiado tarde —a Allie se le heló la sangre al reconocer el mismo tono desdeñoso de la otra vez—. Por eso estoy aquí.

—Deja en paz el colegio —insistió la directora—. Hagas lo que hagas, nunca te apoderarás de Cimmeria.

—Pareces muy segura —replicó él—, pero siempre has sido una presuntuosa.

—Lucinda no quiere esto, Nathaniel —en su voz se traslucía una advertencia—. Si contradices sus deseos, tú mismo te pones en peligro.

—Si eso que dices es verdad, ¿dónde está? —se burló él—. No veo que haya corrido a protegerte.

Mientras discutían, algo del ambiente captó la atención de Allie. ¿Un cambio de temperatura? ¿O se trataba acaso de... un olor?

¿Qué está pasando?

Cogió el brazo de Carter con urgencia.

—Humo. Huelo a humo.

Sylvain olisqueó el aire y se volvió a mirar a Carter. Por primera vez, Allie lo vio asustado.

—¡Allí! —gritó Jules, mientras señalaba el ala de los dormitorios de los chicos. El humo surgía de una ventana del segundo piso y las llamas danzaban tras el cristal.

—Oh, Dios mío —susurró Allie.

—Jules, quédate con Allie —ordenó Sylvain—. Carter, acompáñame.

Antes de seguirlo, Carter aferró a Allie por los hombros.

—No te muevas —todo estaba oscuro, pero Allie vio miedo en sus ojos.

Ella asintió en silencio, y le tomó la mano entre las suyas con tanta fuerza que se hizo daño.

Instantes después, Carter había desaparecido.

Una vez solas, Allie y Jules se quedaron juntas, hombro con hombro, observando el colegio.

La voz de Isabelle no había perdido ni un ápice del aplomo que la caracterizaba.

—¿Ese es el plan, Nathaniel? ¿Destruir aquello que no has podido obtener mediante la mentira? ¿Mediante el engaño? ¿Mediante las exigencias? Siempre he sabido que eras vengativo, pero este acto no destruirá Cimmeria. Te destruirá a ti.

Él se echó a reír.

—Tu arrogancia no debería cogerme por sorpresa, Isabelle. Pero, por favor, no me insultes. Soy más inteligente que todo eso.

Una luz en lo alto del ala oeste captó la atención de Allie. Tocó el hombro de Jules para mostrársela. Titilaba en una ventana.

—Los dormitorios de las chicas —susurró Jules, que miraba fijamente en esa dirección.

—¿Qué hacemos? —preguntó Allie.

—Sylvain y Carter se ocuparán de ello —cuchicheó Jules.

Por desgracia, el tiempo pasaba y nada parecía suceder. El fuego empezaba a

propagarse por los dormitorios de las chicas.

El olor a humo era cada vez más fuerte.

—Jules, tenemos que hacer algo —la apremió Allie.

—Le he prometido a Sylvain... —repuso ella, pero Allie advirtió su tono preocupado.

Tomó una decisión:

—Iremos juntas. Vamos allá.

No aguardó a que Jules accediese; salió disparada de la gruta hacia el lindero del bosque, pero Jules la alcanzó rápidamente y la cogió de la manga del pijama para guiarla por el lateral del edificio hasta una entrada que se abría lejos de donde se encontraban Isabelle y Nathaniel.

Franquearon juntas la puerta entre la neblina del humo. Allie divisó estanterías y más estanterías repletas de libros.

Estamos en la parte trasera de la biblioteca.

Se hallaban cerca de donde se había reunido con Carter hacía varias semanas: en la sección de latín. No sabía que allí hubiera una puerta.

—Por aquí —susurró Jules.

Y, tras eso, desapareció.

Atónita, Allie giró sobre sus talones tratando de dar con ella. Estaba sola.

—¿Jules? —susurró a la oscuridad—. ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta.

—¿Jules? —Allie advirtió pánico en su propia voz. Inspiró temblorosa mientras intentaba decidir qué hacer.

Algo iba mal. Estaba segura de que Jules no la habría dejado sola por propia voluntad... ¿o tal vez sí?

El corazón se le iba a salir del pecho. ¿Me ha tendido una trampa?

Tosió. El humo se estaba haciendo más denso.

De repente supo lo que debía hacer.

Corriendo por la biblioteca, pasó junto a los cubículos de estudio, junto a las mesas a las que tantas veces se había sentado con Rachel y Jo, y llegó a la puerta.

Allí, junto al marco, había una alarma de incendios. Bajó la palanca.

Nada.

Se quedó de una pieza. Entonces le vino a la mente un recuerdo, algo que Gabe había dicho antes del chapuzón en el lago: «En todo el edificio no hay ni una sola alarma. Y si veis alguna señal que lo indique, seguro que es falsa».

Sin pararse a pensar, corrió hacia la escalera principal rumbo a los dormitorios de las chicas. Cuando llegó al rellano y torció hacia el tramo siguiente, vio una figura al final del pasillo. Blandía una antorcha encendida.

Se quedó petrificada. El intruso aún no había reparado en ella. Si permanecía muy

quieta, no la vería y podría llegar al dormitorio de las chicas.

Por otra parte, si no lo detenía, el extraño multiplicaría los incendios. El colegio ardería en llamas. Nathaniel se saldría con la suya. Se sentía dividida. ¿Qué era más importante? ¿Avisar a sus compañeras o detenerlo?

Estaba en un callejón sin salida. No tenía a nadie a quien pedir consejo.

Siempre me encuentro en situaciones así. La invadió una rabia repentina y dio varios pasos hacia él.

—¡Eh! ¡Tú! —bramó a pleno pulmón, y vio que el intruso se detenía y se volvía a mirarla.

Durante un instante que pareció durar toda una eternidad, se observaron sin hacer el menor movimiento. Él sostenía la antorcha lo bastante cerca del rostro como para que Allie pudiera distinguir sus rasgos.

—¿Christopher? —susurró.

Leyó en los ojos de él que la había reconocido, y también descubrió algo más. Su hermano echó a correr.

—¡Christopher! —Allie estaba gritando—. ¡Christopher! ¡No me dejes!

A través de las lágrimas que le surcaban el rostro, advirtió que él se había ido.

Todo le daba vueltas, y se apoyó en la pared al tiempo que aspiraba con fuerza para tranquilizarse. Sin embargo, el humo era muy denso y tosió tanto que creyó que se iba a desmayar.

Vale, pensó mientras jadeaba para tomar aire. ***Tranquilízate, Allie.***

Oyó las palabras de Carter en su cabeza. Le decía que se concentrara en la respiración. Usando la tela de la manga como filtro, efectuó varias inspiraciones lentas y constantes. Cuando el mundo dejó de girar, miró a su alrededor. El humo se espesaba por momentos.

No tenía mucho tiempo.

Tapándose la boca con la parte superior del pijama, se agachó y subió a toda prisa el último tramo de escaleras (diecisiete peldaños) hacia los dormitorios de las chicas. Abrió la primera puerta que encontró. El humo aún no había penetrado en aquel cuarto y aprovechó para respirar. La chica que yacía en la cama se sentó.

Era Katie.

—¡Fuego! —gritó Allie, que enseguida aspiró con fruición el aire puro—. Katie, levántate y ayúdame. Tenemos que sacar a todo el mundo.

—¿Qué? —Katie parecía adormilada y confundida, pero pronto reconoció a Allie—. Pero ¿qué...?

—El colegio está ardiendo, Katie. ¡Por favor!

Al oler el humo, Katie se levantó de un salto.

Mientras salía corriendo de la habitación, Allie gritó por encima del hombro.

—¡Llama a todas las puertas! ¡A todas! Diles que me sigan.

Katie se ocupó de un lado del pasillo y Allie del otro. Como alma que lleva el diablo, fueron abriendo puertas y, cuando era necesario, sacudiendo a las chicas en pleno sueño para despertarlas.

Allie entró como una flecha en el cuarto de Rachel, pero el barullo ya la había despabilado.

—¡Ayúdame! —le suplicó Allie sin aliento.

—¡Voy detrás de ti! —gritó Rachel.

Para cuando llegaron a la habitación de Jo, la mayoría de las chicas ya estaban levantadas. El humo había invadido el cuarto y Allie distinguió la cabecita rubia sobre la almohada. Se dejó caer al suelo para entrar a rastras.

—Jo —jadeó con voz ronca—. Despierta.

La chica no se movía. Ni siquiera reaccionó cuando Allie la sacudió violentamente.

Echándose hacia atrás, la abofeteó con fuerza.

Los párpados de Jo aletearon.

—Ugh —susurró con debilidad. Allie sintió el impulso histérico de echarse a reír.

—Levanta, Jo. Tienes que levantarte.

Pasándole el brazo por debajo del hombro, la ayudó a incorporarse, pero pesaba demasiado como para transportarla ella sola. Rachel entró pocos segundos después, se hizo cargo al instante de la situación y prestó apoyo a Jo por el otro lado. Juntas, la obligaron a levantarse.

—Lisa —susurró Jo.

Allie lanzó una mirada aterrorizada a Rachel.

—La he visto —la tranquilizó ella—. Está en el vestíbulo.

Mientras sacaban a Jo medio a rastras, Allie miró inquieta a su alrededor.

—¿Está todo el mundo a salvo?

—He hecho recuento —la voz pertenecía a Katie—. La única que falta es Jules.

Allie se sintió como si la hubieran golpeado.

—Estaba conmigo en el piso de abajo —repuso sin aliento—. La he perdido de vista.

—Salgamos de aquí primero —propuso Rachel con tranquilidad—. Luego la buscaremos.

Tenía razón.

—Por aquí.

Jo empezaba a mover los pies, y Rachel podía sujetarla sin ayuda, de modo que Allie las guió por la ruta que había tomado Sylvain hacía un rato. El hueco de la escalera estaba libre de humo.

Cuando llegaron al sótano, Allie se volvió hacia Katie.

—Vuelve a hacer recuento.

Sin hacerse esperar, Katie pasó lista.

—Estamos todas.

Allie les indicó por gestos que la siguieran y las condujo por las escaleras accesorias hasta la puerta que daba al exterior, rezando entretanto para que estuviera abierta. Lo estaba.

Salieron a la oscuridad de la noche, tosiendo e inhalando el aire fresco con fruición. Allie se alejó lo bastante para que nadie pudiera verla y vomitó sobre la hierba.

Cuando se reunió con el grupo, Jo se sostenía por su propio pie, aunque todavía parecía mareada.

Allie se irguió y procuró aparentar que lo tenía todo controlado.

—Jo, ¿puedes llevarlas a todas al jardín vallado? —preguntó con la voz quebrada—. Creo que allí estaréis a salvo.

La muchacha asintió, y echó a andar por el camino con paso inestable. Todas las demás la siguieron, salvo Rachel y Katie.

—¿Adónde vas? —Rachel parecía recelosa.

—Tengo que encontrar a Jules —replicó Allie—. Podría estar herida.

—Pues voy contigo —dijo Rachel.

—Rachel, no —Allie podía oír la inquietud en su propia voz—. Podrían herirte.

—Tú también —señaló Katie—. Y yo también os acompañó. Jules es mi mejor amiga. No permitiremos que vayas sola.

—Oh, Dios —gruñó ella—. Chicas, es peligroso.

—Tú primero, Allie —la entonación de Rachel no admitía réplica—. ¿Dónde la has visto por última vez?

Allie se las quedó mirando indecisa, pero el tiempo apremiaba. Sabía que no conseguiría convencerlas en cualquier caso.

—En la biblioteca. Hay una puerta secreta.

—Yo sé dónde está —dijo Rachel.

—¿Lo sabes?

—Claro que sí —insistió—. Lo sé todo de esa biblioteca.

Sin separarse de las sombras, corrieron hacia la puerta y la empujaron. Una ola gris y espesa surgió del interior.

A Allie se le encogió el corazón. La misión parecía imposible.

—Agachaos —susurró Rachel. Se pusieron a gatas y se taparon la boca con la ropa.

—¿Dónde estabais exactamente cuando la has perdido de vista? —le preguntó Katie a Allie.

Ella no quería confesar que tanto humo la desorientaba. No podía decir con

seguridad dónde se había separado de Jules. Conteniendo el aliento, se puso en pie y miró a su alrededor. Luego volvió a agacharse.

Había sido allí delante, donde las lenguas clásicas.

—A unos cuatro metros de aquí, en esa dirección. Creo.

Gatearon hacia el lugar indicado, pero cuando llegaron no vieron a Jules por ninguna parte.

Rachel tosió.

—No la veo.

—Separémonos —la voz de Katie sonaba amortiguada bajo la tela de su camisa—. No os alejéis más de tres metros en direcciones distintas y después volved aquí.

—Tened cuidado —añadió Allie.

Tan pegada al suelo como le fue posible, Allie se alejó de las demás, sin olvidarse de calcular mentalmente la distancia. Al final, sin embargo, se alejó más de tres metros; al no encontrar a Jules avanzó seis. Luego siete.

Jules no estaba allí.

El humo era más denso en aquella zona y apenas alcanzaba a ver nada. Le ardían tanto los ojos que se le saltaban las lágrimas, lo cual acabó de emborronarle la visión.

Demasiado lejos. Me he alejado demasiado.

Dio media vuelta para volver con las demás pero se desorientó al instante. ¿Por dónde había llegado? Entre el humo y la oscuridad, todo tenía el mismo aspecto.

¿Ya había pasado junto a aquella librería alta? ¿La que tenía los títulos en cirílico? ¿La había visto alguna vez en su vida?

Tosió con fuerza. Cuando intentó tomar aliento, el humo era tan denso aun a través de la tela que se sintió como si tratara de respirar bajo el agua. No quedaba aire. No había oxígeno. Su respiración se había convertido en una serie de jadeos breves e inútiles.

Cuando quiso avanzar más deprisa, los ángulos de su visión se oscurecieron.

No iba a conseguirlo.

A lo lejos, oyó un grito.

—¡La he encontrado! ¡Está aquí!

Otra voz gritaba su nombre. Trató de arrastrarse hacia el sonido pero no podía moverse.

—¡Aquí! —gruñó, aunque sabía que el grito había sonado demasiado débil como para abrirse paso.

Jamás en la vida se había sentido tan cansada. ***Si pudiera descansar tan solo un segundo, recuperaría las fuerzas. Un sueñecito y sería de mucha más ayuda. Ahora no tengo fuerzas.***

La cabeza le pesaba muchísimo. La dejó caer en el suelo.

La inconsciencia la envolvió como una cálida manta, y Allie suspiró aliviada.

De repente, notó como si volara en brazos de algo fuerte y cálido. Se dejó llevar. Segura. Protegida. Flotando.

Un aire caliente le llenaba los pulmones y después volvía a salir. Le llenaba los pulmones y salía. Una y otra vez.

Luego, oyó una voz hermosa.

—Por favor, no nos dejes. No te vayas.

Unos labios cálidos contra los suyos. Aire caliente en el cuerpo.

Un fuerte dolor la atravesó y tosió con tanta violencia que su cuerpo se sacudió entre convulsiones. Sin embargo, en cuanto estas cesaron, el aire fresco la acarició y ella inspiró agradecida.

Parpadeó. Estaba tendida en el regazo de Sylvain, que la rodeaba con fuerza entre los brazos. Allie se incorporó y le tocó la cara como maravillada.

—¿Por qué lloras? —susurró.

Sylvain no respondió, sino que la acunó como a un recién nacido. Con la cabeza entre el cabello de Allie, la escuchaba respirar.

Treinta

—Entonces ¿en esta ocasión, Isabelle sí llamó a los bomberos? —preguntó Allie con un susurro ronco.

—Por primera y única vez —Rachel le sonrió—. Después de que Jules y tú nos dierais un susto de muerte.

Había salido el sol y estaban sentadas en un dormitorio del ala de los profesores. Incorporada sobre un montón de almohadones, Allie sostenía una taza de té con miel y limón que Rachel le había llevado para suavizarle la irritación de garganta. Su amiga estaba sentada a los pies de la cama, contándole «todo lo que pasó después de que te murieras».

—Te pusieron una máscara de oxígeno, aunque tuvieron que arrancarte a la fuerza de los brazos de Sylvain para hacerlo —Rachel enarcó una ceja—. No quería separarse de ti.

—¿Fue Sylvain quien me encontró?

—Sí.

—¿Cómo...?

—Carter y él habían sacado a los chicos de los dormitorios. Entonces descubrieron el segundo incendio. Carter fue a despertar a los profesores. Sylvain se dirigió al ala de las chicas, pero advirtió que estaba vacía y se reunió con nosotras en el exterior —explicó Rachel—. Katie y yo acabábamos de sacar a Jules y al ver que no estabas allí...

Se detuvo a mitad de la frase y Allie comprendió que estaba llorando. Se incorporó aún más para estrecharle la mano.

—Estoy bien —susurró. Rachel asintió y se enjugó las lágrimas.

Al cabo de pocos segundos, prosiguió con voz temblorosa.

—Cuando le dijimos que no sabíamos dónde estabas, nadie pudo detenerlo. Corrió a la biblioteca como si fuera inmune a las llamas.

Inspiró profundamente.

—No te vi cuando te sacó porque le estaba haciendo el boca a boca a Jules. Pero Jo me dijo que te estuvo reanimando mucho rato antes de que volvieras en ti.

Después de eso, se negaba a soltarte. Supongo que tenía miedo de que dejaras de respirar otra vez.

—Supongo que sí —repitió Allie.

—En fin, en cuanto Isabelle llamó a los bomberos, Nathaniel y sus compinches se esfumaron... y ojalá pudiera decirlo literalmente —Rachel se apoyó contra la pared—. Jules, tú y tres miembros del personal de servicio precisabais oxígeno. Jules y un chico, Peter, ¿lo conoces?

Allie negó con la cabeza.

—Es uno de los alumnos más jóvenes. Bueno, están los dos en el hospital por inhalación de humo. También querían trasladarte a ti, pero no lo permitieron. Isabelle, Carter y Sylvain se negaron en redondo. Por eso te trajeron aquí. Carter ha pasado contigo toda la noche para asegurarse de que respirabas. Y lo has hecho —concluyó resplandeciente.

—Hurra por mí —gruñó Allie con debilidad.

—Pues sí. Hurra por ti.

—¿Han sido muy graves los daños del edificio? —preguntó.

—No estoy segura. Por lo que sé, hay tres o cuatro habitaciones destruidas. No dejan entrar a nadie en los dormitorios, y todo el edificio apesta a humo —frunció la nariz—. En la biblioteca, el fuego empezó en el escritorio y se propagó a los papeles de por allí. Aún no saben cuántos libros se han perdido.

Parecía verdaderamente consternada y Allie tuvo que ocultar una sonrisa.

—Creen que los cuartos donde se iniciaron los fuegos estaban vacíos. También se provocó un incendio en el desván y en el rellano —Allie recordó de repente a Christopher blandiendo una antorcha en llamas—, pero aún están haciendo cálculos. Isabelle va de un lado para otro como poseída.

»Los constructores vendrán esta tarde para evaluar los daños, y nos mandarán a todos a casa. Nos han puesto trabajos para sustituir los exámenes finales. Deberíamos pedir que nos dejaran hacerlos sobre la prevención de incendios.

La risilla de Allie sonó como papel de lija sobre madera basta.

—Podría cambiar el tema de mi trabajo de Historia y escoger el Gran Incendio de Londres.

—Sí, ¿verdad? Te ahorrarías la investigación.

Alguien llamó a la puerta. Allie intentó decir «Pasa», pero únicamente logró exhalar un susurro.

—**Entrez-vous** —gritó Rachel.

Jo abrió la puerta y entró cabizbaja. Nerviosa, cerró tras ella.

—Hola, Allie. ¿Cómo te encuentras?

Ella sonrió con debilidad.

—Sobreviviré... otra vez... creo —contestó—. Rachel acaba de contarme todo lo que pasó ayer por la noche.

—Fue una locura —corroboró Jo—. Espeluznante, en serio.

—Pero aquí estamos —dijo Rachel—. Y tuve que hacer un auténtico boca a boca por primera vez en la vida, de modo que no estuvo tan mal.

—Valió la pena —convino Allie.

—Eso pensé yo.

Incómoda, Jo se volvió a mirar a Rachel.

—Odio pedirte esto pero ¿te importaría dejarme unos minutos a solas con...?

Rachel se levantó de la cama.

—Claro. Allie, iré a buscarte algo de comer. ¿Qué te apetece?

A ella le dolía la garganta.

—Algo frío —repuso—. Y blandito.

Una sonrisa afectuosa iluminó el rostro de Rachel.

—Muy bien. Comida blandita. Yo me ocupo, nena.

Cuando la otra hubo salido, Jo se sentó con cuidado al borde de la cama.

—Solo quería decirte que lo siento.

Allie empezó a responder que no hacía falta pero Jo negó con la cabeza. Tenía la cara roja como un tomate y Allie advirtió que había estado llorando.

—Ayer por la noche me salvaste la vida... y arriesgaste la tuya para hacerlo. Creo que hiciste lo mismo en el tejado hace unas semanas. Katie me confesó que había mentido porque estaba enfadada contigo.

Allie se quedó de una pieza.

—¿Que hizo qué?

Jo asintió.

—También la salvaste a ella, ¿no? Tal vez sea una arpía, pero no es una arpía desagradecida.

Allie soltó una carcajada ronca sin poder contenerse. Ambas se deshicieron en risas aunque Allie acabó con un ataque de tos.

—Le contaré que has dicho eso —consiguió roncar.

Cuando recuperaron la compostura, Jo se puso muy seria.

—Sé que tengo un problema, Allie. Sufro... eso que el psiquiatra llama «episodios» durante los que no me comporto de forma racional. Y no debería beber.

Lamento haberte implicado en ello. Ojalá nunca hubiera pasado. Si pudiera volver atrás en el tiempo, lo haría sin dudarle un segundo. Pero quiero que sepas que estoy haciendo lo posible para que no se vuelva a repetir.

—No pasa nada —repuso Allie, aunque no era verdad.

Como si le hubiera leído la mente, Jo insistió:

—Sí que pasa, y lo sé.

—Bien —dijo Allie en tono amable.

No obstante, Jo no había terminado.

—El problema es —prosiguió— que cada vez que algo me altera me comporto así. Antes guardaba relación con mis padres. Hacían alguna tontería o se olvidaban de mí y se me cruzaban los cables. Pero esta vez fue... lo que le pasó a Ruth —alzó la vista para mirar a Allie—. Es que... si sabes algo terrible y no se lo cuentas a nadie... te vuelves loca.

Allie sintió una punzada de miedo, como la caricia de unos dedos gélidos en la piel. No podía apartar la mirada de Jo.

—Seguro que sí. ¿Qué sabías tú que no le pudieras decir a nadie?

Los grandes ojos azul aciano de Jo sostuvieron los suyos.

—Sé quién mató a Ruth. Y no podía soportarlo. Saberlo. No podía ser... la única.

Dos inspiraciones. Una espiración.

Allie la miraba fijamente mientras el corazón le martilleaba los oídos.

—¿Quién mató a Ruth, Jo? —susurró.

—Gabe —el dolor había apagado la voz de Jo—. Gabe mató a Ruth.

Cuando Rachel volvió al cabo de unos minutos cargada con yogur, helado y fresas («¿Ves? Todo cosas blanditas...»), Jo sollozaba en los brazos de Allie.

Por encima de la muchacha, Allie cuchicheó a Rachel:

—Ve a buscar a Isabelle.

Sin pronunciar palabra, su amiga dejó la comida sobre el escritorio y salió como una exhalación.

—Todo irá bien —le susurraba Allie una y otra vez, aunque no estaba muy segura. Sentía náuseas, y respiraba con profundas bocanadas para tranquilizarse mientras las preguntas se agolpaban en su mente a demasiada velocidad como para pedir respuestas.

¿Fue Gabe? ¿Gabe mató a Ruth? ¿Por qué?

Recordaba haberse escondido de Gabe en el sendero aquella noche que había salido con Carter. Algo en su tono de voz —una amenaza difusa— había despertado su instinto de autoprotección y la había inducido a ocultarse. En aquel momento, lo había temido tanto como jamás hubiera temido a Nathaniel.

Pero ¿un asesinato?

Le parecía inconcebible. ***¿Por qué iba él a hacer algo así? Ruth era su amiga. ¿Qué pudo hacer que lo impulsara a lastimarla? A matarla, nada menos.***

—Jo, Isabelle llegará enseguida y tienes que contarle la verdad —roncó Allie—. ¿Lo harás?

Con el rostro abotargado, la muchacha asintió.

—Por eso te lo he contado. Creo que todo el mundo debe saberlo. Es peligroso.

Cuando Rachel e Isabelle entraron a toda prisa pocos minutos después, Jo seguía llorando. La directora llevaba las mallas oscuras y la túnica que se había puesto el día del parlamento, y despedía un ligero tufo a humo.

—¿Allie? —preguntó al reparar en la palidez de esta y en las lágrimas de Jo—. ¿Va todo bien?

—Jo tiene que contarte algo —susurró Allie.

La joven le narró lo que ya le había dicho a Allie. Mientras hablaba, Isabelle se dejó caer de rodillas junto a la cama, sin apartar la mirada del semblante de Jo.

—Pero ¿por qué, Jo? —preguntó por fin—. ¿Te dijo por qué?

—Dijo que Ruth se iba de la lengua. Y que sabía demasiado acerca de lo que estaba pasando. Quería contarle. Creo que te lo quería contar a ti —confesó—. Pero nunca llegó a decirme a qué se refería... o sea, qué pasaba en realidad.

Allie advirtió sorpresa en la expresión de Isabelle, pero la directora adoptó un tono extraordinariamente tranquilo.

—Rachel —pidió—, ¿puedes ir a buscar a Matthew y a August, por favor? —cogió la mano de Jo, que sostenía un pañuelo de papel empapado en lágrimas—. ¿Te contó cómo lo hizo?

—Más o menos. Lo suficiente para asustarme —repuso Jo—. Fue durante el baile. Todo el mundo estaba danzando tan contento. Pero me dejó sola unos minutos y cuando volvió tenía una mano manchada de sangre. Creía que se había hecho daño. Dijo que había sufrido un accidente, un corte, nada importante. Pero no me dijo nada... de Ruth. Me lo contó algunas semanas después. No quería que siguiera siendo amiga de Allie. Me dijo que lo que le había pasado a Ruth podría pasarle a Allie también. O a cualquiera de sus amigas.

Recordando el cuerpo de Ruth —aquella cara casi irreconocible de tan pálida, su bonito vestido rosa oscuro de sangre—, Allie tragó saliva con fuerza. Gabe la había amenazado. Aquel rostro pudo ser el suyo. El bonito vestido.

Contó los latidos de su corazón.

... doce, trece, catorce...

—¿Qué más te dijo? —preguntó Isabelle.

—No quería que le contara a Allie nada de la Night School ni de sus actividades en ella —Jo parecía cansada—. Dijo que Allie tenía la culpa de todo lo malo que estaba pasando y que tú y Zelazny erais débiles. Afirmó que Nathaniel tenía razón y que debías entregársela...

Isabelle y Allie intercambiaron una mirada sobresaltada.

—¿Y cómo conoció Gabe a Nathaniel? —siguió interrogando la directora con suavidad.

—No lo sé —contestó Jo—. Ellos... se veían. De vez en cuando Gabe se reunía con él. Para hablar.

Allie ahogó una exclamación. Vio que la tez de Isabelle palidecía.

—¿Son... amigos? —la voz de Isabelle tembló, solo un poco. Quizá Jo no lo advirtiera, pero Allie sí.

—Más o menos —Jo caviló un momento—. Creo que Gabe lo admira.

En aquel momento, entraron Zelazny y Matthew. Isabelle se levantó y salió a hablar con ellos. Regresó sola a la habitación y se sentó en la cama junto a Jo y Allie. —¿Por qué no nos lo has contado hasta ahora, cariño? —preguntó con voz queda.

Las lágrimas corrían por el rostro de la chica.

—No sabía qué hacer —sollozó—. Quiero... quería a Gabe. No podía... no sabía

qué hacer. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada —susurró la directora, pero Allie supo que estaba mintiendo.

Después de que Isabelle llevara a Jo a su propio dormitorio, Rachel regresó el tiempo suficiente para obligar a Allie a comer un poco de helado y yogur tibio.

Permaneció junto a ella hasta que su amiga se quedó dormida.

Cuando despertó, Carter estaba sentado a los pies de la cama, mirándola, con una expresión indescifrable en los ojos.

—Eh —carraspeó ella.

—¿Cómo te va? —le preguntó él con suavidad.

—Nunca he estado mejor —aquellas palabras pronunciadas al poco de despertar le provocaron un ataque de tos y Carter le tendió un vaso de agua con una pajita.

Cuando volvió a respirar con normalidad, Allie se incorporó en la cama hasta que consiguió sentarse.

—¿Te has enterado de lo de Gabe? —le preguntó.

Él asintió, con todo el cuerpo en tensión.

—Debería haberme dado cuenta, Allie. ¿Por qué no comprendí que había sido él?

—Nadie se dio cuenta —repuso ella—. Si tú tienes la culpa, los demás también. ¿Lo han encontrado?

—No... Todos lo están buscando, pero nadie sabe dónde está. Parece ser que se ha fugado.

Allie pasó un minuto procesando aquella información. Luego dijo:

—Rachel me ha contado que salvaste a un montón de gente ayer por la noche. Fuiste muy valiente.

—Tú también salvaste a mucha gente —sin embargo, no alabó el valor de Allie a su vez y ella advirtió la tensión de su rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Él negó con la cabeza y guardó silencio un instante. Cuando habló, la voz le temblaba.

—¿Por qué no te quedaste en el escondite, Allie? No te habría pasado nada si me hubieras escuchado.

—Lo siento, Carter, pero tuve miedo por las chicas —confesó—. Tenía que echar una mano. No podía dejarlas morir.

—Nosotros las habríamos salvado —objetó él.

—No podíamos saberlo —arguyó Allie—. El fuego se propaga con rapidez.

—¿De quién fue la idea? ¿Tuya o de Jules?

Allie consideró muy en serio la idea de mentir.

—Mía —reconoció al fin—. Jules quería que esperáramos.

—Y las dos estuvisteis a punto de morir —le recriminó.

—Pero salvamos a muchas personas, Carter —su voz ronca rezumaba indignación—. Fuimos de gran ayuda.

—Los habría sacrificado a todos con tal de salvarte.

Ella se lo quedó mirando, perpleja.

—No digas eso —susurró—. Es horrible.

—Ya sé que es horrible —se enjugó una lágrima de la mejilla y evitó mirarla—. Pero es la verdad.

Allie no sabía qué responder a eso, y lo contempló preocupada.

—Estoy perfectamente, ¿sabes?

—Ya lo sé.

—Entonces, no hagamos un drama, ¿vale? Alegrémonos de estar sanos y salvos —le cogió la mano y se la llevó a la mejilla—. Estoy tan contenta de que no te haya pasado nada.

Sin decir palabra, Carter la rodeó con sus brazos.

—Carter y Allie salvan el mundo —susurró ella.

Por la tarde, Rachel le llevó a Allie una falda y una blusa que apestaban a madera chamuscada.

—Me han dejado entrar en los dormitorios durante tres segundos enteros y he saqueado tu armario para traerte algo de ropa —explicó—. Lamento lo de la peste.

—Tranquila —replicó Allie—. Me basta con saber que voy a poder quitarme de encima este pijama carbonizado.

—Han dicho que podremos coger nuestras cosas mañana —la informó Rachel—. Con supervisión, por supuesto.

—Claro —Allie hizo una mueca—. La seguridad ante todo.

—La gente ha empezado a marcharse. Mi padre llegará mañana por la mañana —dijo Rachel—. La oferta sigue en pie, si quieres venir a mi casa.

—Gracias, Rach —repuso Allie—. Es posible que la acepte.

Después de una ducha en el cuarto de baño de los profesores para quitarse el hollín del pelo, Allie comenzó a sentirse persona otra vez. Rachel había olvidado llevarle zapatos, por eso cuando Allie bajó las escaleras algo más tarde seguía descalza. Pese a todo, se encaminó decidida al despacho de Isabelle y llamó con los nudillos.

La puerta se abrió antes de que hubiera acabado de golpearla. Isabelle, sin pronunciar palabra, la envolvió en un fuerte abrazo. Luego, sin soltarla, dio un paso atrás y le miró la cara.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, creo —susurró Allie.

La directora la hizo pasar.

—Entra y siéntate.

—¿Cómo está Jo? —quiso saber.

—Nada bien —reconoció Isabelle, y se sentó junto a ella mientras el calentador de agua roncaba al fondo—. Está muy disgustada, como es de comprender.

Allie titubeó; ni siquiera estaba segura de poder reunir las fuerzas para formular la siguiente pregunta.

—¿Gabe? —cuchicheó al fin.

Isabelle negó con la cabeza.

—Se ha ido. Cuando Zelazny y Matthew fueron a buscarlo, había desaparecido. Creemos que debió de marcharse durante el incendio.

Por alguna razón a Allie no le sorprendió saberlo. Inspiró hondo para tranquilizarse.

—Y... ¿ahora qué?

—Lo buscaremos —Isabelle estaba ocupada preparando té—. Hablaremos con sus padres. E intentaremos asegurarnos de que esté a salvo. Cuidaremos de Jo.

Y encontraremos la manera de pararle los pies a Nathaniel.

—Quiero colaborar —declaró Allie.

—Lo harás —repuso Isabelle—. Te lo prometo.

—No, Isabelle —el tono de Allie era firme—. Quiero decir que quiero colaborar. De ahora en adelante, deseo implicarme a fondo.

La directora la miró sin comprender, y Allie procuró que su voz no delatara la frustración y el nerviosismo que sentía. Si alguna vez había tenido que demostrar madurez, fue en ese momento.

—Formo parte de todo esto. En cierto sentido, Gabe tenía razón y lo que está pasando guarda relación conmigo. Nathaniel tiene a Christopher y me quiere a mí también. Eso es así, ¿o me equivoco? A lo largo del trimestre, me han rescatado, salvado, ayudado, todo el mundo ha hecho lo posible por protegerme, lo cual es maravilloso y lo agradezco profundamente. Pero quiero ser capaz de protegerme a mí misma. Hoy por hoy, ni siquiera soy capaz de ponerme a salvo. No sé cómo hacerlo —pugnó por dominar los nervios—. Sin embargo, hay un lugar donde podría aprender las destrezas necesarias para conseguirlo.

Isabelle habló despacio.

—Quieres unirte a la Night School.

—Es lógico, ¿no? —Allie se abrazó a sí misma—. Necesito ser más fuerte y más rápida. Tengo que aprender a luchar. Y debo saber qué está pasando para poder tomar las decisiones apropiadas. Nunca acataré las órdenes si os limitáis a decirme: «Allie, no salgas». Pero si me incluyes en el equipo... todo será distinto.

Se hizo un silencio pesado. Allie advirtió que Isabelle estaba sopesando sus palabras. Al cabo de un instante, la directora le tendió una taza de té que despedía un

aroma extraño a hierbas y a limón.

—Para tu garganta. Bébetelo —se sentó a su lado—. Conforme, pues. Me parece bien. Hablaré con los demás.

Allie sintió un escalofrío de emoción en el cuerpo. Como si se hubiera dado cuenta, Isabelle corrió a sofocarlo.

—La decisión no depende solo de mí, Allie. Los demás tendrán que estar de acuerdo. Pero yo te apoyaré.

Allie no creyó las aprensiones de Isabelle. Sabía que se acataría la voluntad de la directora.

Estaba dentro.

Cambiando de tema, Isabelle dijo:

—Tienes una voz espantosa, por cierto. ¿Le ha echado el médico un vistazo a tu garganta?

Hacía una hora, un médico había examinado a Allie. Había dictaminado que no tenía la garganta «tan mal como cabría esperar» y le había dado un frasco de pastillas y un líquido para hacer gárgaras.

Allie asintió:

—Ha dicho que sobreviviré, pero que nunca podré cantar ópera.

—Puccini se las tendrá que arreglar sin ti —bromeó Isabelle—. Podría haber sido mucho peor.

—Eso creo yo. ¿Cómo está Jules?

Isabelle hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. Sufrió una conmoción cerebral; tropezó y se golpeó en la cabeza. Por lo visto, estuvo un rato inconsciente, pero en el suelo permaneció a salvo de lo peor del humo y el calor, así que no ha sufrido daños permanentes en los pulmones. Volverá esta noche.

Sintiéndose culpable, Allie recordó que había dudado de Jules hasta el último momento en la biblioteca.

—Me alegro de que se encuentre bien. Fue muy valiente.

—Ella dice lo mismo de ti.

Allie formuló la siguiente pregunta una pizca azorada.

—¿Has visto a Sylvain? —se le hizo un nudo en la garganta—. Yo... quería darle las gracias.

—Te está evitando —le espetó Isabelle a bocajarro.

Allie dio un respingo.

—¿Por qué?

La directora la miró con cariño.

—Ya lo sabes, ¿verdad?

El té irradiaba su calor a través de la porcelana de la taza hasta quemar los dedos de Allie.

—¿Qué?

—Que siente algo por ti.

En aquel momento, Allie comprendió que sí. Lo sabía. Recordó el instante en que lo había visto llorar. La inundaron emociones que ni siquiera conocía.

—Pero yo estoy con Carter —arguyó con voz queda.

—Ya lo sé —Isabelle levantó las manos en ademán de impotencia—. Así están las cosas.

Allie miró la rodaja de limón que flotaba en la taza, a la deriva.

—Sí. Así están las cosas.

La directora se acurrucó en la segunda butaca, junto a ella. Las ojeras de sus ojos delataban el cansancio que sentía.

—No creo que vuelvas a ver a Sylvain este trimestre. Necesita tiempo para pensar. Y para recuperarse.

—¿Le dirás...? —Allie caviló qué le podía decir—. ¿Le darás las... gracias de mi parte?

—Claro que sí.

Allie dejó la taza.

—He decidido que voy a ir a casa en vez de irme con Rachel. Tengo que hablar con mis padres.

Isabelle puso cara de preocupación.

—Me parece lo más inteligente, y me alegro de que hayas tomado esa decisión —empezó a decir con cautela—. Sin embargo, ahora que sabemos que

Christopher está con Nathaniel y que este último demuestra interés por ti... Bueno, eso lo cambia todo. La situación ahora es más peligrosa. Se lo explicaré a tu madre. No obstante... Allie, en casa no estarás segura. Haré cuanto pueda para protegerte, pero no corras ningún riesgo.

Allie se acordó de Ruth.

—Tendré cuidado —prometió—. Pasaré desapercibida.

—El trimestre de otoño empieza dentro de tres semanas —calculó Isabelle—, pero no puedo dejar que pases en casa tanto tiempo. Ve unos días de visita; después deberías considerar muy en serio la idea de quedarte en casa de Rachel. Su padre es muy capaz de protegerte y te estará esperando. Enviaré un coche a buscarte.

Oír que tu hogar —el lugar donde una vez te sentiste a salvo de todo— ya no era seguro producía una sensación horrible. Sin embargo, Allie no discutió. Sabía lo que Nathaniel era capaz de hacer.

—Vale —aceptó.

Isabelle cogió un trozo de papel de su escritorio y escribió algo.

—Si te notas agobiada o te asustas en algún momento; si algo te produce una sensación amenazadora o simplemente te llama la atención... —le tendió a Allie el papel—, llámame y enviaré a alguien a buscarte. No te arriesgues bajo ninguna circunstancia. ¿Lo harás por mí?

El papel llevaba escrito el nombre de Isabelle y, a continuación, un número de teléfono.

Allie asintió.

—Lo prometo.

Se levantaron, e Isabelle volvió a abrazarla. Allie se dirigió hacia la puerta. Mientras hacía girar el pomo, Isabelle la detuvo.

—Solo una cosa más —añadió—. Pídele a tu madre que te hable de Lucinda —Allie abrió mucho los ojos pero no dijo nada. La directora concluyó la frase—: Dile que ha llegado el momento.

Treinta y uno

—¡Venga, cremallera! ¡Ciérrate!

Allie había introducido en la bolsa a toda prisa sus últimas pertenencias, que ahora sobresalían por los lados y le impedían cerrar la cremallera. Ni aun recurriendo a todas sus fuerzas lo conseguía.

Las chicas disponían de quince minutos en los dormitorios para hacer el equipaje. Al parecer, casi ningún cuarto había sufrido daños, pero los profesores tenían miedo de que el fuego y el agua hubieran debilitado los techos y los suelos.

—A la mierda.

Jadeando del esfuerzo, volvió a abrir la maleta con la intención de deshacerse de algo. Encima de todo estaban sus ajadas Doc Marten, de caña alta y color granate. Las sacó y volvió a probar.

La maleta se cerró con facilidad.

Las abrazó con cariño. ***No pienso dejarlas aquí.***

Las sostuvo ante sí y contempló las rozaduras de las punteras, la forma en que la piel se había adaptado a sus tobillos. Se había enamorado de aquellas botas desde el mismo instante en que las vio en el escaparate de una tienda de segunda mano, a pocos metros del instituto. Cuando descubrió que eran de su talla, supo que estaban destinadas a pertenecerle. A lo largo de dos meses, había acudido a la tienda a diario para asegurarse de que seguían allí. Por fin, convenció a los dependientes de que se las guardaran hasta el día de su cumpleaños. Las gruesas suelas, la recia piel, la pura agresividad de su diseño militar la ayudaron a sentirse fuerte otra vez. Con ellas puestas, se sentía como si llevara una armadura.

Sé que he cambiado mientras estaba aquí, pensó, pero no tanto como para no saber que estas botas son alucinantes.

Se quitó con los pies aquellos zapatos escolares tan formales y se puso las Docs, feliz de recuperar el viejo ritual de pasar los cordones por los agujeros. La combinación de las botas con el uniforme escolar era... perfecta.

Miró a su alrededor por última vez, mientras pasaba la mano por la superficie de su escritorio. A su llegada, había odiado aquel lugar con toda el alma, y sin embargo en aquellos instantes ya estaba deseando volver.

Se colgó la bolsa del hombro y salió del cuarto a toda prisa. Al franquear la puerta, se dio de bruces con Carter, que aguardaba al otro lado.

—Eh, bólido —se burló él al tiempo que le colocaba una mano en cada hombro para detenerla—. ¿Dónde está el incendio?

—Ja, ja, qué gracioso —dijo Allie poniendo los ojos en blanco.

Él le acarició la melena.

—¿Tus padres ya están aquí?

—Llegarán en cualquier momento —hizo una mueca—. Solo me doy prisa porque mi padre odia que le hagan esperar.

La mirada de Carter se nubló un segundo, y Allie recordó que los padres de él ya nunca más podrían ir a buscarlo.

—¿Dónde vas a vivir durante las vacaciones? —le preguntó preocupada—. No te dejarán quedarte en los dormitorios de los chicos.

—Me trasladaré al ala de los profesores mientras reparan los desperfectos del incendio —repuso él—. Estaré de maravilla.

—Espero que no vayas a sentirte demasiado solo.

—Todo irá bien —la tranquilizó Carter—. Este es mi hogar, ¿recuerdas? Y no estaré solo. Jo y Sylvain se quedan, y Jules volverá dentro de pocos días. Gran parte de la Night School habrá regresado dentro de una semana.

A su pesar, a Allie le dio un pequeño vuelco el corazón al oír el nombre de Sylvain. Desde el incendio no había vuelto a verlo.

—Bien —se conformó ella—, pero de todos modos estaré preocupada por ti.

—Y yo estaré preocupado por ti. Escríbeme —le pidió Carter—, y yo te llamaré a hurtadillas desde el teléfono de Isabelle.

—¿Todavía tienes mi número?

Carter levantó la mano. Hacía una hora se había escrito las cifras justo debajo de los nudillos.

—Haré que me lo tatúen mientras estás fuera —bromeó.

Se hizo un silencio sombrío. Allie se apoyó la bolsa en el pie y la balanceó con la punta.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? —le pidió él tironeándole al mismo tiempo la orilla de la camisa para obligarla a acercarse—. Que no te pase nada, ¿eh?

Aunque había hablado en tono jocoso, Allie advirtió la preocupación que se traslucía en aquellas palabras.

—No te preocupes. Estaré a buen recaudo. Solo voy a pasar una semana en casa y luego me trasladaré a la hacienda de Rachel, que por lo visto es más segura que el Palacio de Buckingham.

—Bien —dijo Carter, que la abrazaba con fuerza—. Aun así, ve con ojo. Te necesitamos por aquí, ¿sabes?

—Ya lo creo que sí. Todo este lugar se vendría abajo sin mí —repuso ella con una sonrisa irónica.

Él hundió la cara entre el pelo de Allie y aspiró con fuerza.

—¡Es la hora! ¡Todo el mundo afuera!

La voz de Zelazny resonó en el pasillo, al otro lado de la puerta.

Allie levantó la cara para darle a Carter un beso rápido y la separó casi de inmediato. No tenían tiempo para despedidas largas.

Cogió la bolsa y se la echó al hombro.

—Voy a bajar yo sola, ¿vale?

Él la miró fijamente, pero Allie supo que la entendía. Si la besaba de verdad o le pedía que se quedara —si sencillamente seguía mirando aquellos ojos—, no tendría fuerzas para llegar a la puerta.

Con paso vivo, se dirigió a la puerta y la abrió.

Él le gritó:

—Bonitas botas, Sheridan.

Allie no miró atrás.

—Sé bueno, Carter West.

Había recorrido la mitad del pasillo cuando oyó su respuesta.

—Eso siempre.

Agradecimientos

Este libro nace de un desafío. Nunca creí que fuera capaz de escribir una novela, pero mi marido estaba seguro de que sí. Un día me desafió a intentarlo. **Me desafió**. Me llamó cobarde por no probarlo. Nunca retrocedo ante un reto, siempre que sean razonables, y él lo sabía.

Gracias, amor mío, por retarme.

El desafío fue el principio, pero todo lo demás sucedió gracias al azar, la bondad y la generosidad. Y si bien la suerte solo se la podemos agradecer a los dioses, la bondad y la generosidad merecen ser reconocidas.

Sin el entusiasmo y la entrega de Madeleine Buston y todo el equipo de la sorprendente agencia Darly Anderson (sobre todo Clare Wallace y Mary Darby), este libro jamás habría llegado a las librerías. Tu llamada telefónica cambió mi vida, Maddy. No hay palabras suficientes en el mundo para darte las gracias por ello.

A la fabulosa Samantha Smith, extraordinaria editora de Atom Books, un millón de gracias. No solo es una editora increíble, sino una persona muy divertida.

Trabajar con ella es un sueño hecho realidad. Sinceramente, todo el equipo de Atom/Little Brown es increíble: Gina Luck, Kate Agar y Darren Turpin; todos me habéis ayudado a crear **Night School**. ¡Muchísimas gracias! Os debo infinidad de pastelillos...

El libro cobró forma y mejoró gracias a la ayuda de los amigos que lo leyeron mientras lo estaba escribiendo y me dieron su opinión sobre el mismo. Su sinceridad e inteligencia contribuyeron a mejorarlo enormemente. Hélène Rudyck, Kate Bell y Sally Davies; sois todas unas diosas.

Al personal del Starbucks de Memorial Drive, en Dairy Ashford de Houston, Texas, gracias por dejarme sentar durante horas en vuestro local refrigerado, a veces incluso mientras amontonabais las sillas y pasabais la fregona bajo mis pies, sin exigirme jamás que pidiera otro café o que me cambiara de sitio. En suma, gracias por ignorarme. **Night School** salió adelante gracias a vuestros **frapuccinos**.

Mientras escribía este libro mi madre murió, de modo que nunca llegó a ver el resultado. Nunca llegó a saber que no era otro más de mis sueños locos. Dicen que a veces las personas pueden vernos desde el más allá así que... ¡Mira, mamá! Lo he conseguido.



C.J. DAUGHERTY, tenía veintidós años cuando vio su primer cadáver. Aunque abandonó la crónica negra para dedicarse a editar libros de viajes, nunca perdió la fascinación por los extraños mecanismos que impulsan a una persona a hacer el mal. Ni por aquellas que intentan detenerla. *Night School* es el resultado de esa fascinación.

C.J. vive en el sur de Inglaterra con su marido y una pequeña colección de mascotas; para saber más de ella, entra en www.cjdaugherty.com.